

**HERIDO
EN CASA
DE SUS AMIGOS**

**¿Cuándo se reanudará
la abortada lluvia tardía?**

Ron Duffield

**RETURN OF THE LATTER RAIN PUBLISHERS
MOUNT SHASTA, CALIFORNIA**

Diseño de portada: Ken McFarland, Page One Communications

Ilustración de portada: Lars Justinen

Traducción: www.libros1888.com

Título del original: **Wounded in the House of His Friends**

Copyright by Ron Duffield

All Rights Reserved

ISBN (original en inglés): 978-0-69225-860-6

Índice

Prefacio	5
Introducción	9
1. La lluvia tardía del Espíritu Santo	15
2. 1889-1891: Asamblea pastoral y de la Asociación General	25
3. Los reavivamientos en las reuniones campestres de 1892	41
4. El reavivamiento en Battle Creek	65
5. La asamblea pastoral de 1893	77
6. Oír el consejo del Testigo Fiel	103
7. La asamblea de la Asociación General de 1893	137
8. ¡Cómo me alegra el corazón!	159
9. Agencias satánicas contra la lluvia tardía y el fuerte pregón	181
10. ¿Otro profeta? Acusaciones de fanatismo	199
11. Acán en el campamento	239
12. Se demora el retorno de Cristo	251
13. El congreso de la Asociación General de 1901	275
14. Sin olvidar Minneapolis	299

Prefacio

¡Pocos autores pueden decir que se hayan vendido 6.000 ejemplares de su primer libro! Tal ha sido el caso con *El retorno de la lluvia tardía* (vol. 1), de Ron Duffield, un libro de más de 500 páginas, ¡Y ESO EN AUSENCIA DE CUALQUIER PROMOCIÓN COMERCIAL!

Es evidente que algo en el título atrajo la atención. Y era de prever: hay muchos hoy que están esperando la prometida lluvia tardía del Espíritu Santo, ¡y con razón! Tristemente, la mayor parte de ellos cree que el simple hecho de unirnos en oración a nivel mundial indicará al Espíritu Santo que es el momento de venir y traer el poder prometido.

Lo cierto es que Dios no se presta a ese juego con nosotros. Se nos informa que la lluvia tardía comenzó en la era de 1888-1895, pero fue resistida “en gran medida” por la dirección de nuestra iglesia. Sé que eso no es fácil de aceptar, y que requiere ciertas explicaciones -que Ron Duffield abordó en el volumen 1-. Siendo que sólo unos pocos son conocedores del trato que recibió realmente Cristo hace unos 125 años por parte de los padres de nuestra propia iglesia, ¿no sería posible que lo sigamos hiriendo hoy todavía mediante nuestra ignorancia ingenua o voluntaria?

En el presente volumen Ron se centra en “aquello” que fue “resistido”, y en cómo dicha resistencia puede muy bien continuar hasta el presente. En los años que han pasado desde que se publicó *El retorno de la lluvia tardía*, no he visto que nadie haya puesto en duda alguna de las numerosísimas evidencias aportadas respecto a lo que se predicó / enseñó entre 1888 y 1892, ni al porqué de la detención de la “lluvia tardía” desde aquellos fatídicos años hasta hoy.

Herido en casa de sus amigos nos enfrenta cara a cara con la realidad de los sufrimientos divinos que se intensificaron durante el episodio de 1888 y lo que siguió, y que continúa hasta nuestro día.

El subtítulo de este libro es: ¿Cuándo regresará la abortada lluvia tardía?

Es importante observar la relación entre esa lluvia tardía abortada y el mensaje a la iglesia de “Laodicea” en el libro de Apocalipsis.

¿Por qué es así? La descripción que hace el Señor de la iglesia de estos últimos días (Apocalipsis 3:14-22) presenta a los profesos seguidores de Cristo rehusando abrirle la puerta, resistiendo a Aquel que está a la puerta y llama -y vuelve a llamar- una década tras otra...

Laodicea es el pueblo Potemkin adventista. “Potemkin” ha significado por siglos algo que en apariencia es elaborado e impresionante, pero que en realidad carece de sustancia. Forma parte de la literatura rusa. Gregory Potemkin, líder notable de la armada y de la fuerza naval rusa, protagonizó hechos sobresalientes que incluían levantar falsos asentamientos habitados por felices pobladores a lo largo de las riberas del Dnieper, con el fin de impresionar a la emperatriz Catherine II durante su visita a Crimea en 1787. De esa forma, “pueblo Potemkin” ha venido a significar una construcción vacía o falsa -en sentido físico o bien figurativo- cuyo propósito es ocultar una realidad indeseable.

La descripción que hace el Señor de la iglesia de Laodicea (Apocalipsis 3:5-8) encaja muy bien en lo que significa “pueblo Potemkin”.

En ningún momento de la historia ha tenido la Iglesia Adventista del Séptimo Día una apariencia más próspera que hoy: más primeras clases, más invitaciones e incluso mayor éxito relativo. Tampoco ha sido dirigida nunca por un número semejante de pastores y administradores de tan remarcable formación académica. No ha gozado nunca de un reconocimiento externo tal en lo relativo a su habilidad para fomentar un estilo de vida saludable.

Teológicamente, la mayor parte de sus miembros -ministros o laicos- siente que “de nada tengo necesidad”. ¿Por qué habrían de pensar de otra manera? Disponen de todos los textos que demuestran qué día es el Sabat, o a dónde vamos al morir. Emplean los términos correctos, tales como *expiación*, *justicia por la fe*, *lluvia tardía*, etc. Gozan de registros personales sorprendentes si contamos la cantidad de encuentros evangelísticos a los que han asistido.

¿Cómo es posible que nuestro Señor diga: “Cuanto más te miro, más náuseas siento”? Por supuesto, el Señor no vomita, escupe ni desecha a los laodicenses. Simplemente está ante su puerta como un Caballero a la espera de que su pueblo denominado quiera oír, por embarazosa que sea esa situación, y más a medida que los años van pasando.

¡Qué formidable descripción verbal! ¡Dios, tratando de procurar la atención de esta iglesia que aparenta hacerlo todo bien y se enorgullece de ello! Pero él sigue llamando década tras década, esperando que alguien abra la puerta, permitiéndole traer la verdad, la paz y el gozo indescriptible a aquellos que se sienten hastiados del sentimiento de satisfacción por no estar ni fríos ni calientes.

¿Cuál es, pues, la gran carencia del pueblo Potemkin adventista? A pesar de cifras sorprendentes y de instituciones impresionantes, a pesar de una ingente cantidad de literatura procedente de las diversas casas publicadoras, a pesar de un sistema de educación escolar envidiable desde el parvulario hasta los grados superiores, a pesar de haber cada vez más pastores con graduaciones académicas, ¿qué es lo que realmente necesitamos?

¿Pudiéramos estar en peligro de construir nuestros propios pueblos Potemkin? Siendo que Jesús pudo haber regresado en el siglo XIX, ¿por qué estamos aún aquí?

Quizá algunos tengan ideas más positivas, tales como acudir a la puerta y atender la llamada del que quiere entrar y nos invita a derribar la fachada Potemkin que tan admirablemente hemos erigido.

¿Tenemos alguna clave relativa a lo que nos quiere decir? Ciertamente. Desde el propio jardín del Edén, él no nos ha dejado en la ignorancia de lo que quiere que sepamos. Nos ofrece “oro refinado en el fuego”, “vestiduras blancas para vestirte” y “colirio para que veas”.

Todo lo anterior es exactamente lo que Ron Duffield pregunta y responde en el primer volumen (*El retorno de la lluvia tardía*) y en este volumen intermedio (en espera del segundo volumen). Desde 1888, los adventistas hemos estado “gozando” de nuestro pueblo Potemkin. Este libro, junto al primer volumen y al próximo

segundo, traerá a nuevos lectores al conocimiento de lo que el Caballero que llama a la puerta está tratando de decir a los adventistas en el siglo XXI.

Herbert Edgar Douglass

Yountville, CA, junio 2014

Introducción

“Le preguntarán: ¿Qué heridas son éstas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fui herido en casa de mis amigos. Levántate, oh espada, sobre el pastor y sobre el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor y se derramarán las ovejas: mas tornaré mi mano sobre los chiquitos” (Zacarías 13:6-7).

Esta profecía mesiánica la escribió Zacarías hacia el final de su mensaje enviado a los judíos desanimados que habían regresado del exilio babilónico para reedificar Jerusalem. Cinco siglos más tarde, pocos entre el pueblo judío captaban el significado del cumplimiento de esas palabras en la vida y muerte de Jesucristo, su prometido Mesías. Sin embargo, el propio Jesús había citado Zacarías 13:7 –“hiere al pastor”- a once de sus discípulos mientras se dirigían al Monte de las Olivas la noche que precedió a su crucifixión (Mateo 26:31).

Algunos comentaristas bíblicos interpretan correctamente Zacarías 13:6 -al menos como aplicación secundaria- en términos de una predicción de los azotes y heridas que Cristo recibiría de manos de aquellos que se debieran haber comportado como sus amigos (Francis D. Nichol, ed., *Seventh Day Adventist Bible Commentary* - Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1977- vol. 4, 115). Muchos adventistas del séptimo día están al corriente de ese hecho, como también de que Ellen White citó el versículo 6 como una de las “profecías sencillas y específicas” que predecía “aun la forma de su muerte” (Ellen G. White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 180 y 184). Sin embargo, pocos adventistas se han apercebido de que Ellen White también aplicó Zacarías 13:6 al desgraciado trato que recibió Cristo, representado por el Espíritu Santo, de parte de su pueblo remanente durante el congreso de la Asociación General de 1888 en Minneapolis y durante el período controvertido en los años que siguieron. Cuán pocos saben que Cristo fue “herido” en casa de nuestros propios padres, hace unos 125 años. ¿Es posible que continuemos hiriéndolo hoy mediante nuestra ignorancia ingenua o voluntaria respecto a cómo fue tratado en el pasado? Demasiado a menudo, en nuestro anhelo por la segunda venida de Cristo y por ver el final de *nuestro* sufrimiento, olvidamos cómo ha sido herido, y cuál ha sido la enormidad del sufrimiento que le ha causado a él y a todo el

cielo la larga demora. Haremos bien en considerar seriamente lo que Ellen White escribió en 1902:

Los que piensan en el resultado de apresurar o impedir la proclamación del evangelio, lo hacen con relación a sí mismos y al mundo; pocos lo hacen con relación a Dios. Pocos piensan en el sufrimiento que el pecado causó a nuestro Creador. Todo el cielo sufrió con la agonía de Cristo; pero ese sufrimiento no empezó ni terminó cuando se manifestó en el seno de la humanidad. La cruz es, para nuestros sentidos entorpecidos, una revelación del dolor que, desde su comienzo produjo el pecado en el corazón de Dios. Le causan pena toda desviación de la justicia, todo acto de crueldad, todo fracaso de la humanidad en cuanto a alcanzar su ideal. Se dice que cuando sobrevinieron a Israel las calamidades que eran el seguro resultado de la separación de Dios: sometimiento a sus enemigos, crueldad y muerte, Dios “fue angustiado a causa de la aflicción de Israel”. “En toda angustia de ellos él fue angustiado. [...] Y los levantó todos los días de la antigüedad”. Su “Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”. Cuando “la creación gime a una”, el corazón del Padre infinito gime porque se identifica con nosotros. Nuestro mundo es un vasto lazareto, un escenario de miseria al cual no nos atrevemos a dedicar siquiera nuestros pensamientos. Si nos diéramos cuenta exacta de lo que es, el peso sería demasiado aplastante. Sin embargo, Dios lo siente todo (Ellen G. White, “Definitive Aim in Service”, *General Conference Bulletin*, 1 julio 1902; *La Educación*, p. 238, ed. 2009).

¿Sería posible que esos sufrimientos divinos se hubieran intensificado durante el episodio de 1888 y lo que siguió, continuando hasta nuestros días? *Herido en casa de sus amigos* pretende enfrentarnos con la realidad de ese hecho.

Herido en casa de sus amigos es en realidad un volumen intermedio, un resumen en la serie *El retorno de la lluvia tardía*, cuyo primer volumen se publicó en 2010 (2017 en español: http://libros1888.com/Pdfs/Retorn_1.pdf). *El retorno de la lluvia tardía* fue el resultado de un estudio personal que comenzó en 1998 a modo de compilación simple, pero singular, de declaraciones de Ellen White relativas al tema de la lluvia tardía y el fuerte pregón, clasificadas en orden cronológico. Se trata de declaraciones

que Ellen White hizo desde los años 1840 hasta el final de su vida, en 1915. A medida que el estudio se convirtió en manuscrito, se fue añadiendo información contextual a fin de ayudar a comprender lo que rodeó a los eventos históricos durante los cuales Ellen White hizo sus declaraciones. De especial interés fueron las declaraciones que hizo en la época de la sesión de la Asociación General de 1888 en Minneapolis, así como durante los eventos de la década que siguió.

El propósito original del manuscrito era abordar las cuestiones centrales del episodio de 1888, que han demostrado venir siendo una piedra de tropiezo para el adventismo desde la década de 1890. ¿Envió realmente el Señor el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón en 1888? ¿Fueron aceptados? Por 125 años muchos han creído que comenzó -al menos- el fuerte pregón, y que tras un corto período de dificultades, finalmente se lo aceptó y desde entonces ha venido siendo proclamado. Sin embargo, otros han reconocido que en 1888 comenzó tanto la lluvia tardía como el fuerte pregón, pero por la acción de nuestros propios hermanos de aquella época, esos dones otorgados por el Cielo fueron en gran medida retirados de nuestro pueblo, lo que ha resultado en una prolongada demora en el regreso de Cristo.

A medida que fue progresando el manuscrito de *El retorno de la lluvia tardía*, se añadieron más fuentes originales y evidencias primarias con el propósito de abordar las preguntas cruciales mencionadas más arriba. *De forma simultánea, el manuscrito comenzó también a abordar muchos otros puntos y problemas relacionados*, tales como apuntes biográficos de ambos: Jones y Waggoner, antes y después del encuentro de Minneapolis; qué protagonismo tuvieron ambos en la sesión de 1888 y en las discusiones subsecuentes; una mejor comprensión de la controversia sobre la ley en Gálatas; cuál fue exactamente el mensaje de 1888 como un todo; cuáles fueron las contribuciones teológicas de Jones y Waggoner en áreas como la naturaleza del pecado y del hombre, la naturaleza de Cristo (ambas: la humana y la divina), la justicia por la fe, los pactos, la perfección de la última generación que ha de ver el retorno de Cristo, la libertad religiosa, etc.; el alcance de las declaraciones de apoyo de Ellen White a Jones y Waggoner; en qué grado fue aceptado o rechazado el mensaje; los aspectos y la magnitud del antagonismo ejercido contra Jones y Waggoner por parte de personalidades clave, tales como: Frank Belden, Clement Eldridge (el “capitán”), Dan Jones, John Harvey Kellogg, Harmon Lindsay, A. R. Henry, Uriah Smith y otros; hasta qué punto fueron genuinas, y qué siguió a las

confesiones de los que fueron antagonistas tras el encuentro de Minneapolis; la magnitud del reavivamiento y reforma que tuvo lugar entre los adventistas desde 1889 a 1893; la causa y la realidad de la desviación de la fe protagonizada por Jones y Waggoner; las consecuencias de todo lo anterior en el pensamiento adventista desde los años 1890 hasta hoy, y muchos otros temas relacionados.

Debido al intento por abarcar tantos temas relacionados, cuando se publicó por vez primera *El retorno de la lluvia tardía* en 2010, se trató sólo del primer volumen escrito a partir del manuscrito original, pero circunscrito al período comprendido entre los años 1844 y 1891. Inmediatamente se hicieron planes para publicar el resto de la historia en un segundo volumen el año siguiente. No obstante, hacia 2012 se hizo evidente que había mucho más material del que se podía incorporar en un único segundo volumen, y también que se requería mayor y más extensa investigación a fin de abordar una cantidad tal de temas relacionados. En consecuencia, se ha producido una demora en la entrega de la serie completa.

A comienzos de 2013, mientras se trabajaba en el manuscrito del segundo volumen de *El retorno de la lluvia tardía*, con ocasión del 125 aniversario especial que conmemoraba la asamblea de Minneapolis de 1888, le fue solicitado a este autor que escribiera un artículo para *Adventist Review* de octubre de 2013. El encargo original consistió en abordar los eventos que rodearon al mensaje de 1888, tal como se desarrollaron durante la era de 1888 a 1896. En el proceso de intentar resumir los eventos de aquel período a partir de un gran acopio de material, fruto de una investigación llevada a cabo en los 20 años precedentes, nació un manuscrito en el que volvió a surgir el tema subyacente del manuscrito de *El retorno de la lluvia tardía*: ¿Envió realmente el Señor el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón en 1888? ¿Fueron aceptados? Los materiales pertenecientes a la era de 1888 hasta 1896 proveen muchas de las respuestas a esas preguntas cruciales. A partir de ese nuevo manuscrito se extrajo -con pena- un resumen de dos mil palabras para la *Review*, mediante la excelente y profesional ayuda editorial de Ken McFarland. Se hicieron también planes para publicar el manuscrito reducido en forma de folleto para los lectores del artículo que solicitaran mayor documentación.

No obstante, entregado dicho artículo a la *Review* en agosto del 2013 -una semana antes de que terminara el plazo- no logró cumplir las expectativas del equipo

editorial, siendo finalmente rechazado para su publicación. Entonces, no queriendo desperdiciar el tiempo y esfuerzo dedicados a producir el manuscrito reducido y el folleto, se hicieron planes para -tras algo más de elaboración- producir el libro que tiene en sus manos. Una vez más, *Herido en casa de sus amigos* es un libro-resumen que trata del tema recurrente en la serie *El retorno de la lluvia tardía*. Continuará el trabajo en la serie, abordando en mayor profundidad el tema de *Herido en casa de sus amigos*, así como muchos otros temas relacionados que giran alrededor de la asamblea de la Asociación General de 1888 en Minneapolis y lo que siguió.

Mientras tanto, dirijamos nuestra atención a Jesucristo y a su representante: el Espíritu Santo, preguntándonos cómo se los trató en la asamblea de la Asociación General de 1888 y en el período controvertido de los años que siguieron. ¿Sería posible que al igual que los judíos, quienes esperaron por largo tiempo a su Liberador y no obstante no lo conocieron cuando vino, también muchos adventistas del séptimo día que habían estado esperando por tanto tiempo la lluvia tardía y el fuerte pregón, no conocieran la hora de su visitación? Si la respuesta es afirmativa, ¿cómo debemos reaccionar ante los errores de nuestros padres espirituales y ante la gran paciencia y misericordia de Dios hacia nosotros? Además, ¿cómo encaja en la respuesta a tales preguntas el llamado del Testigo Verdadero según el mensaje a Laodicea? ¡Ojalá *Herido en casa de sus amigos* nos ayude a encontrar las respuestas!

Debemos recordar que el propósito de revisar nuestra historia no es encontrar faltas en otros -del pasado o del presente-, ni tampoco el de derribar, sino el de aprender de sus errores y evitar repetirlos, a fin de que capturemos una nueva profundidad de la gran paciencia y misericordia de Dios. Debíamos considerar atentamente las palabras de Kenneth H. Wood, ex redactor de la *Review*:

Al conocer los errores de nuestros antepasados espirituales puede embargarnos la angustia y el pesar. Pero no podemos cambiar el pasado. No podemos reescribir la historia. Podemos, eso sí, aprender de ella y poner en orden nuestros propios corazones y hogares, ofreciendo al Espíritu Santo la mejor oportunidad para que efectúe su obra en nosotros. Solamente en la medida en que mantengamos una relación correcta con el mensaje de la justicia por la fe podemos esperar el derramamiento de la

lluvia tardía y la terminación de “la obra” (Kenneth H. Wood, “Editor’s Viewpoint: F. Y. I.-4”. *Review and Herald*, 18 noviembre 1972, 2).

Tal como sucede con *El retorno de la lluvia tardía*, el interés de *Herido en casa de sus amigos* se centra en acontecimientos clave en la historia del adventismo del séptimo día desde 1888 hasta el presente, y está fundamentado principalmente en fuentes primarias. En algunas de las notas (anunciadas con un asterisco *) se incluyen comentarios y / o puntos de vista puestos en contraste, tal como los expresan varios historiadores modernos del adventismo del séptimo día.

Capítulo 1

La lluvia tardía del Espíritu Santo

“No hay nada que Satanás tema tanto”, escribió Ellen White en 1887 mientras se encontraba en Europa, como que “el pueblo de Dios despeje el camino retirando todo obstáculo, de forma que el Señor pueda derramar su Espíritu Santo en una iglesia languideciente y en una congregación impenitente” (Ellen G. White, *The Church’s Great Need*”, *Review and Herald*, 22 marzo 1887). Por casi cuarenta años el adventismo había estado esperando los “tiempos del refrigerio” (Hechos 3:19), cuando se derramaría sobre la iglesia la lluvia tardía. Esta capacitaría y daría poder al mensaje del fuerte pregón de Apocalipsis 18 para que se esparciera eficazmente por el mundo.



Ellen White

En una de sus primeras visiones se dijo a Ellen White que “la lluvia tardía, el refrigerio de la presencia del Señor, el fuerte pregón del tercer ángel”, capacitaría al pueblo de Dios para “proclamar poderosamente la verdad” en medio de las circunstancias más probatorias (Ellen G. White, *Primeros escritos*, 271; noviembre 1857). La lluvia tardía y el fuerte pregón, si bien distintos entre sí, jamás se los puede separar -siendo la lluvia tardía la *causa*, y el fuerte pregón el *efecto*. Más bien que ser simplemente un *poder* divino acrecentado, la lluvia tardía -tal como sucedió en Pentecostés- traerá un incremento de *luz* y *comprensión*. Si se lo acepta, si se lo recibe en el corazón y se lo experimenta, ese mensaje que trae luz y poder dará al fuerte pregón la capacidad y el poder para envolver toda la tierra con el mensaje del evangelio de la gracia abundante de Dios para el tiempo del fin. Ellen White reiteraría esas conexiones muchas veces en los años que siguieron a la asamblea de Minneapolis:

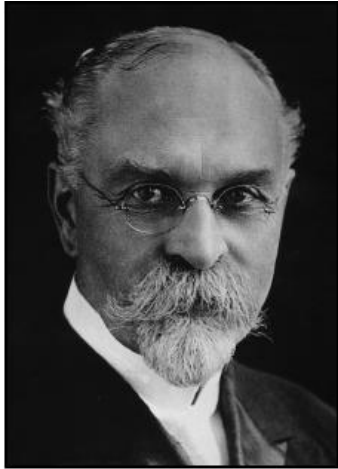
Cuando desciende del cielo el poderoso ángel vestido con la panoplia del cielo y da fuerza al tercer ángel, sienten *el poder del mensaje*. Caen sobre ellos los aguaceros celestiales. La lluvia tardía llena sus vasos (Ellen G. White, “The Necessity of Receiving the Holy Spirit”, *Signs of the Times*, 1 agosto 1892; original sin cursivas).

Quienes siguen la luz no tienen por qué albergar ansiedad por temor a que al producirse el derramamiento de la lluvia tardía no sean bautizados con el Espíritu Santo. Si hemos de recibir la luz del glorioso ángel que va a alumbrar la tierra con su gloria, asegúrenos de que nuestros corazones están limpios, vacíos del yo y vueltos hacia el cielo, a fin de estar listos para la lluvia tardía (Ellen G. White, “The Necessity of Receiving the Holy Spirit”, *Signs of the Times*, 1 agosto 1892; original sin cursivas).

Tenemos ahora las invitaciones de la misericordia a convertirnos en vasos para honra, y en tal caso no necesitamos preocuparnos respecto a la lluvia tardía; todo cuanto debemos hacer es mantener limpio el vaso y puesto boca arriba, listo para la recepción de la lluvia celestial, y mantenernos orando: ‘Que la lluvia tardía llene mi vaso. *Que brille sobre mí la luz del ángel glorioso que se une con el tercer ángel*. Dame una parte en la obra, permíteme dar voz a la proclamación, permíteme que colabore con Jesucristo (Ellen G. White, “Work and Baptism of Holy Spirit Needed”, Manuscrito 35, 26 septiembre 1891; en *Manuscript Releases*, vol. 1, 179; original sin cursivas).

Cuando se derramó el Espíritu desde lo alto [en el día de Pentecostés], *la iglesia quedó inundada de luz*, pero Cristo era la fuente de dicha luz; su nombre estaba en toda lengua, todo corazón estaba lleno de su amor. *Tal sucederá* cuando alumbre toda la tierra con su gloria el ángel que desciende del cielo teniendo grande poder (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 25b, 30 agosto 1892; en *1888 Materials*, 1017; original sin cursivas).

Otros, escribiendo en el contexto de 1888 y los años siguientes, han expresado esas mismas conexiones. A. G. Daniells, expresidente de la Asociación General, afirmó



A.G. Daniells

que los escritos de Ellen White emplazaban claramente “la visitación de la lluvia tardía junto al fuerte pregón, la revelación de la justicia de Cristo y la inundación de la tierra con la luz del mensaje del tercer ángel... Se verá que todos esos eventos están íntimamente asociados y operan simultáneamente... La aparición de uno señala la de todos los demás” (A. G. Daniells, *Christ Our Righteousness* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1926-, 59 y 62).

Leroy Froom, escribiendo sobre el mensaje de 1888, llegó a sugerir que la “lluvia tardía” era un “sinónimo del fuerte pregón” debido a la conexión estrecha e

inseparable existente entre ambos (Leroy E. Froom, *Movement of Destiny* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn. 1971-, 651). *Seventh-day Adventist Encyclopedia*, al describir la secuencia de eventos del tiempo del fin, afirma que “a su vez, la lluvia tardía capacita a la iglesia para llevar testimonio en el ‘fuerte pregón’ y para mantenerse firme en el último gran tiempo de angustia” (Don F. Neufeld, ed., “Latter Rain”, *Seventh-day Adventist Encyclopedia* - Washington, D. C.: Review and Herald Pub. Assn., 1995 2nd rev. ed.-, vol. 10, 905; original sin cursivas).



Leroy Froom

Woodrow Whidden resume tales ideas en su biografía de E. J. Waggoner: “El fuerte pregón es una expresión que los adventistas del séptimo día invocan frecuentemente para describir el papel de la iglesia remanente puesta en pie para proclamar eficazmente el último mensaje de misericordia y advertencia al mundo. Ese será *el efecto inmediato del poder del Espíritu Santo en la lluvia tardía*” * (Woodrow W. Whidden II, *E. J. Waggoner: From the Physician of Good News to Agent of Division*

-Hagerstown, MD: Review and Herald Pub. Assn., 2008-, nota al final, 211; original sin cursivas).

Nota 10: Si bien esa observación de Whidden es válida, el resto de su biografía sobre Waggoner adolece en gran parte del mismo abordaje editorial cuestionable que lastra la biografía de George Knight sobre A. T. Jones. Es difícil escapar a la constatación de que ambos autores estaban más interesados en promover su teología evangélica particular, que en ser honestos con nuestra historia adventista. Ver comentarios adicionales en la nota 30 del capítulo 3.

Este punto parece claro: el fuerte pregón no puede comenzar sin que haya comenzado previamente la lluvia tardía, sin que esta haya dotado al fuerte pregón de su luz y poder transformadores. Ambos van de la mano. La aparición de uno señala la presencia del otro.

Se acerca el congreso de la Asociación General de 1888

Estando en Europa entre 1885 y 1887 sólo unos meses antes de la asamblea de Minneapolis, a Ellen White se le hizo saber la importancia de los eventos que pronto tendrían lugar en la iglesia. Se le dijo: “Hay todavía mucha luz que ha de brillar a partir de la ley de Dios y del evangelio de justicia. Ese mensaje, comprendido en su verdadero carácter y proclamado en el Espíritu, va a alumbrar la tierra con su gloria... La obra final del mensaje del tercer ángel será asistida de un poder que esparcirá los rayos del Sol de justicia por todos los caminos y veredas de la vida”. Pero se le mostró también que el “espíritu que controló a los fariseos está asentando en este pueblo que ha sido altamente favorecido por Dios”. Esa condición permitiría a Satanás “obrar sobre los elementos no consagrados de la mente humana”, y muchos “no querían aceptar la luz según los cauces que Dios había dispuesto” (Ellen G. White, “To Brethren Assembled at General Conference”, Manuscrito 15, noviembre 1888; en *1888 Materials*, 165-166).

Esas vislumbres acerca de la condición del pastorado en la iglesia hicieron que Ellen White se sintiera “terriblemente temerosa de asistir a nuestra asamblea [1888]” (Ellen G. White, “Remarks After Reading an Article”, Manuscrito 26, octubre 1888; en *1888 Materials*, 154), situación que describiría en una carta circular dirigida a los

hermanos dirigentes calificándolo como “el encuentro más importante al que jamás hayáis asistido” (Ellen G. White a Brethren Who Shall Assemble in General Conference, Carta 20, 5 agosto 1888; en *1888 Materials*, 38). Con una asistencia estimada de unos 500, incluyendo a 96 delegados en representación de unos 27.000 miembros en todo el mundo, los resultados de aquel encuentro de líderes de iglesia habrían de tener un impacto perdurable en el movimiento adventista (Roger Coon, “Minneapolis/1888: The ‘Forgotten’ Issue”, Transcript of Loma Linda University Lecture, 23-25 octubre 1988, Ellen G. White Estate, Shelf Document, 7). No obstante, desde “el principio mismo” de las reuniones, Ellen White discernió un “espíritu que le preocupó” (Ellen G. White, Manuscrito 24, diciembre 1888; en *1888 Materials*, 206). A sólo dos días de haber comenzado el congreso, declaró con entusiasmo que “si así lo queremos, en este encuentro vendrá sobre nosotros el bautismo del Espíritu Santo” (Ellen G. White, “Morning Talk”, Manuscrito 6, 11 octubre 1888; en *1888 Materials*, 72). Pero tras haber hecho frente a actitudes farisaicas y a disensiones surgidas durante la asamblea pastoral que precedió al congreso de la Asociación General, no pudo por menos que preguntar: “¿Cómo nos va a encontrar el tiempo de la lluvia tardía?” (Ellen G. White, “Remarks After Reading an Article”, Manuscrito 26, octubre 1888; en *1888 Materials*, 162).

Ellen White pronto supo algo que expresó en esta frase: “El espíritu e influencia de los pastores que *en general* han acudido al encuentro, es el de *descartar la luz*” (Ellen G. White a G. I. Butler, Carta 21, 14 octubre 1888; en *1888 Materials*, 86; original sin cursivas), y afirmó también: “La oposición, más bien que la investigación, *está a la orden del día*” (Ellen G. White, “To Brethren Assembled at General Conference”, Manuscrito 15, noviembre 1888; en *1888 Materials*, 170; original sin cursivas). Cuando el Señor obró en medio de ellos, “algunos no recibieron la bendición. Habían tenido el privilegio de escuchar la más fiel predicación del evangelio, y habían oído el mensaje que Dios había dado a sus siervos para que se lo transmitieran a ellos, con sus corazones encadenados”. En lugar de alegrarse en el mensaje dado por Alonzo T. Jones y Ellet J. Waggoner, “dedicaron sus facultades a encontrar defectos en los mensajeros y en el mensaje, y contristaron al Espíritu de Dios”. Sin embargo, aquellos que “recibieron el mensaje, quedaron maravillados con la presentación de los dones gratuitos de Jesucristo” (Ellen G. White, “Experience Following Minneapolis Conference”, Manuscrito 30, junio 1889; en *1888 Materials*, 368).

El pastor G. B. Starr, que posteriormente compartiría diez años con Ellen White en Australia, fue uno de los que recibió ricas bendiciones en Minneapolis, donde se enfatizó “el tema de la justicia por la fe”. Allí había sido testigo de cómo Ellen White “diariamente ejercía su influencia en palabras decididas de apoyo a la presentación de este tema”. Starr recordaría también con posterioridad que ella “afirmó que eso marcó el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón del mensaje de los tres ángeles” (G. B. Starr, “Sixty-Two Years in the Highest University”, manuscrito no publicado, 8; en Document File 496, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).



F. H. Westphal

F. H. Westphal, quien llegó cuando la asamblea ya había comenzado (“Eighth Day’s Proceedings”, *General Conference Daily Bulletin*, 26 octubre 1888, 1), se gozó también en el mensaje, que resultó ser “dulce música para mi alma”. Regresó a su casa en Wisconsin “y dijo a la iglesia que la lluvia tardía había comenzado” (F. H. Westphal a L. E. Froom, 28 abril 1930; en L. E. Froom, *Movement of Destiny*, 262). Mientras que de una parte Ellen White se sintió compelida en Minneapolis a pronunciar palabras de apoyo a Jones y Waggoner, y al mensaje que enseñaron, de la otra se le dio instrucción para que expresara los “peligros de resistir al Espíritu de Dios” (Ellen G. White, “Light in God’s Word”, Manuscrito 37, n.d., 1890; en *1888 Materials*, 829). Como resultado de su apoyo a Jones y Waggoner, muchos pensaron que había “algo equivocado en su testimonio” y en la posición y obra que Dios le había asignado en la asamblea. “Fue despreciada por casi todos. La rebelión fue popular”. Un curso de acción como ese, declaró, fue “un insulto al Espíritu de Dios” (Ellen G. White to Children of the Household, Carta 14, 12 mayo 1889; en *1888 Materials*, 314; original sin cursivas). En la que pudo ser una de sus declaraciones más dramáticas respecto a 1888, Ellen White citó Zacarías 13:6 y lo aplicó a la forma en que se habían tratado en Minneapolis sus Testimonios inspirados dados en defensa del mensaje y los mensajeros: “Cristo fue herido en casa

de sus amigos” (Ellen G. White a J. Fargo, Carta 50, 2 mayo 1889; en *1888 Materials*, 296).

En fecha tan temprana como 1885, Ellen White había advertido acerca de que cuando vinieran a la iglesia los “más notables movimientos del Espíritu de Dios”, “se levantarán hermanos que, pretendiendo que todo se haga a su modo, manipularán la obra divina y la prohibirán” (Ellen G. White a W. C. White, Carta 35, 17 noviembre 1885, no publicada). De hecho, afirmó que era posible que “cuando venga el Espíritu de Dios, se lo llame *fanatismo*, tal como sucedió en el día de Pentecostés” (Ellen G. White a J. N. Loughborough, J. H. Waggoner, E. J. Waggoner, A. T. Jones; Carta 76, abril 1886; en *Manuscript Releases*, vol. 21 y 148; original sin cursivas). Esas temibles posibilidades se cumplieron en Minneapolis en 1888.

En los meses y años que siguieron a Minneapolis, Ellen White afirmó que “todos los reunidos en aquel encuentro tuvieron la oportunidad de posicionarse del lado de la verdad recibiendo el Espíritu Santo que Dios envió en un rico manantial de amor y misericordia. Pero... las manifestaciones del Espíritu Santo fueron atribuidas al fanatismo” (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 81, 31 mayo 1896; en *1888 Materials*, 1565). Tendría que declarar apenada: “Satanás tuvo éxito en impedir que fluyera hacia nuestros hermanos, en gran medida, el poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles” (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 96, 6 junio 1896; en *1888 Materials*, 1575). Tras el cambio de siglo, fue “instruida acerca de que la terrible experiencia en la asamblea de Minneapolis es uno de los capítulos más tristes en la historia de los creyentes en la verdad presente” (Ellen G. White a C. P. Bollman, Carta 179, 18 noviembre 1902; en *1888 Materials*, 1796).

Una oportunidad para el pueblo

Pero Dios es misericordioso. Las lluvias del cielo no cesarían antes de que el pueblo hubiera tenido la oportunidad de recibir el preciosísimo mensaje. En una de las últimas reuniones de la asamblea pastoral previa al congreso de Minneapolis, Ellen White hizo la pregunta: “¿De qué sirve que nos reunamos juntos y que acudan nuestros hermanos en el ministerio, si están aquí sólo para mantener al Espíritu de Dios alejado del pueblo? Si los pastores no quieren recibir la luz, quiero dar al pueblo

una oportunidad; quizá ellos puedan recibirla” (Ellen G. White, “Morning Talk,” Manuscrito 9, 24 octubre 1888; en *1888 Materials*, 151-152). Fiel a su palabra, Ellen White, junto con A. T. Jones y E. J. Waggoner y otros, llevaron el precioso mensaje a las iglesias alrededor del país en los meses que siguieron.

En el colegio adventista de South Lancaster, Massachussets, en enero de 1889, Ellen



Adventist School, South Lancaster, Massachusetts

White, A. T. Jones y S. N. Haskell predicaron en diez días de reuniones en los que “se compartió la sencilla historia de la cruz”. Ellen White describió posteriormente cómo “la gloria de Dios hizo presencia en aquel encuentro... pero no vino meramente a unos pocos, sino que en esta ocasión vino como una oleada sobre aquella congregación, y ¡qué gozo hubo entonces!” (Ellen G. White, “Sermon at Ashfield, Australia, Camp-meeting”, Manuscrito 49, 3 noviembre 1894; en *Manuscript Releases*, vol. 5, 234). S. N. Haskell escribió que las reuniones estuvieron “caracterizadas por el derramamiento

del Espíritu de Dios... De muchos se posesionó la solemne impresión de que se trataba de unas pocas gotas de lo que experimentarán quienes tomen parte en la conclusión de la obra -en el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel que madurará el grano para la cosecha”. Preguntó retóricamente: “¿Pudiera ser cierto que estamos realmente en medio del derramamiento del Espíritu Santo, que va a aumentar en poder y extensión hasta convertirse en el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel?” (S. N. Haskell, “The General Meeting at South Lancaster, Mass.”, *Review and Herald*, 29 enero 1889, 73).

Aquel año tuvieron lugar muchos otros encuentros campestres, y por fin el congreso de la Asociación General de 1889 en el que Ellen White, Jones y Waggoner compartieron el mensaje con resultados similares. Muchos conocieron una nueva

experiencia al escuchar y aceptar de corazón el mensaje presentado. Pero muchos otros, incluyendo a algunos de los hermanos en la dirección, continuaron luchando contra el mensaje y los mensajeros. Mientras asistía al encuentro campestre de Kansas, Ellen White escribió agudas observaciones a quienes continuaban con su obstinada resistencia: “¿No consideraréis que el Vigilante celestial discierne vuestra incredulidad y oposición? ¿Creéis que no vais a tener que enfrentaros a vuestras palabras de ridiculización y burla? Habéis tratado con desprecio hasta el derramamiento del Espíritu de Dios, pronunciando sobre él vuestro juicio impío” (Ellen G. White a Children of the Household, Carta 14, 12 mayo 1889; en *1888 Materials*, 320).

La asamblea de la Asociación General de 1889 comenzó con un espíritu diferente a la precedente de 1888. Durante el primer fin de semana de reuniones muchos dieron “testimonio de las bendiciones recibidas durante el año transcurrido, de la bendita luz que habían recibido y atesorado, que era la justificación por la fe”. Eso llevó a Ellen White a declarar que “el Espíritu del Señor estaba entre nosotros” (Ellen G. White, “Diary”, Manuscrito 22, octubre 1889, sección fechada el 20 de octubre; en *1888 Materials*, 454). Informó a su nuera, Mary White, de que “hasta aquí no se ha oído una sola voz de oposición. Parece prevalecer la unidad”. No obstante, añadió: “Al mismo tiempo, hay un cierto número de personas que aparentemente continúan donde estuvieron en Minneapolis” (Ellen G. White a Mary White, Carta 76, 29 octubre 1889; en *1888 Materials*, 450).

Pero hacia el final de la asamblea a Ellen White se le dieron advertencias del peligro que se avecinaba, debido a los planes que se estaban trazando rápidamente para poner la obra bajo el control de quienes persistían en su oposición al mensaje enviado por Dios. Ella era consciente de que se debía hacer algo; en caso contrario “muchos no estarán preparados para recibir la luz del ángel enviado desde el cielo para alumbrar toda la tierra con su gloria”. Comprendió que no estarían preparados para “el tiempo de la lluvia tardía, para recibir la gloria de Dios” si “albergaban raíces de amargura procedentes de la asamblea de Minneapolis”. Llegó al punto de afirmar que “Baal, Baal”, sería la elección resultante de la “infidelidad a Dios” que estaba incursionando en nuestras filas:

La religión de muchos entre nosotros será la del apóstata Israel, puesto que prefieren su camino y desechan el del Señor. La verdadera religión, la única religión de la Biblia, que enseña el perdón mediante los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, que presenta la justicia por la fe del Hijo de Dios, ha sido menospreciada, se ha hablado en su contra, se la ha ridiculizado. Se la ha denunciado por llevar a la excitación y el fanatismo (Ellen G. White a la Asociación General, Carta 24, octubre 1889; en *1888 Materials*, 442 y 445).

Capítulo 2

1889-1891: La asamblea pastoral y la asamblea de la Asociación General

La asamblea pastoral de 1889

El invierno siguiente, en la asamblea pastoral de 1889-1890 que tuvo lugar en Battle Creek, Ellen White haría un resumen de los resultados de los encuentros de la Asociación General de 1888 y de 1889: “Sé que [Cristo] tiene una bendición para nosotros. La tenía en Minneapolis, y la tenía en el tiempo [1889] del congreso de la Asociación General aquí [Battle Creek]. Pero no hubo recepción. Algunos recibieron la luz enviada al pueblo y se gozaron en ella. Hubo también otros que se mantuvieron en su posición anterior, y eso ha dado pie para que otros expresen incredulidad y se aferren a ella” (Ellen G. White, “Sermón”, Manuscrito 2, 16 marzo 1890; en *1888 Materials*, 640).

La controversia continuó durante la asamblea pastoral de 1890, en la que volvieron a surgir una vez más los temas de los pactos y la ley en Gálatas. Hubo dos reuniones especiales en las que Ellen White, Jones y Waggoner dieron explicaciones con el propósito de traer reconciliación y resolver la controversia que había existido desde antes de Minneapolis y que había ocasionado que se dudara incluso de los propios Testimonios. Aquellas reuniones tuvieron un éxito limitado (Ron Duffield, *The Return of the Latter Rain*, vol. 1 -Mt. Shasta, CA: 4th Angel Publishers, 3rd ed., 2014-, 317-416). Si bien algunos llegaron a ver las cosas de otra manera, muchos persistieron en su curso malvado. Ellen White describió a los congregados allí cuáles serían los resultados finales del primer encuentro: “En el vestíbulo de la capilla [ayer] el poder de Dios estaba a punto de caer sobre nosotros. Por un poco de tiempo sentí como si pudiera mirar directamente a la gloria; pero el espíritu que allí había lo ahuyentó” (Ellen G. White, “Sermon: Cherishing Faith, Not Doubt”, Manuscrito 2, 16 marzo 1890; en *1888 Materials*, 616). Meses más tarde comentaría el desarrollo de la segunda reunión en una carta dirigida a Uriah Smith, redactor jefe de *Review and Herald* y oponente destacado al mensaje: “Estaba teniendo lugar la segunda

reunión, el sábado en el despacho de la capilla, cuando el Espíritu del Señor se acercó a nosotros. Cristo llamó a la puerta pidiendo entrar, pero no hubo sitio para él, no se le abrió la puerta, y la luz de su gloria, tan cercana como estaba, se retiró” (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 73, 25 noviembre 1890; en *1888 Materials*, 734).

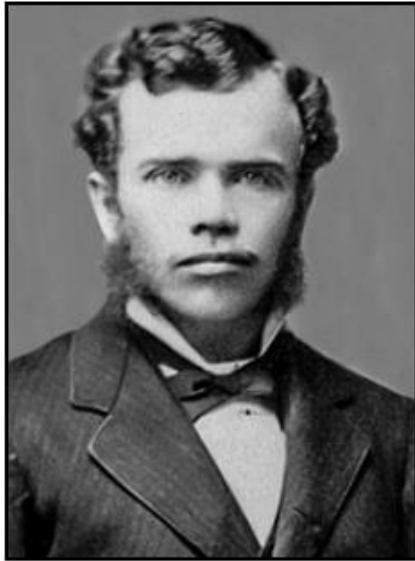
En un artículo publicado en la *Review* dos meses después de la asamblea pastoral, Ellen White continuó animando a los hermanos a que se entregaran completamente a Cristo. Era momento de elegir entre Cristo y Baal, no de “dudar entre depender de la justicia de Cristo o depender de tu propia justicia”. Dios había enviado un mensaje de “verdad y justicia”, y estaba llamando a todos a “exaltar a Jesús”. Sin embargo, muchos se estaban apartando del mensaje y criticando a los mensajeros -Jones y Waggoner-, situación que de no cambiar traería temibles resultados:

Dios ha suscitado a sus mensajeros para que hagan su obra para este tiempo. Algunos han abandonado el mensaje de la justicia de Cristo para criticar al hombre y sus imperfecciones, aduciendo que no presentan el mensaje de verdad con toda la gracia y pulcritud deseables. ‘Tienen demasiado celo, son demasiado efusivos, hablan de forma demasiado positiva, y el mensaje que de otra forma traería sanación, vida y consuelo a muchas almas agotadas y oprimidas, es en cierto modo excluido’... Cristo ha registrado toda la habladuría implacable, orgullosa y burlona dirigida contra sus siervos, como si lo hubiera sido contra él mismo.

No se comprenderá el mensaje del tercer ángel; aquellos que rehúsan caminar en su gloria acrecentada dirán que la luz que ha de alumbrar la tierra con su gloria es una luz falsa. La obra que se hubiera podido realizar, quedará pendiente debido a los que rechazan la verdad por su incredulidad. A vosotros que os oponéis a la luz, os suplicamos que os apartéis del camino del pueblo de Dios” * (Ellen G. White, “Living Channels of Light”, *Review and Herald*, 27 mayo 1890, p. 321; en *1888 Materials*, 673).

Nota 5: El mismo criticismo existe aún hasta el día de hoy respecto a Jones y Waggoner, y se lo encuentra en los escritos de diversos especialistas en la historia de nuestra iglesia que han tratado el tema de la asamblea de 1888 y lo que siguió. Ver comentarios en la nota 30 del capítulo 3.

Escribiendo al presidente de la Asociación General -O. A. Olsen- el verano de 1890, Ellen White compartió lo que se le había mostrado acerca de los males existentes en



E. J. Waggoner

muchas de las Asociaciones por todo el país. El espíritu de resistencia que se había manifestado “ante la presentación de la justicia de Cristo como nuestra única esperanza, ha contristado al Espíritu de Dios”, afirmó. Le ocasionó una profunda tristeza “ver que aquellos que debieran haber dado a la trompeta un sonido certero... para preparar al pueblo para el día del Señor” se dispusieron como vigilantes para impedir el camino. Satanás vio que era “el momento para dar un golpe”, y aquellos que debieran haber permanecido en apoyo de la luz de la verdad, se opusieron al mensaje mismo enviado por Dios. El mensaje enviado a través de A. T. Jones y E. J. Waggoner fue “percibido por muchos como erróneo, y clamaron: ‘Peligro, fanatismo’, siendo que no hay herejía ni fanatismo” (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 116, 27 agosto 1890; en *1888 Materials*, 703).

La asamblea pastoral de 1890-1891 trajo mejores resultados; se hicieron algunas confesiones (que en el caso de muchos no fueron muy duraderas). Ellen White se alegró de que en aquella “sesión de minucioso escrutinio de las Escrituras” los corazones de los asistentes “no fueron aherrojados imposibilitando que los rayos de luz penetraran en las cámaras oscuras de la mente y que el poder santificante limpiara y refinara el templo del alma”. Ella testificó que durante aquel tiempo especial de estudio en la asamblea, hubo momentos “en los que no hubo cuestionamiento en la clase, sino que el Consolador, el Espíritu Santo de Dios, efectuó su obra”. Muchos de los estudiantes dieron testimonios preciosos, y “salieron a la labor confiando en que la agencia del Espíritu Santo los hiciera eficientes” (Ellen G. White a Brethren Fulton and Burke, Carta 3, 20 marzo 1891; en *Manuscript Releases*, vol. 3, 194).

También E. J. Waggoner se alegró junto a Ellen White. A principios de enero de 1891 afirmó “que allí había una atmósfera completamente diferente de la que hubo

en la asamblea pastoral” del año precedente (Ellen G. White, “Diary”, Manuscrito 40, enero 1891; en Robert W. Olson, compiler, “The Salamanca Vision and the 1890 Diary”, Ellen G. White Estate Document, 1983, 69). No obstante, esa misma noche el Señor mostró a Ellen White “muchas cosas que estaban ocurriendo en Battle Creek, en el propio corazón de la obra, que son contrarias a los principios que la palabra de Dios define claramente”. Se estaba estableciendo un complot que obstaculizaría el plan divino, ante lo cual Ellen White declaró: “Se insulta a Dios” (Ellen G. White, “Diary”, Manuscrito 40, enero 1891, sección fechada 11 enero; en *1888 Materials*, 877-878). Así, Satanás estaba obrando para contrarrestar lo que Dios procuraba hacer mediante la manifestación de su Espíritu Santo.

La noche en que terminó la asamblea pastoral, Ellen White habló sobre “asuntos que me impresionaban profundamente”. Se refirió al temor que expresaban algunos *que*



Tabernacle in Battle Creek

no habían estado presentes en la asamblea, quienes opinaban que “había peligro de llevar el tema de la justificación por la fe demasiado lejos, y de no centrarse suficientemente en la ley”. Pero ella no veía “causa para la alarma”, y consideraba que tales temores “eran injustificados”. La Biblia, y sólo la Biblia había sido el tema de investigación en la asamblea. Sin embargo, de entre aquellos que no habían asistido, muchos tenían una religión “fría, glacial”; los “corazones de no pocos permanecen aún carentes de ternura y sometimiento” (Ellen G. White, “Christ Our Righteousness”, Diary, Manuscrito 21, 27 febrero 1891; en *1888 Materials*, 890 y 896; original sin cursivas).

Asamblea de la Asociación General de 1891

Ellen White llevó la misma carga a la asamblea de la Asociación General de 1891 que tuvo lugar del 5 al 24 de marzo. Hablando a un numeroso auditorio reunido en el tabernáculo de Battle Creek, Ellen White se refirió a la “luz acrecentada” que Dios tenía para ellos, y a las grandes bendiciones que “vienen con la recepción de esa luz”. Pero cuando vio a sus propios hermanos “encendidos por el odio contra los mensajes y los mensajeros de Dios”, pensó en “escenas similares en la vida de Cristo y de los reformadores”. Tristemente, “la recepción dada a los siervos de Dios en las edades pasadas es la misma que reciben hoy aquellos a través de los cuales Dios está enviando preciosos rayos de luz. Los dirigentes del pueblo siguen hoy el mismo curso de acción que los judíos”. Trazando un paralelismo entre la forma en que los judíos trataron a Cristo y la forma en se habían tratado el mensaje y mensajeros de 1888, Ellen White se refirió al pecado contra el Espíritu Santo y a los tristes resultados de atribuir la obra de Dios al fanatismo:

[Cristo] dice a sus seguidores que todo tipo de pecado y blasfemia pueden ser perdonados si se cometieron en la ignorancia. En su gran ceguera podían pronunciar palabras de insulto y burla contra el Hijo del hombre, y a pesar de ello, permanecer todavía dentro de los límites de la misericordia. Pero cuando el poder del Espíritu de Dios descansó sobre sus mensajeros, estaban pisando tierra santa. Ignorar al Espíritu de Dios, acusarlo de ser el espíritu del diablo, los puso en una situación en la que Dios no tenía poder para alcanzar sus almas. Ningún poder en ninguna de las provisiones divinas podía alcanzarlos a fin de corregir a los errantes.

Algunos en Battle Creek van a alcanzar sin duda ese punto si es que no cambian su curso de acción. Se van a colocar en una situación en la que ninguno de los medios ordenados por Dios va a ser capaz de enderezarlos... Levantar la voz contra Cristo, atribuyendo su obra a los agentes satánicos, y las manifestaciones del Espíritu Santo al fanatismo, no es en sí mismo un pecado causante de condenación, pero el espíritu que lleva a los hombres a hacer esas aserciones los sitúa en una posición de resistencia obstinada en la que son incapaces de ver la luz espiritual. Algunos nunca regresarán, nunca humillarán sus corazones reconociendo

sus errores, sino que, como los judíos, seguirán continuamente haciendo aserciones que confundirán a otros...

En este tiempo se ha resistido por largo tiempo la luz procedente del trono de Dios como si fuera algo objetable. Se la ha considerado tinieblas y se la ha etiquetado de fanatismo: algo peligroso de lo que hay que apartarse. De esa forma los hombres se han convertido en postes indicadores que señalan la dirección equivocada. Han seguido el ejemplo establecido por el pueblo judío... Si todos los que hacen profesión de creer la verdad presente hubieran abierto sus corazones para recibir el mensaje y el espíritu de verdad, que es la misericordia, justicia y amor de Dios, no se habrían congregado alrededor de unas tinieblas tan densas como para no discernir la luz. No habrían llamado fanatismo y error a las operaciones del Espíritu Santo” (Ellen G. White “Article Read in the Auditorium of the Battle Creek Tabernacle to a Large Assembly, at the General Conference March 1891”, Manuscrito 30, 1890, en *1888 Materials*, 911-912 y 915-916).

Volvió a abordar el mismo tema en la última noche de la asamblea de la Asociación General. Algunos habían exhibido “un espíritu farisaico de prejuicio y de crítica”, y tan pronto como cedieron a eso, “los ángeles santos se fueron”. Ellen White observó que poseían “en gran medida el mismo espíritu que se hizo patente en la asamblea de Minneapolis”. Sus mentes estaban todavía en 1891 bajo el mismo engaño que en 1888. Muchos seguían “consintiendo el escepticismo y la infidelidad”, y rehusaban aceptar el mensaje que Dios había enviado. Ellen White abordó ahora la pretensión de que el propio mensaje era fanatismo:

En la obra de reavivamiento que ha estado avanzando aquí durante el pasado invierno no hemos visto fanatismo, pero os diré lo que yo he visto: he visto a hombres que estaban tan seguros de sí mismos, tan tercos, que sus corazones estaban rodeados de tinieblas. Toda la luz que el Cielo les ha enviado misericordiosamente la interpretan como oscuridad...

Si se hubieran recibido los brillantes rayos del Sol de justicia, habrían alumbrado el templo del alma, habrían expulsado a los compradores y vendedores, las opiniones orgullosas y la pasión de la carne. Pero hay

algunos que han criticado y despreciado, e incluso se han rebajado a ridiculizar a los mensajeros a través de quienes el Señor ha traído poder (Ellen G. White, “Our Present Dangers”, Charla dada el 24 marzo 1891, *General Conference Daily Bulletin*, 13 abril 1891, 257 y 260; en *1888 Materials*, 901 y 904).

En la organización eclesiástica se propagaron actitudes tan negativas como esas hacia el mensaje de 1888. A Ellen White se le mostraron los peligros que iban a amenazar la iglesia mediante “la formación de un complot que haría que Battle Creek viniera a ser como Roma”, afectando así a la obra en todo el mundo (Ellen G. White a The General Conference Committee and the Publishing Boards of the Review and Herald and Pacific Press, Carta 71, 8 abril 1894; en *The Publishing Ministry*, 144). Hombres en posiciones de responsabilidad que no iban a “andar en la luz” que Dios estaba enviando, “trajeron el desastre a la causa y reproche al pueblo” mediante su funesta influencia (Ellen G. White a A. R. Henry, Carta 41, 16 mayo 1898; en *1888 Materials*, 1663-1664).

Diez años más tarde, Ellen White haría una mirada retrospectiva al congreso de la Asociación General de 1891, y escribió que “el Espíritu y el poder de Dios vinieron a nuestro encuentro, testificando que Dios estaba dispuesto a obrar por su pueblo si este se disponía a trabajar”; sin embargo, los hermanos simplemente “asintieron a la luz”. Hubo aquellos “conectados con nuestras instituciones, especialmente con la oficina de Review and Herald y la Asociación [General], que trajeron elementos de incredulidad, de forma que no se actuara según la luz dada”. Eso llevó a una condición de cosas tal, que el poder de Dios no se pudo manifestar en el seno de su pueblo (Ellen G. White, “Remarks at [the 1901] General Conference”, *General Conference Bulletin*, 3 abril 1901, 23; en *1888 Materials*, 1743).

En medio de los llamamientos de Ellen White a aceptar el mensaje de 1888 y a reconsiderar cambios organizativos necesarios en la asamblea de la Asociación General de 1891, se fraguó un plan para enviarla a Australia junto a sus asistentes y a su hijo W. C. White (“Proceedings of the Board of Foreign Missions”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 abril 1891, 256). Años después ella dejaría claro que el Señor no estuvo en su salida de América. Pero fuerzas poderosas en el corazón de

la obra estaban muy determinadas a que ella se fuera. Como sucede siempre, el Señor no forzó las cosas, sino que permitió a su pueblo elegir su propio camino:

El Señor no estuvo en nuestra salida de América. No reveló que fuera su voluntad que yo abandonara Battle Creek. No planeó tal cosa, sino que os dejó a todos vosotros proceder según vuestras propias ideas. El Señor habría dejado a W. C. White, a su madre y a sus asistentes en América. Éramos necesarios en el corazón de la obra. Si vuestra percepción espiritual hubiera discernido cuál era la verdadera situación, jamás habríais consentido las acciones emprendidas. Pero el Señor lee los corazones de todos. Había un deseo tan grande de que nos fuéramos, que el Señor permitió que tal cosa sucediera. Los que estaban hartos de los testimonios traídos, lograron librarse de las personas que les molestaban. Nuestra separación de Battle Creek sirvió para permitir que los hombres siguieran su propia voluntad y camino, que ellos estimaban superior al camino del Señor (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 127, 1 diciembre 1896; en *1888 Materials*, 1622-1624. Para mayor información sobre el exilio de Ellen White a Australia, ver *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1 y 2).

Estando ausente Ellen White, no es sólo que la rebelión contra el mensaje de 1888 continuó por años esparciéndose entre muchos que ocupaban puestos clave en el liderazgo, sino que afectó también al consejo que el Cielo había dado relativo a casi cualquier otra área del movimiento adventista. Un desdén tal hacia el consejo del Cielo desembocaría en desafíos formidables para la iglesia al poco tiempo de regresar Ellen White a América, en 1901.

No obstante, no todo fueron tinieblas en la asamblea de la Asociación General de 1891. Tal como fue el caso en las asambleas de 1888 y 1889, el Espíritu Santo estaba velando sobre el pueblo remanente de Dios, procurando alumbrarlo y darle poder para los tiempos turbulentos que pronto vendrían sobre él y para prepararlo para llevar el mensaje del fuerte pregón al mundo. Cada día temprano, entre las 5:30 y las 6:30, se hacían reuniones de pastores. El *Daily Bulletin* anunció que la mayoría de los asistentes salieron con el “sentimiento de haber recibido una bendición especial de Dios, y que podían regresar a sus campos de labor confiados en que su Espíritu

asistiría sus labores en el futuro más de lo que había hecho en el pasado”. Tal evidencia parecía indicar que Dios estaba “esperando bendecir grandemente a su pueblo, que tan pronto como se colocaran en la correcta relación con él, aquellos poderes de la gracia divina caerían sobre ellos enterneciendo sus corazones y dándoles poder para la proclamación de las verdades del evangelio” (W. A. Colcord, “The General Conference”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 abril 1891, 251). Dios quería verdaderamente derramar la lluvia tardía para dar luz y poder a su pueblo.

Ellen White tenía el mismo sentimiento. Asistió a todas las reuniones matinales con la excepción de tres de ellas, y pudo hablar “en gran libertad a los pastores”. Declaró confiadamente que el Señor había estado en medio de ellos y que habían “visto su salvación”. De hecho, sintió que nunca había asistido a reuniones “donde se manifestara tanto del Espíritu del Señor en el estudio de su palabra, como en aquella ocasión”. Aquellas reuniones “tuvieron un carácter solemne. Hubo sentimientos profundos, acción de gracias y alabanzas ofrecidas a Dios por su preciosa bendición otorgada en el estudio de su palabra” (Ellen G. White a Brethren Fulton and Burke, Carta 3, 20 marzo 1891; en *Manuscript Releases*, vol. 3, 194). Algunos que habían ido a aprender dieron testimonio de cómo finalmente habían llegado a creer que Cristo realmente “había perdonado sus pecados”. Ellen White expresó gozo porque aunque se hubiera “aprendido en la undécima hora”, no era demasiado tarde para “enmendar los errores”. Amonestó a todos a que “expulsaran cada partícula de la raíz de amargura” que se había “implantado en tantos corazones” desde la asamblea de Minneapolis (Ellen G. White, “Our Present Danger”, sermón dado en la Asociación General, 24 marzo 1891; en *General Conference Daily Bulletin*, 13 abril 1891, 261 y 257).

Hubo también otras reuniones en las que estaba previsto que se compartiera el mensaje de la verdad presente. Debido a que tantos habían resultado bendecidos mediante la escuela pastoral que tuvo lugar en los meses previos a la asamblea de la Asociación General, se invitó ahora a todos a que asistieran a reuniones diarias de una hora de estudio de la Biblia “a fin de dar al mayor número posible algunos de los beneficios de aquella escuela” (“Ministers’ School”, *General Conference Daily Bulletin*, 6 marzo 1891, 4). W. W. Prescott y E. J. Waggoner serían los ponentes principales para predicar cada mañana a las 9. No obstante, debido al “gran interés

manifestado por la iglesia de Battle Creek, los estudiantes del Colegio y los asistentes del Sanatorio, así como otros en la oficina de la *Review*”, se cambió el horario a las 7 de la tarde “a fin de acomodar a todos” (“Bible Study”, *General Conference Daily Bulletin*, 6 marzo 1891, 15).

La primera semana, W. W. Prescott presentó una serie sobre “el tema de la Biblia y la palabra inspirada de Dios”. Su énfasis consistió en que “no pueden existir grados



W. W. Prescott

de inspiración. Aceptamos la totalidad de la Palabra como viniendo igualmente del Señor”. Continuó haciendo ver que “tan pronto como decidimos que una parte de Escritura es más inspirada que otra, tenemos una Biblia hecha por el hombre, que es realmente inútil como norma del bien y del mal”. Una visión defectuosa como esa de las Escrituras estaba llevando a “una fe dubitativa” y privaba a las personas de su “fuente de poder” (Reseña editorial, “Bible Study”, *General Conference Daily Bulletin*, 6 marzo 1891, 15).

Resulta evidente que Prescott estaba respondiendo a las falsas enseñanzas de, entre otros, el expresidente de la Asociación General, G. I. Butler, quien no solamente había escrito una serie de artículos en la *Review* en los que

presentaba el concepto de que sólo ciertas partes de las Escrituras eran realmente inspiradas (G. I. Butler, “Inspiration, No. 1-10”, *Review and Herald*, 8, 15, 22 y 29 enero; 5 febrero; 15 abril 22; 6, 27 mayo; 3 junio 1884, 24, 41, 57, 73, 89, 249, 265, 296, 345 y 361), sino que también enseñó ese mismo punto de vista en el colegio de Battle Creek (Roger W. Coon, *Inspiration/Revelation: What It Is and How It Works*, White Estate Shelf Document, 73-74). Se habían aplicado idénticos conceptos - erróneos- al Espíritu de Profecía, a los escritos de Ellen White, despojándolos de su plena inspiración y autoridad. Ellen White respondió afirmando que “el Señor no inspiró los artículos sobre la inspiración publicados en la *Review*, ni tampoco aprobó que se los presentara ante nuestra juventud en el colegio” (Ellen G. White a R. A.

Underwood, Carta 22, 18 enero 1889; en *1888 Materials*, 238). El rechazo al consejo dado por Dios en Minneapolis a través de Ellen White se debía en parte a teorías como esa, que estaban “anulando su efecto” (Ellen G. White, “To Brethren Assembled at General Conference”, Manuscrito 15, noviembre 1888; en *1888 Materials*, 173-174. Ver también Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 14, 11 diciembre 1891; en *1888 Materials*, 975-976).

El comienzo del fuerte pregón

Tras la serie de Prescott siguió una serie de dieciséis presentaciones sobre el libro de Romanos por parte de Waggoner, que se extendió hasta el final de la asamblea de la Asociación General. Su tema fue la “justificación por la fe” basada en los primeros ocho capítulos, “que fueron considerados en orden consecutivo”. W. A. Colcord percibió que “todos los presentes apreciaron grandemente el estudio de la Biblia, que constituyó un asunto muy provechoso para la asamblea” (W. A. Colcord, “The General Conference”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 abril 1891, 251).

En su última presentación del libro de Romanos la noche de la clausura del congreso, Waggoner proclamó que “el poder de la palabra de Cristo obra también justicia en nosotros. La predicación de la cruz de Cristo presenta al hombre la vida y la inmortalidad. Es la predicación de la cruz de Cristo la que advierte a los hombres contra la destrucción. Nos libra de las trampas del mundo y nos da acceso a la gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. Ese había sido su tema en las dieciséis presentaciones: presentar a Cristo en todas las doctrinas distintivas adventistas:

Mientras nos mantenemos leales al mensaje del tercer ángel y a todas las doctrinas que nos distinguen del mundo, propongámonos no saber nada, excepto a Jesucristo y a Jesucristo crucificado: él es el poder de Dios para salvación. Es el evangelio eterno, que preparará a los hombres para el juicio que ha comenzado ya. Y ciertamente, si ese primer ángel declaró: “Temed a Dios y dadle honra, porque la hora de su juicio es venida”, cuánto más habríamos de declarar ese mensaje -el evangelio eterno- ahora,

cuando el juicio no es ya que esté por venir, sino que está a punto de concluir.

Doy gracias a Dios por estar revelándonos las verdades de su palabra, y por habernos mostrado que el mensaje del tercer ángel es el evangelio pleno de Jesucristo nuestro Señor. ¿Por qué sabemos mucho más sobre la palabra de Dios? Porque Dios está revelando a Cristo a nosotros, y en nosotros. Todo cuanto sabemos sobre el poder de Cristo, lo sabemos por la palabra, y por ella somos limpiados del pecado. Nuestra fe se aferra a Cristo, quien viene a ser una realidad en nuestros corazones y vidas.

Cuando tenemos la fe firme en que Cristo habita en nosotros, podemos salir a obrar con poder en favor de otros y juntar nuestras voces con las de los ángeles del cielo; entonces el mensaje avanzará con un fuerte pregón. La razón por la que no lo ha hecho aún es porque no lo hemos captado en su plenitud. En el pasado muchos de nosotros no hemos tenido el corazón del mensaje, consistente en que Cristo lo es todo.

Cuando tenemos a Cristo, lo tenemos todo, y sabemos qué poder hay en él. Nos entregamos él; entonces el poder descansará sobre nosotros, la palabra que predicamos avanzará con poder y el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel estará aquí. Esta noche me alegro en la confianza de que el fuerte pregón está ahora comenzando” (E. J. Waggoner, “Bible Study Letter to the Romans, No. 16”, *General Conference Daily Bulletin*, 25 marzo 1891, 245-246).

Waggoner dio el verdadero significado del mensaje “Cristo lo es todo”, un mensaje que se ha distorsionado modernamente en el mantra: “Jesús. Todo” (The One Project, a través de su filosofía de iglesia emergente, expresa conceptos que son la falsificación del verdadero mensaje de 1888. Ver Ron Duffield, “The Emerging One Project?”, presentación PowerPoint en diez partes, disponible contactando con el autor en theemergingoneproject@gmail.com). Waggoner creía que una iglesia adventista llena de miembros que se gozasen y experimentasen el mensaje de la justicia por la fe, habría de ser una iglesia alumbrada y con el poder para dar ese mensaje al mundo con un fuerte pregón. Eso tendría lugar solamente a través del derramamiento de la lluvia tardía, que era en esencia el resultado de una experiencia

acumulada con la lluvia temprana (Percy T. Megan, “Our Future Work,” *Bible Echo and Signs of the Times*, 15 febrero 1891, 60). En marzo de 1891, Waggoner se pudo alegrar en la confianza de que por entonces estaba comenzando el fuerte pregón.

El poderoso mensaje del evangelio que Waggoner presentaba no sólo llegó a los de Battle Creek, sino que a través de las páginas del *General Conference Bulletin* encontró su camino hacia todo el mundo. A. G. Daniells testificó más tarde a propósito de que “en la asamblea de 1891, mientras los pastores que estaban predicando el mensaje daban esos sermones inspiradores”, “las poderosas pulsaciones de sus reuniones en este tabernáculo se sintieron por todo el globo”. En Australia se sintió el poder del mensaje. Cuando llegaron los *Bulletin* y comenzaron a leerlos, “sus corazones se conmovieron”. Daniells recordaba haber “visto a nuestros hermanos sentarse a leer aquellos mensajes con lágrimas corriéndoles por las mejillas; los vi profundamente conmovidos por el poder que había en el mensaje, aun siendo sólo en su forma impresa en el *Bulletin*”. Pero no fueron sólo sus compañeros en la obra quienes experimentaron un cambio en su vida: el propio Daniells fue verdaderamente bendecido:

Yo mismo lo sentí. Justamente antes de llegar los *Bulletin*, me sentí poderosamente llamado a este capítulo noveno de Romanos: “¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la ley”. Esa escritura estuvo dando vueltas en mi mente por días, antes de que llegaran los primeros *Bulletin*. Estaba siempre ante mi atención, y cuando llegaron los *Bulletin* y comenzamos a leer el mensaje, ¡oh!, ese mensaje se apoderó de nosotros. Nuestros hermanos solían levantarse muy temprano en la mañana, mucho antes que amaneciera, a tomar esos *Bulletin* y estudiar esas charlas y estudios bíblicos. Aunque su atención nunca antes se había dirigido al mensaje, al leer los *Bulletin* caían sobre sus rodillas y encontraban la justicia que viene por la fe” (A. G. Daniells, “Sermón, 14 abril 1901”, *General Conference Bulletin*, 16 abril 1901, 272).

En junio de 1891, W. W. Stebbins animó a los lectores a suscribirse a la *Review*, y “a tantos más de nuestros periódicos como fuera posible”, así como a “orar sin cesar, a beber la lluvia tardía, a magnificar el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel en su avance alrededor del mundo”. Animó también a sus hermanos a que asistieran a los próximos encuentros campestres y otros, porque -afirmó: “Es razonable creer que en un futuro muy próximo, en uno de nuestros encuentros multitudinarios, estando ‘todos unánimes en un lugar’, caerá sobre nosotros la lluvia tardía de forma remarcable. Ciertamente no se puede cuestionar que se ha oído ya un ‘estruendo del cielo’, el heraldo de un glorioso despertar”. Sabía que es en esas convocaciones donde los miembros podían “captar más y más del espíritu del mensaje tal cual es hoy” (W. W. Stebbins, “Reflections Upon Visiting the Lonely Ones”, *Review and Herald*, 23 junio 1891, 386).

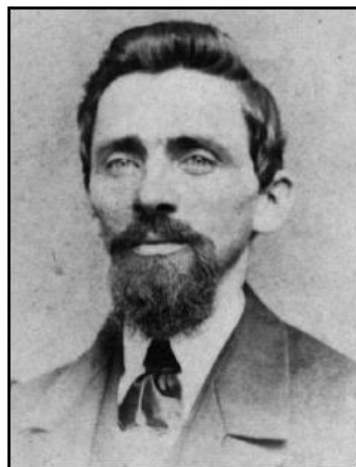


P. T. Magan

No fue sólo en Estados Unidos donde se hizo evidente que el poder de Dios estaba obrando. Cuando P. T. Magan vio a cristianos en Rusia rompiendo con las tradiciones de la Iglesia Ortodoxa por aquel mismo tiempo y procurando mayor luz a partir de las Escrituras, supo que era sólo por el poder de Dios, quien estaba capacitándolos para que dieran esos pasos hacia delante. “Ciertamente”, afirmó, “la obra final del evangelio comienza a avanzar con un ‘fuerte pregón’, y pronto será abreviado en justicia” (P. T. Magan, “Evangelical Dissent in the Russian Church”, *Review and Herald*, 26 mayo 1891, 326).

S. McCullagh escribió que “parecía como si estuviéramos comenzando a recibir algunos de los aguaceros de la lluvia tardía” en algunas de las reuniones impresionantes que tuvieron lugar en Nueva Zelanda. “¿Por qué no habríamos de recibir ahora grandes bendiciones?”, preguntó; “lo haremos, si vamos allí donde Jesús nos está llamando” (S. McCullagh, “Palmerston and Napier, Nueva Zelanda”, *Bible Echo and Signs of the Times*, 1 julio 1891, 204).

Aquel verano, varias reuniones campestres en diversos lugares de Estados Unidos fueron calificadas como “la mayor reunión” que jamás hubo entre los adventistas. En el encuentro campestre de Ohio de finales de agosto, J. N. Loughborough, un veterano pionero adventista, compartió “fotos de los primeros tiempos y del poder que asistió la proclamación del primer mensaje”. A. T. Jones y W. W. Prescott predicaron también en las reuniones, y el “asunto de la justicia por la fe fue el principal gran tema del encuentro”.

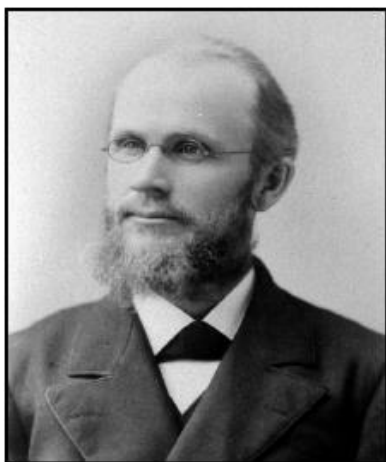


J. N. Loughborough

L. A. Smith informó que jamás había “visto un campamento tan impregnado e imbuido del sentimiento de alabanza a Dios. En las tempranas reuniones matinales, en el culto familiar, en todo el resto de reuniones de oración, fue el tema de todo testimonio y el pensamiento de todo corazón” (L. A. Smith, “The Ohio Camp-meeting”, *Review and Herald*, 1 septiembre 1891, 552-553). Loughborough, quien había participado en el clamor de media noche del movimiento millerita, dio testimonio de “que el encuentro campestre de Ohio fue lo más próximo a un derramamiento pentecostal del Espíritu de Dios que haya presenciado desde 1844. ¡Alabado sea su gran nombre! Cuando este querido pueblo se levantó en respuesta al llamado de la palabra de Dios para dedicarse a él, Dios vino realmente muy cerca” (J. N. Loughborough, “Ohio Camp-Meeting”, *Review and Herald*, 15 septiembre 1891, 571).

Aún no había pasado a los anales de la historia el año 1891, cuando Ellen White declaró que había comenzado el fuerte pregón. Predicando en el encuentro campestre de Lansing, Michigan, a comienzos de septiembre, proclamó que “el mensaje del tercer ángel está creciendo hasta convertirse en un fuerte pregón, y no debéis sentirnos en libertad de descuidar el deber presente y no obstante albergar la idea de que en algún tiempo futuro vais a ser los recipientes de gran bendición”. “Hoy”, advirtió, “debéis tener vuestro vaso purificado, a fin de estar preparado para el rocío celestial, para los aguaceros de la lluvia tardía” (Ellen G. White, “It Is Not for You to Know the Times and the Seasons”, sermón en Lansing, Michigan, 5 septiembre 1891; en *1888 Materials*, 958).

O. A. Olsen sintió que el Señor dio a Ellen White “gran libertad y mucho poder cuando habló al pueblo”. No creyó “haberla oído jamás hablar con mayor fuerza, claridad y poder de Dios, que en aquella ocasión”. E. J. Waggoner y otros se esforzaron también en favor del pueblo, y “muchos que vinieron al encuentro habiendo tenido una experiencia incierta, salieron gozándose en el amor de Dios”. Sin embargo, Olsen observó: “De modo alguno hubo especial excitación, sino que todo corazón fue profundamente conmovido y parecía haber un sentimiento remarcable de la presencia de Dios” (O. A. Olsen, “A Good Camp-Meeting”, *Review and Herald*, 29 septiembre 1891, 601).



J. O. Corliss

En Michigan se animó a los adventistas a que asistieran a las reuniones generales durante los meses de invierno, en los que se dieron instrucciones valiosas “adecuadas para el tiempo actual”. Considerando los eventos mundiales que estaban teniendo lugar en aquellos días, J. O. Corliss sugirió que por entonces estaban “llegando rápidamente al tiempo en el que era de esperar la lluvia tardía, y no sería de extrañar que en aquellos encuentros se hicieran sentir algunas gotas de ella” (J. Fargo y J. O. Corliss, “To the Brethren in Northern Michigan”, *Review and Herald*, 15 diciembre 1891, 784). J. F. Ballenger expresó ideas similares en noviembre de 1891, afirmando que parecían “estar cayendo ya” gotas de la lluvia tardía, y oraba porque el “Señor aumente nuestra fe” (J. F. Ballenger, “An Explanation”, *Review and Herald*, 24 noviembre 1891, 723).

Capítulo 3

Los reavivamientos en las reuniones campestres de 1892

“La luz está ahora brillando”

Al poco de llegar a Australia a comienzos de 1892, Ellen White escribiría a S. N. Haskell una de sus cartas más vehementes en relación con las implicaciones del preciosísimo mensaje de la justicia por la fe enviado al pueblo de Dios. Tras considerar todo lo que estaba ocurriendo en el mundo y en la iglesia, que apuntaba a la culminación de los eventos de los últimos días, expresó su deseo de que hubiera un pueblo iluminado y lleno de poder según la luz de Apocalipsis 18 que por entonces estaba brillando:

Mi corazón anhela que el pueblo de Dios despierte y vea cómo se ha obstaculizado la obra, incluso en este país, por falta de amor fraternal. La envidia, los celos y la exaltación del yo expulsarán a Jesús del corazón... Quiero que comprendan que están a prueba; Dios los está probando para saber si pueden ser miembros de su familia en el cielo...

¿Qué más puedo decir? Mi corazón está lleno a rebosar. Los únicos capacitados para esta obra son quienes están impregnados por el Espíritu Santo. *Ha venido la luz. Ha estado brillando desde el trono de Dios* la luz que ha de alumbrar toda la tierra con sus brillantes rayos. ¿No apreciaremos los preciosísimos privilegios puestos a nuestro alcance? ¿Avanzaremos en nuestra propia debilidad? ¿Caminaremos a la luz de las chispas de nuestra propia lumbre? Es el plan del Señor que esos privilegios y oportunidades signifiquen una obra especial en nuestro favor. ¿Caminaremos en la luz? ¿Propiciaremos que esa luz brille en el camino de otros? ¿Por cuánto tiempo vamos a chasquear a Jesús mediante una vida tibia e indecisa, destituida de amor? ¿Deberá el candelero ser retirado

de su lugar? Cristo declara que lo será, a menos que ‘nos arrepintamos y hagamos las primeras obras’...

Oh, si el Señor pudiera traer convicción y conversión a las almas, de forma que la *luz que ahora está brillando* no nos sea quitada debido a que no andamos en la luz ni sacamos a otros de la oscuridad. Siento intensamente esta frivolidad y ausencia de vida del pueblo de Dios. Les ruego que no descansen hasta que sus almas se enciendan totalmente con los brillantes rayos del Sol de justicia. Quienes no aprovechan la luz que poseen, no es solamente que dejarán de recibir mayor luz, sino que perderán la *que ahora brilla* sobre ellos. Lo mismo que Capernaúm, han sido exaltados hasta el cielo desde el punto de vista de los privilegios, [pero] a menos que respondan a la luz, serán dejados en completas tinieblas y no sabrán dónde están tropezando.

Os digo que Dios nos está *probando ahora, precisamente ahora*. Toda la tierra ha de ser alumbrada por su gloria. *La luz está ahora brillando*, y cuán difícil es para los corazones endurecidos aceptar a Jesús como su Salvador personal; cuán difícil salirse de la rodera de la religión legal; cuán difícil apropiarse del rico y gratuito don de Cristo.

Quienes no han aceptado este ofrecimiento, no comprenderán nada acerca de la luz que ha de llenar toda la tierra con su gloria. Que todo corazón busque ahora al Señor. Sea el yo crucificado, pues aguardan ricas y gloriosas bendiciones a todos los que se mantengan en contrición de alma. Jesús puede morar con ellos * (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 10a, 6 abril 1892, no publicada; original sin cursivas).

Nota 1: Esta porción de la carta de Ellen White a S. N. Haskell se ha mantenido sin publicar ¡por más 120 años! ¿Por qué? S. N. Haskell citó abundantemente a partir de esa sección de la carta en sus artículos mencionados más adelante. Quizá debieran también volverse a publicar.

Sólo en esa carta, Ellen White dijo en no menos de siete ocasiones, y expresándose en tiempo presente, que el fuerte pregón de Apocalipsis 18 ya había comenzado, y eso sólo pudo suceder mediante la dotación especial del Espíritu Santo. Escribiendo

sólo unas pocas semanas después a S. N. Haskell, Ellen White continuó con el mismo tema:

¿Se va a levantar la iglesia poniéndose sus hermosas vestiduras: la justicia de Cristo? Pronto se va a ver quiénes son vasos de honra. ‘Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria... [Apocalipsis 18:1-2]’ ‘...Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia y en sus alas traerá salvación. Saldréis y saltaréis como becerros de la manada [Malaquías 4:1-2]’. Aquí se señala claramente quiénes serán vasos de honor y recibirán la lluvia tardía. Toda alma que continúa en pecado ante *la luz que ahora está brillando*, resultará cegada y aceptará los engaños procedentes de Satanás. Estamos ahora acercándonos al final de la historia de esta tierra...

Quienes no hayan aceptado este ofrecimiento, no comprenderán nada de la luz que llena toda la tierra con su gloria. Que todo corazón busque ahora al Señor. Sea el yo crucificado, pues aguardan ricas y gloriosas bendiciones a todos los que se mantengan con el alma contrita. Jesús puede morar con ellos. Se contempla el descenso del Espíritu Santo sobre la iglesia como perteneciendo al futuro, pero *es el privilegio de la iglesia tenerlo ahora*. Buscadlo, orad por él, creedlo. Lo necesitamos, y el cielo está esperando otorgárnoslo (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 15, 25 junio 1892; en *Manuscript Releases*, vol. 1, 176 y vol. 5, 334-335; original sin cursivas).

Después de la amonestación que envió a Haskell a fin de que tales pensamientos pudieran ser “presentados a otros” (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 10a, 6 abril 1892, no publicada; original sin cursivas), este escribió una serie en seis partes para la *Review*, titulada: “Centinela, ¿qué de la noche?” En esos artículos, Haskell citaba profusamente a partir de las cartas que Ellen White le había enviado recientemente, en las que llamaba la atención de sus lectores a los eventos que estaban teniendo lugar en el mundo, a las evidencias del derramamiento de luz del Espíritu de Dios procedente del cielo y al comienzo del fuerte pregón.

En su primer artículo, Haskell resumió “tres eventos que estarían en conexión inmediata con la venida de Cristo” y que los adventistas del séptimo día habían estado esperando por más de cuarenta años. El primero era “la expansión de la verdad para testimonio a todas las naciones de la tierra”. El segundo, “el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel... que conferiría a la palabra de Dios un poder especial” en cumplimiento de la profecía de Apocalipsis 18:1. El tercero: “Llegaría un tiempo en el que comenzaría la persecución” en los Estados Unidos, debido a que los guardadores de los mandamientos “no adorarían a la bestia ni a su imagen”. Haskell planteó entonces la pregunta: “¿Tenemos alguna indicación de que tales eventos están ocurriendo ahora?” (S. N. Haskell, “‘Watchman, What of the Night?’ No. 1; The Present Indications”, *Review and Herald*, 12 julio 1892, 441). Haskell respondería a esa pregunta en los varios artículos que se fueron publicando en las semanas sucesivas.

En su segundo artículo, Haskell trató sobre la expansión del mensaje del tercer ángel, primariamente a través de las publicaciones y el colportaje (S. N. Haskell, “‘Watchman, What of the Night?’ No. 2; Our Canvassing Work”, *Review and Herald*, 19 julio 1892, 458). El tercer artículo retomaba el tema del segundo, relativo al fuerte pregón y la lluvia tardía. Señaló que la profecía de Apocalipsis 18:1 “se refiere a una luz y poder especiales que asisten a esa proclamación en su obra final. Cuando dicha luz viniera sobre el pueblo, la predicación del mensaje resultaría exitosa, de tal forma que su obra final se cumpliría en un breve período de tiempo”. Pero más bien que venir “como un viento fuerte y estruendoso, como sucedió en el día de Pentecostés, y acompañado de cierta intervención milagrosa especial de la Providencia divina”, los hombres y mujeres tenían ellos mismos el deber de obtener “una experiencia en las cosas de Dios, que los prepararía para recibir el derramamiento de su Espíritu Santo”. De igual forma en que los discípulos tuvieron que recibir “luz acerca de la naturaleza de la obra” y tuvieron que poner sus corazones en la debida “condición para recibir el Espíritu de Dios”, también tendría que hacerlo la iglesia remanente. Haskell mostró que el mensaje que entonces se estaba dando a la iglesia tenía por fin cumplir esa precisa obra, y basándose en las cartas que recientemente le enviara Ellen White, de las que reprodujo muchas citas, dedujo que eran una señal del comienzo del fuerte pregón y del tiempo de la lluvia tardía:

El primer movimiento necesario para preparar al pueblo para recibir el derramamiento del Espíritu de Dios es comprender que Cristo es nuestro Salvador personal, aplicarnos personalmente sus promesas y comprender que los testimonios de la inspiración están dirigidos personalmente a nosotros; y al hacer de esa forma una aplicación personal de las promesas que Dios nos hace estamos trayendo a Cristo al corazón, lo que nos preparará para participar en la obra final; en consecuencia, cuando nuestra atención se centra más particularmente en esa fase de la obra y se hace una aplicación personal de las promesas, eso es realmente el comienzo del fuerte pregón del mensaje del tercer ángel. Un testimonio posterior de Ellen White dice:

“¿Qué más puedo decir? Mi corazón está lleno a rebosar. Los únicos capacitados para esta obra son quienes están imbuidos con el Espíritu Santo. Ha venido la luz; ha estado brillando desde el trono de Dios... Os digo que Dios nos está probando ahora, precisamente ahora. Toda la tierra ha de ser alumbrada por su gloria. La luz está ahora brillando, y cuán difícil es para los corazones endurecidos aceptar a Jesús como a su Salvador personal; cuán difícil salirse de la rodera de la religión legal; cuán difícil apropiarse del rico y gratuito don de Cristo” (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 10a, 6 abril 1892. Haskell citó porciones más de esa carta más grandes que las reproducidas aquí).

Por lo tanto es evidente que nadie, excepto el que experimente esa morada del Salvador en su corazón, va a estar en la condición de poder recibir y participar en el fuerte pregón que ha de darse en el futuro inmediato. Eso es realmente el comienzo del mismo, y ¿acaso no está ahora teniendo lugar? ¿No se nos ha llamado más específicamente la atención a esa parte de la obra? Eso no disminuye la importancia de ninguno de los puntos de la verdad que se han venido predicando en los pasados cincuenta años, pero confiere una experiencia viviente y una vitalidad en la verdad que muchos en el pasado no han experimentado. Nuestra experiencia ha sido demasiado legal y formal. Ha habido mucho del espíritu farisaico y demasiado poco del enternecedor y subyugador Espíritu de Cristo. Ha sido demasiado prominente la justicia propia. Por consiguiente concluimos que

incluso ahí no faltan evidencias de haber alcanzado el comienzo del fuerte pregón del mensaje del tercer ángel. ¿No hay límite al tiempo de la obra final? ¿Acaso no leemos que la obra será abreviada en justicia?... ¿Quién no es capaz de discernir, incluso en este movimiento de llamar especialmente la atención a nuestro pueblo sobre Cristo como un Salvador personal -quien imparte salvación en el presente- el “estruendo en las copas de las moreras”? Siendo así, ¿no “pediremos al Señor lluvia en la estación tardía”? Si hacemos así, la promesa es que “Jehová hará relámpagos y os dará lluvia abundante y hierba verde en el campo a cada uno” Zacarías 10:1. ¿No ha llegado el tiempo para eso? -Creemos que sí (S. N. Haskell, “‘Watchman, What of the Night?’ No. 3; The Loud Cry”, *Review and Herald*, 26 julio 1892, 474).

Haskell continuó su serie señalando al regreso de América al carácter perseguidor del romanismo, configurando de esa forma la imagen de la bestia (S. N. Haskell, “‘Watchman, What of the Night?’ No. 4; Work of the Two-horned Beast”, *Review and Herald*, 2 agosto 1892, 488). Hizo también un repaso de los mensajes de los tres ángeles en la historia del adventismo (S. N. Haskell, “‘Watchman, What of the Night?’ No. 5; Thoughts on the Message”, *Review and Herald*, 16 agosto 1892, 519). Su serie terminó con un resumen del mensaje del tercer ángel, mostrando que el mundo estaba en la víspera misma de la segunda venida. Proclamó confiadamente que “el ángel poderoso ha descendido del cielo y ha comenzado a brillar la luz que va a alumbrar la tierra con la gloria de Dios”. Teniendo presentes esas asombrosas realidades, Haskell declaró: “Ahora es el tiempo para que los centinelas alcen sus voces de advertencia y den a la trompeta un sonido certero, a fin de que el pueblo pueda estar preparado para el conflicto final” (S. N. Haskell, “‘Watchman, What of the Night?’ No. 6; The Third Angel’s Message”, *Review and Herald*, 23 agosto 1892, 538).

Reavivamientos en las reuniones campestres

Era imposible que conceptos tan solemnes como ese no acabaran llegando a los encuentros campestres y a las reuniones de la Asociación a lo largo del verano. Escribiendo acerca de sus experiencias en encuentros campestres, muchos dirigentes

eclesiásticos y miembros expresaron pensamientos de gratitud por las bendiciones que Dios estaba derramando sobre ellos. O. A. Olsen, W. W. Prescott, A. T. Jones y otros se sintieron reconfortados por lo que presenciaban por entonces en los encuentros campestres: “Apreciamos una evidencia incontestable de que el mensaje está progresando. Si bien nos alegramos por lo que hemos visto respecto a cómo obra el Señor en su pueblo, estamos seguros de que es nuestro privilegio experimentar aún más abundantes aguaceros de la gracia divina” (O. A. Olsen, “South Dakota Camp-Meeting”, *Review and Herald*, 12 julio 1892, 443).

Después del encuentro campestre que tuvo lugar en agosto en Wichita, Kansas, O. S. Ferren informó que “se manifestó el poder de Dios” y que “la casi totalidad de la congregación se alegró porque Dios hubiera amado al mundo hasta el punto de dar a su Hijo unigénito”. Las reuniones de alabanza que siguieron después, le llevaron a creer que verdaderamente “cayó sobre nosotros un aguacero de la lluvia tardía” (O. S. Ferren, “Kansas”, *Review and Herald*, 20 diciembre 1892, 796).

O. J. Mason alabó al Señor tras el encuentro campestre de septiembre en Illinois del sur. Tras disfrutar de la predicación de J. N. Loughborough y de A. T. Jones, “muchos que habían estado en la duda y el desánimo comenzaron a abrazar las promesas de Dios, y a darse cuenta de que eran aceptos en el Amado”. Después del encuentro hubo diecisiete bautismos, lo que llevó a Mason a “alabar al Señor por ese goteo de la ‘lluvia tardía’ que hemos disfrutado. Esperamos lluvias más copiosas a medida que nuestra fe se aferra más plenamente de sus promesas” (O. J. Mason, “Southern Illinois Camp-Meeting”, *Review and Herald*, 25 octubre 1892, 667-668).

El encuentro campestre de Michigan en Lansing fue “tal como nunca antes hubieron presenciado los adventistas del séptimo día”. No solamente por ser el encuentro más concurrido y con el mayor número de personas en una reunión campestre, “sino por muchas otras consideraciones”. J. N. Loughborough informó que “el gran poder del Señor estuvo allí de una forma más remarcable de lo que jamás había visto desde el tiempo en que asistí a las reuniones adventistas de 1843-1844”. Sintieron “realmente que habían comenzado ‘los tiempos del refrigerio’ ‘de la presencia del Señor’, y que estábamos teniendo unas pocas gotas de la lluvia tardía” (J. N. Loughborough, “Nebraska, Southern Illinois, and Michigan Camp-Meetings”, *Review and Herald*, 1 noviembre 1892, 684). Algunos de los otros “hermanos veteranos, como Gurney,

Whipple y otros, dijeron que se parecía a 1844 mucho más que cualquier cosa que hubieran visto desde entonces” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

La señorita Pebbles se expresó poéticamente acerca de cómo vivió aquel encuentro campestre: “Nos miramos maravillados, felices por ver brillar en los rostros de los demás ese mismo gozo que sentimos en nuestros propios corazones, y nos decimos: ¿Qué puede ser esto? ¿Es un pequeño aguacero de la lluvia tardía, un pequeño anticipo del refrigerio de la presencia del Señor que pronto va a venir? Nos preguntamos si ha existido una reunión como esta desde Pentecostés, tratando de imaginar lo que Dios tiene aún en su almacén para su pueblo” (Mrs. E. M. Peebles, “Reflections on the Camp Ground”, *Review and Herald*, 22 noviembre 1892, 724).

¿Qué fue lo que evocó descripciones como las que hicieron los asistentes al encuentro campestre? M. E. Kellogg nos da algunas pistas. La predicación de O. A. Olsen, A. T. Jones, W. W. Prescott, J. O. Corliss y otros, “no iba dirigida a complacer el oído o a exaltar el yo, sino a elevar a Jesucristo ante el pueblo y a declarar su evangelio que es ‘poder de Dios para salvación para todo aquel que cree’”. “Se presentó fielmente la solemnidad de este tiempo” y el consiguiente deber, en vista del rápido cumplimiento de la profecía. Pero había algo más que motivaba a la gente en su experiencia: “Si bien tal fue el caso durante el encuentro, especialmente en el sábado *hubo un profundo escrutinio del corazón*. Desde las diez y media de la mañana, la reunión continuó sin interrupción por cinco horas. El pastor Olsen tomó a su cargo la primera parte; a continuación se hizo una invitación para que pasaran al frente los que quisieran buscar nuevamente al Señor. Hubo cientos que respondieron a la invitación. Pastores y laicos vinieron juntos al frente; se hicieron confesiones, y hubo lágrimas de humilde contrición que su unían a otras de santo gozo” (M. E. Kellogg, “The Camp-Meeting at Lansing, Mich.”, *Review and Herald*, 11 octubre 1892, 635; original sin cursivas).

O. A. Olsen describió la reunión del sábado afirmando que “cuando se dio una oportunidad a los pecadores, a los apóstatas y a todos cuantos quisieran buscar de nuevo al Señor para pasar a los bancos delanteros, respondieron unos seiscientos. El poder de Dios descansó sobre la congregación. Se hicieron excelentes confesiones. Me pareció que en aquella reunión tuvimos algunas gotas de la lluvia tardía” (O. A.

Olsen a Lewis Johnson, 4 octubre 1892, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office). Olsen reconoció no haber estado jamás “en una reunión donde se manifestara de tal forma el poder de Dios, sin embargo”, exclamó, “no hubo excitación”. Entre quienes pasaron al frente en aquella reunión “recordada por tanto tiempo”, había “varios pastores” (O. A. Olsen a E. J. Waggoner, 17 octubre 1892; Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

Uno de los pastores más prominentes en pasar al frente y hacer confesión fue H. Miller, quien había tenido protagonismo en la disensión e incredulidad que siguió a las reuniones de Minneapolis. Olsen describió a Ellen White lo que estaba sucediendo: “Primero habló por un momento e hizo ciertos reconocimientos; estaba quebrantado, pero era evidente que no había alcanzado el punto. Por supuesto, nos alegramos de ello. Tomó asiento; pero muy poco tiempo después se levantó nuevamente y dijo que no se sentía liberado. Entonces tomó el testimonio que usted le dio... y lo aceptó” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892, sección fechada el 2 octubre; en *Manuscript and Memories of Minneapolis*, 213-214). Ellen White había enviado dos testimonios a Miller tres años antes, confrontándolo con el rechazo a la luz venida del cielo en Minneapolis, y declarando que debido a su fariseísmo, si hubiera vivido en el tiempo de Cristo se habría unido a quienes lo rechazaron” (Ellen G. White a H. Miller, Carta 5, 2 junio 1889; en *1888 Materials*, 330-335). Ellen White le dijo también que “quienes aceptan el mensaje dado, prestarán oído al consejo del Testigo Fiel a Laodicea” (Ellen G. White a M. and H. Miller, Carta 4, 23 julio 1889; en *1888 Materials*, 414). Ahora el hermano Miller reconocía y aceptaba todo eso.

Pero su confesión no terminó ahí. Delante de tres mil personas, tanto adventistas como visitantes, Miller se levantó de nuevo y “habló al hermano Jones, reconociendo los sentimientos que había albergado hacia él. Estaba muy quebrantado. Dijo que su gran problema era Miller [él mismo]. Por la gracia de Dios, echaría a Miller y dejaría entrar a Cristo”. Una confesión tal, declaró Olsen, “tuvo un efecto maravilloso en la congregación... todos nos alegramos al oírla. He de decir que nunca antes vi a Miller tan quebrantado... pero Sra. White, el Espíritu de Dios está obrando, y el poder del Señor es muy grande” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892, sección fechada el 2 octubre; en *Manuscript and Memories of Minneapolis*, 213-214).

O. A. Olsen continuó informando a Ellen White acerca de cómo A. T. Jones había hablado dos veces los dos domingos, “explicando la situación actual y los acontecimientos del presente. No sé cómo describírselo, le diré simplemente que el poder de Dios descansaba sobre él; y una vez más, esa expresividad. Habló como quien tiene autoridad, no como los escribas”.

Hubo unos dos mil asistentes a la reunión de clausura del domingo por la tarde, el 2 de octubre. Olsen afirmó que “jamás había asistido anteriormente a una reunión como esa, y nunca antes había presenciado una manifestación tal del poder de Dios”. No obstante, una vez más aclaró que “no hubo excitación” (Ibid., p. 214). Como en encuentros precedentes, la última reunión terminó con un tiempo dedicado a que los asistentes pudieran dar sus testimonios personales de alabanza. La congregación “simplemente se levantó en masa en toda la tienda y comenzó a hablar”. Olsen dispuso que los pastores que estaban presentes se distribuyeran entre la congregación “y recogieran testimonios, cosa que hicieron, con el resultado de que había unos quince o veinte hablando a la vez. Si bien eso pudiera sugerir confusión, lo cierto es que no la hubo, sino que el espíritu de alabanza se hizo oír por toda la tienda como una sola voz” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892; Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

También M. E. Kellogg compartió su testimonio presencial: “La reunión de alabanza y despedida del domingo por la tarde, una vez terminada la predicación, no se pareció a nada que hubiéramos visto antes. El gran pabellón estaba atestado de hermanos y hermanas, y la práctica totalidad estaban llenos de alabanza a Dios. Los pastores se diseminaron por la congregación, y durante hora y media aproximadamente se habló de forma continua, habiendo muchos que lo hacían puestos en pie al mismo tiempo, siendo la única interrupción un versículo o un canto sagrado que momentáneamente unía las voces y los corazones. Era bueno estar allí. El pastor Loughborough dijo que desde 1844 no había visto nada semejante” (M. E. Kellogg, “The Camp-Meeting at Lansing, Mich.”, *Review and Herald*, 11 octubre 1892, 635).

Pero si bien Olsen pudo alegrarse con los resultados del encuentro campestre de Lansing, en su corazón continuaba habiendo una pesada carga: su preocupación por los pastores. Hacia la mitad del encuentro, Olsen describió la situación en una carta escrita a Ellen White: “En lo que respecta a los hermanos, en general están haciendo

todo lo que cabría pedirles. Están recibiendo la palabra con el mejor ánimo. No hay en modo alguno la más mínima oposición. Lo que me preocupa es la condición del cuerpo pastoral. Me siento muy apesadumbrado, pues lo cierto es que el pueblo va más avanzado que el ministerio” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892; Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office). La valoración de Olsen fue la misma al terminar las reuniones: “Mi mayor ansiedad se debe al ministerio. En muchos casos, el pueblo está yendo por delante de los pastores”. Destacado entre quienes eran especial objeto de preocupación para Olsen estaba Uriah Smith, quien a pesar de vivir cerca “no había estado presente en el encuentro” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892, sección fechada el 4 octubre; en *Manuscript and Memories of Minneapolis*, 214).

Olsen compartió pensamientos similares con S. N. Haskell: “Lo que más me preocupa es que hay algunos de los hermanos dirigentes, especialmente los de Battle Creek, que no están recibiendo los beneficios que el Señor quisiera que reciban del actual derramamiento del Espíritu Santo. Cuánto me gustaría que el pastor Smith y muchos otros estuvieran aquí para participar de este buen encuentro campestre” (O. A. Olsen a S. N. Haskell, 26 septiembre 1892; Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office). Desgraciadamente, fueron muchos de esos líderes prominentes que habían escogido no asistir, los que dictaminaron que esos reavivamientos de 1892 y 1893 no fueron más que fruto de la excitación, el extremismo y el fanatismo * (Gilbert M. Valentine, *William Warren Prescott: Seventh-day Adventist Educator*, Andrews University Dissertation -Ann Arbor, MI: University Microfilms International, 1982-, 147-148; J. H. Kellogg a W. C. White, 17 julio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 264-265).

Nota 30: Hoy existen todavía asunciones y actitudes similares. En el artículo de una revista que describe cuál fue el propósito principal al escribir su biografía sobre A. T. Jones (*From 1888 to Apostasy*), George Knight declaró sin rodeos: “He hecho todo lo que he podido para demostrar que Jones fue aberrante de principio a fin... El punto que he procurado comunicar es que durante el período del ‘héroe’ Jones, este estuvo acosado por graves defectos de carácter, a pesar de cómo lo apoyó Ellen White” (“A Spark in the Dark” *Adventist Currents*, abril 1988, 43).

Adhiriéndose estrictamente a su agenda planeada, Knight no podía perder la oportunidad de intentar desacreditar a Jones, incluso escribiendo sobre el

encuentro campestre de Lansing. Comentando sobre el informe de O. A. Olsen relativo a Jones y Prescott llorando de gozo cuando uno de los que hablaba explicaba su creciente experiencia en Cristo, Knight dirige otro ataque para desacreditar a Jones: “El carismático Jones, tal como era de esperar, era muy dado a las expresiones emocionales en religión. Durante el reavivamiento del encuentro campestre de Michigan, por ejemplo, Jones y Prescott lloraron de gozo en la plataforma y alabaron a Dios ‘en voz alta por lo que Dios estaba haciendo’” (*From 1888 to Apostasy*, 168).

El pastor Wayne Willey respondió a la biografía de Knight con pensamientos que pueden ser de ayuda incluso hoy. El pastor Willey califica los escritos de Knight de “polémicos” y “sesgados”: “Leyendo el libro de Knight pronto se hizo evidente que él había decidido escribir una biografía ‘interpretativa’, más bien que ‘objetiva’... El controvertido propósito de Knight se hace muy evidente en su empleo profuso de términos cargados de prejuicio, tales como *apostasía*, *anarquía*, *extremismo* y *panteísmo*. Describe a Jones como siendo un extremista tal, que el lector hará bien en huir de cualquier cosa que lleve su nombre o conlleve la más leve semejanza con las enseñanzas de este. Knight no provee una explicación adecuada de cómo es posible que un tal ‘extremista’ o ‘anarquista’ pudiera ser durante quince años uno de los líderes más potentes en el adventismo. Al leer el libro me pregunto si Knight no escribió esta biografía con el propósito de desacreditar a Jones... Un Jones desacreditado limitaría la influencia de quienes hacen del ‘mensaje de 1888’ -las enseñanzas de Jones y Waggoner durante la década que siguió a la asamblea de la Asociación General de 1888- el estándar de la ‘verdad presente’... Si bien hay... información útil en ese libro, tal información se aprecia tan ‘sesgada’ por la ‘interpretación’, que suscita cuestiones relativas a su confiabilidad o exactitud como biografía” * (“Knight Falls on Brother A. T. Jones”, *Spectrum*, vol. 19, n° 3, febrero 1989, 61; cursivas en original).

Contrariamente a las pretensiones exageradas de Knight en el prefacio (“Una palabra al lector”), su nuevo y polémico libro *A. T. Jones: Point Man on Adventism’s Charismatic Frontier*, no es una revisión de su anterior biografía *From 1888 to Apostasy: The Case of A. T. Jones*. Su nuevo libro, publicado en 2011 es más bien una reedición de *From 1888 to Apostasy*, con la agenda añadida de exponer “un aspecto especial prominente del hombre [A. T. Jones]”, consistente en descubrir “sus creencias y personalidad carismática” (9). Dicha agenda se echa de ver en el primer capítulo, no mediante el aporte de ninguna evidencia adicional -dado que se trata de virtualmente el mismo material, párrafo a párrafo y casi palabra por palabra-, sino mediante un nuevo título del capítulo. En *1888 to Apostasy*, ese capítulo se titulaba: “Jones, el hombre joven” (15); en

A. T. Jones: Point Man on Adventism's Charismatic Frontier, se cambia el título de esta forma: “Carismático desde el principio” (17). También los comentarios de Knight relativos al encuentro campestre de Lansing se los encuentra bajo un nuevo título de capítulo: “Énfasis carismático desde el corazón: A. T. Jones en el pináculo del poder”, donde Knight se esfuerza en asociar a Jones con el movimiento de la santidad del siglo XIX que tuvo lugar entre los evangélicos, y lo acusa de ser el instigador del movimiento adventista de la carne santa, ocurrido hacia el cambio de siglo. El episodio de Jones y Prescott llorando de alegría, lo interpreta como parte de la evidencia que demostraría esas acusaciones (193). Analizaremos en mayor detalle algunas de las acusaciones de Knight en ese libro -y en mucho mayor detalle- en la serie *El retorno de la lluvia tardía*.

El fuerte pregón y la justicia de Cristo

Predicando a los muchos miembros de iglesia en el corazón de la obra en Battle Creek a finales de octubre, O. A. Olsen expresó su alegría por los “tiempos de gran refrigerio” en los encuentros veraniegos, y procuró inspirar a sus oyentes con el pensamiento de que había comenzado el fuerte pregón: “Hemos estado por mucho tiempo hablando del fuerte pregón del mensaje del tercer ángel... Bien: ¿ha llegado el momento de que se haga audible ese fuerte pregón? ¿Ha llegado el momento en que debe darse la advertencia con fervor y poder? -Ciertamente ha llegado... Por consiguiente, dejad de esperarlo en el futuro; no lo esperéis en algún lugar lejano; daos cuenta de que está aquí, y de que eso tiene un significado” (O. A. Olsen, “Go Forward”, sermón dado en Battle Creek, 29 octubre 1892; en *Review and Herald*, 8 noviembre 1892, 689).

Otros expresaron un serio compromiso semejante respecto a la obra que quedaba por hacer, así como confianza en que había comenzado el fuerte pregón. El hermano P. L. Hill, escribiendo desde Nueva Zelanda el 16 de octubre de 1892, reconoció que “el desarrollo que ahora ha adquirido esta obra me induce a pensar que estamos en el fuerte pregón, o ingresando ahora mismo en él” (W. A. Colcord, “The Good Work Spreading”, *The Home Missionary*, enero 1893, 2-3). A. P. Heacock, escribiendo a primeros de noviembre desde el sur -lugar en donde la obra avanzaba lentamente- se alegró “porque Dios, mediante su Espíritu, ha estado con nosotros, e incluso aquí se nos ha permitido sentir y ver algo del goteo de la lluvia tardía.” (A. P. Heacock,

“Alabama”, *Review and Herald*, 22 noviembre 1892, 731). Habiendo sido bendecido por la predicación de A. T. Jones en los encuentros campestres veraniegos, W. A. Colcord, secretario de la Asociación General, creía sin sombra de duda que el fuerte pregón había comenzado ya” (W. A. Colcord a R. C. Porter, 27 octubre 1892; W. A. Colcord a W. H. Saxby, 31 octubre 1892).

Finalmente, a finales de noviembre se publicó en la *Review* un artículo de Ellen White en dos partes relativo a los peligros y privilegios de los últimos días. Entre las advertencias relativas a los esfuerzos de Satanás por aplastar la verdad de la Biblia y su práctica, Ellen White confirmó el comienzo del fuerte pregón y del derramamiento del Espíritu Santo:

Los días en que vivimos están cargados de acontecimientos y están llenos de peligro... Que todo quien crea en la pronta venida del Señor estudie las Escrituras como nunca antes, ya que Satanás está determinado a emplear



Ellen White

cualquier posible estratagema para mantener las almas en las tinieblas y cegar las mentes a los peligros de los tiempos en que estamos viviendo... *El tiempo de prueba está justo ante nosotros, pues el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Ese es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria ha de alumbrar toda la tierra.*

La obra de todo aquel a quien haya llegado el mensaje de advertencia es elevar a Cristo, presentarlo al mundo tal como es revelado en la tipología, en el bosquejo de los símbolos, tal como se manifiesta en las revelaciones de los profetas, tal como se revela en lecciones dadas a sus discípulos y en los maravillosos milagros realizados en favor de los hijos de los hombres. Escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de él.

Si habéis de prevalecer en el tiempo de angustia, tenéis que conocer a Cristo y apropiaros el don de su justicia, la cual imputa al pecador arrepentido (Ellen G. White, “The Perils and Privileges of the Last Days”, *Review and Herald*, 22 noviembre 1892; original sin cursivas).

Uno puede ser capaz de citar del Antiguo y del Nuevo Testamento, puede estar familiarizado con los mandamientos y promesas de la palabra de Dios; pero a menos que el Espíritu Santo interiorice la verdad en el corazón alumbrando la mente con luz divina, ninguna alma caerá sobre la Roca y será quebrantada, ya que es la agencia divina la que conecta el alma con Dios. Sin la iluminación del Espíritu de Dios no seremos capaces de discernir la verdad del error y caeremos ante las tentaciones magistrales y engaños que Satanás traerá al mundo...

Pero aunque el príncipe de las tinieblas obrará para cubrir la tierra con tinieblas y a la gente con gran oscuridad, el Señor manifestará su poder para convertir. Se debe realizar en el corazón una obra similar a la que tuvo lugar en ocasión del derramamiento del Espíritu Santo en los días de los primeros discípulos, cuando predicaban a Jesús y a este crucificado. Muchos se convertirán en un día, ya que el mensaje avanzará con poder...

La obra del Espíritu Santo es inconmensurablemente grande. *Es de esa fuente de la que manan poder y eficiencia hacia el obrero de Dios; y el Espíritu Santo es el Consolador, como presencia personal de Cristo en el alma.* Quien mira a Cristo con la fe sencilla de un niño, es hecho participante de la naturaleza divina mediante la agencia del Espíritu Santo. Al ser guiado por el Espíritu de Dios, el cristiano puede saber que es hecho completo en Aquel que es la cabeza de todas las cosas. Tal como Cristo fue glorificado en el día de Pentecostés, así lo va a ser en la obra final del evangelio, cuando prepare a un pueblo para resistir en la prueba final, en el conflicto final de la gran controversia...

Así sucedió en el tiempo de la lluvia temprana; pero la lluvia tardía será más abundante. El Salvador de los hombres será glorificado y la tierra será alumbrada con el brillo reluciente de los rayos de su justicia. Él es la fuente de luz, *y a través de las puertas abiertas de par en par ha estado brillando*

luz sobre el pueblo de Dios, a fin de que lo exalten en su glorioso carácter ante los que están asentados en las tinieblas...

¡Ojalá humillemos como pueblo nuestros corazones ante Dios, y le supliquemos por el poder del Espíritu Santo! Si viniéramos con humildad y contrición de alma ante el Señor, él respondería a nuestras peticiones, ya que está más deseoso de darnos el Espíritu Santo que los padres de dar dádivas a sus hijos (Ellen G. White, “The Perils and Privileges of the Last Days (concluded)”, *Review and Herald*, 29 noviembre 1892; original sin cursivas).

Escribiendo en respuesta a la declaración de Ellen White, O. A. Tait informó sobre la creciente convicción relativa a la obra que quedaba por hacer bajo el fuerte pregón, bajo el derramamiento del Espíritu Santo: “Actualmente parece descansar sobre los hermanos la fuerte impresión de que hemos alcanzado una crisis importante en la historia del mensaje, y que cada uno que esté ahora conectado con Cristo sentirá la preocupación de obrar por las almas... Hermanos y hermanas, el mensaje está creciendo, y la *Review* de la pasada semana nos informa en lenguaje inconfundible de que el ‘fuerte pregón’ ya ha comenzado. En testimonios recientes se nos dice asimismo que el Espíritu Santo ‘aguarda nuestra demanda y recepción’. ¿Quién es incapaz de ver que la lluvia tardía está a punto de ser derramada sobre nosotros en gran medida? ¿Estamos preparados para recibirla? (O. A. Tait, “Planning for Big Work”, *Review and Herald*, 29 noviembre 1892, 752).

O. A. Tait no sólo se refirió al reciente artículo de Ellen White en la *Review*, que afirmaba que ya había comenzado el fuerte pregón, sino también a “testimonios recientes” que especificaban que el Espíritu Santo “aguarda nuestra demanda y recepción”. Tait se estaba evidentemente refiriendo a un folleto reciente que O. A. Olsen había compilado, en el que citaba declaraciones de Ellen White que anteriormente no se habían publicado. Bajo el encabezamiento: “El poder del Espíritu Santo aguarda nuestra demanda y recepción”, se citaba el siguiente Testimonio:

Precisamente antes que Jesús dejara a sus discípulos para ir a las mansiones celestiales, los animó con la promesa del Espíritu Santo. Esta promesa nos pertenece a nosotros tanto como a ellos, y sin embargo, ¡cuán

raramente se presenta ante el pueblo o se habla de su recepción en la iglesia! Como consecuencia del silencio sobre este importantísimo asunto, ¿acerca de qué promesa sabemos menos, por su cumplimiento real, que acerca de esta rica promesa del don del Espíritu Santo, mediante el cual será eficaz toda nuestra labor espiritual? La promesa del Espíritu Santo es mencionada por casualidad en nuestros discursos, es tocada en forma incidental, y eso es todo. Se han presentado detenidamente las profecías, se han expuesto las doctrinas; pero lo que es esencial para la iglesia a fin de que crezca en fortaleza y eficiencia espiritual, para que la predicación sea acompañada por la convicción y las almas sean convertidas a Dios, ha sido mayormente excluido del esfuerzo ministerial. Este tema ha sido puesto a un lado, como si se hubiera reservado algún tiempo futuro para su consideración. Se han presentado ante nuestro pueblo otras bendiciones y privilegios hasta despertar en la iglesia el deseo de conseguir la bendición prometida por Dios; pero ha quedado la impresión de que el don del Espíritu Santo no es para la iglesia ahora, sino que en algún tiempo futuro será necesario que la iglesia lo reciba. *Esta bendición prometida, reclamada por la fe, traería todas las demás bendiciones en su estela, y ha de ser dada liberalmente al pueblo de Dios...*

La iglesia se ha contentando por mucho tiempo con una medida escasa de la bendición de Dios; no ha sentido la necesidad de reclamar los elevados privilegios comprados para ella a un costo infinito... El poder de Dios aguarda su demanda y recepción * (Ellen G. White, “Power of the Holy Spirit Awaits our Demand and Reception”, Manuscrito 20, 28 diciembre 1891; en *Special Testimony to Our Ministers*, No. 2, -1892-, 24-25; original sin cursivas).

Nota 38: Pero no fue solamente ese folleto recientemente publicado el que expresó el pensamiento de que el Espíritu Santo aguardaba “su demanda y recepción”. Un artículo publicado en la *Review* sólo una semana antes de la bien conocida declaración de Ellen White del 22 de noviembre, expresaba pensamientos similares:

“El tema que Cristo decidió abordar en su último discurso a los discípulos fue el del oficio del Espíritu Santo. Abrió ante ellos un amplio campo de verdad. Debían

recibir sus palabras por la fe, y el Consolador, el Espíritu Santo, haría que recordaran todas las cosas. El consuelo que Cristo daba en su promesa, radicaba en el hecho de que la influencia divina estaría hasta el fin con sus seguidores. Pero hoy no se acepta ni cree dicha promesa, y en consecuencia no se la aprecia ni se ve su cumplimiento en la experiencia de la iglesia. La promesa del don del Espíritu de Dios se deja como no mereciendo sino una pequeña consideración por parte de la iglesia. No se impresiona a las personas con ella, y el resultado no es otro que el que cabía esperar: la sequía espiritual, las tinieblas espirituales, el declive espiritual y la muerte. La mente y el alma se ocupan con asuntos menores, pero falta el poder divino que es necesario para el crecimiento y prosperidad de la iglesia, que en caso de poseerlo trae con él todas las demás bendiciones, sin embargo, se nos ofrece en plenitud infinita. Por tanto tiempo como las iglesias se conformen con cosas pequeñas, están descalificadas para recibir las grandes cosas de Dios. Pero ¿por qué no tenemos hambre y sed del don del Espíritu Santo, dado que es el medio por el que se puede mantener puro el corazón? El Señor ha dispuesto que el poder divino coopere con el esfuerzo humano. Es totalmente esencial que el cristiano comprenda *el significado de la promesa del Espíritu Santo justamente antes de la segunda venida de nuestro Señor Jesús. Hablad de él, orad por él, predicad acerca de él, pues el Señor está más dispuesto a dar el Espíritu Santo que los padres a dar regalos a sus hijos.* ‘De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna’.

Estamos viviendo en los últimos días, cuando se acepta y cree el error del carácter más engañoso, mientras que se descarta la verdad. El Señor tendrá a ambos, pastores y pueblo, por responsables de la de luz que brilla en nuestro día. Dios llama a todos los que hacen profesión de creer la verdad presente a que obren diligentemente en atesorar las preciosas joyas de la verdad, colocándolas en su lugar en el marco del evangelio. Que brillen en toda su divina belleza y hermosura a fin de que la luz se abra camino en medio de las tinieblas morales. Eso no se puede cumplir sino con la ayuda del Espíritu Santo; pero con su ayuda podemos hacer todas las cosas. Cuando estamos poseídos por el Espíritu Santo, nos aferramos por la fe al poder infinito” (Ellen G. White, “Imperative Necessity of Searching for Truth”, *Review and Herald*, 15 noviembre 1892; original sin cursivas).

El hecho de que los adventistas creyeron de forma general que el fuerte pregón es el efecto inmediato de la lluvia tardía, los llevó lógicamente a creer que si había comenzado el fuerte pregón, la inseparable lluvia tardía debía haberlo hecho

también. Pero como sucede con el amanecer, su comienzo no resiste la comparación con la plenitud, y de ahí el consejo de buscar su derramamiento pleno.

Basado en el estudio de la Biblia, en la investigación histórica, en los testimonios de Ellen White de los cuatro años precedentes, en los eventos mundiales que se aceleraron en el mismo período y en la propia convicción creciente de muchos de sus hermanos, A. T. Jones había llegado a las mismas conclusiones. Después del artículo de Ellen White del 22 de noviembre en la *Review* confirmando lo que ellos ya sospechaban, Jones predicó “dos discursos conmovedores y provechosos” a una audiencia desbordante en el tabernáculo de Battle Creek. “La primera versó sobre la ‘lluvia tardía’ (Zac 10:1), mostrando que, dado que ‘el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado’, tal como afirmó la hermana White en su artículo de la última semana en la *Review*, ha llegado ‘el tiempo de la lluvia tardía’, y es ahora el deber y privilegio de la iglesia pedir al Señor lluvia en este tiempo, y él formará nubes brillantes y derramará lluvias copiosas de bendiciones espirituales que está esperando enviar sobre su pueblo. El segundo discurso trató sobre ‘la justicia de Cristo’ que el cristiano asegura mediante la fe en él” (“Editorial Notes”, *Review and Herald*, 29 noviembre 1892, 752).

Tal como habían enseñado la Biblia, el Espíritu de Profecía y otros pioneros adventistas, el fuerte pregón y la lluvia tardía estuvieron inseparablemente unidos, y Jones los presentó correctamente de esa forma, unidos al mensaje de la justicia por la fe.

Nota 40: En un evidente nuevo intento por desacreditar a A. T. Jones y minimizar el significado de los eventos de 1892-1893, George Knight plantea la pregunta: “¿Hay en los escritos de Ellen White, tal como aparece en las publicaciones de algunos adventistas, una conexión sólida entre la justicia por la fe y los eventos finales?... Según la extensa investigación doctoral de Ralph Neal, *la declaración sobre el fuerte pregón hecha en 1892 es la única ocasión en los escritos posteriores a 1888 en la que ‘se refirió a la justicia por la fe... en conexión con los eventos finales’*. Knight continúa afirmando que “estamos una vez más ante un caso en el que algunos de los intérpretes de Ellen White con interés en el mensaje de 1888, influenciados por las presentaciones de los extraviados Jones y Prescott... han desarrollado un énfasis que no está presente en los escritos de ella, pero que sí armoniza con la propia agenda de ellos” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 164-165; cursivas en original).

Respecto a la conexión que hace Jones entre la lluvia tardía y el fuerte pregón, Knight afirma: “Proyectar en la cita [de Ellen White] conceptos pertenecientes a la lluvia tardía y retomarlo como un texto central en la historia adventista es ir más allá de los hechos en ambos sentidos: del propio pasaje, y de todo el cuerpo de sus escritos. Es cierto que A. T. Jones recurrió mucho a esa declaración sobre el fuerte pregón, pero eso no implica que estuviera en lo correcto”. En otro lugar Knight alega que la declaración de Ellen White del 22 de noviembre [de 1892] fue magnificada de forma “enormemente desproporcionada en la excitación de aquellos tiempos” por parte de Jones y Waggoner (*Angry Saints*, 59, 127). Lo cierto es que la comprensión de Jones y de decenas de otros adventistas sobre el fuerte pregón y la lluvia tardía no se basó solamente en esa declaración del 22 de noviembre. Ellen White no hizo sino *confirmar* lo que muchos creían y estaban enseñando ya, A. T. Jones incluido.

George Knight da su peculiar interpretación a la declaración de Ellen White del 22 de noviembre, pretendiendo que el fuerte pregón constituye simplemente los distintivos adventistas -la ley, el sábado, etc- junto con el mensaje del evangelio de 1888, que resulta ser simplemente “verdades del cristianismo evangélico” (Ibid. 128). En otro lugar Knight insiste en que “el concepto de justificación por la fe -de la predicación de Jones y Waggoner- con el que [Ellen White] estuvo de acuerdo” “es el mismo que enseñan los evangélicos” (*Search for Identity*, 106), y en definitiva, “lo que enseñaban los predicadores de la santidad” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 113). Según Knight, los adventistas aceptaron ese mensaje evangélico, pero siguen esperando la “lluvia tardía del poder del Espíritu Santo” 120 años después (*Angry Saints*, 128). Es virtualmente imposible encontrar a un solo pionero adventista que dejara de ver la conexión inseparable entre la lluvia tardía y el fuerte pregón de la forma en que la vio Jones, y que en su lugar aceptara las propuestas actuales que George Knight ha venido enseñando por más de treinta años.

Un día después de publicarse el artículo del 22 de noviembre en la *Review*, Ellen White escribió una carta muy ferviente al presidente O. A. Olsen, referida primariamente al ministerio. La ilustración de las diez vírgenes era un símbolo apropiado para aquel tiempo. Escribió: “Cinco de ellas fueron sabias y cinco necias. La gran verdad bíblica es vivificante, y si se la practica, hará a los hombres sabios para salvación; pero la aceptación del Espíritu Santo no es percibida como una necesidad positiva”. Muchos en el ministerio se habían beneficiado de los privilegios de las asambleas pastorales en los pocos años precedentes, sin embargo no habían absorbido la verdad, y en consecuencia no podían darla a otros: “Algunos la alaban

como si fuese un caballo o una vaca que estuvieran inspeccionando para su posible compra si las condiciones les satisfacen. Es necesario llevar la verdad a la experiencia de la propia vida, de forma que el poder del Espíritu Santo more permanentemente, santificando el alma día tras día y preparando, moldeando y perfilando el carácter según el modelo divino”. Los hombres se sentían satisfechos llevando sus propias vestimentas seculares, en lugar de “la vestidura de la justicia de Cristo, un don gratuito que se da a todos”, y mediante ese acto no podían haber ofendido a Jesús de una forma más marcada:

Pero es esencial que la gran y magna verdad: la impartición del Espíritu Santo, entre en contacto e impregne las cosas pequeñas y aporte la poderosa motivación de la santidad, delineando en términos claros los principios amplios reguladores del carácter y la conducta cotidiana, revelando a Cristo al mundo... A menos que el Espíritu Santo esté con el obrero, sus esfuerzos resultarán vanos. ¿Acaso no hemos tenido las verdades más ennoblecedoras y elevadoras? ¿Qué más podríamos tener, que no hayamos tenido? Y se nos presentan de la forma más simple, a fin de que los más ignorantes e indoctos puedan comprenderlas...

El perdón de los pecados, las iniquidades y las transgresiones pertenecen a este tiempo en un sentido especial. Estamos en el día antitípico de la expiación y toda alma debiera estar ahora humillándose ante Dios, procurando el perdón de sus transgresiones y pecados, y aceptando la gracia justificadora de Cristo;... ¡Qué verdades poseemos! Llenas de poder, y no es posible controvertir esas doctrinas de la Biblia. No hay verdad en el cielo o en la tierra capaz de afectar a ciertas personas, aunque se la pudiera presentar con todo el poder y con pureza y hermosura incomparables, debido a que el corazón no quiere llevar a la práctica esos sentimientos santos. La verdad que hemos desplegado ante nosotros en estos pocos años recientes es inmensa en su importancia, *alcanza hasta el cielo e implica la eternidad*”.

Nota 41: Fred Bischoff ha rastreado la frase “alcanza hasta el cielo e implica la eternidad”, señalando que es la “madre” o fuente de treinta declaraciones similares hechas entre 1892 y 1913: “En una carta de 1892, Ellen White empleó términos expansivos de espacio y tiempo para describir la magnitud de las

verdades que Dios nos dio. Esa carta está claramente enraizada en la luz venida en los años que rodearon Minneapolis. Ellen White continuó empleando términos descriptivos similares en los siguientes veinte años, para referirse a los principios de la palabra de Dios". Se puede consultar la investigación del Dr. Bischoff sobre esa expresión de Ellen White en www.scripturefirst.net

Satanás y su confederación del mal han hecho todo esfuerzo por encubrir, por confundir las mentes a fin de dejar sin efecto las preciosas y gloriosas verdades de la palabra de Dios. Estamos viviendo en tiempos singularmente solemnes, y en el tiempo mismo en que el pueblo de Dios debiera estar despierto, siendo que muchos están dormidos o espiritualmente muertos ...

Estamos ahora en la misma frontera de la Canaán celestial. Conocéís el caso del antiguo Israel. Satanás obró con sus tentaciones mediante sus agentes, y el libertinaje hizo incursión en el campamento con actitud osada y desafiante. Sólo los castigos más severos lograron poner fin al decidido avance de la impureza y el crimen. Pues bien, nosotros estamos ahora en la frontera de la Canaán celestial, y quienes no aprovechan todas las ventajas, toda la luz y las evidencias de la verdad que brilla ante ellos como pueblo, los que no están purificando sus corazones al vivir a la altura de tales ventajas, son como los habitantes de Sodoma y como el mundo antediluviano. Están caminando según la imaginación de sus propios corazones. ¡Qué culpabilidad recae sobre quienes toman esa elección!...

Oh, ¿por qué se demoran? ¿Por qué no aferrarse ahora, sin la más mínima demora? ¿Por qué no los aterroriza el temor a que sea demasiado tarde para ellos [y sean hallados] sin el aceite necesario para sus lámparas?... El final está cerca. Estamos en la frontera misma del mundo eterno, ¡cuánta tardanza, cuánta dilación en asegurarse el aceite de la gracia para llenar las lámparas que se están apagando! Dios asista a los pecadores en Sión (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 22, 23 noviembre 1892; en *Pamphlets*, No. 2, "Appeal and Suggestions to Conference Officers", 1893, 23-28).

En consecuencia, aunque el fuerte pregón había comenzado a resultar del derramamiento del comienzo de la lluvia tardía, Satanás estaba procurando que el pueblo de Dios se volviera atrás desde la misma frontera con Canaán. Su medio más efectivo fue obrando a través de algunos en el ministerio. Pero una vez más, Dios procuraría de toda forma posible alcanzar a su pueblo.

Capítulo 4

El reavivamiento en Battle Creek

En el otoño de 1892, el presidente del colegio de Battle Creek, W. W. Prescott, se reunió con su facultad por primera vez antes de iniciarse el año lectivo. Basado en el desarrollo de los recientes movimientos de la ley dominical en Estados Unidos y en la consecuente intensificación del mensaje adventista durante el verano precedente, la facultad sintió “que había llegado el tiempo en el que debía producirse un cambio en nuestra obra”. Ahora parecía que “un nuevo poder asistiría a cada rama de la obra”, y ese cambio “debía ser tan manifiesto en la obra educativa como en cualquier otra línea”. Asuntos que en los años anteriores habían merecido gran atención, pasaban ahora a ocupar un lugar menos relevante, y finalmente comenzaron a presentar ante la comunidad de estudiantes la situación de los eventos mundiales y su “necesidad especial a la vista de tales acontecimientos”. Se aprovechó de la mejor forma posible toda oportunidad para la consecución de tales fines, pero como suele suceder, el diablo emplearía cualquier medio para hacer descarrilar esas nobles aspiraciones.

Las cosas continuaron así hasta mediados de noviembre -antes del artículo de Ellen White del 22 de noviembre en la *Review*-, tras lo cual se llamó a Prescott para que participara en la dedicación de los seminarios Union College y Walla Walla. No obstante, antes de ir, Prescott dijo a la facultad “que quedaba una labor por hacer antes que llegara la semana de oración [del 17 al 24 de diciembre]; de lo contrario, el colegio quedaría en gran medida privado de la bendición que Dios había dispuesto para aquella ocasión”. Se hizo un decidido esfuerzo “por buscar a Dios en procura de su bendición especial, a fin de que su obra se llevara de forma que respondiera a la mente del Espíritu”. Como sucede siempre en esos casos, el enemigo pareció esforzarse en crear conflicto en el colegio (W. W. Prescott, “The Work at Battle Creek College”, carta al profesorado y equipo del colegio, diciembre 1892; en Document File 256, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

El día de acción de gracias, dos parejas jóvenes -uno de sus miembros varones era sobrino de Prescott- trazaron planes para darse un paseo clandestino en trineo sin

permiso ni supervisión. Faltando sólo dos semanas para la semana de oración y por temor a afectar la moral de los estudiantes, la facultad decidió demorar la acción y orar pidiendo consejo, con el sentimiento de que “se avecinaba una crisis y había una necesidad especial de ayuda de parte de Dios”. El cuerpo estudiantil se sorprendió. Dos días después de la decisión facultativa, los dos varones implicados, sin haberse consultado entre ellos, acudieron a distintos facultativos en busca de consejo. Ambos dieron su corazón al Señor aquella tarde (Ibid., Ron Graybill, “A.D. 1892: Revival Comes to Michigan”, *Insight*, 30 marzo 1971, 3-7). Prescott describiría más tarde lo sucedido en estos términos:

Si bien el hecho era desconocido para los otros estudiantes en aquel momento, parecía constituir una señal que invitaba a un cambio general. Durante la hora de estudio vespertino, estando en sus respectivas habitaciones, a los estudiantes pareció moverles un espíritu al que no se pudieron resistir, de forma que salieron de sus habitaciones en busca de ayuda. Algunos experimentaron por un tiempo una gran angustia mental. Los profesores que estaban disponibles se pusieron inmediatamente a la labor de ayudar a quienes lo solicitaban, y durante varias horas no hubo nada más que ocupara la atención de profesores y estudiantes. Sin ninguna planificación previa se formaron reuniones de alabanza en habitaciones privadas y en el salón, y uno tras otro se entregaron a los impulsos del Espíritu.

Hubo algunos casos de un marcado interés. Los estudiantes... llegaron a una profunda convicción de pecado, y aceptaron gozosos la ayuda ofrecida mediante el perdón de sus pecados y la paz que deriva de creer en Cristo como su Salvador personal. Aquella obra continuó hasta la media noche, y terminó con cantos elevados de todo corazón (W. W. Prescott, “The Work at Battle Creek College”, carta al profesorado y equipo del colegio, diciembre 1892; en Document File 256, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

El siguiente día llegó una carta de Ellen White destinada a W. W. Prescott. No estando presente su esposo, la señora Prescott decidió leer porciones de la carta al cuerpo de estudiantes, en el servicio que tenían en la capilla el día siguiente. Algunas

frases parecían encapsular poderosamente el evangelio: el cristiano estaría “satisfecho recibiendo sin merecerlo”, escribió Ellen White; el amor eterno de Dios era un “don gratuito y eterno” * (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 19e, 26 octubre 1892; en *Manuscript Releases*, vol. 8, 186).

Nota 4: No hay certeza respecto a qué cartas recibió la Sra. Prescott, pero en una carta posterior el profesor Prescott menciona que el material se escribió el 26 de octubre de 1892. Si es que se trata de una carta dirigida solamente a Prescott, a día de hoy no se conserva. La única carta que se conoce de esa fecha, que hubiera podido ir dirigida también a él, tenía por destinatario a O. A. Olsen, presidente de la Asociación General: es la Carta 19e, 1892.

Las palabras leídas cautivaron los corazones de los jóvenes con maravilloso poder. A la facultad le pareció evidente que estaba pendiente de realizarse una obra mejor que las clases de formación académica, y decidió continuar con las reuniones de contenido religioso, cosa que hicieron por cuatro horas. Durante ese tiempo, “hubo entre cuarenta y cincuenta que dieron prácticamente sus primeros pasos en la vida cristiana”. De los 350 estudiantes que había en la capilla, unos 300 participaron en la reunión, estando “cincuenta o más de ellos a la vez de pie”. A la conclusión, la práctica totalidad del cuerpo de estudiantes se sintió apelado, lo que resultó en treinta bautismos. No obstante -puntualizó W. W. Prescott- “no hubo excitación, sino que se evidenciaron claramente los profundos impulsos del Espíritu de Dios” (W. W. Prescott, “The Work at Battle Creek College”, diciembre 1892; en Document File 256, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

El reavivamiento se propagó desde el colegio a la comunidad de Battle Creek, a través de los estudiantes que compartían su nueva experiencia.

W. A. Spicer informó así: “Ha tomado posesión de los creyentes un espíritu de búsqueda del Señor para el derramamiento de su Espíritu Santo”, especialmente en el colegio y en la oficina de la *Review*”. Expresó su esperanza de que “todos pudieran experimentar algo de los goteos de la bendita lluvia tardía. Está ‘aguardando nuestra demanda y recepción’” (W. A. Spicer, Comentario editorial, *The Home Missionary*, diciembre 1892, 288).



W. A. Spicer

La *Review* destacó que “la obra no fue el resultado de ningún esfuerzo particular enfocado al reavivamiento, sino que pareció surgir en los lugares y en los corazones donde menos se habría esperado” a medida que las personas comprendían “el rápido cumplimiento de la profecía en nuestro país, y la evidencia de que había llegado el tiempo de dar el fuerte pregón” (Reseña editorial, *Review and Herald*, 6 diciembre 1892, 768). Se evidenció también que “esa misma obra está avanzando en otros lugares del campo, especialmente en Michigan. El refrigerio no ha de estar confinado a ninguna localidad” (Reseña editorial, *Review and Herald*, 13 diciembre 1892, 784).

W. A. Colcord informó que el Señor había “estado bendiciendo maravillosamente a su pueblo”, y que “la misma buena obra parece estar brotando y extendiéndose en otros lugares”. Citando una carta escrita referente a las reuniones que se hicieron en Graysville, Tennessee, a comienzos de diciembre, el pastor J. W. Scoles dio testimonio de las bendiciones que recibieron jóvenes y mayores: “No puedo ponerme a describirlas, sólo diré que me parecieron lo más próximo a mi idea sobre el Pentecostés que cualquier otra cosa que haya experimentado jamás. No hubo el más mínimo espíritu de fanatismo, tampoco excitación, sino que parecía que pasara sobre y a través de toda la congregación una oleada tras otra de la gloria y el poder del Espíritu de Dios” (W. A. Colcord, “The Good Work Spreading”, *The Home Missionary*, enero 1893, 2).

W. C. Wilcox compartió la carta de un estudiante de 15 años que se había convertido justamente en aquellas reuniones. Escribiendo a casa tras aquella experiencia, compartió las buenas nuevas: “Padre, he entregado mi corazón al Señor... ¡Cuán agradecido me siento!... Sé que el Espíritu de Dios obró con poder el pasado sábado [10 de diciembre de 1892]. La lluvia tardía está aquí, y hemos tenido algo de ella en Graysville” (M. C. Wilcox, “An Interesting Letter”, *Signs of the Times*, 6 febrero 1893, 221).

Continuaron llegando otros informes procedentes de varios estados, así como de otros lugares en el mundo. H. W. Reed habló sobre reuniones que tuvieron lugar en el mismo tiempo, en Springville, Tennessee: “El poder y la gloria de Dios fueron mayores de lo que jamás hubiera percibido con anterioridad”, proclamó. “La última parte de la reunión fue extremadamente gloriosa y continuó hasta bien entrada la noche. Ciertamente tuvimos algo de la lluvia tardía en aquella buena asamblea” (H. W. Reed, “Tennessee River Conference”, *Review and Herald*, 14 febrero 1893, 108). M. C. Wilcox compartió informes desde tan lejos como Constantinopla, mostrando “la forma en que Dios está obrando en favor de su pueblo, y cómo está siendo derramado sobre su pueblo el Espíritu del Señor. ‘Pedid a Jehová lluvia en la estación tardía...’ Zac 10:1” (M. C. Wilcox, Reseña editorial, *Signs of the Times*, 19 diciembre 1892, 112).

Esa coyuntura no significó el final del reavivamiento, que continuó fortaleciéndose durante la semana de oración que se hizo del 17 al 24 de diciembre. Durante la misma se compartieron presentaciones vespertinas en las iglesias adventistas en todo el campo. Escribiendo pocos días antes que comenzara, O. A. Olsen advirtió a los miembros en todo lugar, a “que pusieran un esmero especial en reunirse, siempre que fuera posible, con la iglesia o compañía de guardadores del sábado más próxima durante ese período especial. Esperamos que en este tiempo sean derramadas sobre nuestro pueblo grandes bendiciones del Señor” (O. A. Olsen, “Readings for the Week of Prayer”, *Review and Herald*, 13 diciembre 1892, 780).

En la noche en que se inició la semana de oración se compartió con el adventismo en todo el mundo la presentación de O. A. Olsen que se había escrito antes de noviembre (“General Conference Committee Meeting, Tenth Meeting”, 23 marzo 1892; en “Transcription of minutes of General Conference Committee, 1892 to 1896,” 10, General Conference Archives, Silver Spring, MD). En ella se llamó la atención de todos a los “últimos encuentros campestres y a otros encuentros generales” que aportaron la “evidencia de que el mensaje está creciendo, que está a punto de avanzar con poder, y que la tierra pronto va a ser alumbrada por su gloria”. En consecuencia, “debían procurar y esperar el derramamiento del Espíritu Santo de Dios” * (O. A. Olsen, “The General Outlook and Survey of the Situation”, lectura para el sábado, 17 diciembre 1892; en *The Home Missionary Extra*, noviembre 1892, 3).

Nota 15: El citado es uno de los numerosos ejemplos que demuestra la percepción reinante de haber llegado el tiempo del fuerte pregón y del comienzo de la lluvia tardía, antes de publicarse el artículo de Ellen White el 22 de noviembre en la *Review*.

Al acercarse el final de la semana de oración, el Colegio de Battle Creek hizo la última reunión en la capilla antes de la pausa invernal. Durante la sesión matinal de oración, W. W. Prescott, quien había regresado ya al campus tras sus viajes por el Este, sintió una profunda convicción de que debía hacer una confesión por algunos asuntos en el pasado. Teniéndose ante el cuerpo de los estudiantes, Prescott leyó una porción de un Testimonio recibido recientemente: “Rompiendo a llorar, incluso mientras leía, el concienzudo Prescott confesó con franqueza su pasada timidez en responder a la ‘nueva luz’: la justicia por la fe” (Gilbert M. Valentine, *The Shaping of Adventism*, 30). Aunque un año antes se había arrepentido por no haber aceptado decididamente el mensaje de Minneapolis, ahora se sintió movido a profundizar en su arrepentimiento (Ellen G. White, “Diary”, Manuscrito 54, 30 diciembre 1890; en *1888 Materials*, 787).

Prescott declaró posteriormente que jamás había conocido una experiencia similar: “Parecía descansar sobre todo corazón un sentimiento tal de nuestra rematada pecaminosidad, de nuestra situación desgraciada y de la inmensa pecaminosidad del pecado, así como de nuestra necesidad de esa ayuda que viene al aceptar a Cristo y su plenitud. Personalmente nunca he conocido un horror de pecado como el que se posesionó de mí en aquella ocasión, y otros tuvieron el mismo sentimiento”. Como resultado de la emotiva confesión de Prescott los estudiantes se conmovieron de nuevo y “aunque estaba previsto que las vacaciones comenzaran aquel mediodía, la reunión continuó hasta las seis de la tarde”. Hubo confesiones por parte de profesores y estudiantes “y el Espíritu de Dios estuvo presente para dar testimonio del carácter de la obra”. Tras un descanso de hora y media se “reanudaron las confesiones y testimonios, terminando finalmente a las diez y cuarto de la noche”. Una vez más, Prescott fue categórico en que “no hubo nada semejante a un brote de fanatismo o cosa alguna que pudiera traer oprobio a la causa de Dios. Todos lo reconocieron como la obra del Espíritu, quien seguía siendo el Consolador mientras convencía de pecado” (W. W. Prescott, “The Work at Battle Creek College”, diciembre 1892; en

Document File 256, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office; Ron Graybill, “A.D. 1892: Revival Comes to Michigan”, *Insight*, 30 marzo 1971, 6-7).

Después de la semana de oración, Prescott escribió un informe sobre todos los eventos que habían tenido lugar en el colegio, y lo compartió, no sólo con el equipo del colegio y de la facultad de Battle Creek, sino con educadores por todo el país. Prescott envió copia a Ellen White -que estaba en Australia-, expresando alegría por los tiempos providenciales de refrigerio: “Oímos informes procedentes de todos los sitios, indicando que Dios está obrando en favor de su pueblo de un modo muy especial. Estamos cobrando nuevas fuerzas, y oramos diariamente por la lluvia en la estación tardía” (W. W. Prescott a Ellen G. White, 28 diciembre 1892; Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

También Olsen escribió a Ellen White, informándole de cómo el Señor había estado obrando en Battle Creek “de un modo como jamás antes había visto. Un gran número de jóvenes se han vuelto al Señor y se han convertido en la oficina de la Review, en el Sanatorio y en el Colegio”. Lo mismo que Prescott, Olsen fue contundente al afirmar que “no ha habido ninguna particular excitación, sino una obra ferviente y profunda. También la iglesia ha resultado grandemente edificada y animada. La semana de oración fue un tiempo precioso” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 diciembre 1892; en Ellen G. White Received Letters File).

Otros mantuvieron el mismo punto de vista. M. E. Kellogg escribió que creía que la influencia de la semana de oración, “con sus gotas de la lluvia tardía” se extendería “a los corazones y hogares de muchos que leyeran y oyeran sobre ella, hasta que se derramara en abundantes aguaceros sobre otros que de igual forma estuvieran preparados para ella” (M. E. Kellogg, “The Work at B. C. College”, *Review and Herald*, 10 enero 1893, 29). La Srta. Pebbles declaró que “hoy” había habido “alegría en el cielo entre los ángeles” por aquellos que fueron libertados del pecado. “Las notas finales del último mensaje de misericordia están sonando incluso ahora en la tierra”, exclamó; “están cayendo más aguaceros copiosos de lluvia tardía” (Mrs. E. M. Peebles, “Reflections in the College Chapel Meetings”, *Review and Herald*, 17 enero 1893, 45).

Una vez más la lluvia tardía no estuvo limitada a los que estaban en Battle Creek. R. C. Porter, compartiendo información relativa a su obra en los estados de Nueva

Inglaterra, declaró que “el Señor se acercó mucho y todos los corazones participaron del refrigerio. El Señor está moviendo los corazones por todo el mundo. Comienzan a verse gotas del refrigerio de la lluvia tardía que hemos estado esperando. El mensaje comienza a crecer hasta convertirse en un fuerte pregón. Ahora es el momento de despertar del sueño” (R. C. Porter, “New England Conference”, *Review and Herald*, 3 enero 1893, 13-14). No obstante, escribiendo acerca de las reuniones de la semana de oración en la academia de South Lancaster, Porter fue también claro en que “no hubo excitación, sino que el Espíritu Santo estaba obrando eficazmente en respuesta a las oraciones de fe que ascendían de corazones creyentes. Casi todos los estudiantes dieron al Señor su corazón... Era realmente bueno encontrarse allí, y cuando el tierno Espíritu de Cristo cayó sobre su pueblo, todos los corazones resultaron reconfortados, y fluyeron alabanza y gratitud de regreso al Dador de todos los bienes, a partir de corazones que se alegraban con un gozo que era indescriptible y estaba lleno de gloria” (R. C. Porter, “New England”, Report 2 enero, *Review and Herald*, 17 enero 1893, 43).

W. S. Lowry reconoció, en las reuniones de la semana de oración en Springville, Tennessee, que “nunca antes había presenciado un derramamiento del Espíritu Santo tal como el que tuvimos durante todo el tiempo de las reuniones”. Las reuniones de oración que siguieron cada noche mejoraron continuamente, y nunca había visto “una libertad tan grande como la manifestada por todos los presentes. Se hicieron confesiones y se reavivaron las almas” (W. S. Lowry, “Tennessee”, Informe 1 enero, *Review and Herald*, 17 enero 1893, 43).

Escribiendo desde Kalamazoo, Michigan, J. L. Edgar alabó al Señor porque “el tiempo del refrigerio ciertamente ha llegado, y las gotas de la lluvia tardía están cayendo sobre su pueblo”. Según su informe, hubo “muy poca excitación”; más bien hubo “un sentido solemne de nuestra necesidad de buscar a Dios”. J. W. Collie escribió acerca del resultado de la semana de oración en Owatonna, Minnesota, atestiguando del hecho de que “Dios envió lluvia en el tiempo de la lluvia tardía... Los padres y las madres dieron sus hijos al Señor, y los hijos se dedicaron ellos mismos a Dios” (O. A. Olsen, “Reports From the Week of Prayer”, *Review and Herald*, 31 enero 1893, 77).

Una vez más, aquellos maravillosos eventos no quedaron confinados sólo a Estados Unidos. El pastor e instructor bíblico G. B. Starr informó desde Australia, donde Ellen White, A. G. Daniells y muchos otros obreros asistieron a las reuniones de la semana de oración, y después a la asamblea anual de la Asociación Australiana. En Melbourne “hubo buena asistencia, y vino luz y bendición a nuestras reuniones”, recordó Starr. “Experimentamos las delicadas y preciosas influencias del Espíritu Santo” (G. B. Starr, en A. G. Daniells, “The Week of Prayer”, *The Bible Echo*, 1 febrero 1893, 48). A. G. Daniells describió cómo Ellen White habló en varias ocasiones durante la semana, y el sábado “habló con mucho poder sobre los deberes del tiempo actual... Se elevaron fervientes oraciones al Señor en procura de ‘lluvia en la estación tardía’. Aquellas peticiones fueron oídas, y vino sobre nosotros mucho de la bendición de Dios” (A. G. Daniells, “The Australian Conference”, *The Bible Echo*, 1 febrero 1893, 42). Por aquel tiempo G. B. Starr escribió a A. T. Jones informándole de que “la hermana White afirma que hemos estado en el tiempo de la lluvia tardía desde la asamblea de Minneapolis” * (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message No. 16”, *General Conference Daily Bulletin*, 24 febrero 1893, 377).

Nota 29: No obstante, George Knight, procurando refutar los eventos genuinos de 1892 y 1893, sugiere que son el resultado meramente de la excitación, extremismo y fanatismo creados por A. T. Jones y W. W. Prescott. Responde así al informe de G. B. Starr desde Australia: “Lo primero a destacar es que no fue Ellen White quien dijo que la lluvia tardía hubiera comenzado con la predicación del mensaje de la justicia de Cristo en Minneapolis. Ella dijo claramente que era el fuerte pregón. La conclusión de la lluvia tardía corresponde a hombres como Jones, Prescott y G. B. Starr. Esa interpretación fue favorecida por una confusión conceptual entre los dos términos, que es todavía prevalente entre los adventistas. Cuando Starr y otros leyeron u oyeron que la Sra. White dijo que el ‘fuerte pregón’ había comenzado en 1888, sustituyeron automáticamente ‘lluvia tardía’ como sinónimo. No fue Ellen White quien hizo la sustitución, sino sus intérpretes” (*Angry Saints*, 126-128).

Knight sostiene pretensiones similares en otros lugares: “¿Afirmó Ellen White que la lluvia tardía hubiera comenzado, sea en 1888 o alrededor de la asamblea de la Asociación General de 1893? ¡No, que nosotros sepamos en el registro de sus escritos! Por otra parte, ciertos predicadores, entre ellos A. T. Jones, G. B. Starr y W. W. Prescott transformaron la declaración que ella hizo en noviembre de 1892 de haber comenzado el fuerte pregón, en la idea de que había comenzado la lluvia tardía” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 112).

Y sobre Jones y Prescott, Knight continúa diciendo: “*Debemos enfatizar de nuevo que ni Jones ni Prescott eran guías totalmente confiables en asuntos del Espíritu Santo en el tiempo de las reuniones de 1893*” (Ibid., 128; cursivas en original).

Pero no hay razón para dudar acerca de lo que G. B. Starr informó como siendo una declaración verbal de Ellen White, puesto que fue por la propia disposición de Dios como estuvo trabajando con ella en Australia, y el carácter de su labor no da pie a cuestionar su veracidad. Por otra parte, la propia Ellen White confirmaría en publicaciones posteriores la validez de la declaración de Starr. Consideraremos en mayor detalle ese punto, en capítulos sucesivos de este libro. Por ahora baste citar que, mientras que Knight cuestiona la declaración de Starr sin prueba alguna en su contra, él mismo cita profusamente a Dan Jones como si fuera una autoridad a propósito de la posición de Ellen White sobre los pactos, contrariamente a las claras afirmaciones de ella misma al respecto (*Angry Saints*, 93-94). Por cierto: las declaraciones de Dan Jones que Knight cita como siendo una fuente fidedigna, las hizo mientras Ellen White escribía de él que estaba “obrando... para el diablo” (1888 *Materials*, 596) y “no creía en los testimonios” (Carta 86, 1891; no publicada). Ellen White jamás escribió algo semejante de G. B. Starr. Para mayor información relativa a cómo se relacionó Dan Jones con el mensaje y los mensajeros, así como del uso que hace Knight de Dan Jones, ver: Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, capítulo 15, especialmente Nota 60.

Tal anuncio no haría más que confirmar la misma conclusión a la que habían llegado muchos otros, incluido A. T. Jones.

Por desgracia, no todos se alegraron con el derramamiento del Espíritu Santo, ni estuvieron de acuerdo con las muchas declaraciones hechas a propósito de que habían comenzado el fuerte pregón y la lluvia tardía, que trajeron aquel reavivamiento y reforma a tantas vidas. Algunos de esos mismos “hermanos dirigentes” de Battle Creek -que habían decidido no asistir al encuentro campestre de Michigan varios meses antes y que no se beneficiaron del “derramamiento de su Espíritu”- decidieron ahora que el reavivamiento en Battle Creek era el resultado de la excitación, el extremismo y el fanatismo (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 septiembre 1892; Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office). El historiador moderno Gilbert Valentine señala que “en el tiempo del reavivamiento de los estudiantes en el colegio de Battle Creek en diciembre de 1892, había, no obstante, un alto grado de alienación entre los dirigentes eclesiásticos. El reavivamiento en el

colegio, que alcanzó proporciones dramáticas y resultó en treinta bautismos, fue etiquetado de mera excitación por parte de U. Smith y otros. Eso tuvo un efecto amortiguador en la obra” (Gilbert M. Valentine, *William Warren Prescott: Seventh-day Adventist Educator*, Andrews University Dissertation -Ann Arbor, MI: University Microfilms International, 1982-, 147-148).

J. H. Kellogg, quien tenía entre sesenta y setenta trabajadores del sanatorio asistiendo al colegio, lo consideró meramente como “un tiempo muy excitante y sensacional”. “No animó a un esfuerzo similar” en el sanatorio, debido a que “nunca había visto buenos resultados en ese tipo de obra” (J. H. Kellogg a W. C. White, 17 julio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 264-265).

Tal como había hecho ya tras el encuentro campestre de Lansing, Michigan, O. A. Olsen informó con tristeza a Ellen White acerca de lo que él habría deseado ver por encima de todo en las labores de reavivamiento y reforma en el corazón de la obra:

“Un mayor interés por parte de los hombres en posiciones de responsabilidad” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 28 diciembre 1892; en *Ellen G. White Received Letters File*). Pero sería Ellen White quien explicara las razones de tal desinterés. En un artículo que se publicó el 13 de diciembre de 1892, expresó el temible resultado de rechazar la luz:

En el tiempo del fuerte pregón del tercer ángel, aquellos que han estado en cierta medida cegados por el enemigo, que no se han recuperado de la trampa de Satanás, estarán en peligro, ya que para ellos será difícil discernir la luz del cielo y estarán inclinados a aceptar la falsedad. Su experiencia errónea afectará a sus pensamientos, decisiones, propuestas y consejos. Las evidencias que Dios ha dado no serán evidencias para aquellos que han cegado sus ojos al elegir las tinieblas en lugar de la luz. Tras haber rechazado la luz, producirán teorías que ellos llamarán “luz”,



J. H. Kellogg

pero que el Señor llama “chispas encendidas por ellos mismos”, y serán las que dirijan sus pasos (Ellen G. White, “Let the Trumpet Give a Certain Sound (concluded)”, *Review and Herald*, 13 diciembre, 1892; en *1888 Materials*, 1079).

Capítulo 5

La asamblea pastoral de 1893

A pesar de respuestas tan negativas de parte de algunos que ocupaban puestos clave en el liderazgo, las manifestaciones del Espíritu Santo continuaron durante el trascendental año 1893. El 27 de enero se inició una asamblea pastoral de tres semanas, seguida por la asamblea de la Asociación General, desde el 17 de febrero hasta el 9 de marzo. O. A. Olsen consideró muy importante la asamblea que tendría lugar: “Probablemente la más importante de todas las que ha tenido nuestro pueblo”. En consecuencia, se esperaba que “cada Asociación local estuviera representada por una delegación tan plena como correspondía a todas las circunstancias, y que los delegados estuvieran presentes también en la asamblea pastoral”. Una vez más la mayoría del liderazgo de la iglesia alrededor del país y del mundo, junto a “numerosos pastores y laicos” asistiría y esperaría con expectación los beneficios y bendiciones que Dios tenía en reserva. No es de extrañar que Olsen pidiera “a nuestro pueblo en todo lugar que hicieran de la próxima asamblea pastoral y de la Asociación General un tema especial de oración, a fin de que pudiera estar presente la bendición de Dios en abundancia” (O. A. Olsen, “The Conference”, *The Review and Herald*, 6 diciembre 1892, 768).

En agosto de 1892 el consejo de la Asociación General había seleccionado, entre otros, a S. N. Haskell, J. N. Loughborough, R. A. Underwood, A. T. Jones, W. W. Prescott, R. C. Porter y O. A. Olsen, asignándoles temas para las disertaciones bíblicas que habrían de darse a los cientos de adventistas procedentes de todo el mundo que se reunirían en Battle Creek (“Minutes of the General Conference Committee, Third Meeting,” 1 agosto 1892; en “Transcription of minutes of General Conference Committee, 1892 to 1896”, 14-15, General Conference Archives, Silver Spring, MD). Se planearon dos sesiones diarias -al final de la mañana y por la tarde- en las que se darían dos lecciones bíblicas en cada sesión de la asamblea pastoral. La sesión de la tarde continuaría en la asamblea de la Asociación General, lo que proveería un tiempo abundante en el que estudiar la Biblia juntos durante las seis

semanas de encuentro (“Program for the Institute”, *General Conference Daily Bulletin*, 27 y 28 enero 1893, 1).

Ellen White, quien estaba en Australia separada miles de kilómetros, tenía muy presente Norteamérica y el próximo congreso de la Asociación General. Ese importantísimo encuentro iba a reunir una vez más al liderazgo de la Asociación General: a delegados, pastores, jefes de colportores, instructores bíblicos y laicos de todo el país y del mundo. No queriendo desaprovechar la oportunidad de llevar el consejo del Señor ante la gran asamblea del liderazgo adventista, Ellen White dijo a E. J. Waggoner que había sido movida a escribir “unas 200 páginas de material escrito a mano (el doble, incluyendo las copias)” a América. Una “gran proporción [era] para su empleo en la [asamblea de la] Asociación [General]” (Ellen G. White a E. J. Waggoner, Carta 78, 22 enero 1893; no publicada).

De esa forma, aun estando ausente Ellen White, se podría leer y oír la voz de Dios mediante el Espíritu de Profecía ante todos los reunidos en el corazón de la obra. Se leyeron varias veces Testimonios completos durante aquellas seis semanas, y cada uno de los diversos predicadores tuvo abundante consejo de verdad actual a su disposición, para emplearlo en sus lecciones bíblicas. S. N. Haskell informó cómo a resultas de ello, “en esta [asamblea de la] Asociación [General] creo que se están empleando los Testimonios más de lo que usted hubiera hablado de haber estado presente. Ha habido un buen número de conversiones. Algunos son de la ciudad y a duras penas habían oído un solo sermón. Sintieron la convicción por sus pecados y no pudieron parar hasta haber entregado a Dios sus corazones, y a continuación fueron a sus vecinos y les dijeron lo que el Señor había hecho por ellos” * (S. N. Haskell a Ellen G. White, 23 febrero 1893; en *Manuscripts and Memories*, p. 238).

Nota 5: Fiel a su intención confiesa en la biografía sobre A. T. Jones (ver capítulo 3, nota 39), George Knight insinúa que se debe culpar a Jones por la gran cantidad de material de Ellen White empleado en la asamblea de la Asociación General. Knight prepara el terreno mediante varias acusaciones preliminares que intentan probar el uso inadecuado que habría hecho Jones de los escritos de Ellen White durante toda su vida: “El error más básico en la adhesión de Jones a los escritos de Ellen White en los años 1890 consistió en su posición en relación con la Biblia. En las asambleas de la Asociación General de 1893 utilizó pasajes de sus escritos como ‘textos’ sobre los que basar sus sermones, una práctica que él aprobaba cuando se trataba de ‘predicar a nuestro propio pueblo’,

pero no al dirigirse a no-adventistas. Cuatro años después se refirió a los escritos de la Sra. White como a la 'Palabra'. Las asambleas de la Asociación General de 1893 vieron mucha predicación a partir de los escritos de Ellen White. Haskell observó que habían oído más de ella en su ausencia que si hubiera estado en persona. Eso cambiaría del todo en 1895. Al inicio de la crisis de Anna Rice en 1894, Ellen White había aconsejado a Jones y a otros que no se apoyaran demasiado en los dones, sino que regresaran a la Biblia. A resultas de eso, el *General Conference Bulletin* de 1895 es notable por la ausencia del recurso a Ellen White como una autoridad, especialmente en la primera mitad de las reuniones (*1888 to Apostasy*, 230).

En primer lugar, Jones empleó la palabra *texto* en dos ocasiones para describir el material de Ellen White que planeaba leer para aquella tarde en particular: "Esta noche voy a tomar un texto que permanecerá al menos durante una semana. Se trata de una declaración bien conocida por todos, creo. Dice así..." (*1893 GCDB*, 30). "Ahora, hermanos, recordad que ayer tomé un texto que debía permanecer una semana. Hoy quiero leer otro pasaje en la misma línea" (*Ibid.*, 69). Jones no estaba aquí exponiendo sus puntos de vista sobre la inspiración; simplemente estaba empleando un término común para referirse a un "pasaje" o "texto" del cual estaba leyendo. El diccionario Webster de 1868 define la palabra como "discurso o composición sobre el cual se escribe una nota o comentario". Todos los estudiantes manejan "libros de texto", obviamente en la mayoría de los casos sin una conexión específica con la Biblia. Una búsqueda rápida de palabras en los escritos de Jones demuestra que empleó la palabra *texto* en más de 500 ocasiones, pero lo hizo citando documentos de cualquier fuente, incluido al propio papa (*American Sentinel*, 23 mayo 1895, 164).

Respecto al uso que hizo Jones de los Testimonios al "predicar a nuestro propio pueblo", se impone que le permitamos expresarse por sí mismo para ver si está justificada la acusación de Knight. Hablando en la asamblea de la Asociación General de 1893 -la citada por Knight- Jones dijo esto: "Esta noche vamos a comenzar con el pensamiento que estaba ante nosotros allí donde nos detuvimos la tarde pasada. [Dijimos] que ahora procederíamos a estudiar este tema tal cual está en la Biblia. Podría dedicar el tiempo a leerlo todo de los *Testimonios* y de *El camino a Cristo*. Podría predicar a partir de ellos, tanto como de la Biblia sobre el particular. Pero encuentro esta dificultad: los hermanos parecen sentirse muy satisfechos con lo que leemos en estos [testimonios] y no van a la Biblia para encontrarlo allí. Para eso es para lo que están los *Testimonios* y *El camino a Cristo*; nos han de llevar a que veamos que está en la Biblia, de forma que lo obtengamos a partir de ella. Así, los evitaré a propósito, no porque pudiera haber algo equivocado en utilizarlos, sino porque lo que

queremos, hermanos, es encontrarlo en la Biblia y saber dónde está en ella... Cuando salimos a predicar este mensaje a personas que nada saben sobre los Testimonios, les hemos de decir que la Biblia lo enseña así, y sólo a partir de ella les podemos enseñar. Si estuviéramos predicando a nuestro propio pueblo, el uso de los Testimonios y de todas esas otras ayudas sería muy apropiado, pero incluso entonces, si sus mentes se vuelven hacia ellos y estos no los llevan a la propia Biblia, entonces esa utilización de los Testimonios no es la que el Señor ha dispuesto como uso correcto de los Testimonios" (1893 GCDB, 358). Es evidente que, contrariamente a las estrambóticas afirmaciones de Knight, en 1893 Jones estaba ya procurando llevar al pueblo de regreso a la Biblia.

En segundo lugar, en 1897 Jones presentó una serie de charlas sobre el Espíritu de Profecía. Durante su primera reunión, y antes de comenzar a leer un Testimonio, Jones hizo el siguiente comentario: "Comenzaré y terminaré con la Palabra. Aquí hay algo que nos dice qué debemos hacer cuando venimos a sitios como este: 'Si el Señor está en medio de vuestras convocatorias contemplando vuestro orden, amor y temor, y cómo tembláis ante su palabra, entonces estáis preparados para hacer su obra libres de egoísmo [Ellen G. White, 1888 *Materials*, 1394]'... Así, si el Señor está en medio de vuestras convocatorias contemplando vuestro orden, amor y temor, y cómo tembláis ante su palabra, entonces estáis preparados para hacer su obra (1897 GCDB, 3).

Resulta obvio que el uso que hace Jones del término *Palabra* está tomado del Testimonio del que estaba leyendo. Fue Ellen White quien empleó inicialmente el término para describir sus propios escritos como siendo palabra de Dios, no Jones, quien se limitaba a citarla. Se pueden encontrar muchos otros ejemplos en los que Ellen White emplea expresiones similares: "Se me mostró que existía un descuido tan grande de la Palabra de Dios presentada en los testimonios de su Espíritu Santo, que el Señor trastornaría y visitaría a Battle Creek con sus juicios" (*PM*, 172-173). "Dios les ha estado hablando mediante su Palabra, a través de sus testimonios, mediante su Espíritu. ¿Por qué no le prestan oído?" (*17MR*, 229). "Los testimonios llevan el sello de Dios o el de Satanás... Por sus frutos los conoceréis. Dios ha hablado. ¿Quién ha temblado a su palabra?" (*5T*, 98). Una vez más, las acusaciones de Knight no sólo resultan ser infundadas, sino deshonestas y engañosas.

Tal como se puede apreciar en los ejemplos precedentes, Knight insinúa -también falsamente- que Jones es culpable por el abundante material de Ellen White que se leyó en la asamblea de la Asociación General de 1893. En realidad fue ella quien, estando ausente, vio la necesidad de enviar ese abundante material. Respecto a las afirmaciones de Knight relativas al asunto de Anna Rice, al empleo que hizo Jones de los Testimonios en la asamblea de la Asociación

General de 1895, y respecto a si esos eventos llevaron a un cambio en el punto de vista sobre la autoridad de Ellen White, responderemos a esas acusaciones detalladamente en un futuro inmediato en la serie *El retorno de la lluvia tardía*.

Por el momento podemos concluir este punto mencionando el consejo que Ellen White dio a Jones en 1908, después que este hubo dado la espalda a la validez de la inspiración y a la autoridad de su don: “Se me ha instruido que emplee esos discursos suyos impresos en los *General Conference Bulletin* de 1893 y 1897, que contienen poderosos argumentos relativos a la validez de los Testimonios, y que corroboran el don de la profecía entre nosotros. Se me mostró que esos artículos serían de ayuda para muchos, especialmente para los que han venido recientemente a la fe y no están familiarizados con nuestra historia como pueblo. Para usted será una bendición leer de nuevo esos argumentos a los que dio forma el Espíritu Santo” (9MR, 278). Es evidente que la autorizada e inspirada Ellen White vio algo en los sermones de Jones de 1893 y 1897 que el prejuiciado Knight no ve.

La mañana del viernes 27 de enero se congregó la asamblea pastoral en el tabernáculo de Battle Creek, Michigan, con más de trescientos nuevos asistentes. Aunque a Uriah Smith se le había asignado la primera serie de lecciones sobre “El estudio de la Biblia”, había dimitido poco tiempo antes de comenzar la asamblea, y se había nombrado a S. N. Haskell para que ocupara su lugar (“General Conference Committee Minutes, First Meeting”, 20 enero 1893; en “Transcription of Minutes of General Conference Committee, 1892 to 1896”, 18, General Conference Archives, Silver Spring, MD). Haskell comenzaba ahora sus lecciones sobre la importancia del estudio personal de la Biblia, no para “encontrar un argumento que esgrimir en contra de alguien”, sino a fin de “recibir la palabra de Dios para nuestro propio beneficio”. A continuación, J. N. Loughborough presentó su primera lección sobre el Espíritu de Profecía en el contexto de la temprana historia adventista, y “se centró particularmente en su efecto de fomentar la unidad entre los creyentes” (S. N. Haskell, “The Study of the Bible, No. 1”; J. N. Loughborough, “The Study of the Testimonies, No. 1”, *General Conference Daily Bulletin*, 27 enero 1893, 2-3). Es difícil imaginar una mejor forma de iniciar la asamblea pastoral de 1893, que con esos dos temas.

En la primera semana, por pedido del Comité de la Asociación General, W. W. Prescott tuvo la ocasión de leer ante un auditorio repleto en el tabernáculo de Battle Creek uno de los Testimonios que se había recibido recientemente de Ellen White.

Nota 8: El tabernáculo de Battle Creek, edificado a finales de los años 1870, estaba calculado para albergar a 3.200 personas, pero podía llegar hasta las 3.600 si se incluían el santuario, las alas y la galería (Milton. R. Hook, *Flames Over Battle Creek*, 77 y 79).

Ellen White estaba procurando despertar a los reunidos en Battle Creek a su responsabilidad de apoyar los esfuerzos misioneros alrededor del mundo. Más bien que dedicar dinero a un órgano de tubos para el tabernáculo, debían dar ofrendas con sacrificio para la edificación de iglesias en otros lugares tales como Australia, que disponía sólo de una casa para las reuniones. Debía darse al mundo el mensaje de verdad presente “tal como es en Jesús”. Dios los estaba llamando a la acción:

Hermanos y hermanas en Battle Creek que tenéis esas preciosas verdades ante vosotros: os pido que penséis en las muchas, muchas almas que están en necesidad de escuchar el mensaje del amor redentor...

¿Cómo pueden los que han estado en la fe por largo tiempo, como es el caso en Battle Creek, gastar cada vez más en su propio disfrute cuando conocen por la representación actual las grandes necesidades de la obra en los países extranjeros?...

Toda la tierra ha de ser alumbrada con la gloria de la verdad de Dios. El Señor no va a cerrar el tiempo de gracia hasta que se haya dado el mensaje de advertencia con mayor claridad... Sin embargo, el mensaje será abreviado en justicia. El mensaje de la justicia de Cristo ha de resonar de un extremo al otro del mundo. Es la gloria de Dios que clausura la obra del tercer ángel.

¿Están los de Battle Creek dormidos? ¿Están paralizados? ¿Va a moverlos a la acción la luz que ha estado brillando en nuevos y claros rayos, uno tras otro? Habéis esperado por largo tiempo los prodigiosos y sorprendentes eventos que han de tener lugar justo antes de la venida del Hijo del hombre en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Ahora os pregunto: ¿Estáis preparados para dar a la trompeta un sonido certero? ¿Estáis seguros de estar conectados con Dios y de vivir en la luz de su rostro?...

El Señor viene; las escenas de la historia de esta tierra están llegando rápidamente a su fin y nuestra obra no está terminada. Hemos estado esperando ansiosamente la cooperación del agente humano para el avance de la obra. Todo el cielo, si es que puedo emplear la expresión, está *impaciente* esperando que el hombre coopere con los agentes divinos en la obra de salvar a las almas (Ellen G. White a Brethren and Sisters in Battle Creek, Carta 2c, 21 diciembre 1892; en *General Conference Daily Bulletin*, 28 enero 1893, 12, 14-16; original sin cursivas. Ver también *Testimonies*, vol. 6, 19).

Una vez más, como había hecho Ellen White en muchas otras ocasiones, conectó los eventos del fin y el fuerte pregón con el mensaje de la justicia de Cristo que entonces estaba brillando sobre la iglesia.

Nota 10: Esa simple declaración basta para refutar a quienes pretenden que lo que escribió Ellen White el 22 de noviembre de 1892 en la *Review* es la única ocasión en que relacionó explícitamente la enseñanza de la justicia por la fe con los eventos de los últimos tiempos (ver nota 40 del capítulo 3).

La tarde del lunes 30 de enero, W. W. Prescott comenzó su serie de disertaciones sobre la “Promesa del Espíritu Santo”. Desde el mismo momento en que se le asignó ese tema, se esforzó por ver cómo se lo podía “estudiar de la forma más práctica”. Su plan consistía en “avanzar dando pasos sencillos enfocados a recibir el Espíritu Santo, y una vez recibido, él mismo nos enseñaría sobre sí mismo más de lo que podríamos aprender de otra forma”.

Hacia el final de sus presentaciones Prescott leyó Apocalipsis 18:1, seguido de fragmentos del artículo que Ellen White escribió en la *Review* del 22 de noviembre, en el que confirmaba en términos inconfundibles el comienzo del fuerte pregón y el tiempo para el derramamiento del Espíritu Santo: la lluvia tardía. “El fuerte pregón y la lluvia tardía van juntos”, declaró Prescott. “Habiendo llegado el tiempo para el fuerte pregón, ha llegado también para la lluvia tardía y la estamos pidiendo... El Señor ha estado desde hace mucho tiempo esperando darnos su Espíritu. Ahora mismo está anhelando impacientemente que nos pueda ser otorgado. ¿Cuánto más tiempo habrá de esperar? Hemos solido referirnos al Pentecostés como la ocasión en que el Señor llevó a cabo su mayor obra en favor de su pueblo. *Pero ahora ha*

comenzado una obra que será mayor que la de Pentecostés, y aquí están los que la van a ver. Es aquí y ahora cuando hemos de ser equipados para la obra”.

Prescott leyó también de *Historical Sketches*, donde Ellen White declaró que la Escritura es nuestra única salvaguarda y que la “indulgencia de un pecado conocido causará debilidad y tinieblas, y nos abocará a la fiera tentación”. A la luz de esa afirmación, Prescott amonestó en estos términos: “Debemos vencer la disposición a pecar, o de lo contrario no podemos recibir la lluvia tardía. La luz que ha de alumbrar la tierra con su gloria ya ha comenzado a brillar. ¿Qué significa eso para nosotros en la práctica? Significa que está aquí el tiempo del zarandeo y que Dios va a hacer una separación en su propio pueblo. A quienes no tengan a Jesús viviendo en ellos, no se les permitirá tomar parte alguna en la obra de Dios cuando crezca hasta convertirse en un fuerte pregón” (W. W. Prescott, “Promise of the Holy Spirit, No. 1”, *General Conference Daily Bulletin*, 30 enero 1893, 38-39; cursivas en original).

La mañana siguiente S. N. Haskell leyó la misma cita del fuerte pregón en el artículo de Ellen White del 22 de noviembre, en su presentación sobre el estudio de La Biblia. “Observad lo siguiente”, señaló Haskell, “ya que es la obra de cada uno a quien haya llegado el mensaje de advertencia, el elevar a Jesús, presentarlo al mundo tal como está revelado en los tipos, tal como está reflejado en los símbolos, manifestado en las revelaciones de los profetas, tal como se lo descubre en las lecciones dadas a sus discípulos y en los maravillosos milagros obrados en favor de los hijos de los hombres. Escudriñad las Escrituras, porque ellas son las que dan testimonio de él’. Quisiera saber cuánto de la Biblia resulta excluido de eso”. Haskell sabía que si aceptaban a Cristo habitando en sus almas, él sería en ellos “una cisterna de aguas que manaría para vida eterna. Entonces estamos preparados para estudiar las Escrituras, que son el Espíritu de revelación que se nos ha dado; y eso nos capacitará para resistir en la tormenta que está por venir” (S. N. Haskell, “The Study of the Bible, No. 4”, *General Conference Daily Bulletin*, 31 enero 1893, 58).

No fueron sólo los diversos predicadores quienes recordaron a los asistentes a la asamblea pastoral en Battle Creek que había comenzado el fuerte pregón, sino también las diversas publicaciones periódicas de la iglesia. Por ejemplo, W. A. Colcord, escribiendo en la edición de enero de *Home Missionary* en referencia al mismo artículo de Ellen White en la *Review*, hizo la pregunta perspicaz: “¿Por qué

el fuerte pregón ha comenzado por una obra que se ha de realizar *en nosotros*, en lugar de con una obra que hayamos de *realizar nosotros*? ¿Por qué comenzó con ‘la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados’ entre nosotros, tal como ha declarado Ellen White en la *Review* del 22 de noviembre de 1892, más bien que comenzar con nuestro fuerte pregón al mundo por la caída de Babilonia?” La respuesta de Colcord a esas preguntas debiera interesarnos aún hoy: “Pero la respuesta es fácil. El Señor sabía que nosotros mismos estamos en necesidad de ser hechos idóneos antes de estar en disposición de efectuar la obra que él nos ha asignado. Vio que necesitamos saber lo que es en realidad el evangelio -el poder de Dios para salvación-, antes de poder predicar el evangelio eterno a otros con poder y demostración del Espíritu” (W. C. Colcord, “Why?” *The Home Missionary*, enero 1893, 1-2).

La tarde del martes, W. W. Prescott introduciría una nueva dimensión en su discurso, que vendría a convertirse en el gran tema para el resto de la asamblea pastoral de la Asociación General, un tema que no iba a estar presente sólo en sus discursos, sino también en los de todos los demás predicadores. Cuando Prescott comenzó su segunda presentación, señaló por qué el Espíritu Santo había ungido o sellado a Cristo para su obra: fue debido a que él había “amado la justicia y odiado la maldad” (Hebreos 1:9). Sin embargo, ese odio hacia el pecado no le había impedido efectuar la obra para la que vino al tomar el lugar del pecador. Ahora, en el mismo final del tiempo durante el “derramamiento especial del Espíritu” o tiempo del sellamiento, “queremos saber qué impide que se produzca inmediatamente”, preguntó Prescott. “Afirmo que la presencia del pecado y la práctica de la iniquidad es lo que lo impide”, fue su respuesta.

Pero Prescott estaba también seguro de que “es totalmente imposible que por nosotros mismos separemos nuestros pecados de nosotros. Dios puede efectuarlo. Él puede quitar de nosotros el pecado, pero no hará tal cosa en contra de nuestra voluntad. Cuando nos muestra que eso es pecado y que lo quiere quitar de nosotros, debemos dar nuestro consentimiento; en caso contrario, no será quitado”. Prescott aludió a continuación a la experiencia de los discípulos y a las lecciones que quedan por aprender:

¿Cuál fue la experiencia de los discípulos en preparación para ese derramamiento? Leamos una breve cita al respecto:

“Durante diez días oraron los discípulos antes que viniera la bendición pentecostal. Se necesitó todo ese tiempo para que pudieran comprender lo que significaba ofrecer una oración eficaz, acercarse más y más a Dios, confesar sus pecados, humillar sus corazones ante el Señor, contemplar a Jesús por la fe y ser transformados a su imagen” (*Special Test.*, No. 2, p.19).

Os pido ahora que penséis en esto: los discípulos habían estado tres años y medio con Cristo y lo habían visto tras la resurrección, se habían sentado a hablar con él, pero no habían recibido aún el Espíritu Santo, e incluso después de la ascensión, antes que viniera sobre ellos esa bendición especial, fueron necesarios diez días de confesión y arrepentimiento para no resultar consumidos por dicha bendición.

Si tal fue el caso con ellos, ¿qué diremos de nosotros? Para mí, el rasgo peor de nuestra situación es precisamente el que señala el mensaje a Laodicea, y lo peor de todo es que no lo vemos así. Ahora, si somos incapaces de verlo, tomemos la palabra de Dios al pie de la letra, afirmemos que es tal como dice y persistamos en ello. Hemos pecado, hemos cometido iniquidad y no hay nada bueno en nosotros. Acerquémonos más y más a Dios diariamente mediante el arrepentimiento y la confesión, y Dios se acercará a nosotros con misericordia y perdón. Este es el punto en el que quisiera detenerme ahora especialmente: la razón por la que el derramamiento especial del Espíritu de Dios no viene sobre su pueblo es porque está en necesidad de arrepentirse, en caso contrario sería consumido por el mismo (W. W. Prescott, “The Promise of the Holy Spirit, No. 2”, *General Conference Daily Bulletin*, 31 enero 1893, 62-65).

La nueva dimensión a la que Prescott estaba procurando llamar la atención de sus oyentes era el mensaje a Laodicea: ese sería uno de los temas principales en la asamblea pastoral y en la sesión de la Asociación General en 1893. Antes de proseguir con la presentación de Prescott hemos de repasar brevemente lo que

implicaba el mensaje a Laodicea y cuándo comenzó a aplicarse a los creyentes adventistas.

El mensaje a Laodicea

El hecho de que el mensaje a Laodicea se aplicara a la Iglesia Adventista del Séptimo Día no era algo nuevo. Tan pronto como en 1852, años antes de que la Iglesia se organizara oficialmente, Dios procuró llamar la atención de su pueblo a ese mensaje. A lo largo de años después del chasco de 1844, los adventistas guardadores del sábado aplicaron el mensaje Laodicense a los adventistas nominales guardadores del domingo (R. L. Odom, “Philadelphians or Laodiceans? (Laodicean Church—1)”, *Review and Herald*, 5 enero 1956, 4-5). Pero eso comenzó a cambiar cuando Ellen White indicó que como pueblo, la Iglesia Adventista del Séptimo Día era “fría y formal, como la iglesia nominal de la que se separó hace poco tiempo. Las palabras dirigidas a la iglesia de Laodicea describen perfectamente su condición actual” (Ellen G. White, “To the Brethren and Sisters”, *Review and Herald*, 10 junio 1852).

En julio de 1856, James White expresaría por última vez la posición de que Filadelfia, la sexta iglesia de Apocalipsis 3, describía a los adventistas del séptimo día (James White, “The One Hundred and Forty and Four Thousand”, *Review and Herald*, 3 julio 1856, 76). Tras una serie de eventos aquel verano, también él comenzó a darse cuenta de que Laodicea, la séptima iglesia, se aplicaba mejor a nuestra iglesia. Publicaría su punto de vista en diversos artículos en la *Review* (Ver: R. L. Odom, “Who Are the Laodiceans? (The Laodicean Church—3)”, *Review and Herald*, 12 enero 1956, 5-7), conectando incluso el paciente llamar a la puerta del “Testigo Fiel” de Apocalipsis 3 con el “Amado” de Cantares capítulo 5: “Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo’. Cuán descuidados habéis sido algunos de vosotros con los reproches y advertencias que el querido Salvador ha dado para



James White

vuestro bien. Lo habéis menospreciado y echado fuera, de forma que sus cabellos están mojados por el rocío de la noche. Abridle el corazón. Que vuestros endurecidos corazones se quebranten delante de él. Permitidle entrar” (James White, “The Seven Churches”, *Review and Herald*, 16 octubre 1856, 189 y 192).

Ellen White observaría aquel mismo verano que se había producido un cambio en “el profeso y peculiar pueblo de Dios” desde 1844. Apreció “la conformidad con el mundo, la falta de disposición a sufrir por causa de la verdad... [y] una gran falta de sumisión a la voluntad de Dios” como causa del problema. Trazó incluso paralelismos entre los hijos de Israel tras abandonar Egipto y el pueblo adventista que esperaba la pronta llegada a la Tierra Prometida (Ellen G. White, “The Two Ways”, *Testimonies*, vol. 1, 128-129; 27 mayo 1856). En febrero de 1857 Ellen White tendría su primera visión que relacionaba el mensaje a Laodicea con el pueblo adventista. Su “estado actual de tibieza” se debía a “una mente mundanal, egoísmo y codicia, espíritu de crítica y falta de orden en la iglesia” (Ellen G. White, “Be Zealous and Repent”, *Testimonies*, vol. 1, 141-146; febrero 1857).

En noviembre de 1857, Ellen White recibió la visión más abarcante de todas las que había tenido hasta entonces en relación con las trascendentes ramificaciones del mensaje a Laodicea. Le fueron mostrados dos grupos de personas: los que estaban procurando activamente el arrepentimiento y la purificación, y los que eran descuidados e indiferentes. Eso ilustraba las dos respuestas al mensaje a Laodicea, lo que llevaría a un zarandeo entre el pueblo de Dios: “Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me mostró que lo motivaría el testimonio directo que exige el consejo del Testigo fiel a la iglesia de Laodicea... Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él. Esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios”. Cuando Ellen White preguntó acerca del gran cambio que habían experimentado los que ahora agonizaban y oraban, llevaban la armadura y pregonaban “la verdad con gran poder”, el ángel respondió: “Es la lluvia tardía, el refrigerio de la presencia del Señor, el fuerte pregón del tercer ángel”. Así, los que aceptaron el mensaje a Laodicea se lo tomaron a pecho, se arrepintieron y recibieron poder y luz mediante la lluvia tardía y el mensaje del fuerte pregón. Entonces fueron capacitados para “expresar claramente la verdad” del mensaje del fuerte pregón al mundo. Tal cosa llevaría al rápido cumplimiento de los eventos finales y a la segunda venida de Cristo (Ellen G. White, “The Future”,

Review and Herald, 31 diciembre 1857; en *Testimonies*, vol. 1, 179-183. Ver también: Ellen G. White, Primeros escritos, 269-273). Dado que todos los eventos finales dependían de la respuesta al mensaje a Laodicea, que no es más que el profundo arrepentimiento, Ellen White afirmó que se trataba del más “solemne testimonio del que pende el destino de la iglesia” (Ibid., 181 y 270. Ver también: Felix A. Lorenz, *The Only Hope* -Nashville, TN: Southern Pub. Assn., 1976-, 69).

Los artículos de James White y los Testimonios de Ellen White durante los años 1856-1857 cambiaron vidas. Desde la pequeña iglesia le llovieron cartas al jefe de redacción de la *Review* confesando que el mensaje había retumbado en casa. Comenzó un poderoso reavivamiento en el adventismo (Lewis R. Walton, *Morning's Trumpet* -Bakersfield, CA: Self Published, 2001-, 138). Desde noviembre de 1856 hasta diciembre de 1857 se publicaron 348 artículos, Testimonios o comunicados editoriales en *Review and Herald* sobre el mensaje a Laodicea -en su mayoría procedentes de laicos-, un porcentaje muy alto si se tiene en cuenta que por entonces la totalidad de la iglesia estaba compuesta por unos 2.500 miembros (Ron Clouzet, *Adventism's Greatest Need: The Outpouring of the Holy Spirit* -Nampa, ID: Pacific Press Pub. Assn., 2011-, 47). Ellen White afirmó que “a medida que este mensaje afectó al corazón, llevó a una profunda humillación ante Dios. Fueron enviados ángeles en toda dirección para preparar para la verdad los corazones incrédulos. La causa de Dios comenzó a crecer y su pueblo comprendió su posición” (Ellen G. White, “The Laodicean Church”, *Testimonies*, vol. 1, 186; 3 junio 1859). Así, comenzaron a producirse reavivamientos en las grandes ciudades entre otras iglesias cristianas, no sólo en América, sino en todo el mundo, a medida que los ángeles preparaban los corazones de la gente para el mensaje del fuerte pregón (Ron Clouzet, *Adventism's Greatest Need*, 48-49; Lewis R. Walton, *Morning's Trumpet*, 138-141).

Tristemente, los creyentes adventistas no caminaron a la par de los movimientos de Dios. Hacia 1859 Ellen White declararía enfáticamente que “el mensaje a Laodicea no ha cumplido ese celoso arrepentimiento que esperaba ver entre el pueblo de Dios”. En consecuencia, el mensaje seguía aplicándose a la condición de los adventistas en aquel tiempo, y la razón por la que “no cumplió una mayor obra, es por la dureza de sus corazones”. Dios había concedido más de dos años al mensaje para que efectuara su obra, pero ¿cuál había sido el resultado?

El corazón debe ser purificado de los pecados que durante tanto tiempo han mantenido fuera a Jesús. Este solemne mensaje hará su obra. Cuando fue presentado por primera vez indujo a un profundo examen del corazón. Hubo confesión de pecados y el pueblo de Dios se despertó en todas partes. Casi todos creían que este mensaje terminaría en el fuerte pregón del tercer ángel. Pero como no vieron efectuarse la poderosa obra en un corto tiempo, muchos perdieron el efecto del mensaje. Vi que este mensaje no efectuaría su obra en el término de unos pocos meses. Ha sido dado para despertar al pueblo de Dios, para mostrarle sus yerros y para conducirlo a un celoso arrepentimiento, para que sea bendecido por la presencia de Jesús y esté preparado para el fuerte pregón del tercer ángel... Si se hubiera dado oído plenamente al consejo del Testigo Fiel, Dios habría obrado con gran poder en favor de su pueblo...

Muchos actuaron por sentimientos, no por principios y fe, y este mensaje solemne y temible los conmovió. Obró en sus sentimientos y excitó sus temores, pero no realizó la obra que Dios quería que realizase. Dios lee el corazón. A fin de que sus hijos no se engañen a sí mismos, les da tiempo para que pase la excitación; luego los prueba para ver si quieren obedecer el consejo del Testigo Fiel... Los que resisten en cada punto, que soportan cada prueba y vencen al precio que sea, han dado oído al consejo del Testigo Fiel, recibirán la lluvia tardía y estarán así preparados para la traslación” (Ellen G. White, “The Laodicean Church”, *Testimonies*, vol. 1, 185-187; 3 junio 1859).

Ellen White lamentó la “larga noche de penumbra”, sin embargo reconoció que Dios postergó su venida misericordiosamente “porque si el Señor viniera, muchos serían hallados desapercibidos. El deseo de Dios de que su pueblo no perezca ha sido la razón de la larga demora” (Ellen G. White, “Testimony for the Church at Olcott, N.Y”, *Testimonies*, vol. 2, 194; 12 junio 1868). Ahora bien, esa declaración no atribuyó a Dios *culpa* por la demora, ni negó el llamamiento que Dios hace para que Laodicea se arrepienta antes de que él pueda regresar. De hecho, el fracaso en dar oído a ese llamamiento fue la razón por la que el destino eterno de su pueblo estuvo en peligro. Si hubiera regresado sin demora, ¿cuántos de los que vivían se habrían salvado?

En 1873 Ellen White escribió en la *Review* una serie de artículos -en cuatro partes- sobre la iglesia laodicense (Ellen G. White, “The Laodicean Church”, *Review and Herald*, 16, 23 y 30 septiembre; 7 octubre 1873). Declaró que el mensaje del Testigo Fiel no había cumplido su propósito. El pueblo continuaba adormecido en sus pecados, mientras se cuestionaba por qué los *Testimonios* los acusaban continuamente de apostasía y pecados gravosos: “Amamos la verdad; estamos prosperando; no estamos en necesidad de esos testimonios de advertencia y reproche”. Pero esa respuesta demostró que la razón principal por la que el pueblo de Dios se encontraba en una situación de ceguera espiritual es debido a que “no quieren recibir la corrección. Muchos han despreciado los reproches y amonestaciones que se les dirigieron. El Testigo Fiel condena la condición tibia del pueblo de Dios, que confiere a Satanás gran poder sobre ellos en este tiempo de espera y vigilancia”.

A Ellen White se le mostró que la “incredulidad en los testimonios de advertencia, ánimo y reproche” estaba “alejando la luz del pueblo de Dios”. Animó a los pastores a que no descuidaran el mensaje a los laodicenses, que no era un mensaje suave: “El Señor no les dice: ‘Estáis bastante bien; habéis soportado castigos y reproches que nunca merecisteis; habéis sido innecesariamente desalentados por la severidad; no sois culpables de los males y pecados por los cuales se os reprendió’. El Testigo Fiel declara que cuando suponéis que estáis realmente en una buena condición de prosperidad, estáis en necesidad de todo” (Ibid., 16 septiembre 1873; en *Testimonies*, vol. 3, 254-255 y 257).

Si bien la condición laodicense es una enfermedad individual, tiene también implicaciones comunitarias. La iglesia en su conjunto sufrió, aquejada por la dolencia. En pocos lugares fue más evidente que en el centro de la obra en Battle Creek. En 1875 Ellen White describiría así la situación:

Al igual que el corazón humano impele la sangre de vida hacia todas las partes del cuerpo, así también la administración en ese lugar, que es la sede central de nuestra iglesia, afecta a todo el cuerpo de creyentes. Si el corazón físico está sano, también lo está la sangre que envía por todo el sistema; pero si esa fuente es impura, todo el organismo cae enfermo por el veneno que lleva el fluido vital. Así sucede con nosotros. Si el corazón

de la obra se corrompe, toda la iglesia sufre en consecuencia, con sus distintas ramas e intereses esparcidos por toda la faz de la tierra. La obra capital de Satanás se encuentra en la sede central de nuestra fe. Él no ahorra esfuerzos para corromper a hombres que ocupan cargos de responsabilidad, y para persuadirlos a que sean infieles a sus diversos cometidos. Insinúa sus sospechas y celos en las mentes de aquellos cuyo oficio consiste en realizar fielmente la obra de Dios. Mientras Dios está probando a esos siervos, preparándolos para sus puestos, Satanás hace lo indecible para engañarlos y seducirlos, para que no sólo se destruyan a sí mismos, sino que influyan en otros y los lleven a obrar el mal y perjudicar la gran obra. Recurre a todos los medios a su alcance para hacer que se tambalee la confianza que el pueblo de Dios debe depositar en la voz de advertencia y reprobación por medio de la cual Dios desea purificar la iglesia y hacer prosperar su causa. El plan de Satanás es debilitar la fe del pueblo de Dios en los Testimonios” (Ellen G. White, “Faithful Reproofs Necessary”, *Testimonies*, vol. 4, 211; 5 enero 1875).

Esa es la razón por la que el mensaje a Laodicea va dirigido al “ángel de la iglesia” -al liderazgo-, cuya respuesta e influencia afectará a toda la comunidad. Esa es la razón por la que Satanás se esforzó tanto en hacer descarrilar la obra del Testigo Fiel y Verdadero que vino al corazón de la obra en Battle Creek. Y su odio nunca se dirigió a la iglesia remanente en mayor intensidad que respecto a los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo, que es el Espíritu de Profecía (Apoc. 12:17; 19:10).

En 1882, a Ellen White se le mostró nuevamente que “la incredulidad en los testimonios” crecía silenciosamente “a medida que el pueblo se aparta de Dios. Ha penetrado en nuestras filas por todo el campo” (Ellen G. White, “The Testimonies Slighted”, *Testimonies*, vol. 5, 76; 20 junio 1882). El fariseísmo se infiltraría en la iglesia en las décadas de 1870 y 1880 mediante una falsa defensa de la ley que menoscabaría tanto la ley como el evangelio. Hacia 1886 Ellen White recibió la advertencia siguiente: “Había ante nosotros un tiempo de prueba, y vendrían grandes males como consecuencia del fariseísmo que en gran medida ha tomado posesión de los que ocupan puestos importantes en la obra de Dios” (Ellen G. White a G. I. Butler, Carta 21, 14 octubre 1888; en *1888 Materials*, 93). Hacia 1888 escribiría que

“el fariseísmo había estado haciendo su obra de leudar el campo aquí en Battle Creek, y resultaron afectadas las iglesias adventistas del séptimo día” (Ellen G. White, “Experience Following the Minneapolis Conference”, Manuscrito 30, junio, 1889; en *1888 Materials*, 356).

Esas condiciones continuarían, demorando inevitablemente el retorno de Cristo. En 1883 Ellen White dedicó una mirada retrospectiva a los cuarenta años que siguieron al chasco de 1844 y a la obra que Dios había dispuesto que su pueblo “cumpliera en la tierra”. Se debía dar el mensaje del tercer ángel, se debía dirigir la mente de los creyentes a la obra expiatoria de Cristo en el santuario, se debía efectuar la reforma del sábado, debía advertirse al mundo mediante el fuerte pregón y su pueblo debía ser purificado mediante la obediencia a la verdad, capacitándolo para estar sin falta en la segunda venida de Cristo. Pero se había dado una gran demora, de la que Dios no era responsable:

Si los adventistas, después del gran chasco de 1844, se hubieran aferrado a su fe y hubieran permanecido unidos según la providencia de Dios abría el camino, recibiendo el mensaje del tercer ángel y proclamándolo al mundo con el poder del Espíritu Santo [lluvia tardía], habrían visto la salvación de Dios, el Señor hubiera obrado con poder mediante sus esfuerzos, la obra se habría terminado y Cristo habría venido ya para recibir a su pueblo dándole su recompensa...

Durante cuarenta años, la incredulidad, la murmuración y la rebelión impidieron la entrada del antiguo Israel en la tierra de Canaán. Los mismos pecados han demorado la entrada del moderno Israel en la Canaán celestial. En ninguno de los dos casos fallaron las promesas de Dios. Es la incredulidad, la mundanalidad, la falta de consagración y las contiendas entre el profeso pueblo de Dios, lo que nos ha mantenido en este mundo de pecado y tristeza tantos años (Ellen G. White, Manuscrito 4, 1883; en *Evangelism*, 695-696).

En 1884 Ellen White llevó nuevamente a sus lectores a la “historia del antiguo Israel” a modo de “notable ilustración de la experiencia pasada del cuerpo adventista”. Afirmó una vez más que Cristo “habría venido para la redención de su pueblo” si un movimiento adventista unido hubiera recibido la luz y el poder de Dios, y hubiera

proclamado al mundo el mensaje de advertencia” (Ellen G. White, *Spirit of Prophecy*, vol. 4, 291; 1884). Repetiría de nuevo esos mismos pensamientos en *El conflicto de los siglos*, publicado en la primavera de 1888 (Ellen G. White, *The Great Controversy*, 1888 ed., 457-458). Pero el hecho de que el Señor estuviera dispuesto a terminar la obra antes de 1888 no niega la necesidad del mensaje que él envió mediante Jones y Waggoner en el congreso de la Asociación General de Minneapolis. Este fue el mensaje culminante a Laodicea: el comienzo del mensaje de la lluvia tardía y el fuerte pregón. De haber tenido mensajeros dispuestos, Dios habría enviado el mensaje con anterioridad (Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, 40-43). Lo cierto es que el mensaje que ha de alumbrar toda la tierra con su gloria es el mismo mensaje para todo tiempo. El mensaje que Dios envió mediante Jones y Waggoner habría sido el mismo antes que ellos entraran en escena, y será el mismo cuando vuelva de nuevo al pueblo adventista antes del regreso de Cristo.

Nota 40: Comentando sobre la declaración de Ellen White, George Knight se esfuerza por llegar a estas conclusiones: “En 1883, Ellen White afirmó que Jesús pudo haber venido poco tiempo después de 1844, lo que tiene sorprendentes consecuencias para quienes magnifican la teología de Jones, Waggoner o Prescott en 1888, 1893 o 1895. Es clara la implicación de que Cristo hubiera podido regresar antes de 1888 -es decir, antes que Jones y Waggoner predicaran su interpretación del evangelio. Debido a ello, no es útil apoyarse demasiado en su característica teología. Lo importante no es su mensaje ni tampoco la particular interpretación que hicieron del evangelio, sino el propio evangelio” (*Angry Saints*, 126-128). El problema consiste en que “el propio evangelio” fue interpretado en forma diferente por Uriah Smith, G. I Butler y muchos otros en la era de 1888, y es malinterpretado por los evangélicos y por la cristiandad católica hoy. Sólo valdrá el evangelio que contiene los remedios divinos del Testigo fiel y verdadero. El propio mensaje que Dios dio a Jones y Waggoner -y que Ellen White apoyó- es el que importa. Dios está esperando que se proclame hoy ese mismo mensaje del evangelio.

Dicho mensaje está contenido en el llamado al arrepentimiento que se hace a Laodicea.

En consecuencia, en 1888, “en su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones. Este mensaje tenía que presentar en forma más destacada ante el mundo al sublime Salvador, el

sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación por la fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios” (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 57, 1 mayo 1895; en *Testimonies to Ministers*, 91-92, y *1888 Materials*, 1336). Pero Ellen White definió también el mensaje de la justificación por la fe como “la obra de Dios que abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que éste no puede hacer por sí mismo. Cuando los hombres ven su propia insignificancia, están preparados para ser vestidos por la justicia de Cristo” (Ellen G. White a Brother and Sister Maxson, Carta, 12 octubre 1896; en *Manuscript Releases*, vol. 20, 117). No es maravilla que Satanás “no quiera que se presente claramente esta verdad; pues sabe que si se la recibe plenamente, su poder será quebrantado” (Ellen G. White, “Camp-Meeting at Rome, N.Y.” *Review and Herald*, 3 septiembre 1889). Y así, mediante actitudes farisaicas, contiendas, incredulidad y duda respecto a los Testimonios del Espíritu de Profecía, Satanás mantuvo a la iglesia cautiva en un estado laodicense.

En diciembre de 1888, inmediatamente después del encuentro de Minneapolis, Ellen White repitió una vez más que “el mensaje a Laodicea es aplicable al pueblo de Dios en este tiempo”. La indiferencia a todo el consejo de Dios, una pérdida de celo por la verdad y el desprecio hacia “la luz contenida en los ‘Testimonios’” eran parte de la causa (Ellen G. White, “Our Duties and Obligations”, *Review and Herald*, 18 diciembre 1888). Pero a medida que fue prestando atención al mensaje a Laodicea durante el tiempo de los encuentros campestres del verano de 1889, relacionó los remedios divinos con el mensaje de Minneapolis (Ellen G. White, “Christ and the Law”, Manuscrito 5, Sermón, 19 junio 1889; en *1888 Materials*, 341-345; “Camp-Meeting at Ottawa, Kansas”, *Review and Herald*, 23 julio 1889).

En agosto de 1890, tras casi dos años de batallar en favor del precioso mensaje de la justicia por la fe, expresaría la condición de declive generalizado en la iglesia: “Desde el tiempo del encuentro de Minneapolis he visto el estado de la iglesia laodicense como nunca antes. He oído la reprensión de Dios hacia quienes se sienten tan satisfechos, a quienes no conocen su destitución espiritual... Como los judíos, muchos han cerrado sus ojos para no ver”. Dios había propiciado que brillara la luz en las filas del adventismo, sin embargo, aquellos que “aseveraban creer la verdad” pero que no actuaban según ella, tanto como quienes “despreciaban la gracia divina”,

constituían las vírgenes necias. El llamado del Testigo fiel y verdadero adquiriría ahora un mayor significado del que jamás tuviera anteriormente.

El estado de la iglesia, representado por las vírgenes necias, se lo describe también como el estado laodicense...

Los que comprenden su necesidad de arrepentimiento hacia Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo tendrán contrición de alma y se arrepentirán por su resistencia al Espíritu del Señor. Confesarán su pecado al rehusar la luz que el Cielo les ha enviado tan misericordiosamente y abandonarán el pecado que contristó e insultó al Espíritu del Señor. Humillarán el yo y aceptarán el poder y la gracia de Cristo, reconociendo los mensajes de advertencia, reproche y ánimo” (Ellen G. White, “The Righteousness of Christ”, *Review and Herald*, 19 agosto 1892, 497; “The Righteousness of Christ, (concluded)”, 26 agosto 1890, 513; en *1888 Materials*, 695. Para el contexto amplio de ese artículo, ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, 445-447).

Al poco tiempo de haber llegado a Australia -en diciembre de 1891- Ellen White volvió a elevar su voz, señalando al pueblo de Dios la elevada vocación a la que fue llamado: “Jesús no nos buscó a vosotros y a mí porque fuéramos sus amigos, ya que estábamos alejados de él y enemistados con Dios. Fue mientras éramos aún pecadores cuando Cristo murió por nosotros. Pero ha prometido darnos su Espíritu Santo a fin de que seamos asimilados a su propia naturaleza, cambiados a su imagen”. A continuación, Ellen White proclamó los remedios divinos ofrecidos a la iglesia laodicense, y que obrarán en ella tal cambio: “Comprad fe y amor, los preciosos y bellos atributos de nuestro Redentor, que nos capacitarán para encontrar el camino a los corazones de quienes no lo conocen, que están fríos y separados de él mediante la incredulidad y el pecado. Él nos invita a comprar de él vestiduras blancas, que son su gloriosa justicia, y colirio a fin de poder discernir las cosas espirituales. ¿No abriremos la puerta de nuestro corazón a ese Visitante celestial?” (Ellen G. White, “Ye are Complete in Him”, Sermón, 19 diciembre 1891; en *Bible Echo*, 15 enero 1892, 18).

En numerosas cartas que escribió el año siguiente, Ellen White continuaría presentando el mensaje a Laodicea como siendo el mensaje para aquel tiempo. En

una carta dirigida a Uriah Smith hacia finales de agosto de 1892, Ellen White lo confrontó una vez más por su continuo antagonismo hacia A. T. Jones y por escribir artículos en su contra en la *Review*. Le dijo a Smith que “Dios otorga a su pueblo grandes bendiciones al darle pastores fieles y rectos”. Dios estaba capacitando a esos mensajeros “con su Espíritu Santo para que clamen a voz en cuello y no se detengan, para que eleven su voz como una trompeta”, dando un mensaje decidido de advertencia a su pueblo “a fin de que puedan despertar y experimentar convicción de sus pecados y ser llevados al arrepentimiento y la reforma”. Pero mientras que esos mensajes se estaban dando, otros se esforzaban “por contrarrestar la obra de Dios mediante sus agentes escogidos”.

Ellen White terminó su carta dirigiendo la atención de Smith al llamado del Testigo Fiel y Verdadero: “Debiéramos prestar oído al consejo del Testigo Fiel y Verdadero. Cuando el pueblo de Dios humilla su alma ante él, buscando individualmente su Espíritu Santo de todo corazón, se oirá procedente de labios humanos un testimonio como el que representa esta escritura: ‘Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria’” (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 25b, 30 agosto 1892; en *1888 Materials*, 1004 y 1008). Las implicaciones eran evidentes: Smith seguía esforzándose por contrarrestar la obra de Jones y Waggoner, y el mensaje que Dios había enviado mediante ellos. Responder al llamado del Testigo Fiel y Verdadero implicaba arrepentirse y aceptar sus remedios, lo que desembocaría en la lluvia tardía y el fuerte pregón en su plenitud. Ellen White enviaría la carta a Smith por mano de A. T. Jones, acompañando copia para O. A. Olsen (Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 16j, 2 septiembre 1892; en *1888 Materials*, 1036; A.T. Jones a Ellen G. White, 8 octubre 1892; en *Manuscript and Memories of Minneapolis*, 226).

En septiembre, Ellen White escribiría nuevamente a Uriah Smith. Esta vez fue todavía más explícita respecto al mensaje a Laodicea y su relación con el mensaje de Minneapolis:

La palabra de Dios no puede obrar eficazmente en el corazón cuando es excluida mediante la incredulidad. El mensaje que los mensajeros han estado proclamando es el mensaje a la iglesia de Laodicea [se cita Apocalipsis 3:14-20]. Ese mensaje no ha tenido la influencia que debiera

sobre las mentes y corazones de los creyentes. Debe presentarse ante los hombres el verdadero estado de la iglesia, y estos deben recibir la palabra de Dios, no como algo que los hombres hubieran originado, sino como la palabra de Dios. Muchos han tratado el mensaje a los laodiceenses, tal como les ha llegado, como si fuera la palabra del hombre. Aquellos que debieran haber sido los primeros en discernir y actuar en consecuencia por ser palabra de Dios, han puesto en duda al mensaje y a los mensajeros. Si hubieran recibido la palabra de Dios que les fue enviada, no estarían ahora en tinieblas...

El mensaje que nos han dado A. T. Jones y E. J. Waggoner es el mensaje de Dios a la iglesia laodicense, y ay de todo aquel que profese creer la verdad y sin embargo no refleje a otros los rayos dados por Dios. Pastor Smith, si usted no hubiera albergado prejuicio, si no le hubieran afectado los informes que le llevaron a cerrar su corazón para que no entrara lo que esos hombres han presentado; si hubiera hecho como los nobles bereanos y hubiera escudriñado la Escritura para ver si el testimonio de ellos concordaba con su instrucción, hubiera estado en terreno ventajoso y habría avanzado mucho más en su experiencia cristiana...

Las muchas y confusas ideas en relación con la justicia de Cristo y la justificación por la fe son el resultado de la postura que usted ha tomado hacia el hombre y hacia el mensaje enviado por Dios. Pero Jesús anhela otorgarle las más ricas bendiciones...

El mensaje a Laodicea ha estado resonando. Tome ese mensaje en todas sus facetas y proclámelo allí donde la Providencia abra el camino. La justificación por la fe y la justicia de Cristo son los temas que deben presentarse a un mundo que perece. ¡Ojalá pueda abrir a Jesús la puerta de su corazón! (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 24, 19 septiembre 1892; en *1888 Materials*, 1051-1054).

Ellen White no pudo ser más clara; Jones y Waggoner habían sido enviados con el preciso mensaje que abriría las compuertas del cielo. De ser aceptado por el liderazgo y por los laicos, después llegaría a todo el mundo. Dos semanas antes, Ellen White escribió declaraciones parecidas a S. N. Haskell en una carta que trataba de los

tiempos prodigiosos en los que por entonces estaban viviendo. Tras citar Apocalipsis capítulo 3, Ellen White volvió a expresar la gran necesidad de arrepentimiento, llegando a especificar que el Señor estaba a la puerta y llamaba mediante sus mensajeros delegados:

Hay una gran necesidad de arrepentimiento cuando consideramos la ocasión que hemos dado al mundo de dudar de la verdad del cristianismo. Siendo nosotros los que hemos tenido gran luz, hoy somos más culpables ante Dios que cualquier otro pueblo...

Esas advertencias e invitaciones no debieran verse más con fría indiferencia. A nuestras iglesias se les ofrecen las mercancías del cielo...

Vestidos de vuestra propia justicia os sentís en plenitud. Caminando según las chispas de vuestra propia lumbre, no discernís vuestros defectos de carácter. Necesitáis las vestiduras tejidas en los telares del cielo a fin de que vuestra desnudez no os confunda en el día de Dios. Estáis viviendo en un autoengaño culpable, puesto que os mantenéis al margen de la luz y los ricos tesoros de la gracia de Dios. Imagináis ser ricos cuando estáis en la bancarrota. Toda vuestra vida ha sido una mentira.

Abrid vuestras puertas, dice el Mercader celestial. Los llamamientos han sido casi en vano. Cada resquicio del corazón ha permanecido sellado. Los laodicenses satisfechos de ellos mismos han dejado a Jesús fuera. La mundanalidad, la propia justicia, el orgullo y la tibieza han atado por tanto tiempo a las almas con cadenas de incredulidad que ahora, cuando se oye la voz del Salvador mediante sus mensajeros, se añaden la rebelión y la obstinación del alma para agravar la culpabilidad. Ataviados en sus vestiduras inútiles de justicia propia, se sienten insultados al decirles que están desnudos. Se oye la voz del Salvador: "He aquí mediante mis mensajeros delegados yo estoy a la puerta y llamo". ¿Le dejaréis entrar? ¿Abriréis el corazón a la influencia sagrada de la gracia de Cristo que es enternecedora y que lleva a la sumisión? ¿Podéis mantener vuestro corazón cerrado ante su amor y las riquezas de su gracia? ¿Triunfará el mismo Satanás en vuestro terrible engaño de que no tenéis necesidad de

nada? * (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 30a, 5 septiembre 1892; no publicada).

Nota 50: Como se ha señalado anteriormente, Ellen White había declarado que las ideas confusas sobre la enseñanza de la justicia por la fe eran el resultado de la oposición al mensaje de 1888. Dijo también que Jesús, mediante sus mensajeros delegados (Jones, Waggoner, etc), estaba a la puerta con los verdaderos remedios para la iglesia. Ahora, 125 años después, historiadores adventistas modernos como Desmond Ford, Burt Haloviak, George Knight y Woodrow Whidden nos informan de que fueron Jones y Waggoner quienes trajeron a la iglesia el mensaje de confusión, empezando en fecha tan temprana como el año 1889. Ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. I, 251-253.

Al comenzar a dibujarse en el horizonte la asamblea de la Asociación General de 1893, Ellen White llamó una vez más la atención del cuerpo pastoral al mensaje de Laodicea. “Estamos ciertamente viviendo en medio de los peligros de los últimos días”, escribió Ellen White al principio de su carta de quince páginas. “Las iglesias habían seguido tratando con indiferencia” verdades que llevaban a un examen de conciencia. “La única esperanza para nuestras iglesias hoy es arrepentirse y hacer su primera obra”. Suplicó a los “hermanos que van a reunirse en la asamblea de la Asociación General [de 1893] que den oído al mensaje enviado a los laodicenses. ¡Vaya condición de ceguera es la suya! Este tema se ha presentado una y otra vez ante vosotros, pero vuestra insatisfacción con vuestra condición espiritual no ha sido suficientemente profunda ni dolorosa como para obrar una reforma”. Ellen White volvió entonces nuevamente al asunto del mensaje y mensajeros de Minneapolis. ¿Qué trato recibieron? Citaremos un fragmento considerable de esa carta:

Pregunto: ¿qué significado tiene la contención y la disputa entre nosotros? ¿Qué significa ese espíritu áspero y férreo que es evidente en nuestras iglesias e instituciones, y que tan anticristiano es? Tengo profunda tristeza de corazón por ver con qué presteza se critica una palabra o acción del pastor Jones o del pastor Waggoner. Cuán rápidamente pasan muchas mentes por alto todo el bien que se ha obrado mediante ellos en los años recientes, y no aprecian evidencia de que Dios está obrando mediante esos instrumentos. Van a la caza de algo que condenar, y su actitud respecto a esos hermanos que se han implicado celosamente en realizar buenas obras demuestra que el corazón alberga sentimientos de enemistad y amargura.

Lo que se necesita es el poder convertidor de Dios en las mentes y corazones. Dejad de mirar a vuestros hermanos con recelo...

Nota 52: Sería imposible describir mejor la obra biográfica de algunos historiadores adventistas modernos en su procura actual por desacreditar a Jones y Waggoner. Sus obras biográficas evidencian ciertamente estar motivadas por el deseo de promocionar su agenda personal de teológica evangélica, más bien que por presentar un examen honesto e imparcial de la historia adventista.

Muchos se han convencido de haber estado contristando al Espíritu de Dios por su resistencia a la luz, pero aborrecieron morir al yo y postergaron la obra de humillar sus corazones y confesar sus pecados. No quisieron reconocer que fue Dios quien enviaba la reprensión, ni que la instrucción procedía del cielo, hasta que desapareciera cualquier sombra de incertidumbre. No anduvieron en la luz. Esperaban poder salir de la dificultad de alguna forma más fácil que mediante la confesión del pecado y Satanás los ha tomado, los ha tentado, y no tienen más que una fortaleza muy débil para resistirlo.

Se ha amontonado una evidencia tras otra, pero no han tenido la voluntad de reconocerlas. Mediante su actitud terca han demostrado la enfermedad del alma que les afectaba, ya que no existía evidencia que los pudiera satisfacer. La duda, la incredulidad, el prejuicio y la obstinación mataron todo amor en sus almas. Exigieron seguridad perfecta, pero eso no es compatible con la fe. La fe no descansa sobre la constatación, sino sobre la evidencia. La demostración no es la fe.

Si a los rayos de luz que brillaron en Minneapolis se les hubiera permitido ejercer su poder convincente sobre quienes tomaron posición contra la luz, si todos hubieran depuesto sus caminos y sometido sus voluntades al Espíritu de Dios en aquel tiempo, habrían recibido la más rica bendición, habrían chasqueado al enemigo y se habrían mantenido como hombres de fe, fieles a sus convicciones. Habrían tenido una rica experiencia. Pero el yo dijo: No. El ego no estaba dispuesto a resultar herido, sino que luchó por la supremacía.

Y cada una de esas almas será probada de nuevo en los puntos en que entonces fracasó. Tienen un juicio menos claro, menos sumisión, menos genuino amor hacia Dios y hacia sus hermanos ahora, que antes de la prueba en Minneapolis. Están registrados en los libros del cielo como hallados faltos. El yo y la pasión desarrollaron rasgos odiosos.

Desde aquel tiempo el Señor ha proporcionado evidencia abundante en mensajes de luz y salvación. No se les podía dar más tiernos llamamientos ni mejores oportunidades a fin de que pudieran hacer lo que debieron haber hecho en Minneapolis. La luz se ha estado retirando de algunos desde que comenzaron a caminar en las chispas de su propia lumbre. Nadie puede decir cuánto está en juego si se es negligente en cumplir con el llamado del Espíritu de Dios.

Va a llegar el tiempo en que muchos desearán todo y cualquier cosa posible para tener la oportunidad de dar oído al llamado que rechazaron en Minneapolis. Dios tocó los corazones, pero muchos cedieron a otro espíritu que los movía mediante sus pasiones desde lo bajo. Ojalá esas pobres almas hagan una obra cabal antes de que sea eternamente demasiado tarde. Nunca se presentarán mejores oportunidades, nunca tendrán sentimientos más profundos (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 19d, 1 septiembre 1892; en *1888 Materials*, 1018, 1026-1031).

Capítulo 6

Oír el consejo del Testigo Fiel

Prescott estaba frente a los reunidos en Battle Creek. Aquella tarde de martes a finales de enero de 1893 se desplegaban ante él cuarenta años de historia laodicense. Gran parte del material que Ellen White escribió sobre el mensaje a Laodicea había pasado por las manos de Prescott, trayendo convicción y arrepentimiento a su propio corazón, como expresó en más de una ocasión (Ellen G. White a J. S. Washburn and Wife, Carta 32, 8 enero 1891; en *1888 Materials*, 850; Gilbert M. Valentine, *The Shaping of Adventism*, 30). A la luz de toda esa historia y de su contexto, Prescott continuaría ahora presentando su serie sobre la promesa del Espíritu Santo y la necesidad de prestar oído al mensaje dirigido a Laodicea.

Prescott sintió que el único mensaje que podía dar aquella noche, para sí mismo y para todos los presentes, consistía en “comenzar a confesar nuestra pecaminosidad a Dios en un espíritu humilde, con profunda contrición ante él, arrepintiéndonos celosamente”. Había llegado el tiempo “cuando ha comenzado a brillar la luz: luz que ha de alumbrar la tierra con su gloria”, y solamente se permitiría participar en la obra final a quienes hubieran “limpiado de toda contaminación sus almas; es decir, a los que se hayan arrepentido de sus pecados, de forma que Dios los haya quitado”:

Desconozco ciertamente cómo va a suceder, pero a veces me parece que va a haber algo que nos despierte a la forma en que Dios ve el pecado, a la forma en que él nos ve a nosotros. Pero hemos rechazado la advertencia del Espíritu y la instrucción que ha dado, así como los testimonios que nos ha enviado vez tras vez al respecto: “Arrepiéntete y haz las primeras obras, pues si no te arrepientes, pronto vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar”. Esa ha sido la advertencia durante años: ¡Arrepiéntete!, ¡arrepíentete!, ¡arrepíentete! Pero no hemos escuchado ese testimonio, sino que hemos llegado al punto en el que decimos: “Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”. Sin embargo, afirmo que si alguna vez hubo una compañía necesitada, es esta...

Soy consciente de estar expresándome con mucha llaneza, pero no lo hago sin antes haber recapitado y orado. Hablo así porque estoy convencido de que este es el mensaje de Dios a nuestras almas, a la mía y a las vuestras. Sé que es el tiempo para que nos arrepintamos celosamente a fin de que el derramamiento especial del Espíritu de Dios pueda venir sobre nosotros sin destruirnos. Si no hacemos de esto un asunto de ferviente oración, afirmo que eso va a significar simplemente muerte para vosotros y para mí...

No podemos venir a esta asamblea pastoral y de la Asociación día tras día de forma despreocupada. Es tiempo de que cada uno tiemble fervientemente por la salvación de su propia alma... Hay una obra individual que debemos hacer cada uno de nosotros en relación con esta asamblea, que consiste en un solemne escrutinio del corazón ante Dios, tomando su palabra y arrepintiéndonos a fin de poder recibir ese poder...

Encuentro placer en que nos reunamos juntos, en escuchar esas instrucciones y explicaciones de la palabra de Dios. Es para mí un gran gozo. Pero os digo que podemos acudir e irnos de aquí, semana tras semana, año tras año, y no alcanzar la mente de Dios relativa a este tiempo (W. W. Prescott, "The Promise of the Holy Spirit, No. 2", *General Conference Daily Bulletin*, 31 enero 1893, 65-67).

Estaban ciertamente viviendo en un tiempo solemne. Tan pronto como Prescott terminó su disertación, A. T. Jones retomó de nuevo su tema relativo al mensaje del tercer ángel. Continuó exponiendo los acontecimientos habidos en los Estados Unidos, en cumplimiento de la profecía bíblica al estar estableciéndose una imagen de la bestia (Apoc 13 y 14). Y en el tiempo mismo de 1892 en que se estaba fraguando esa imagen, llegó palabra en confirmación de que el "fuerte pregón" del tercer ángel había empezado a resonar. ¿Cómo podían escapar a la conclusión de que "el fuerte pregón tiene lugar ahora, en este tiempo"?

Jones terminó su sermón citando parte de la carta de Ellen White a Uriah Smith del verano precedente: "Suponed que la atención se desviara de todas las diferencias de opinión, y diéramos oído al consejo del Testigo Fiel. Cuando en el pueblo de Dios se humillen las almas ante él buscando individualmente el Espíritu Santo de todo

corazón, se oirá de labios humanos un testimonio tal como el que está representado en esta escritura: ‘Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria’. Habrá rostros radiantes por el amor de Dios, habrá labios tocados por el fuego sagrado, que digan: ‘La sangre de su Hijo Jesucristo nos limpió de todo pecado’” (A.T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 3”, *General Conference Daily Bulletin*, 31 enero 1893, 71 y 74).

La tarde del jueves Prescott continuó el tema en el punto donde lo había dejado la noche precedente, en la que había procurado fomentar la convicción de que era necesario un arrepentimiento profundo. Lo mismo que sucedió con Job y con los que oyeron las palabras de los discípulos en el día de Pentecostés, “una vislumbre de la gloria y pureza de Jesucristo” llevó al aborrecimiento del yo pecaminoso. Esa fue también la experiencia de Esdras, siervo de Dios, quien se sintió convencido de pecado mientras procuraba llevar a Israel a orar de todo corazón por sus pecados y por los de la nación. ¿Cuál fue la experiencia de los reunidos en Battle Creek en 1893?

Se nos da ahora instrucción al efecto de que los siervos de Dios “entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: ‘Perdona, Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad’”. Pero pienso que al considerar ese asunto, antes de poder hacer eso, debiéramos llorar por nosotros mismos. Examinad el registro de los pasados tres o cuatro años y ved primeramente lo que Dios ha estado haciendo por nosotros, para ver después dónde estamos ahora. Dios ha tratado a su pueblo de la forma más remarcable... ¿Qué vamos a hacer cuando Dios nos envía palabra aquí y ahora, a propósito de que está esperándonos impacientemente? Ha estado esperando por tres años, ¿no es así? Por lo tanto, ¿va a retirarlo ahora? -No. Ha dicho: Esperaré un año más, y si no lleva fruto, lo dejaré ir. ¿Cuánto tiempo hace desde que Dios comenzó a enviar de una forma tan especial esta luz, esta instrucción y este reproche a mí y a vosotros? Rememorad: -cuatro años. Es el cuarto año tras Minneapolis y vamos camino del quinto.

Afirmo que nos enfrentamos a algo terriblemente solemne y me quedo sin palabras. Pero desde el fondo de mi alma puedo decir simplemente que

hemos alcanzado un tiempo terrible y solemne. Dios ha estado esperándonos y enviándonos reprensión por cuatro años...

No es mi intención procurar que nadie se alinee con ese pensamiento, pero siento que es mi deber presentar esas cosas con la mayor claridad posible, y permitir que el Espíritu de Dios efectúe su propia obra sobre nuestros corazones. Eso es todo cuanto puedo hacer... Estoy simplemente exponiendo hechos ante vosotros, cuando afirmo que si esta noche Dios hiciese que brillasen en nuestros corazones rayos adicionales de su Espíritu, no podríamos regresar a casa tranquilamente y dormir como si nada extraordinario hubiera sucedido y seguir con la rutina habitual (W. W. Prescott, "The Promise of the Holy Spirit, No. 3", *General Conference Daily Bulletin*, 2 febrero 1893, 104-105).

Prescott los había retrotraído amablemente a Minneapolis y a los pecados que pendían todavía sobre ellos como pueblo. ¿Tendrían un pleno sentido de las implicaciones y de lo que estaba en juego? ¿Apreciarían el tiempo extra que se les concedía para el arrepentimiento? Prescott advirtió que no era tiempo para decir: "Señor, si he pecado, lo lamento". Ahora, cuando Dios nos envía palabra positiva de que hemos pecado, es un insulto para el alto Cielo que le digamos: 'Si he pecado'. Con eso estamos diciendo que si no he pecado, él es un mentiroso, ya que ha enviado palabra afirmando que lo he hecho".

Haciendo una comparación entre actitudes evasivas como esas en la oración de arrepentimiento y la oración que elevó Daniel, Prescott declaró fervorosamente: "No veis al gran Daniel, a quien el Señor había dicho 'tú eres muy amado', confesando el pecado con un 'si' condicional. De ninguna manera". Daniel había confesado cabalmente sus pecados y los pecados de su pueblo: "Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos actuado impíamente, hemos sido rebeldes y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas". Prescott comparó la confesión de Daniel por el desprecio de Israel hacia las advertencias de los profetas del Antiguo Testamento, con la declaración de Ellen White posterior a Minneapolis: "Algunos critican al mensaje y los mensajeros. Se atreven incluso a rechazar las palabras de reproche que Dios les envía mediante su Espíritu Santo".

Declaraciones como esa llevaron a Prescott a concluir que “el hecho es, o al menos a mí me lo parece, que nos hemos acostumbrado de tal modo a la idea de apreciar o despreciar esas cosas al par de nuestros intereses, que hemos perdido del todo la noción de la santidad de la Palabra de Dios y de su mensaje. Es algo terrible el despreciar la palabra y el mensaje de Dios, y no obstante, nos hemos acostumbrado a hacer tal cosa. ¿Por qué? Porque el pecado está allí y porque Dios no envía males inmediatamente sobre nosotros cuando despreciamos esas advertencias”.

A quienes pudieran preguntarse qué debían confesar, Prescott los refirió a una declaración contenida en *Obreros evangélicos*: “Somos tan responsables por los males que pudimos haber evitado en otros mediante la reprobación, la advertencia y mediante el ejercicio de la autoridad parental o pastoral, como si fuéramos culpables de realizar los actos nosotros mismos”. Esa declaración casi levantó de su silla a Prescott: “Si Dios no tiene misericordia de nosotros, ¿qué nos espera?... ¿Qué alegaremos ante Dios? ¿Acaso no estaremos obligados a reconocer, como Esdras: “Confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro hacia ti”? Prescott había llamado fielmente la atención del liderazgo de la Iglesia Adventista a las oraciones de Esdras, Daniel y Ezequiel en su arrepentimiento por sus pecados y por los de su propia nación. ¿Estaba Dios llamando también a su pueblo remanente laodicense a un tipo semejante de oración? (Ibid., 105-106.)

El sábado 4 de febrero, S. N. Haskell predicó un sermón en el tabernáculo de Battle Creek, que se encontraba “atestado hasta su máxima capacidad”, de forma que los retrasados tuvieron que acomodarse en el espacio improvisado de las escaleras. Haskell predicó “con su libertad y poder habituales” mientras la congregación le oía disertar sobre el mensaje del plan de la salvación (M. B. [Duffie], “Meetings in Battle Creek”, *Review and Herald*, 7 febrero 1893, 96). Refiriéndose a la responsabilidad de llevar entonces ese mensaje del evangelio al mundo, Haskell afirmó: “El tiempo en el que vivimos ahora es el del derramamiento del Espíritu de Dios. ¿Cuál es, pues, nuestro deber?... Nuestra obra es tomar el evangelio y llevarlo a todas las partes de la tierra”. Tras leer largas porciones de un testimonio de Ellen White, Haskell declaró: “Hermanos, estamos viviendo en el tiempo más solemne que jamás haya existido desde que Adán cayó. Estamos viviendo en las escenas finales de la historia de este mundo, y llama a nuestra puerta la pregunta: ‘¿Cuál va a ser nuestra parte?... No hemos recibido aún ese Espíritu que quiere darnos. Tiene que producirse un

cambio en nuestros corazones, o de lo contrario jamás entraremos en el reino de los cielos” (S. N. Haskell, “The Sermon”, *General Conference Daily Bulletin*, 4 febrero 1893, 131 y 133).

La tarde del sábado tuvo lugar en la sacristía al este del tabernáculo una reunión multitudinaria compuesta por los hermanos visitantes, pastores, licenciados y otros obreros. Habiendo comenzado a las 14:30, se extendió “hasta la puesta del sol, [y estuvo] casi llena de testimonios de confesión y humildad, aunque caracterizada por mucha fe, esperanza y amor”. De acuerdo con lo que escribió E. W. Whitney a su iglesia en Colorado, el resultado de la predicación y testimonios compartidos en los días precedentes pareció ser este: “Mientras que se presenta con poder y en demostración del Espíritu la doctrina de ‘la justicia de Cristo’ como siendo la justicia que debemos poseer por la fe, no se descuidan los asuntos importantes del arrepentimiento y las buenas obras”.

Escribiendo también a propósito de las reuniones sabáticas, M. B. Duffie declaró que “estuvo presente el poder de Dios, y a partir de lo que se ha dicho creemos que cuando esos hermanos regresen a sus respectivos campos de labor, lo harán investidos con el Espíritu del Maestro... Estamos ciertamente teniendo un tiempo pentecostal aquí en Battle Creek, y disfrutan del refrigerio de gotas de la lluvia tardía que están descendiendo ahora sobre su pueblo” (E. W. Whitney, “To the Church at Boulder”, *Review and Herald*, 14 febrero 1893, 109; M. B. [Duffie], “Meetings in Battle Creek”, *Review and Herald*, 7 febrero 1893, 96).

Haskell continuó en la mañana siguiente con su serie sobre el estudio de la Biblia. Tras haber leído comentarios de un artículo de Ellen White en la *Review* relativo a las bendiciones del Espíritu Santo descansando sobre el buscador diligente de la verdad, Haskell dijo: “Por lo tanto, hermanos, si resultamos chasqueados y no recibimos el Espíritu, ¿de quién será la culpa? -Nuestra. ¿Por qué no lo recibiremos? -Porque dejamos de buscarlo”. Haskell continuó describiendo cómo les fue dado el Espíritu Santo a los discípulos en Pentecostés para que tomara el lugar de la presencia personal de Jesús, y fue derramado sobre ellos porque sabían que sus pecados habían sido perdonados. Así habría de suceder también en la lluvia tardía: “Dios ha prometido bendiciones a su pueblo. Son aquellos cuyos pecados han sido perdonados, y que conocen a su Salvador, los que tienen una plenitud que no habían

recibido antes. Es el derramamiento del Espíritu de Dios. Es el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel. El primer paso es tener un corazón limpio de pecado. Cuando el corazón es limpiado por la sangre de Cristo, avanzaremos en el cumplimiento de la obra que Dios nos ha encomendado” (S. N. Haskell, “The Study of the Bible, No. 8”, *General Conference Daily Bulletin*, 5 febrero 1893, 136).

Aquella tarde, R. C. Porter, hablando acerca de los 144.000 y de la generación del tiempo del fin, citó extensamente el artículo de Ellen White en la *Review* del 22 de noviembre de 1892: “Que todo aquel que haga profesión de creer que el Señor viene pronto estudie las Escrituras como nunca antes, ya que Satanás está determinado a procurar cualquier medio posible para mantener en las tinieblas a las almas y cegar las mentes a los peligros de los tiempos en que vivimos. Tome todo creyente su Biblia con oración ferviente a fin de ser iluminado por el Espíritu Santo respecto a qué es la verdad, de forma que pueda conocer mejor a Dios y a Jesucristo a quien ha enviado. Buscad la verdad como a un tesoro escondido y chasquead al enemigo. El tiempo de prueba está precisamente ante nosotros, pues el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado...” Siguiendo de todo corazón ese consejo, Porter amonestó así a sus oyentes: “Debiéramos estar orando a Dios por su Espíritu Santo. No podemos salir de esta asamblea de la Asociación General para seguir haciendo lo



A. T. Jones

mismo que hicimos antes que viniéramos aquí. ¿Estamos estudiando la Biblia con ferviente oración? ¿Estamos orando para que Dios dirija las mentes de los instructores? Si no lo estamos haciendo, estamos en un terreno peligroso. El fuerte pregón ‘ha comenzado’. ¿No debiera eso hacernos despertar?” (R. C. Porter, “The Mind of Christ, No. 5”, *General Conference Daily Bulletin*, 5 febrero 1893, 145).

Esa misma tarde, A. T. Jones continuó su serie sobre el mensaje del tercer ángel. Dijo a sus oyentes que lo que les había estado predicando todo el tiempo, lo habría predicado exactamente del mismo modo a quienes “jamás habían oído sobre la Iglesia Adventista del Séptimo Día”.

Trazando un paralelismo entre los discípulos en Pentecostés y la situación actual de la iglesia del último tiempo, Jones les lanzó este desafío: “Debiéramos estar reuniéndonos en grupos para orar por el Espíritu Santo”. Les recordó también “que cuando el pueblo de Dios busca individualmente y de todo corazón su Espíritu Santo se oirá de labios humanos un testimonio que cumple la palabra: ‘Vi otro ángel que descendía del cielo teniendo gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria’”. Lógicamente se suscitaba la pregunta: ¿estaban orando por el derramamiento del Espíritu Santo?

Tenemos la palabra del Señor confirmando que cada día ascienden oraciones. ¿Están las vuestras entre ellas? ¿Están las mías? Ha de llegar el día en que ascienda la última oración requerida para recibir esa bendición. ¿Qué sucederá entonces? -Vendrá. Se producirá la efusión y será derramado el Espíritu Santo como en el día de Pentecostés. Observad: la palabra asegura que mientras las “oraciones están ascendiendo diariamente a Dios” en reclamo de su promesa, “no se pierde ni una sola de esas oraciones elevadas con fe”. Ahí está la bendición de esa promesa. Cuando Dios nos dice que oremos por alguna cosa, eso nos abre las puertas de par en par para que podamos orar en la perfecta confianza de que la recibiremos. Nada hay que pueda impedir que esa oración sea acogida allí. ¿Qué significa para nosotros su palabra? -Que no se pierde ni una sola de esas oraciones elevadas con fe.

Uno de estos días se habrá elevado la última de esas necesarias oraciones y será derramada la bendición. ¿Quiénes la recibirán? Aquellos que elevaron sus oraciones a Dios al respecto. Poco importa si quien oró se encuentra por entonces en el centro de África y el derramamiento ocurre aquí en Battle Creek: la recibirá, puesto que mediante nuestras oraciones queda abierta una comunicación entre nosotros y la fuente de la bendición, y si mantenemos ese canal abierto mediante nuestras oraciones, cuando sea derramado el Espíritu alcanzará el lugar desde el que fueron elevadas (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 7”, *General Conference Daily Bulletin*, 5 febrero 1893, 149).

Esas poderosas presentaciones se extendieron más allá de la audiencia de aquella sala. Una reseña editorial en la *Review* anunciaba que “se han publicado ahora varios números del *Conference Bulletin*, y en vista de las excelentes y extraordinarias reuniones que estamos teniendo en nuestra asamblea pastoral...” No obstante, se advertía a los lectores acerca de que los ejemplares desaparecían tan pronto, “que rápidamente se va a agotar el almacén”. Esa respuesta indicaba que “el Espíritu de Dios se está manifestando de una forma notable en nuestras reuniones, y estamos haciendo todo lo que podemos para dar a nuestro pueblo el beneficio de ellas mediante el *Bulletin*” (Editorial Note, *Review and Herald*, 7 febrero 1893, 96).

Probados de nuevo en el mensaje a Laodicea

El lunes 6 de febrero por la tarde A. T. Jones volvió a reunir todas las evidencias de que estaban viviendo en la presencia misma de los eventos que conducirían al retorno de Cristo. A partir de la Biblia y de los Testimonios se había presentado evidencia tras evidencia de que en aquel mismo tiempo debían “tener el único poder mediante el cual se podría dar el mensaje al mundo”. Sin embargo Jones sugirió que el mayor peligro para aquella congregación y para el adventismo en cualquier lugar consistía en que no fueran capaces de ver las cosas de importancia vital que les concernían individualmente -es decir, cómo estaban sus propios corazones con Dios- y que en lugar de eso se concentraran en “las cosas que están fuera”. Existía asimismo el peligro de que “abordaran esas cosas como si fueran una especie de teoría”, en lugar de procurar “tener al Cristo viviente en el interior”.

Cuando Jones abordó el tema en sus siguientes dos presentaciones, lo hizo con prudencia: “Para mí, esta disertación y la siguiente son las más temibles entre las que jamás me haya visto. No las he elegido yo, y las temo”. Jones procuraba también llevar a sus oyentes al consejo del Testigo Fiel y Verdadero a la iglesia de Laodicea. Enfatizó la necesidad del arrepentimiento a fin de que se cumpliera la plenitud de la promesa de la lluvia tardía y el fuerte pregón. Relacionó también el llamado de Dios al arrepentimiento con los eventos de Minneapolis y el subsiguiente rechazo del derramamiento del mensaje preciosísimo de la justicia por la fe. Eso implicaría una obra monumental. Cuando Jones comenzó, a pesar de ser uno de los mensajeros

mediante quienes Dios estaba llamando a la puerta, no se puso aparte de sus hermanos. Buscaría el arrepentimiento junto a ellos:

Os pido, para comenzar, que no me consideréis como a alguien separado de vosotros, como quien está por encima, como si os hablara desde un nivel superior, excluyéndome a mí mismo de las cosas que se vayan a presentar. Estoy con vosotros en todas estas cosas. Yo, de igual forma que vosotros, y en la misma medida, necesito como el que más en la tierra estar preparado para recibir lo que Dios nos tiene que dar. Así pues, os ruego que no me separéis de vosotros en esto. Y si veis faltas que habéis cometido, yo también veré faltas que cometí, y por favor, no me culpéis si presento lo que traiga a vuestra mente faltas que hayáis cometido; no me culpéis como si os estuviera juzgando o buscando faltas en vosotros. Presentaré simplemente los hechos, y vosotros que tenéis parte en ellos sabréis cada uno por sí mismo que es un hecho, de igual forma en que al concernirme a mí sabré que es un hecho en lo que a mí respecta. Lo que procuro, hermanos, es buscar a Dios junto a vosotros de todo corazón [Congregación: “Amén”] y despejar el camino de todo obstáculo, a fin de que Dios pueda darnos todo lo que tiene para nosotros (A. T. Jones, “The Third Angel’s Messages, No. 8”, *General Conference Daily Bulletin*, 6 febrero 1893, 164-165).

Jones les recordó que durante las reuniones se había mantenido ante ellos el pensamiento de que había llegado el tiempo en el que “Dios ha prometido dar la lluvia temprana y tardía. Ha llegado el tiempo en que debemos pedirla y esperarla”. Pero sólo se concedería la lluvia tardía y el fuerte pregón cuando fueran “de un corazón y una mente”. En consecuencia, Jones declaró: “Si hay las diferencias que sea entre vosotros y cualquier otro en esta tierra -estén o no en esta asamblea-, es tiempo de que vosotros y yo las quitemos del camino”. Una preparación como esa permitiría que Dios cumpliera sus promesas. Eso es lo que habían hecho los discípulos antes de Pentecostés, y a lo que llamaba el mensaje a Laodicea. La murmuración y las contiendas entre los hermanos eran obra del diablo, y se la debían dejar exclusivamente a él. Tenían que amar a los hermanos y defenderlos a fin de no resultar separados de Dios al volver las armas de combate uno contra otro. Para los adventistas del séptimo día había llegado el momento de confesar su condición:

Bien, hermanos, lo mejor que podemos hacer es ir directamente a ese mensaje a los laodicenses y reconocer la veracidad de cada una de sus palabras. Cuando nos dice que somos desgraciados, digámosle: “Así es, soy desgraciado, miserable, pobre; un perfecto mendigo, y nunca seré otra cosa en el mundo; soy ciego y no otra cosa; estoy desnudo y además no me doy cuenta de todo ello, lo ignoro, lo desconozco en absoluto de la forma en que debería conocerlo”. Entonces le diré cada día y a cada hora: “Señor, ¡todo eso es cierto! Pero en lugar de mi desgracia, dame tu propia satisfacción; en lugar de mi miseria, dame tu consuelo; en lugar de mi pobreza, dame tus propias riquezas; en lugar de mi ceguera, sé tú mi vista; en lugar de mi desnudez, vísteme de tu propia justicia y enséñame tú aquello que no sé”. [Congregación: “Amén”] (Ibid., 165-166).

Jones terminó su presentación haciendo a todos un llamado a “estar hoy unidos, ya que esa es la obra que Dios quiere hacer en nosotros”. Sus corazones no debían estar enfocados en la ambición por los puestos más elevados en la Asociación o en el Comité de la Asociación, sino en “quién se va a esforzar más en ganar almas para la justicia”. Esa fue la mente de la iglesia primitiva cuando se derramó sobre ellos el Espíritu Santo: “*El Espíritu de Cristo los hizo uno*. Tal es el fruto de estar en Cristo. Pero si la disensión, la envidia, los celos y contiendas son el fruto que estamos llevando, no es posible que estemos en Cristo” (Ibid., 169; cursivas en original).

La tarde siguiente, el martes 6 de febrero, R. C. Porter continuó su serie sobre la mente de Cristo, y también él llevó la atención de sus oyentes al mensaje de Laodicea según la luz del gran conflicto: “En las declaraciones que he leído se despliega la controversia entre Cristo y Satanás. Y hermanos, los principios que subyacen en el mensaje del tercer ángel son los que Dios tenía desde el principio mismo. Me gustaría hacérselo ver a todos tal como Dios lo ha desplegado ante mi mente. Si pudiera lograrlo, ni una sola alma aquí dejaría de exclamar: ‘Puedo ver que eso se aplica a mi caso’. Él dice: ‘Yo conozco tus obras’. ¿De qué tipo de obras se trata? -Pobre, desgraciado, ciego y desnudo. ¿Conoce nuestra condición? -La conoce. ¿No convendría que reconociéramos: ‘Estoy lleno de pecado y no hay nada bueno en mí’? Lo que *él* dice es cierto, incluso si yo, en mi ceguera, soy incapaz de verlo”. El propio Porter había estado estudiando ese tema a la luz de la justicia de Cristo, a la luz de su amor, y ahora veía toda su vida pasada como “un fracaso, ya que todo lo que hice,

lo hice por un principio equivocado, por un motivo incorrecto. Quiero decir que todo cuanto ha dicho el Testigo Fiel y Verdadero, es verdadero en mi caso, y yo lo desconocía”.

Tras comparar el poder de la fuerza empleada en el reino de Satanás, con el poder del amor que rige en el reino de Cristo, Porter terminó su disertación regresando a los eventos de Minneapolis:

¿Qué estamos haciendo en esta asamblea? Dios ha dicho que es el tiempo para congregarnos, orar y rogar a Dios por su bendición. Tiempo de buscar a Dios con todo nuestro corazón. Quisiera que pudierais verlo todos tal como yo lo veo ahora. Satanás es el acusador de los hermanos. Regresad a Minneapolis. ¿Hubo acusaciones contra los hermanos? Os pregunto en nombre de mi Dios de amor, ¿qué clase de consejos habéis estado teniendo? Es tiempo de que tengamos consejos de paz. Permitamos que haya en nosotros la mente que hubo en Cristo.

Agradezco a Dios, pues veo que la nube se va deshaciendo y estamos comenzando a ver que somos pobres, miserables, ciegos y desnudos. Cuando él nos muestra lo peor de nuestros casos, lo hace acompañado de benditas palabras de ayuda y salvación. Cuando él describe nuestra desnudez, lo hace tendiéndonos la bendita vestimenta de justicia para cubrir todos nuestros pecados. No quiere avergonzarnos. Pone sus brazos eternos sobre nosotros. ¡Ojalá pudiéramos ver lo que Dios quiere hacer por nosotros! Que él pueda abrir ante nosotros los consejos de paz. Es tiempo de que reconozcamos nuestras faltas unos a otros. Tenemos una obra por hacer, ¡ojalá Dios nos de sabiduría para la realización de todo deber! Hermanos míos, tengamos consejos de paz antes de que se pase el tiempo y sea demasiado tarde (R. C. Porter, “The Mind of Christ, No. 6”, *General Conference Daily Bulletin*, 7 febrero 1893, 176 y 178).

Aquella misma tarde Jones continuó su presentación donde la había dejado la noche anterior. Algunos habían estado evidentemente cuestionando algunos de sus comentarios en aquella presentación, ya que querían saber cómo se puede uno reconocer miserable, pobre, ciego y desnudo, y “al mismo tiempo gozarse en el Señor”. Jones respondió así: “Pregunto de qué otra manera podría uno gozarse”,

excepto reconociendo su verdadera condición”. Para exponer ese punto con mayor claridad, Jones citó una declaración de Ellen White en el Testimonio 31: “¿Estáis en Cristo? No, si no os reconocéis pecadores errantes, desvalidos y condenados”. Jones expresó entonces esta conclusión: “Eso es lo que algunos de los hermanos dicen no poder ver. Dicen: ‘No puedo ver cómo, si estoy en Cristo, me he de reconocer un pecador acabado y desvalido; creía que si estoy en Cristo debería dar gracias a Dios por ser bueno, libre de pecado, enteramente perfecto, santificado y todo eso’. ¿Por qué no?, él lo es. Cuando uno está en Cristo, él es perfecto, es justo, es santo y jamás yerra, y *su santidad le es imputada*, le es dada. Su fidelidad, su perfección, es *mía*, pero *yo no soy eso*”.

Jones llevó a continuación a la audiencia de regreso a las primeras declaraciones de Ellen White sobre la condición laodicense y la obra que Dios estaba procurando realizar desde fecha tan temprana como el año 1859. Cuando se dio el mensaje por vez primera, hubo confesión de pecados y muchos sintieron que eso terminaría en el fuerte pregón. Pero cuando la obra no se realizó en un corto período de tiempo, muchos perdieron los efectos del mensaje. A Ellen White se le mostró que el mensaje no cumpliría su obra en unos pocos meses, sino que tenía por fin hacer consciente al pueblo de Dios de “sus rebeliones y llevarlo a un arrepentimiento celoso, a fin de que pueda ser favorecido por la presencia de Jesús y estar preparado para el fuerte pregón del tercer ángel”. Y en aquel preciso tiempo en 1859, “fueron enviados ángeles en todas las direcciones para preparar a los corazones incrédulos para la verdad”. A ese pensamiento, Jones replicó: “Así es como estamos [en 1893]. Mientras que el mensaje nos prepara para el fuerte pregón, Dios está enviando ángeles por doquier para preparar a las personas para la verdad. Y cuando salgamos de esta asamblea con el mensaje tal cual es ahora, la gente lo escuchará” (A. T. Jones, “The Third Angel’s Messages, No. 9”, *General Conference Daily Bulletin*, 7 febrero 1893, 178-179; cursivas en original).

Jones continuó con el tema del mensaje a Laodicea, citando fragmentos de varios Testimonios escritos en los años precedentes. Después de haber citado un testimonio escrito en 1885 en el que Ellen White decía: “[El mensaje] pronto avanzará con un fuerte pregón, y la tierra será alumbrada por su gloria”, Jones dijo: “Ahora ha venido palabra al efecto, no de que avanzará pronto, sino de que ha ‘comenzado’ ya y ‘avanza’ con un fuerte pregón”. Y alguien había leído ya previamente “que de igual

forma en que Israel estaba ante la frontera de Canaán”, así estaban en 1893. “¿Quién irá?”, preguntó Jones: “Los que se esfuerzan en favor de una acción inmediata”. Esos son los que entrarán. Así lo dice Dios. Puede ser que los dubitativos y temerosos se tarden y causen un retardo a la obra de Dios; pero no temáis: Dios ha prometido que entraremos” (Ibid., 181).

Jones volvió ahora al mensaje de Minneapolis y lo comparó con la profecía de la lluvia tardía del libro de Joel, pero señalando la triste acogida que se dio al mensaje:

Recordaréis cuando la otra tarde leía el capítulo 2 de Joel... la nota al margen en la Biblia. ¿Lo recordáis? Entonces dije que volveríamos a aquella nota al margen posteriormente. Buscadla y leedla ahora en vuestras Biblias. Dice el versículo 23: ‘Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios, porque os ha dado *la primera lluvia* a su tiempo’ ¿Qué dice en la nota marginal? ‘Un instructor de justicia’. Os ha dado un instructor de justicia. ¿Cómo? -De acuerdo con la justicia. ‘Y hará descender sobre vosotros lluvia’. Y ¿en qué consistirá? Cuando vino la primera lluvia, ¿en qué consistió? -En un ‘instructor de justicia’. Y cuando él da la lluvia tardía, ¿en qué consistirá? -En un ‘instructor de justicia’. ¿Cómo? -De acuerdo con la justicia. ¿No es precisamente eso lo que nos ha dicho el testimonio en ese artículo que se os ha leído en varias ocasiones? ‘El fuerte pregón del tercer ángel’, la lluvia tardía, ha comenzado ya ‘en el mensaje *de la justicia de Cristo*’. ¿No es eso mismo lo que nos dijo Joel en su día? ¿No fue nuestra vista desviada, a fin de que no pudiéramos ver?...

Así pues, la lluvia tardía –el fuerte pregón–, de acuerdo con el testimonio y de acuerdo con la Escritura, es el ‘instructor de justicia’ de acuerdo con la justicia. Ahora, hermanos, ¿cuándo fue que este mensaje de la justicia de Cristo comenzó con nosotros como pueblo? (Uno o dos en la audiencia: ‘Hace tres o cuatro años’). ¿Son tres, o son cuatro? (Congregación: ‘Cuatro’). -Sí, cuatro. ¿Dónde fue? (Congregación: ‘Minneapolis’). ¿Qué rechazaron entonces los hermanos en Minneapolis? (Algunos en la congregación: ‘El fuerte pregón’). ¿Cuál es ese mensaje de justicia? El Testimonio nos ha dicho qué es: el fuerte pregón, la lluvia tardía. Siendo

así, ¿qué rechazaron en Minneapolis los hermanos en esa terrible posición en la que estuvieron? Rechazaron la lluvia tardía, el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel.

Hermanos, ¿no es bien triste? Por supuesto, los hermanos no sabían que estaban rechazando eso, pero el Espíritu del Señor estaba allí para decirles que lo estaban haciendo ¿no es así? Pero al rechazar el fuerte pregón -el ‘instructor de justicia’-, el Espíritu del Señor estuvo allí mediante su profetisa, y nos dijo lo que estaban haciendo. ¿Qué sucedió entonces? Oh, entonces simplemente pusieron de lado a la profetisa, junto con lo otro. Eso fue lo que sucedió. Hermanos, es tiempo de que recapacitemos en estas cosas. Es tiempo de meditar seriamente, de pensar con detenimiento (Ibid., 183; cursivas en original).

Así relacionó Jones la lluvia tardía con la enseñanza de la justicia por la fe, que es el fuerte pregón. Bien habría podido leer igualmente el cántico de Moisés en Deuteronomio 32: “Goteará como la lluvia mi enseñanza; destilará como el rocío mi razonamiento, como la llovizna sobre la grama, como las gotas sobre la hierba... Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectos. Es un Dios de verdad y no hay maldad en él; es justo y recto” (vers. 2 y 4).

Nota 20: A. T. Jones no fue el primero en identificar la lluvia tardía con el “instructor de justicia”. Percy T. Magan lo había hecho en 1891: “Nuestra obra futura”, *Bible Echo and Signs of the Times*, 15 febrero 1891, 60. Otros más lo habían hecho desde 1893: Taylor R. Bunch, “The Sealing and the Latter Rain”, document no publicado, n.d., 13, en Document File, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office; Meade MacGuire, “The Early and Latter Rain—No. 2”, *Ministry Magazine*, octubre 1939, 19; Jerry Finneman, “The Latter Rain is the Message of Christ and His Righteousness—Part 1”, *New England Pastor*, noviembre/diciembre 2009, 11-12; Ron Clouzet, *Adventism’s Greatest Need: The Outpouring of the Holy Spirit*, 180-181.

Jones describió asimismo con precisión el trato que se dio a Ellen White a consecuencia de posicionarse en favor del mensaje y los mensajeros.

Nota 21: El trato que se dio a Ellen White tras Minneapolis ha sido presentado, y lo seguirá siendo, en la serie *El retorno de la lluvia tardía*.

Jones continuó presentando, mediante la lectura de muchos más Testimonios, la forma en que algunos de los líderes criticaban “el mensaje y los mensajeros”, hasta el punto de rechazar “*las palabras de reproche que Dios les envió mediante su Espíritu Santo*”. Leyó partes de la carta de Salamanca escrita en noviembre de 1890, que mencionaba “las evidencias dadas en *los dos años pasados* acerca de las acciones de Dios mediante sus siervos escogidos”. Jones señaló que ese consejo se refería de forma inconfundible al tiempo que siguió a Minneapolis. ¿Dónde había llevado eso al pueblo de Dios cuatro años después? Una vez más, Jones no se puso aparte de sus hermanos, sino que se incluyó con ellos:

Sabéis de quién se trató. No espero que ninguno de vosotros mire hacia algún otro. Cada uno sabe si estuvo en ello, o no. Y hermanos, ha llegado el momento de que aceptemos esta noche lo que entonces rechazamos. Ni una sola alma entre nosotros ha sido capaz de imaginar la maravillosa bendición que Dios tenía para nosotros en Minneapolis, y que habríamos estado disfrutando estos cuatro años, si los corazones hubiesen estado dispuestos a recibir el mensaje que Dios envió. Estaríamos cuatro años por delante; esta noche habríamos estado en medio de las maravillas del fuerte pregón. ¿No nos dijo el Espíritu de profecía allí, en aquel tiempo, que la bendición estaba rondando sobre nuestras cabezas? Bien, hermanos, lo sabéis. Cada uno por sí mismo –no se trata aquí de examinar a otro–, examínese a sí mismo. Cada uno sabe por sí mismo la parte que tuvo en aquello. Hermanos, ha llegado el momento de erradicar todo ese asunto...

Quiero leer dos párrafos de este testimonio que aún no se ha publicado:

“Las falsas ideas que camparon ampliamente en Minneapolis no han sido enteramente desarraigadas de algunas mentes. Los que no han hecho una obra concienzuda de arrepentimiento bajo la luz que Dios ha tenido a bien dar a su pueblo desde aquel momento, no verán las cosas con claridad, y se aprestarán a calificar como un engaño los mensajes que Dios envía”...

Ahora, este párrafo adicional en *Special Testimonies*:

“Los prejuicios y opiniones que prevalecieron en Minneapolis están lejos de haber muerto. Las semillas que fueron allí sembradas en algunos

corazones están listas para revivir y dar una cosecha similar. Se han cortado las ramas, pero las raíces nunca se han erradicado y siguen llevando su fruto impío que envenena el juicio, pervierte las percepciones y ciega el entendimiento de aquellos con quienes os relacionáis a propósito del mensaje y los mensajeros. Cuando mediante una confesión cabal destruyáis la raíz de amargura, veréis luz en la luz de Dios. *Sin esa obra concienzuda nunca limpiaréis vuestras almas*”.

Hermanos, ¿limpiaréis así vuestras almas y abriréis el camino del Señor para que envíe su Espíritu en el derramamiento de la lluvia tardía? (A. T. Jones, “The Third Angel’s Messages, No. 9”, *General Conference Daily Bulletin*, 7 febrero 1893, 183-184; cursivas en original).

Jones encontró en los Testimonios evidencia abundante de que el maltrato al mensaje de Minneapolis fue responsable de la demora en el fuerte pregón que se debía dar al mundo. Tras haber identificado el mensaje como si fuera un engaño, y habiéndolo tratado como tal, se requería ahora el arrepentimiento antes que la lluvia tardía pudiera derramarse en su plenitud. Tras haber leído la descripción que hizo Ellen White de la adoración a Baal como la religión que se había escogido y de cómo el verdadero mensaje de la justicia fue “denunciado por llevar al entusiasmo y el fanatismo”, Jones hizo otro llamado al arrepentimiento. Era tiempo para tomar una posición decidida en favor del mensaje que Dios estaba enviando, y no de continuar intentando nadar entre dos aguas. No había terreno neutral:

Hermanos, no digo estas cosas con ánimo de encontrar faltas o de condenar. Las digo en el temor de Dios, para que cada uno de nosotros pueda saber dónde estamos. Si persiste todavía alguna de esas raíces de Minneapolis tras estos cuatro años, o si se ha cultivado algún resto de ellas durante estos cuatro años, asegurémonos aquí y ahora que las erradicamos totalmente y nos postramos a los pies de Cristo con esta confesión: “Soy desgraciado, miserable, pobre, ciego y desnudo, y no conozco mi condición.” Ahí es donde estamos.

Sé que allí algunos lo aceptaron. Otros lo rechazaron totalmente. Vosotros también lo sabéis. Aún otros procuraron mantenerse a medio camino, y así es como lo obtuvieron. Pero esa no es la forma de recibirlo, hermanos. No

es así como se lo obtiene. Creyeron que podían tomar una posición equidistante, y aunque no se puede decir exactamente que lo recibieran o que se comprometieran con él, sin embargo estarían dispuestos a ir allá donde el viento soplara finalmente. Allá donde fuese el cuerpo, estarían ellos también dispuestos a ir.

Desde ese tiempo otros han visto que Dios está haciendo avanzar el cuerpo y la causa en esa misma línea, y se han propuesto avanzar junto al cuerpo mientras vean que se mueve en esa dirección. Hermanos, necesitáis tener esa justicia de Jesucristo mucho más cerca de vuestro corazón que todo eso. Cada uno necesita tener la justicia de Dios más cerca de él, que simplemente sopesar las cosas y quedarse a medio camino: de hacer así, no conoceréis en absoluto la justicia de Dios.

Aun otros han sido aparentemente favorables, y estuvieron dispuestos a hablar en su defensa cuando todas las cosas iban en esa dirección. Pero cuando apareció aquel espíritu implacable –que fue descrito como perseguidor–, al irrumpir violentamente ese espíritu y guerrear contra el mensaje de la justicia por la fe, en lugar de mantenerse noblemente en el temor de Dios, y frente al ataque declarar: “Es la verdad de Dios y la creo con toda mi alma”, comenzaron a ceder y a disculparse, excusándose en razón de los que lo estaban predicando, como si se tratara de un asunto meramente humano, teniendo en admiración a las personas por causa del provecho.

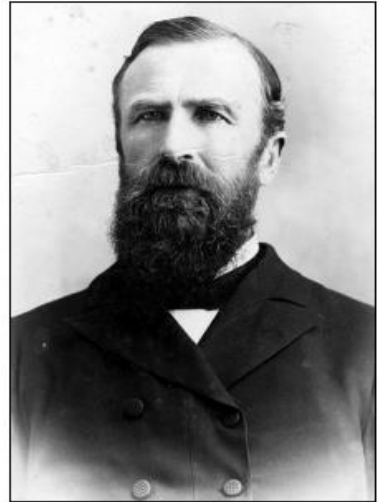
Hermanos, la verdad de Dios no necesita disculpas. El hombre que predica la verdad de Dios no necesita disculparse. La verdad de Dios requiere vuestra fe; eso es lo que pide. Todo cuanto necesita la verdad de Dios es que tú y yo la creamos, la recibamos en nuestros corazones y nos tengamos por ella frente a los ataques que pueda sufrir; y que se sepa que estáis con los mensajeros que Dios envía a predicar, no porque sean ciertas personas, sino porque Dios los envía con un mensaje (Ibid., 184-185).

En la presencia de Dios: un lugar solemne

La mañana siguiente, el presidente de la Asociación General -O. A. Olsen-, retomó el tema allí donde A. T. Jones lo había dejado la noche precedente. Basándose en las presentaciones que habían dado aquella mañana Prescott, Porter, Haskell, Underwood, Jones y otros, había un sentir general de que Dios se estaba realmente acercando. El mensaje a Laodicea estaba tocando los corazones, no obstante, no estaban dispuestos a cambiar, ni siquiera después de haberlos emplazado nuevamente ante Minneapolis. ¿Cómo iban a responder?:

Este lugar está cargado de solemnidad en aumento, debido a la presencia de Dios. Creo que ninguno de nosotros ha estado jamás en una reunión como la que estamos teniendo en esta ocasión. Verdaderamente el Señor se está acercando mucho y está revelando más y más cosas, cosas que antes no habíamos apreciado ni comprendido plenamente. Es también evidente que el mensaje del “Testigo Fiel” está siendo más apreciado que en el pasado. Nuestro gran problema ha sido que mientras que hemos venido siendo tal como declara el mensaje: pobres, miserables, ciegos y desnudos, no lo sabíamos. Pensábamos que teníamos la verdad, y por consiguiente, hemos dicho: “Soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa”. Todos estos años el Espíritu de Dios nos ha estado llamando y exponiendo cuál era nuestra condición; pero no hemos sido capaces de verla, no hemos estado dispuestos a reconocerla.

Anoche sentí una gran solemnidad [mientras A. T. Jones tenía su presentación]. El lugar se me hacía grandioso debido a la gran cercanía de Dios en el solemne testimonio que se nos dio. ¡Me alegra tanto que el Señor esté obrando! Espero grandes cosas a resultas de ello. A duras penas sé qué decirnos esta mañana, pero hay algo que os voy a leer.



O. A. Olsen

Algunos se pueden sentir disgustados por el hecho de que se haga referencia a Minneapolis. Sé que algunos se han sentido agraviados y probados ante cualquier alusión a aquel encuentro y la situación que allí se dio. Pero téngase presente que la razón por la que alguien pudiera sentirse así, es porque no haya sometido su espíritu. Tan pronto como nos sometemos plenamente y humillamos nuestro corazón ante Dios, el problema desaparece del todo. El simple hecho de que alguien se sienta agraviado, demuestra la existencia de la semilla de rebelión en su corazón.

Hermanos, Dios lo sabía todo sobre aquella reunión antes que la tuviéramos. Él está en esta obra. Él mismo es quien la dirige. Dios no puede manifestar su amor en este tiempo más efectivamente que revelándonos nuestros pecados. Como se ha dicho ya varias veces, es el pecado el que se interpone en el camino de las bendiciones de Dios. Se debe expulsar el pecado antes que pueda venir el Espíritu de Dios. Poco importa dónde esté o de quién se trate, si eres pastor desde hace muchos años, o si eres un pecador que acaba de despertar al primer sentimiento de culpa. El pecado es pecado allí donde esté, y debe ser eliminado antes que Dios pueda hacer morada, ya se nos ha dicho repetidamente que Cristo no entra en componendas con el pecado. No lo puede hacer.

Si en una ocasión fracasamos, el Señor nos llevará nuevamente al mismo terreno, y si volvemos a fallar, nos volverá a llevar. Si fallamos una tercera vez, el Señor volverá a llevarnos al mismo terreno una vez más. ¿Por qué nos lleva vez tras vez al mismo terreno? ¿Cuál es su propósito en ello? Es para que podamos aferrarnos a su gracia y venzamos. Él no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Por lo tanto, en lugar de exasperarnos porque el Señor nos lleve de nuevo al mismo terreno, démosle gracias y alabémoslo sin cesar, pues se trata de la misericordia y compasión de Dios. Cualquier cosa que no fuera eso significaría nuestra ruina y destrucción. En nosotros se debe desarrollar el carácter y la mente de Cristo, antes de estar listos para vivir con él. Por lo tanto, sea Dios alabado por interactuar con nosotros de forma tan fiel y directa.

La idea misma de que Dios está acercándose tanto a nosotros en este tiempo, y mostrándonos nuestro pecado en su verdadero carácter, es la indicación inconfundible de que tiene grandes bendiciones para otorgar a sus siervos. Sí, no hay nada más animador que eso * (O. A. Olsen, “The Ministry, No. 1”, *General Conference Daily Bulletin*, 8 febrero 1893, 188).

Nota 24: Da la impresión de que Olsen estaba en total sintonía con los llamados al arrepentimiento que hicieron Jones y otros predicadores hasta ese momento en la asamblea. No parece haber evidencia alguna de que Olsen percibiera las presentaciones de Jones como siendo ataques “vehementes” contra los hermanos, tal como algunos historiadores adventistas han pretendido (ver nota 15 del capítulo 8).

Pero Olsen no terminó ahí. Tras haber leído un testimonio de Ellen White, continuó expresando pensamientos similares a los de Jones en relación con el mero asentimiento a la verdad: “Como denominación, en teoría hemos creído en la doctrina de la ‘justificación por la fe’, y los que se implicaron en la temprana experiencia con el mensaje conocieron mucho de su poder. Pero al progresar la obra y crecer la causa, es un hecho que descansamos cada vez más en la teoría y menos en el poder de la verdad”. Olsen continuó afirmando que los pastores podían presentar argumentos claros sobre el sábado y otras doctrinas, “pero en lo referente a llevar a los pecadores a Cristo, a predicar la muerte al pecado y a cómo tener una conexión vital con el cielo, eran incapaces, pues ellos mismos carecían de tal experiencia”. Eso llevó a Olsen a concluir que la “justificación por la fe no es una teoría sino una experiencia” (Ibid., 188-189).

Los llamamientos solemnes de Olsen al arrepentimiento -junto a la constatación de que Dios tenía aún mayores bendiciones que otorgar- tuvieron un efecto positivo en los que asistían a las reuniones. Olsen escribió un informe muy alentador sobre la asamblea pastoral -hasta aquel momento- para las páginas de la *Review*. La asistencia había ido en aumento desde el primer día, y Olsen “a duras penas [encontraba] palabras para describir el profundo interés manifestado por todos los presentes. El Señor está viniendo muy cerca. El Espíritu de Dios está asistiendo de forma notable a quienes están dando instrucción”. Olsen no tenía una sola palabra de crítica hacia los ponentes, “los pastores Haskell, Loughborough, Prescott, Jones y Porter”,

quienes “alcanzaron una profundidad mayor que en cualquiera de nuestras asambleas precedentes... En la santa palabra de Dios hay tesoros maravillosos, ojalá el Señor abra nuestro entendimiento a fin de que podamos contemplar las maravillas de su santa ley”.

Olsen sintió que “la verdad de Dios nunca había parecido tan preciosa”. Sabía que estaban viviendo en un tiempo de un interés extraordinario: “Nada puede ser más evidente que el hecho de que el mensaje está creciendo y está a punto de ir a todo el mundo con gran poder. Estamos seguros de que esta asamblea pastoral y la de la Asociación General que seguirá, marcarán una nueva era en el avance del mensaje del tercer ángel. Ahora es el tiempo en que el mensaje está comenzando a abrirse paso con un fuerte pregón, y corresponde a todo el que esté implicado relacionarse con Dios de forma que no sea dejado atrás en el rápido avance del mensaje... La luz de Dios está brillando cada vez más, y la verdad de Dios se está desplegando maravillosamente. Es de la mayor importancia para cada uno de nosotros, y en especial para los obreros, estar en una posición donde poder apreciar el rápido progreso de la verdad presente. De no suceder así, su labor será ineficiente”. Olsen concluiría afirmando que “esta es la mejor ocasión, y la más preciosa que jamás



R. A. Underwood

hayamos tenido de este tipo. Si se busca a Dios con humildad de corazón y contrición de alma, vendrán grandes bendiciones a este pueblo y a sus siervos” (O. A. Olsen, “The Institute”, *Review and Herald*, 7 febrero 1893, 92).

La misma mañana en que Olsen hizo ese solemne llamado, R. A. Underwood predicó sobre el mayordomo fiel y la necesidad de dar con sacrificio. Algunos se habían visto forzados a dejar el ministerio, y otros fueron rechazados debido a la falta de fondos procedentes del diezmo fiel. Una de las mayores fuentes de ánimo para el pastor era una iglesia fiel y dadivosa, en demostración de que había aceptado de corazón ser propiedad de Cristo.

Refiriéndose al tiempo en el que estaban viviendo, Underwood citó con gozo el artículo de Ellen White en la *Review* del 22 de noviembre: “El tiempo de prueba está precisamente ante nosotros, *pues el fuerte pregón del tercer ángel ha comenzado ya en la revelación de la justicia de Cristo*, el Redentor que perdona el pecado. *Ese es el comienzo* de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra...’ Me alegra tanto saber que la revelación de la justicia de Cristo es el *comienzo* del ángel que ha de iluminar la tierra con su gloria”. Underwood planteó entonces una importante pregunta: “Si ese es el ‘comienzo’, ¿acaso no hemos de recibir ‘mucho más’ -incluso en este encuentro- de la luz y bendición de ese ángel, al exaltar al Hijo del hombre? Ya han aparecido por aquí y por allí ‘relámpagos’ y ‘lluvia’ (Zac 10:1), sin embargo, ¿cuánto necesita la iglesia reseca una lluvia abundante: el derramamiento del Espíritu Santo sobre cada iglesia y sobre cada persona. Se nos ha dicho que Dios está esperando enviarnos su bendición. ¿Por cuánto tiempo va a esperar?” (R. A. Underwood, “Christ’s Ownership, No. 1”, *General Conference Daily Bulletin*, 8 febrero 1893, 186; cursivas en original) La bendición vendría ciertamente cuando la iglesia reconociera, tal como hizo la iglesia apostólica, que no se pertenecían a ellos mismos, y con unidad de propósito creyera y se diera enteramente al Señor.

La tarde del jueves A. T. Jones retomó el mensaje a Laodicea. Lo que habían estado estudiando en las presentaciones precedentes, y que se les había presentado “de forma tan constante y plena” era “la palabra enviada a la iglesia de Laodicea”. Aquel mensaje les había mostrado su condición, junto al hecho de que no conocían tal condición. Dicho mensaje no había venido solamente de A. T. Jones: “Los últimos días ha venido a nosotros de los cuatro puntos cardinales, ¿no es así? Ha venido de todo ángulo y por boca de todos los que han predicado, y el Señor, junto a los demás, nos ha hablado directamente en la palabra que se leyó ayer sobre el particular”.

Si se confesaba que lo dicho por el Testigo Fiel era verdad –“no conoces que eres pobre, desgraciado, miserable, ciego y desnudo”- entonces, dijo Jones, “estaremos preparados para tomar ese consejo, apreciarlo y aprovecharlo”, ya que es solamente a los tibios laodicenses a quienes va dirigido tal consejo. “Habiendo sido llevados a este lugar por la palabra y por el testimonio, y por toda forma en que el Señor ha tratado con nosotros en los días pasados en todas las disertaciones que se nos han dado, ahora se inclina a nosotros y nos aconseja. ¿No es así? Por lo tanto, hermanos, no seamos tan tardos en prestar oído a este consejo, como lo fuimos con el otro”.

Jones explicaría, noche tras noche, los remedios divinos que el Testigo Fiel ofrece. En la presente reunión se trató el oro refinado en fuego (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 10”, *General Conference Daily Bulletin*, 9 febrero 1893, 200).

La tarde del viernes S. N. Haskell continuó su serie acerca de cómo estudiar la Biblia. Hacia el final de su presentación, en la que describió eventos en la vida de los discípulos, Haskell preguntó: “¿No habéis asistido nunca a una reunión, y una vez en ella surgió algo que no era muy agradable o placentero, y no sentisteis que si se os pidiera hacer lo requerido, lo haríais?” Ahora Haskell se refirió al encuentro de Minneapolis y a los Testimonios leídos recientemente al respecto:

Sabéis que allí tuvimos un encuentro, y ha habido muchísimas confesiones hechas en relación con dicho encuentro. Yo no hice mi confesión el otro día, pero creo que el testimonio me concernía. Simpatizaba con los puntos de vista presentados. Creo que tenían la verdad sobre el asunto discutido en aquel encuentro. Pero no se trataba de un encuentro para discutir puntos teológicos; no era eso lo que el Espíritu de Dios se proponía enseñarnos. Alguien dijo el otro día: “Yo no estaba de ese lado”, y confesó haber estado en el lado equivocado. ¿Qué quería enseñarnos allí el Señor? Quería enseñarnos la justicia por la fe, y de haberla recibido, estaríamos mucho más avanzados en relación a cómo estamos ahora. No se trataba de discutir si el capítulo tercero de Gálatas se refiere a la ley moral o a la ceremonial. Uno ha dicho: “Eso es lo que yo pensaba”. Por supuesto, y tuvimos esa idea en nuestras mentes precisamente tal como los discípulos tuvieron en su mente la forma en que Cristo regresaría, y no podían ver nada más, siendo incapaces de obtener la vida eterna que el Salvador quería que tuvieran.

Debemos acudir como niños a fin de obtener la luz y la verdad que Dios tiene para nosotros; y cuando el Señor nos lleva de nuevo por el mismo camino, podéis estar seguros, hermanos, que es para probar nuestro juicio, para ver si discernimos o no el Espíritu de Dios. Cuando Dios nos habla, dejemos de lado nuestras propias ideas, puntos de vista, caminos y planes, y vengamos como niños, tomando la palabra de Dios exactamente tal como él la revela en la sagrada Biblia mediante su Espíritu; y cuando

recibimos su testimonio obtendremos esa misma bendición que Dios dispuso que su pueblo tuviera en el encuentro de Minneapolis. Desde luego, muchos se han sentido consternados desde entonces, de igual forma que los discípulos cuando se los envió al mar; pero ¿suponeis que Dios ha abandonado a su pueblo? -Nunca. Cuando los discípulos fueron enviados allí, su ojo los seguía (S. N. Haskell, “The Study of the Bible, No. 10”, *General Conference Daily Bulletin*, 10 febrero 1893, 217-218).

Si bien Cristo no se había alejado de su iglesia, Haskell sabía, basado en los Testimonios que se leyeron en aquella asamblea, que de haberse aceptado el mensaje de Minneapolis habrían estado “mucho más avanzados” de lo que estaban. De hecho, Haskell recordaría posteriormente que si el mensaje hubiera sido aceptado, el mundo habría sido advertido y Cristo habría podido regresar en un tiempo breve (S. N. Haskell, “Bible Study: The Third Angel’s Message”, *Australasian Union Conference Recorder*, Special No. 4, 17 julio 1899, 9-10).

La tarde del lunes 13 de febrero A. T. Jones continuó su disertación sobre los remedios divinos del Testigo Fiel a Laodicea. Aquella noche abordó el tema de las vestiduras blancas. “¿Qué significado tienen esas vestiduras?”, preguntó Jones. (Congregación: ‘La justicia’). La justicia, ¿de quién? (Congregación: ‘De Cristo’). ¿Cuál es esa vestidura? (Congregación: ‘La justicia de Dios’). ¿Qué debemos procurar? (Congregación: ‘La justicia de Dios’). ¿Qué es justicia? (Congregación: ‘La práctica del bien’).”

Aquella práctica del bien armonizaba con el primer y segundo mandamiento, que consiste en amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a uno mismo: “De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas”. Así, la práctica del bien era la justicia de Dios manifestada en la vida de Cristo. “Eso es lo que vamos a analizar en este estudio”, dijo Jones.

A continuación fue a Joel capítulo 2, versículo 23. Jones se refirió nuevamente a la definición de lluvia tardía según el texto alternativo al margen:

¿Qué dice la traducción alternativa al margen, en lugar de “la primera lluvia”? “Un instructor de justicia”. “Os ha dado la primera lluvia arregladamente”. ¿Qué significa “arregladamente”? ¿Qué fue la lluvia

temprana en Pentecostés? “Un instructor de justicia”. “Os ha dado un instructor de justicia, según la justicia”. “Y os enviará lluvia temprana y tardía, como al principio”. ¿Qué será, pues, la lluvia tardía? -También “un instructor de justicia”. ¿Según qué? (Congregación: ‘Según la justicia’). ¿Cuál es otra expresión para la lluvia tardía? (Congregación: ‘Derramamiento del Espíritu Santo’). ¿Qué otra expresión recordáis? (Congregación: ‘Tiempos del refrigerio’). ¿Qué es la lluvia tardía con respecto al mensaje del tercer ángel? (Congregación: ‘El fuerte pregón’). ¿Cuál es la lluvia tardía en relación con la caída de Babilonia? Es el otorgamiento de ese poder, de esa gloria con la que el ángel de Apocalipsis 18 alumbra la tierra (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 11”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 febrero 1893, 242).

A continuación Jones leyó a partir de un sermón de S. N. Haskell que figura en el *General Conference Daily Bulletin* del 31 de enero, en el que citaba el artículo de Ellen White en la *Review*:

“El tiempo de prueba está precisamente ante nosotros, pues el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo... Ese es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra”. A continuación citó del testimonio de W. W. Prescott leído el 28 de enero: “El mensaje de la justicia de Cristo ha de resonar de una parte del mundo a la otra. Esa es la gloria de Dios que termina la obra del tercer ángel”. Juntando ambas declaraciones, Jones concluyó que “cuando alcanzamos el tiempo de la lluvia tardía, del fuerte pregón, del ángel que desciende del cielo con gran poder, todas esas cosas vienen juntas, tal como afirman las palabras del Señor. Se nos lleva simplemente al mismo punto al que llegamos en el estudio de los acontecimientos que están ante nosotros, y que nos llevaron a comprender lo que está por sobrevenirnos”. Todo lo anterior apuntaba a la justicia de Cristo, que era el mensaje que había venido a la iglesia desde Minneapolis:

La lluvia tardía es el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel: es el comienzo de ese mensaje glorioso que alumbra la tierra. Pero la lluvia tardía es la enseñanza de la justicia. ¿Cuándo nos vino ese mensaje de la justicia de Dios, como pueblo? (Congregación: ‘Hace cuatro años’).

¿Dónde? (Congregación: ‘En Minneapolis’). -Sí. Consideramos ese punto anoche...

Ese mensaje de la justicia de Cristo es el fuerte pregón. Es la lluvia tardía. Hemos estado ya orando en esta Asamblea por la lluvia tardía, ¿no es así? ¿Lo habéis estado haciendo? (Congregación: ‘Sí’). ¿Qué estabais esperando, como respuesta a vuestras oraciones? ¿Estáis ahora preparados para recibir la lluvia tardía? Hemos estado aquí orando por ella. He aquí la relación: los testimonios nos dicen lo que es, y también lo hace Joel. Pregunto simplemente esto: ¿Estáis dispuestos a recibir la lluvia tardía? Es decir: ¿estáis dispuestos a recibir el mensaje divino de la justicia según la justicia? Veamos eso más detenidamente. Joel dice en la traducción alternativa marginal que se trata de un instructor de justicia: el que nos trae la enseñanza de la justicia según la justicia. ¿Qué idea trae sobre la justicia? (Congregación: ‘La idea de Dios’). -No: trae mi idea... (Congregación: ‘No’). ¡Sí, mi idea funcionará!... (Congregación: ‘No’). ¿Por qué no? Si yo recibo la justicia de Cristo según mi idea, ¿acaso no bastará eso? ¿No es eso en lo que consiste recibir la lluvia tardía? ¿No es recibir la justicia de Cristo? (Congregación: ‘No: eso sería su propia justicia’). Pero ese es precisamente el problema con muchos de los que han oído el mensaje de la justicia de Cristo de acuerdo con su propia idea de lo que es la justicia, y no han recibido en absoluto la justicia de Cristo (Ibid., 242-243).

Jones se refirió a continuación a los diferentes tipos de recepción que se había dado al mensaje en los pasados cuatro años. “Algunos lo aceptaron tal como fue dado, y se alegraron en las nuevas de que Dios disponía de una justicia que pasaría la prueba del juicio, que sería acepta ante él: una justicia muy superior a la que el ser humano pudiera manufacturar en años y años de ardua labor. Los hay que se han esforzado casi hasta el agotamiento en procura de un grado suficiente de justicia como para atravesar el tiempo de angustia y hallarse en paz con el Salvador cuando él regrese, pero no lo han alcanzado. Se sintieron tan aliviados al saber que Dios había confeccionado ya un manto de justicia y lo había ofrecido como un don gratuito a todo el que quisiera tomarlo, a todo aquel que respondiera ahora, en el tiempo de las plagas, en el tiempo del juicio y por toda la eternidad, que lo recibió gustosamente

tal como Dios lo dio, y agradeció profundamente al Señor por ello”. “Otros no quisieron tener nada que ver en absoluto: lo rechazaron totalmente”. Hubo un tercer grupo formado por quienes “parecieron tomar una postura a medio camino. No lo aceptaron plenamente, ni lo rechazaron tampoco abiertamente. Prefirieron adoptar una postura intermedia y seguir a la multitud en el caso de que esta lo aceptara. Esa es la forma en la que esperaban recibir la justicia de Cristo y el mensaje de la justicia de Dios”.

“Así, entre la entrega y aceptación abierta, franca y sin titubeos en un extremo, y el rechazo abierto, y declarado en el otro, se ha ido posicionando desde entonces una franja dispersa de personas acomodaticias”, explicó Jones. ¿Estarían los que habían tomado una posición a medio camino mejor preparados para discernir en qué consistía el mensaje de la justicia de Cristo sin arrepentirse? El propio Jones había oído de labios de algunos que se habían opuesto abiertamente al mensaje desde el tiempo de Minneapolis, decir “‘amén’ a declaraciones que eran tan abierta y decididamente papales, que ni la propia iglesia papal las podría articular mejor”. Jones dedicaría el resto de su presentación a comparar la idea humana sobre la justicia por la fe, con la idea de Dios * (Ibid., 243-246).

Nota 33: Jones no estaba equivocado en su declaración, ya que la propia Ellen White había escrito, en el contexto de la controversia relativa al mensaje de Minneapolis: “Si la fe y las obras pudieran comprar el don de la salvación para alguien, entonces el Creador estaría en la obligación hacia la criatura. Se abre aquí una posibilidad de aceptar la falsedad como si fuera verdad. Si el hombre que sea puede merecer la salvación por alguna cosa que pueda hacer, se encuentra en la misma posición que el católico que hace penitencia por sus pecados. En tal caso la salvación sería en parte una deuda que es posible comprar efectuando un pago. Si el hombre no puede, mediante la buena obra que sea, merecer la salvación, entonces ha de ser enteramente por gracia que recibe el hombre siendo pecador, debido a que recibe a Jesús y cree en él. Es enteramente un don gratuito. La justificación por la fe está por encima de toda controversia. Y dicha controversia cesa tan pronto como queda establecido que los méritos de las buenas obras del hombre caído jamás pueden procurarle la vida eterna” (“Danger of False Ideas on Justification by Faith”, *1888 Materials*, 812).

La siguiente noche Jones continuó con el mismo tema, comparando declaraciones de *El camino a Cristo* con las de un libro aceptado oficialmente por la Iglesia Católica,

titulado *Catholic Belief*. Jones leyó porciones de ambos libros, de manera que su audiencia pudiera disponer de las dos cosas: “la verdad de la justificación por la fe, y la falsificación de la misma -una al lado de la otra”. Jones quería que vieran cuál era la idea católico-romana sobre la justificación por la fe, ya que él mismo había “tenido que hacerle frente entre profesos adventistas del séptimo día en los cuatro años precedentes. Esas cosas, esas mismas expresiones que contiene el libro católico que os traigo acerca de la justificación por la fe y de cómo obtenerla, son las mismas expresiones que profesos adventistas del séptimo día me han manifestado, haciéndolas pasar por justificación por la fe”. Jones se preguntó justificadamente cómo podía entonces la iglesia “llevar un mensaje a este mundo, advirtiéndole contra la adoración a la bestia, si es que abrazamos en nuestra propia profesión las doctrinas de la bestia. ¿Será eso posible? (Congregación: ‘No’). Por consiguiente, esta noche llamo vuestra atención a fin de que podáis verlo tal cual es”.

Tras comparar varias declaraciones de *El camino a Cristo* y de *Catholic Belief*, Jones concluyó llevando a sus oyentes de nuevo a Minneapolis, donde se hicieron varios intentos de votar un credo sobre la justificación por la fe que era opuesto al mensaje enviado por Dios:

Según lo anterior [*Catholic Belief*], ¿qué es fe? -‘La fe del credo’. Redactan simplemente una declaración a la que llaman doctrina de Dios; entonces la crees y haces lo mejor que puedes, y eso pasa por justificación por la fe. Sea que el credo esté redactado por escrito en algún lugar, o sea que se lo apruebe por votación en una asamblea de la Asociación General, no hace diferencia alguna en lo que respecta al principio: el credo está allí, y la aceptación del mismo constituye esa clase de fe. Hay aquí algunos que recuerdan la ocasión -hace cuatro años- y el lugar -Minneapolis-, en que se hicieron tres intentos directos por lograr precisamente eso, encorsetando así el mensaje del tercer ángel mediante un voto de la Asociación General. Lo que algunos consideran creencias, las establecemos como si fueran los hitos, y posteriormente votamos que nos vamos a mantener en los hitos, sea que sepamos cuáles son los hitos o que no lo sepamos. Después acordamos guardar los mandamientos de Dios y un cúmulo de otras cosas que vamos a hacer, y pasamos todo ello como si fuera justificación por la fe.

¿Acaso no se nos advirtió en aquella ocasión que el ángel del Señor dijo [mediante Ellen White]: “No deis ese paso; no comprendéis lo que eso implica”? No puedo tomar el tiempo en deciros lo que eso implica, pero el ángel dijo: ‘No lo hagáis’. Allí estaba el papado. Eso es lo que el Señor estaba intentando decirnos y quería que comprendiéramos. El papado estaba en eso. Así ha sucedido con toda otra iglesia que haya salido del papado: corrieron durante un tiempo por la fe en Dios, y después establecieron alguna idea humana sobre la doctrina y votaron mantenerse en ella; votaron que esa sería la doctrina de la iglesia, de forma que “esa es la fe del credo”, que se debe seguir mediante el propio esfuerzo.

¿Hay aquí alguien de los que estuvieron en aquella ocasión, que no vea ahora lo que entonces sucedió? Así, hermanos, ¿no es tiempo de desecharlo, puesto que nos priva de la propia vida? Nos va a privar de la vida. [Desecharlo] nos crucificará con Jesucristo. Causará una muerte tal al pecado como la que jamás soñamos en nuestras vidas. Quitará de nosotros esa mente papal, ese espíritu endurecido, para poner en su lugar la mente divina, tierna y amante de Jesucristo: [esa mente] que no quiere credo, ya que tiene al propio Cristo * (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 12”, *General Conference Daily Bulletin*, 14 febrero 1893, 261-262 y 265).

Nota 34: No son exagerados los comentarios de Jones relativos a los intentos de votación en la sesión de la Asociación General de 1888, y las actitudes papales exhibidas en aquella ocasión por parte de algunos. Ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, 107-117, 133-136 y 139-141.

Las vestiduras blancas ofrecidas por el Testigo Fiel están ciertamente “tejidas en el telar del cielo, y no tienen una hebra de invención humana” (Ellen G. White, *Christ’s Object Lessons*, 311) {253}. Ahora bien, ¿reconocería Laodicea su desnudez y gran necesidad de tales vestiduras blancas? Jones terminó su última disertación en la asamblea pastoral, que iría seguida de muchas más en la asamblea de la Asociación General.

Respuesta a la asamblea pastoral

La asamblea ministerial terminó con una nota triunfal. S. N. Haskell informó así a Ellen White: “Dios está ciertamente derramando su Espíritu Santo”. “Los hermanos declararon que [la asamblea] había sido un éxito” y Haskell sintió que Dios le había concedido a él y a los otros ponentes “un grado de libertad” en sus presentaciones. Haskell no sintió necesidad de pormenorizar, toda vez que ella iba a recibir copias de los *Bulletin*. Mencionó, no obstante, un número de visitantes no adventistas que se habían convertido escuchando las presentaciones y los Testimonios de Ellen White que se leyeron: “Algunos en la ciudad, quienes a duras penas habían oído un sermón, sintieron convicción por sus pecados y no pudieron hallar descanso hasta no haber entregado a Dios sus corazones, yendo después a explicarles a sus vecinos lo que el Señor había hecho por ellos. Empezaron al punto a guardar el sábado, a pesar de no haber oído nunca un sermón sobre él ni haber leído nada al respecto” (S. N. Haskell a Ellen G. White, 23 febrero 1893; en *Manuscripts and Memories*, 238).

Bible Echo informó en términos parecidos, afirmando que el reverendo Simonds, de Independent Congregational Church en Battle Creek, solicitó una serie de reuniones en su iglesia. Los hermanos “estaban intentando encontrar la forma de que fuera el pastor A. T. Jones una vez terminada la sesión de la Asociación General, pero el Sr. Simonds no quería esperar, así es que ha pedido al hermano Prescott que comience, para continuar después el pastor Jones tras la asamblea”. Así es como vino una invitación urgente del pastor de una de las iglesias populares más punteras, para escuchar la “Verdad”. La revista *Echo* comprobó la veracidad de la escritura: “El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos” (Reseña editorial, *The Bible Echo*, 15 febrero 1893, 64).

G. C. Tenney, quien fue enviado a la asamblea pastoral y a la sesión de la Asociación desde Nueva Zelanda por solicitud de Ellen White, indicó en su informe que aquellas reuniones “se contaban entre las más importantes, y en muchos aspectos ocupaban el primer lugar” al compararlas con cualquier otra asamblea. Tenney sintió que al avanzar en la investigación se accedió a “verdades más profundas y a un mejor conocimiento espiritual”. “El Espíritu del Señor nos ha estado hablando”, confesó Tenney, y los “predicadores pudieron imprimir una fuerza inusitada a las diversas

líneas de pensamiento”. Tras presentar un resumen de algunas de las series de predicaciones, Tenney declaró que las “reuniones habían sido en consecuencia un tiempo de bendición singular. Muchos se alegraron por las victorias ganadas mediante la fe en Cristo, y habiendo comenzado esta obra entre los pastores, hay motivos para esperar que no termine al terminar la asamblea, sino que lleve buen fruto en todas las partes del campo y en todos los estamentos del pueblo”. Tenney sugirió también que los efectos se extenderían por todo el mundo mediante aquella concurrencia ampliamente representativa, cuando los obreros regresaran a sus casas (G. C. Tenney, “The Ministerial Institute”, *The Bible Echo*, 15 abril 1893, 120).



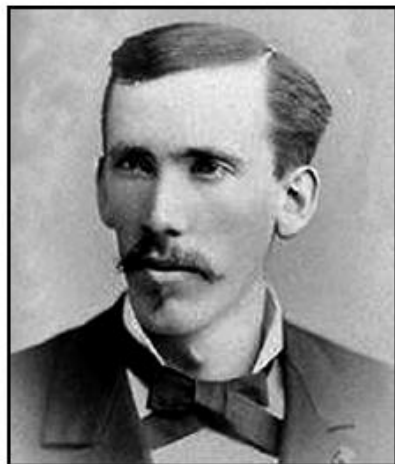
G. C. Tenney

O. A. Tait recordó a los lectores de la *Review* que si estaban interesados en obtener copias de las presentaciones de la asamblea pastoral tal como estaban publicadas en *General Conference Bulletin*, lo tenían que hacer inmediatamente. A pesar de haber advertido profusamente al respecto antes de que comenzaran las reuniones, y de haber decidido que no imprimirían más copias del *Bulletin*, vino un aluvión tal de solicitudes al comenzar la asamblea pastoral, que imprimieron 2.000 copias más. Pero a pesar de ello, casi se habían agotado. Por lo tanto, había llegado el momento de solicitar también el *Bulletin* correspondiente a la sesión de la Asociación, ya que Tait declaró que “hasta aquí el testimonio de todos es que este *General Conference Bulletin* es el más más importante de todos cuantos se hayan publicado jamás. Confiamos en que ninguno de nuestros amigos en el campo quede privado de ese beneficio” (O. A. Tait, “The ‘Bulletin’ Again. -Last Call”, *Review and Herald*, 14 febrero 1893).

“La solemnidad que ha sobrecogido a todos los asistentes a la asamblea pastoral ha sido muy notable”, escribió William Covert para la *Review*. En parte llegó a esa conclusión al hacer una entrevista al pastor Grant, un veterano que había experimentado el chasco de 1844. Grant expresó el pensamiento de que cuando llegaron a aquel tiempo en 1844, “creían que su obra había terminado. Habían confesado sus pecados y la lucha había terminado”. Pero en la asamblea actual “nos

parecía como si hubiera llegado la hora de su juicio, y realmente es así. Asociada a ese mismo pensamiento está la obra solemne de llevar el mensaje del juicio al mundo, con un enemigo enfurecido al que hacer frente. La pregunta es: ‘¿Quién se mantendrá fiel?’” Pero a pesar de toda esa solemnidad, Grant sentía que “en el Salvador hay un bendito reposo” (William Covert, “The Institute”, *Review and Herald*, 21 febrero 1893, 128).

Sin embargo, en medio de todos los comentarios positivos respecto a la asamblea pastoral y a la sesión de la Asociación General que la seguiría, continuaba existiendo la percepción de que no pocos permanecían en una actitud contraria hacia el mensaje



Frank Belden

y las reuniones. Haskell informó a Ellen White que, si bien muchos estaban “viniendo a la luz”, algunos “todavía no lo han hecho, pareciendo no recibir la bendición tal como les sucede a otros”. Haskell mencionó por nombre a Clement Eldridge (el capitán) y a Frank Belden (S. N. Haskell a Ellen G. White, 23 febrero 1893; fragmentos en *Manuscripts and Memories*, 238). Hasta el propio Dr. J. H. Kellogg, quien estaba en desacuerdo con Jones, Waggoner y Prescott, admitió que “cierto número de personas” “había estado en oposición al pastor Jones y su obra” en la asamblea pastoral (J. H. Kellogg a W. C. White, 17 julio 1893; en *Manuscripts and Memories*, 266).

O. A. Olsen lamentó que no todos los delegados asistieran a la asamblea pastoral desde su comienzo, afirmando: “No se dan cuenta de lo que están perdiendo” (O. A. Olsen, “The Institute”, *Review and Herald*, 7 febrero 1892, 92). Olsen no explica el motivo por el que no estuvieron presentes los delegados, pero posteriormente dijo a Ellen White que Uriah Smith “continúa como antes”. Y mientras que Olsen se alegraba del avance que en muchos se había producido, tuvo que reconocer que “mi alma continúa profundamente apenada por muchos que permanecen todavía en grandes tinieblas” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 13 junio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 261).

El propio Uriah Smith escribiría acerca de la asamblea pastoral para la *Review*. Aunque su artículo aludía a muchos hechos, parecía faltarle el sentimiento de beneficio personal. Escribió acerca de las reuniones como “discurriendo con la exactitud de un reloj”, y teniendo todos “el privilegio de asistir quien así lo deseara”. Smith mencionó las reuniones vespertinas en las que hicieron sus presentaciones los pastores Haskell y Loughborough. Pero no “pretendo dar siquiera un resumen del asunto que se ha tratado”, por estar reproducidas en el *Bulletin*. Por descontado, evitó citar a A. T. Jones, quien había presentado más de la mitad de las reuniones vespertinas (Uriah Smith, “The Institute”, *Review and Herald*, 7 febrero 1893, 88). Ejemplos semejantes de evidente continuidad en el prejuicio, son razones fundadas por las que Haskell informaría a Ellen White acerca de sus “grandes expectativas de que el hermano Smith resultase liberado, pero de alguna forma no fue el caso, hasta donde sé” (S. N. Haskell a Ellen G. White, 30 junio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 262).

Capítulo 7

La asamblea de la Asociación General de 1893

La reunión inaugural de la decimotercera asamblea de la Asociación General tuvo lugar en Battle Creek, Michigan, el viernes 17 de febrero de 1893. A la asamblea asistían 120 delegados, de entre los cuales sólo seis no estuvieron presentes en aquella primera reunión. Además de la delegación de diversas partes del continente norteamericano, estaban presentes representantes de Australia, Gran Bretaña, Europa central, Escandinavia y África del sur (G. C. Tenney, “The General Conference”, *The Bible Echo*, 15 abril 1893, 124). La asamblea pastoral y la de la Asociación General, que duraron tres semanas cada una, “estuvieron tan estrechamente relacionadas, que difícilmente se podría reconocer una distinción entre ambas. El *General Conference Bulletin* de 1893 incluía informes exhaustivos de las dos en sus 524 páginas a doble columna” (Arthur L. White, *The Australian Years: 1891-1900*, 59). La asamblea de la Asociación General continuaría teniendo reuniones devocionales cada mañana exceptuando los sábados, y dos reuniones de estudio de la Biblia por las tardes en las que enseñarían primariamente W. W. Prescott y A. T. Jones (“Program for the General Conference: 17 febrero – 6 marzo”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 febrero, 246).

En la tarde de la reunión inaugural de la sesión de la Asociación General, A. T. Jones retomó el tema de las vestiduras blancas, señalando “la diferencia entre la creencia satánica y la fe de Jesucristo, entre la justificación por las obras camuflada como si fuera justificación por la fe... y la auténtica justificación por la fe”. Ese estudio había conducido al tema que iba a estar ante ellos ya todo el tiempo: “Que hemos de poseer la enseñanza de la justicia de acuerdo con la justicia. Eso puede solamente lograrse, tal como hemos visto, según la idea de Dios sobre la justicia, y no según la nuestra; y a fin de tener la idea de Dios sobre la justicia y no la nuestra, debemos poseer la mente capaz de comprenderla, que no es otra que la mente de Cristo”.

Comparando de nuevo los diferentes tipos de justificación por la fe, Jones quiso poner la fe y las obras en sus respectivas esferas: “Aquel que está tan ansioso y lleno de temor porque no se le permita tener obras que realizar, porque se vayan a destruir

todas sus obras, si Cristo mora en su corazón, encontrará obras por hacer. Hermanos, no estéis ansiosos acerca de las obras; encontrad al Señor Jesucristo, y encontraréis labor; más de las que podéis realizar. (Congregación: ‘Amén’). Pero el problema viene cuando las personas fijan sus mentes en las obras, obras, obras, en lugar de fijarlas en *Jesucristo a fin de obrar*, pervirtiéndolo así todo”. Jones concluiría su comparación citando de *El camino a Cristo*:

Leamos ahora esta palabra, y será la mejor conclusión para el tema de esta noche. *El Camino a Cristo*, p. 71: “El corazón que más plenamente descansa en Cristo será el más ardiente y activo en el trabajo para él”. Amén. (Congregación: ‘Amén’). Nunca olvidéis eso. Jamás penséis que quien decide reposar totalmente en Jesucristo será una persona física o espiritualmente ociosa. Si su vida demuestra una ociosidad tal, es porque no está en absoluto reposando en Cristo, sino en sí mismo.

El corazón que más plenamente descansa en Cristo será el más ferviente y activo en el servicio a él. Tal es la auténtica fe; una fe que traerá sobre vosotros el derramamiento de la lluvia tardía; nos traerá a vosotros y a mí la enseñanza de la justicia de acuerdo con la justicia -la viva presencia de Jesucristo- a fin de prepararnos para el fuerte pregón y para que llevemos el mensaje del tercer ángel de la única forma en que desde esta asamblea podemos llevarlo * (A. T. Jones, *The Third Angel’s Message*, No. 13”, *General Conference Daily Bulletin*, 20 febrero 1893, 296, 298 y 302).

Nota 4: Dado que el *Bulletin* se publicaba diariamente -excepto los sábados- para la asamblea de la Asociación General, permitiendo que las actas del día anterior estuvieran disponibles el día siguiente para los delegados, debido a condicionantes de tiempo algunas de las presentaciones se imprimieron aparentemente varios días después que fueron dadas. El viernes 17 de febrero, que es la fecha atribuida a esta presentación, lo es en base al calendario publicado en la página 246 del *Bulletin*, que encaja más exactamente con otras decisiones sobre procedimientos de la Asociación que con la fecha de impresión del 20 de febrero. Todas las presentaciones subsecuentes aquí referenciadas, seguirán el mismo criterio de fechado.

El sábado por la mañana O. A. Olsen dio el sermón de las 11. Estaba profundamente impresionado con “la importancia y responsabilidad ligadas a esta convocación de

nuestro pueblo”. Era ese “con diferencia, el congreso más importante de toda la historia de nuestra denominación”, afirmó Olsen. La forma en que se estaban cumpliendo las profecías de Apocalipsis 13 y 14, junto a “la apertura de la situación que estamos viendo avanzar en todo lugar en el mundo, nos dicen que esta convocación reviste un interés más que ordinario”. No obstante, Olsen temía “que muchos que habían tenido una relación nominal con la verdad no apreciaran plenamente esas cosas. Si lo hicieran, las verían como nunca antes. Habría una renuncia al yo, un aferrarse al poder divino, y se procuraría una relación vital con Dios que no se detendría ante nada. Oramos para que eso pueda quedar cada vez más impresionado en todo corazón”.

Olsen declaró que “el Señor se nos ha acercado en nuestros consejos y reuniones de estudio de la Biblia, y nuestras almas se han alegrado al desplegarse ante nuestro entendimiento la palabra de Dios”. No obstante, sabía que había una gran necesidad de obreros consagrados que reconocieran su total dependencia de Dios:

Pero ha existido un gran problema entre nosotros como individuos, y se nos ha expuesto claramente en el mensaje a Laodicea. Nos hemos sentido tan ricos y enriquecidos, y hemos percibido un tal grado de eficiencia por nuestra parte, que no hemos reconocido nuestra necesidad de Dios. ¡Ojalá en cada corazón pudiera asentar la percepción de la pobreza de su alma! Tal es la cualidad redentora, hermanos. “Bienaventurados los pobres en espíritu”, dice el Salvador. Cuando venimos a reconocer que no poseemos nada; cuando confesamos sinceramente: “Soy desgraciado, pobre, ciego y desnudo”, entonces hay ayuda y luz disponibles. Nuestra bondad, sabiduría y habilidad son nada, pero Dios puede obrar, y lo hará. Ahora bien, ¿con quiénes va a obrar?, ¿en favor de quiénes lo va a hacer?, ¿a quiénes va a mostrar su poder? -A aquellos cuyo corazón sea perfecto ante él. Se trata de un corazón vacío del yo, un corazón que ha hecho una entrega a Dios sin reservas, habiéndolo sometido todo a él, habiéndolo puesto todo sobre su altar (O. A. Olsen, “Sabbath Sermon”, 18 febrero 1893, *Review and Herald*, 7 marzo 1893, 145).

El sermón de Olsen tocó muchos corazones. En la reunión de oración que tuvo lugar en el tabernáculo se hicieron algunas confesiones, incluso por errores cometidos en Minneapolis.

La tarde del lunes Jones continuó con su serie, desvelando dónde se encontraba la mente natural del yo en la religión de obras del paganismo, en el papado y en la moderna imagen de la bestia, que incorpora también el espiritismo. Esos mismos grupos estaban descritos en Apocalipsis 16 como el dragón, la bestia y el falso profeta. La única cura para las obras tibias que aquejan a la verdadera iglesia del último tiempo, son los remedios que se le ofrecen gratuitamente:

Lo primero que dice es: “Yo conozco tus obras”, y lo último: “Sé, pues, celoso y arrepíentete”. ¿Estáis ahora dispuestos a arrepentiros de vuestras obras? ¿Lo estáis realmente? ¿Estáis dispuestos a admitir que las obras que habéis realizado no son tan buenas como las que Jesús hubiera hecho si hubiera estado aquí, en lugar de vosotros? (Una voz: “Sí. Mil veces sí”). Bien. ¿Cuánto bien van a haceros esas obras? ¿Son perfectas? ¿Son justas?...

No olvidéis la vestidura que debemos comprar; esa vestidura confeccionada “en el telar del cielo, no tiene ni una sola hebra de invención humana”. Por lo tanto, si vosotros y yo hemos incluido aunque sea una sola hebra de nuestra propia invención en esa vida que hemos profesado vivir en Cristo, hemos arruinado la vestidura. Hermanos, ¿suponéis que vosotros y yo hemos estado andando en los pasados quince o veinte años de forma tan absolutamente perfecta como para no haber incluido nunca una hebra de invención humana en nuestros caracteres y en nuestro proceder? (Congregación: “No”). Así pues, podemos arrepentirnos por ello, ¿no os parece? (Congregación: “Sí”)...

¿Cuál es nuestra condición? Sabéis bien que nuestros esfuerzos al efecto no han logrado gran cosa. Cada uno ha procurado hacer lo mejor que podía; y sabéis por vosotros mismos que eso ha sido más descorazonador que cuanto hayáis procurado hacer jamás en este mundo. Sabéis que hemos tenido que gemir y clamar, debido a que nos hemos dado cuenta de que no podemos hacerlo suficientemente bien como para enfrentarnos al

juicio (Una voz en la congregación: “Ni siquiera nos satisfaría a nosotros mismos”). Efectivamente. Pudimos ver nuestra propia desnudez al procurar hacer lo mejor que sabíamos para cubrirnos a nosotros mismos. Sabéis que es así. Así lo afirma el Señor, ¿no es cierto? (Congregación: “Sí”). ¿No es ya tiempo de que confesemos: “Señor, es así”?...

El Señor desea que estemos cubiertos; quiere cubrirnos de forma que no aparezca la vergüenza de nuestra desnudez. Quiere que tengamos su perfecta justicia, según su propio ideal perfecto de la justicia. Quiere que poseamos ese carácter que resistirá la prueba del juicio sin contratiempo, cuestión o duda. Aceptémoslo de él como el bienaventurado y gratuito don que es (A. T. Jones, *The Third Angel's Message*, No. 14”, *General Conference Daily Bulletin*, 22 febrero 1893, 342, 346-347).

Cuando Jones comenzó su presentación la noche siguiente, procuró impresionar las mentes de sus oidores con el hecho de que, si bien había leído profusamente los *Testimonios y El camino a Cristo*, aquellas verdades se encontraban en la Biblia. De hecho, el propósito del Espíritu de profecía era “propiciar que veamos que está en la Biblia, y obtenerlo de ella”. Jones afirmó: “Voy a evitarlos [*Testimonios y El camino a Cristo*] de forma consciente, no porque pudiera haber algo equivocado en emplearlos, sino porque lo que queremos, hermanos, es encontrarlo en la Biblia”. Jones recurrió ahora a uno de los libros del momento sobre la santidad y clarificó de dónde *no* procedían sus ideas religiosas:

He observado un fenómeno parecido en otra área. El libro *The Christian's Secret of a Happy Life* [el secreto cristiano para una vida feliz] parece tener una gran influencia en muchos. He conocido a personas que han leído ese libro y que han obtenido considerable beneficio a partir de su lectura, *según su propia percepción*, proporcionándoles luz y un gran aliento. No obstante, son incapaces de encontrar eso en la Biblia y de obtenerlo a partir de ella. Hermanos, quiero que cada uno de vosotros comprenda que hay en la Biblia mucho más sobre el secreto cristiano para una vida feliz, que en diez mil copias de ese libro. (Congregación: “¡Amén!”). Creo haberlo visto por primera vez hace unos cinco o seis años. Alguien que lo estaba leyendo me preguntó si lo conocía. Le respondí que no. Me preguntó si lo

querría leer, a lo que respondí afirmativamente. Y así lo hice, pero no sin darme cuenta de que había encontrado mucho más sobre el secreto cristiano para una vida feliz en la Biblia, que en aquel libro. Quisiera que cada uno aprendiera a encontrar directamente en la Biblia lo que esta contiene. (Congregación: “Amén”). Si el libro es útil para ayudar a las personas a encontrar ese secreto en la Biblia, bien está; pero sé que ese libro no contiene nada que la Biblia no ponga al alcance de cualquiera sobre el secreto cristiano para una vida feliz.

En cierta ocasión oí a alguien decir que yo había obtenido *mi* luz a partir de ese libro. Aquí está el Libro del que obtuve mi secreto cristiano para una vida feliz (sosteniendo en alto la Biblia), y de ninguna otra parte. Y lo obtuve antes de haber leído el otro libro, incluso antes de saber sobre él. Así sucederá a todo el que lea la Biblia y la crea * (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 15”, *General Conference Daily Bulletin*, 23 febrero 1893, 358-359; original sin cursivas).

Nota 7: En su libro *Ellen White’s World*, que trata de los tiempos en los que vivió Ellen White, George Knight intenta implicar a A. T. Jones en los aspectos fanáticos del “movimiento de la santidad” de aquellos días, afirmando: “El Adventismo del Séptimo Día no ignoraba el desarrollo del movimiento de la santidad. Por ejemplo, [el libro] *Christian’s Secret of a Happy Life*, de Hannah Whitall Smith, fue citado por A. T. Jones en la asamblea de la Asociación General de 1893, se lo anunció en *Review and Herald* y lo vendieron las dos casas editoriales adventistas de América del Norte. Además, Jones indicó en 1898 que aprobaba muchas de las ideas de los líderes en Inglaterra del movimiento de la santidad sobre la vida cristiana” (99). Por supuesto, Knight no proporciona referencia alguna de sus muchas alegaciones, y parece esperar que sus lectores den por buena su palabra y crean que Jones promovió el libro de Hannah Smith en la asamblea de la Asociación de 1893.

En su libro *From 1888 to Apostasy*, Knight presenta otra letanía de acusaciones similares: “Jones y sus colegas estaban bien al corriente de las tendencias en el amplio mundo religioso. Los adventistas, por ejemplo, estaban familiarizados con [el libro] *Christian’s Secret of a Happy Life*, de Hannah Whitall Smith. Jones lo comentó en la asamblea de la Asociación General de 1893, y la *Review* le hizo una publicidad llamativa en 1896. Por aquel tiempo, tanto Pacific Press como Review and Herald Publishing Association comercializaban el libro, que vino rápidamente a convertirse en un clásico [del movimiento] de la santidad. En

1898 Jones indicó también que había estado estudiando por dos o tres años el movimiento de Keswick (el principal grupo de la santidad en Inglaterra) y las ideas de Frederick B. Meyer. Las enseñanzas de ellos acerca de la vida cristiana, sugirió [Jones], no eran sino buenas ideas adventistas con nombres imaginativos. Incluyó también extractos frecuentes de *The King's Messenger* (una revista de la santidad relacionada con el metodismo) en la *Review*. *The King's Messenger* fue con diferencia la revista no adventista más citada durante su período como editor" (168).

Pero cualquier lector imparcial y no prejuiciado del *Bulletin* se dará cuenta de que la referencia de Jones a los libros de Hannah Smith significó cualquier cosa, menos una recomendación o promoción de los mismos. Además, Jones no tuvo nada que ver con el anuncio del libro en la *Review* en 1896, que tuvo lugar mientras Uriah Smith era el editor. Tampoco tuvo nada que ver con la comercialización del libro por ambas casas publicadoras. El libro de Hannah Smith no se publicó jamás en la *Review* durante el tiempo en que Jones fue editor -1897 a 1901-, detalle que Knight omite.

La referencia que hace Knight de la mención del movimiento de Keswick por parte de Jones consiste en un solo párrafo en una única reseña editorial en la *Review*, que una vez más fue cualquier cosa excepto una promoción de tal movimiento: "En *Christian Living* se está magnificando mucho el llamado 'movimiento Keswick'. Se lo llama de ese modo por tener su origen en Keswick, Inglaterra. El Dr. F. B. Meyer, de Londres, que ha estado últimamente en Estados Unidos, y tan al oeste como en Chicago, es uno de sus principales expositores. *Lo hemos estado observando* por dos o tres años, y estudiando lo que sus principales exponentes y amigos dicen que es. Y sabemos personalmente que todo lo que *pretende ser en la vida cristiana*, ha sido por años la enseñanza positiva de los Adventistas del Séptimo Día... Toda esa enfatización de 'movimientos' especiales, 'vida cristiana superior', etc., está afectada por una comprensión rematadamente equivocada de en qué consiste realmente la vida cristiana" (*Review and Herald*, 15 marzo 1898, 172; original sin cursivas). Es decir: Jones y su equipo habían estado vigilando aquello durante un par de años para ver en qué consistía.

Cinco meses más tarde, Jones volvería a mencionar el movimiento de Keswick al final de uno de sus artículos cortos sobre David y la armadura de Saúl: "Si el cristiano que ha estado procurando imitar el movimiento de Keswick, el movimiento de la Armada de Salvación, o ha aspirado a ser un Moody, un Meyer o algún otro obrero de éxito, acudiera al Señor en busca de dirección, sería capaz de hacer más con su humilde honda que con todos los métodos de los mejores hombres de la tierra. Un método humano no se lo considera de valor

hasta que ha demostrado su validez al ponerlo en acción. En ocasiones no es el *método* humano lo que le da el éxito, sino el poder de Dios que capacita al hombre para diseñar métodos exitosos. Quienes estudian esos *métodos* humanos pero desconocen el *poder* de Dios, fracasan en obtener resultados satisfactorios” (*Review and Herald*, 23 agosto 1898, 540; cursivas en original). Una vez más, no hay aquí -contrariamente a lo que Knight sugiere- promoción alguna del fanatismo del movimiento de la santidad de Keswick.

La revista *The King's Messenger* que Knight menciona es una publicación periódica trimestral que fundó y distribuía Virginia Knight Johnson in 1896, una integrante de la Primera Iglesia Metodista. El propósito primario de la revista era llamar la atención a la obra de Johnson en la creación de un hogar refugio para mujeres jóvenes en Texas que hubieran sido o estuvieran siendo empujadas a la prostitución <<http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/fjoal>>. El propio Jones no citó ni una sola vez a partir de *The King's Messenger* en ninguno de los artículos que escribió en toda su carrera. No obstante, mientras fue jefe de redacción de la *Review* se publicaron en ella fragmentos de *The King's Messenger*. Durante su primer año, por ejemplo, en catorce ocasiones, de las que cinco eran poemas cortos que solían aparecer en la portada (19 octubre 1897, 657; 9 noviembre 1897, 705; 21 diciembre 1897, 805; 4 enero 1898, 1; 29 marzo 1898, 197). El resto de -nueve- fragmentos eran artículos cortos de relleno, a veces tan cortos como un solo párrafo (“He Has Come”, 26 octubre 1897, 675; “Hearken”, 3 mayo 1898, 278; “Guide”, 14 junio 1898, 374; “Careful For Nothing”, 21 junio 1898, 390; “Poor in Spirit”, 28 junio 1898, 406; “The Secret”, 5 julio 1898, 422; “His Counselor”, 6 septiembre 1898, 566; “The God-Man”, 20 septiembre 1898, 598; “Beware”, 11 octubre 1898, 648). Ninguno de esos fragmentos, no obstante, contiene el más leve atisbo de promoción del “movimiento de la santidad”, fanático o no.

Por cierto, Herbert E. Douglass toma una postura diferente a la de Knight (quien pretende que el mensaje de Jones procedió del libro de Hannah Smith): “Además, sus [Ellen White] mensajes demuestran claramente que ese ‘precioso mensaje’ [de Jones y Waggoner] no era la mera recuperación del acento Metodista del siglo XVI tal como el representado en [el libro] *Christian's Secret of a Happy Life*, de Hannah Whitall Smith... [Ellen White] vio ciertos aspectos del ‘precioso mensaje’ como siendo frescos, oportunos, formando parte de la luz acrecentada que ella llamó “verdad presente” (*Messenger of the Lord*, 197). También Ron Clouzet aporta otra opinión valiosa respecto al movimiento de Keswick, en una sección del capítulo que trata del reavivamiento y reforma, titulado “el último reavivamiento de alcance mundial”: “Ese movimiento de la santidad apareció como reacción al cansancio creciente de creyentes sinceros

ante una religión legalista, árida, intelectual, muy parecida a la que estaban experimentando los adventistas del séptimo día en las décadas de 1870 y 1880...Quizá Dios estaba preparando al mundo de forma que su pueblo remanente pudiera dar la última advertencia en el poder del Espíritu antes del retorno de Cristo" (*Adventism Greatest Need: The Outpouring of the Holy Spirit*, 65 y 67). Tristemente, el "pueblo remanente" no estuvo dispuesto a compartir ese mensaje que él mismo había fracasado en aceptar plenamente, encontrándose demasiado a menudo en oposición a los mensajeros que Dios envió.

Una cosa es cierta: el esfuerzo persistente de Knight por situar a Jones en la esfera del movimiento fanático de la santidad en el tiempo de la asamblea de la Asociación General de 1893 carece de soporte histórico. De la misma forma en que el odio hacia Jones hace 120 años llevó a unos cuantos a procurar desacreditarlo, tal parece ser el caso con Knight en nuestros días.

Jones procedió ahora a resumir las conclusiones a las que hasta aquí había llegado en el estudio del mensaje del tercer ángel: "Por lo tanto, la lluvia tardía es la justicia de Dios, su mensaje de justicia, el fuerte pregón; eso precisamente, y ha de descender del cielo; estamos ahora en el tiempo de ella, hemos de pedirla y recibirla. Por consiguiente, ¿qué puede impedir que recibamos ahora la lluvia tardía? (Congregación: 'La incredulidad')". Con el fin de hacer ver que la incredulidad había venido siendo un problema perenne, Jones leyó entonces a partir de "Danger in Adopting a Worldly Policy" (el peligro de adoptar un proceder mundano), un panfleto que tuvo su origen en la visión de Salamanca de Ellen White en noviembre de 1890: "“Pero no todos están siguiendo la luz. Algunos se están desviando de la senda segura, que es a cada paso un camino de humildad. Dios ha encomendado a sus siervos un mensaje para este tiempo... No voy a repetir ahora ante vosotros las evidencias dadas en los pasados dos años (ahora cuatro) acerca de cómo ha obrado Dios mediante sus siervos escogidos; pero se os ha revelado la evidencia presente de su obra, y ahora estáis en la obligación de creer”".

“Creer, ¿qué?”, preguntó Jones; “¿Cuál es el mensaje al que hace referencia como habiendo sido dado por Dios a sus siervos para este tiempo? (Congregación: 'El mensaje de justicia'). -El mensaje de la justicia de Jesucristo. Es ese un testimonio que ha sido objeto de desprecio, rechazo y crítica por dos años, y desde entonces han pasado otros dos. Pero ahora se ha revelado la evidencia presente de la forma en que

Dios obra, y ¿qué nos dice ahora a cada uno de nosotros? –‘Ahora estáis en la obligación de creer’ el mensaje”. Jones pasó a continuación a compartir las bendiciones personales de ese mensaje y las maravillosas posibilidades de aceptarlo entonces y allí:

No hace mucho tiempo me dijo una hermana que en época anterior a estos últimos cuatro años había estado lamentándose por su estado, y se había estado preguntando si llegaría alguna vez el momento en que el Señor regresaría, si es que tenía que esperar hasta que su pueblo estuviera preparado para encontrarse con él. Me dijo que a pesar de haber puesto el mayor empeño -y creía haberse esforzado como nadie en el mundo-, no estaba progresando al ritmo requerido para que el Señor pudiera regresar en un tiempo razonable de la forma que fuera; y que le era imposible imaginar cómo habría de darse el regreso del Señor.

Eso la había preocupado; no obstante me dijo que cuando los que regresaron de Minneapolis afirmaron: “La justicia del Señor es un don, podemos tener la justicia del Señor como un don, y podemos tenerla ahora”, “¡eso me llenó de gozo!, me trajo luz, porque ahora veía que el Señor podría regresar muy pronto. Siendo que es él mismo quien nos pone el ropaje, nos viste, nos da el carácter, preparándonos así para el juicio y para el tiempo de angustia, comprendí ahora que el Señor podría regresar con la prontitud que él deseaba”. “Y -añadió la hermana-, eso me trajo alegría, y he estado siempre feliz desde entonces”. Hermanos, eso a mí me hace también feliz todo el tiempo.

Hoy eso es muy significativo. Sabéis que todos hemos estado en esa misma condición. Sabéis que hubo un tiempo en el que nos sentamos y clamamos por no ser capaces de hacer el bien requerido según nuestra propia estimación sobre la práctica del bien; y mientras que por un lado esperábamos el pronto regreso del Señor, por otro lado temíamos que fuera demasiado pronto... ¿cómo íbamos a llegar a estar preparados alguna vez? Gracias al Señor porque él puede prepararnos. (Congregación: “Amén”). Él mismo proporciona las vestiduras de boda. El director del festejo proveía siempre las vestiduras de boda. El Señor es ahora el Director de la

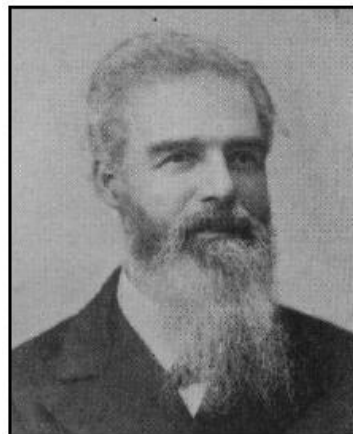
cena de bodas, y va a regresar muy pronto. Nos dice: “Aquí está la vestidura que os calificará para ocupar ese lugar”. Algunos no podrán asistir a esa fiesta por no ir provistos de las vestiduras de boda, pero el Señor las ofrece ahora a todos como un don gratuito, por lo tanto ¿de quién sería la culpa si alguien no las llevara?

W. W. Prescott siguió a Jones con su séptima presentación sobre el Espíritu Santo. La terminó diciendo que quizá habían estado esperando una bendición externa, siendo que en realidad estaba allí mismo: “Me ha parecido como si al dedicarnos a este estudio, algunos de nosotros estuviéramos esperando algo que vendría después, no tomando las bendiciones que están aquí mismo. Están tan llenas de luz, gloria y poder como posible sea. El Señor quiere que recibamos su Espíritu ahora mismo; quiere que nuestros corazones estén en todo momento dispuestos a recibirlo. El corazón se abre mediante la confesión y arrepentimiento de nuestros pecados, mediante un espíritu de contrición, un sentido permanente de indignidad y no envaneciéndonos cuando nos da su gracia y su poder. Y hemos de recibir el Espíritu en esa plenitud que propicie que nos alegremos todo el tiempo en el Señor” (W. W. Prescott, “The Promise of the Holy Spirit, No. 7”, *General Conference Daily Bulletin*, 23 febrero 1893, 368-369).

Confesiones sinceras

No quedaron sin resultados las presentaciones dadas en la asamblea pastoral y en la de la Asociación General, que señalaban a dirigentes de iglesia y laicos el mensaje a Laodicea, llamándolos al arrepentimiento y reforma. I. D. Van Horn, cuñado de A. T. Jones, había sido uno de los muchos que se habían opuesto muy enérgicamente al mensaje en Minneapolis y en los años siguientes. De hecho, I. D. Van Horn se encontraba entre los hermanos que regresaron a sus habitaciones en la asamblea de 1888 para criticar al mensaje y los mensajeros.

Ellen White describiría en diversas ocasiones la forma en que su mensajero celestial la llevó a esas habitaciones, en las que “oyó burla, críticas, mofa y risas. Atribuyeron al fanatismo las manifestaciones del Espíritu Santo” (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 81, 31 mayo 1896; en *1888 Materials*, 1565). Se hizo escarnio de los Testimonios de Ellen White, “se presentó en la luz más ridícula” a W. C. White (Ellen G. White a J. Fargo, Carta 50, 2 mayo 1889; en *1888 Materials*, 296-297), pero los hermanos “pensaron y dijeron peores cosas de los hermanos Jones y Waggoner” * (Ellen G. White a Children of the Household, Carta 14, 1889; en *1888 Materials*, 323. Ver también 140, 278, 298, 308, 322, y 517).



I. D. Van Horn

Nota 12: En una carta a L. E. Froom, Meade MacGuire refiere cómo recordó G. B. Starr aquellos eventos: “Otra interesante experiencia que el pastor [G. B.] Starr me refirió fue un incidente ocurrido en Minneapolis en 1888. Se alquiló el sótano que había bajo un gran edificio, donde se alojó en la noche a un número de delegados. Se dividió la habitación mediante una gran cortina; el pastor Starr y su esposa durmieron en una parte, mientras que cuatro o cinco pastores se alojaban en la otra. Una noche el pastor Jones había pronunciado un poderoso discurso, que el pastor Starr y su esposa apreciaron muchísimo. Regresaron a su habitación profundamente impresionados, y tras haber orado se acostaron. Al poco rato regresaron el resto de pastores, que venían hablando y riendo, y más bien ridiculizando las afirmaciones del pastor Jones. Uno de ellos, el pastor C., se refirió a Jones mediante un término despectivo (he olvidado cuál fue) que sorprendió al matrimonio Starr. No lo mencionaron a nadie, pero en la mañana siguiente Ellen White tomó la palabra, y durante su discurso hizo observaciones relativas a la actitud de algunos de los obreros. Creo que fue el episodio en que un ángel la llevó de habitación en habitación. En todo caso, finalmente señaló al pastor C. y dijo: Pastor C., estoy avergonzada de usted por haber llamado ‘_____’ a alguien que está dando un mensaje del Señor. Era la misma palabra que el pastor Starr había oído pronunciar a aquel pastor la noche precedente” (Meade MacGuire a L. E. Froom, 7 septiembre 1961).

Aunque aparentemente ninguno de los numerosos Testimonios y cartas llamando a la confesión y arrepentimiento enviados desde el encuentro de Minneapolis había

tenido un efecto en Van Horn, este comenzó a verse de forma diferente en el encuentro de 1893 en Battle Creek. Cuando vio “tanto del poder de Dios reposando sobre los hermanos Jones, Prescott y Haskell a medida que desplegaban ante mí la luz y gloria del mensaje tal como debía ahora ser llevado al mundo”, Van Horn comprendió que “el arrepentimiento y la confesión eran el único camino para salir del pecado y las tinieblas”. En la reunión de oración del anterior sábado de tarde Van Horn confesó el “gran perjuicio [que causó] en Minneapolis, y el que había seguido causando todo el tiempo desde entonces” hasta el encuentro de la Asociación en 1893. Van Horn explicó con posterioridad que en su misericordia Dios lo estaba preparando para recibir una mayor reprobación.

Tres días después de su sábado de confesión, Van Horn recibió un Testimonio de Ellen White enviado el 20 de enero desde Australia. Regresando aquel atardecer a su habitación, lo leyó “tres veces con muchas lágrimas, aceptándolo al pie de la letra” (I. D. Van Horn a Ellen G. White, 9 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 240):

Querido hermano Van Horn,... Quiero dirigirle unas palabras para decirle algunas cosas que afligen mi corazón. Usted se me representa como quien no está caminando ni obrando en la luz, tal como usted supone que está haciendo. El Señor ha presentado ante mí vez tras vez el encuentro de Minneapolis. Algunos no discernen sino muy débilmente los acontecimientos que allí tuvieron lugar, y la misma bruma que rodeó sus mentes en aquella ocasión no se ha despejado por acción de los brillantes rayos del Sol de justicia...

Sé que los pastores Smith, Butler y Van Horn se han estado perdiendo los más ricos privilegios del esclarecimiento celestial debido a que el espíritu y las impresiones albergados antes del encuentro de Minneapolis y acariciados en gran medida desde aquel tiempo los mantuvieron en una posición en la que, al llegar el bien, lo tuvieron en muy poca apreciación...

¿Tuvo el Espíritu divino algo que ver con su prejuicio en Minneapolis?, ¿tuvo algo que ver con el espíritu que motivó allí a la acción? -No. Dios no estuvo en esa obra. Fui llevada de habitación en habitación, de entre las que ocupaban nuestros hermanos en aquel encuentro, y oí aquello de lo

que un día cada uno se sentirá terriblemente avergonzado, quizá sólo en el juicio, en el que toda obra aparecerá en su verdadera luz. En la habitación que usted ocupaba había un Testigo que oyó cada comentario, la gesticulación impía, la sátira, el sarcasmo, la astucia; el Señor Dios del cielo se sintió disgustado con usted y con todos los que participaron en el festejo y en el espíritu duro e implacable. Se ejerció una influencia satánica. En consecuencia, algunas almas se perderán.

¿Por qué no recibió el testimonio que el Señor le envió mediante la hermana White? ¿Por qué no ha armonizado con la luz que Dios le ha dado? ¿Ha de continuar con ese espíritu hasta que acabe el tiempo de gracia? ¿No hay nada que pueda suponer una evidencia para usted respecto a dónde está obrando Dios? ¿Es incapaz de discernir quién tiene el mensaje para dar al pueblo en este tiempo?...

Si el pastor Smith estuviera caminando en la clara luz, daría a la trompeta un sonido certero en perfecta armonía con el ángel de Apocalipsis 18, que ha de alumbrar la tierra con su gloria. Ahora es el tiempo en el que podemos esperar un mensaje precisamente como el que nos ha estado llegando...

Está brillando la luz; no se va a eclipsar, ni puede hacerlo. Continuará brillando cada vez más hasta el día perfecto; pero quienes cierran los ojos para no ver y los oídos para no oír, y endurecen sus corazones a fin de no recibir los rayos de la luz celestial, serán dejados en las tinieblas; y el que anda en tinieblas no sabe dónde va. Cree estar transitando por caminos seguros, pero engaña a su propia alma (Ellen G. White a I. D. Van Horn, Carta 61, 20 enero 1893; en *1888 Materials*, 1136-1140 y 1142).

Esas palabras, tan cortantes como amantes, tuvieron un profundo efecto en Van Horn. Después de haber leído la carta “se inclinó ante el Señor en oración, confesándolo todo. Escuchó mi súplica ferviente, y en lugar de la amargura del alma, me dio paz y alegría”. La mañana siguiente Van Horn asistió a la reunión matinal pastoral en la que presidía O. A. Olsen, quien leía frecuentemente los Testimonios que recibió de Ellen White. Van Horn hizo ahora “una confesión más ferviente y extensa” por el perjuicio causado ante los hermanos que conocían su curso de acción.

Se alegró de que dicha confesión “trajo gran luz y bendición a mi alma. Ahora vuelvo a ser un hombre libre gracias al Señor, habiendo encontrado el perdón y la paz” (I. D. Van Horn a Ellen G. White, 9 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 240). S. N. Haskell informó a Ellen White acerca de que las reuniones matinales habían “sido excelentes, muchos están viniendo a la luz”. Compartió la forma en que “el hermano Van Horn hizo una buena confesión, tal como la que jamás oí con anterioridad. Conmovió a toda la congregación” (S. N. Haskell a Ellen G. White, 23 febrero 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 238).

Escribiendo a Ellen White después de la asamblea de la Asociación, Van Horn continuó confesando la rebeldía de su curso de acción precedente y compartió con ella la nueva libertad que había reencontrado al dar oído al mensaje dirigido a Laodicea:

Acepto de todo corazón esa comunicación de su mano como siendo un Testimonio del Señor. Me revela la triste condición en la que he estado desde el encuentro de Minneapolis. Ese reproche del Señor es justo y verdadero. Desde que me llegó, veo como nunca antes el gran pecado que implica rechazar la luz. Y lo ha hecho doblemente pecaminoso mi obstinada voluntad disponiéndose por tanto tiempo en contra de la luz que ha brillado tan claramente sobre mí. No me daba cuenta de cuán grande era la oscuridad que me envolvía, y cuán fuertemente atrapado estaba por el poder de Satanás, hasta que recibí esa muestra del amor de Dios hacia mí, la cual abrió mis ojos.

Ahora estoy sinceramente avergonzado por mi parte en el “festejo”, en la “sátira”, el “sarcasmo” y la “astucia” en los que tan gravemente incurrimos yo mismo y otros en la misma habitación en el encuentro de Minneapolis. Estuvo muy mal, totalmente mal, y debió desagradar al Señor, quien lo presencié todo. Quisiera que pudiera ser borrado de mi memoria...

Ahora comienzo a ver cuánto he perdido en estos cuatro años de tinieblas e incredulidad. Me voy a apresurar a comprar el “oro”, las “vestiduras blancas” y el “colirio”, a fin de poder estar ante mis hermanos, no en mi propia fuerza con algunos discursos preparados, sino con la justicia de Cristo y con las ricas provisiones de su gracia, a fin de darles “alimento a

tiempo”. Me pondré en pie, y en el temor del Señor avanzaré en la luz acrecentada del mensaje. Caminaré humildemente ante el Señor y acogeré su presencia en mi corazón a fin de obtener poder a partir de él -quien posee todo el poder- para resistir a Satanás, evitar sus trampas y ganar por fin la victoria (I. D. Van Horn a Ellen G. White, 9 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 240-241).

Viviendo en el tiempo de la lluvia tardía

El jueves 23 de febrero W. W. Prescott comenzó las reuniones vespertinas con su presentación sobre el Espíritu Santo. Tras haber estudiado ese tema por casi cuatro semanas, Prescott se sintió “profundamente ansioso acerca de nuestra obra ahora”. Habían estudiado lo que podría impedir “recibir un grado inusitado de derramamiento del Espíritu de Dios. Se dieron testimonios muy cercanos, que se oyeron aquí y allá, y parecieron causar una honda impresión en las mentes y corazones”. Aunque apreció muchísimo la bendición que habían recibido juntos, y la presencia de Dios y su Espíritu con ellos, “no obstante, estaría muy chasqueado si este encuentro termina sin un derramamiento del Espíritu de Dios más pleno del que hayamos experimentado anteriormente” (W. W. Prescott, “The Promise of the Holy Spirit, No. 8”, *General Conference Daily Bulletin*, 24 febrero 1893, 384, 386 y 388-389).

Prescott recordó a su audiencia que cuando los discípulos recibieron ese derramamiento del Espíritu tras diez días de ferviente búsqueda mediante la confesión de pecados, humillando sus corazones ante Dios, contemplando concienzudamente a Jesucristo y siendo cambiados a su imagen, entonces tuvieron el poder para la obra que el Salvador les había encomendado”. Entonces los discípulos salieron con poder, y multitudes fueron convertidas en un día. Tuvieron poder sobre los espíritus malignos y sobre las enfermedades, sanaron a los enfermos y Dios obró muchas señales y prodigios. “No quisiera que se perciban esas cosas como si se tratara de un cuento de hadas”, comentó Prescott. “Hemos de ver repetida esa misma experiencia”. Prescott abordó ahora una vez más la experiencia de los pasados cuatro años:

Dios quiere sellar un pueblo para el reino: pero el pueblo que ha de ser sellado para ese reino y que esté listo para la traslación debe estar constituido por aquellos en quienes more Cristo; deben ser los que reciben la justicia y el carácter de Cristo. Pero cuando recibimos la justicia de Cristo en su plenitud, de la forma precisa en que Dios quiere que la recibamos, junto con ella viene la plenitud del Espíritu: se produce el derramamiento del Espíritu. De nada serviría que orásemos sin cesar por el derramamiento del Espíritu al margen de la justicia y el carácter de Cristo. ¡Pensad en cómo este asunto ha estado aquí entre nosotros por tres o cuatro años, y en qué hemos estado haciendo todo este tiempo! Dios quería derramar su Espíritu sobre su pueblo hace años; pero eso no lo podemos arreglar ahora: no añadamos a ese tiempo otro día más.

¿Qué puedo decir al respecto? Estamos aquí reunidos. Es tan claro como A, B, C, que la justicia es el don de Dios; que todo cuanto pide de nosotros es que nos entreguemos y lo recibamos para abrir la puerta. ¿Cómo? - Mediante la confesión y el arrepentimiento, cerrando a Satanás todas las puertas y abriendo de par en par la puerta a Cristo, aceptándolo en simplicidad. Ninguna diferencia hace nuestra edad o nuestro estatus; si somos o no pastores, si somos licenciados o no: estamos todos a un mismo nivel. Vosotros y yo tenemos que recibirlo de la misma forma: como niños, dando gracias a Dios por ello continuamente y alegrándonos por ello todo el tiempo...

¿Se os ocurre alguna razón por la que no hubiéramos de saber algo al respecto esta noche? He estado pensando en ello de esta manera: si fuéramos capaces de poner fin a todo el cuestionamiento de unos hacia los otros, entre el hermano A y el hermano B, respecto a si lo ha aceptado o se ha opuesto, si dejáramos de estar al acecho y nos sentáramos aquí con la sencillez de un niño, tan felices por saber que es así, lo podríamos recibir...

Sus discípulos estuvieron orando por ello diez días fervientemente y sin cesar, confesando el pecado, arrepintiéndose y mirando todo el tiempo a Cristo. ¿Por qué no habríamos de obtenerlo del mismo modo? En la

asamblea nos quedan sólo diez días. Hermanos, ¿acaso no es tiempo de que nos dispongamos a esa misma obra? ¿No están esas cosas claras para toda mente? ¿En qué consiste la justicia y lo que el Señor quiere hacer por nosotros en este encuentro? ¿No estamos a diez días de que termine, y no debiéramos buscar al Señor como nunca antes lo hicimos?” (Ibid.)

Tras el discurso de Prescott, A. T. Jones continuó su serie y comenzó la presentación leyendo una carta que había recibido “hace algún tiempo, del hermano Starr en Australia”. Con toda probabilidad G. B. Starr debió enviarle aquella carta tras las reuniones de la semana de oración en Australia, a principios de enero. La carta no aportaba nueva información, sino que confirmaba lo que ya habían descubierto en su estudio de la Biblia y los escritos de Ellen White:

“La hermana White afirma que desde el encuentro de Minneapolis hemos estado en el tiempo de la lluvia tardía”. Eso es precisamente lo que hemos visto en nuestro propio estudio de esas lecciones, ¿no os parece? Hermanos, ¿cuánto tiempo más va esperar el Señor antes que la recibamos? Ha estado procurando durante estos cuatro años que recibamos la lluvia tardía, ¿cuánto tiempo más esperará? El tema se fusiona al del hermano Prescott, cuya predicación viene a ser el principio de la mía. Él ha hecho aquí un llamamiento para que cada uno haga lo que todos debieran haber hecho hace cuatro años.

Y la cuestión es que se va a hacer alguna cosa. Los que busquen al Señor de esa manera, los que reciban su mensaje de esa manera, obtendrán lo que él quiere dar. Los que no procedan así serán dejados a ellos mismos, y una vez que eso suceda, habrá sucedido para siempre. Esa es la situación temible en este encuentro; es lo que confiere a nuestra convocación su carácter solemne. El peligro consiste en que alguno de los que hay aquí lo haya resistido por cuatro años, o quizá no por tanto tiempo, y que deje ahora de venir al Señor de la forma en que podría recibirlo, fracasando así en tomarlo de la forma en que el Señor lo da y siendo pasado de largo. El Señor tomará una decisión; de hecho, en esta asamblea vamos a tomarla nosotros. ¿De qué lado os encontraréis? * (A. T. Jones, “The Third

Angel's Message, No. 16", *General Conference Daily Bulletin*, 24 febrero 1893, 377).

Nota 20: La evidencia interna indica que esta presentación siguió a la octava de Prescott mencionada anteriormente. Jones citó de Gálatas 3, tal como había hecho Prescott (383 y 387).

Las palabras de Jones fueron ciertamente solemnes; pero una vez más, el concepto de que habían estado "en el tiempo de la lluvia tardía desde Minneapolis" no estaba basado en la carta que envió G. B. Starr desde Australia. La referencia de Starr a la declaración oral de Ellen White no hizo más que confirmar lo que ellos habían descubierto ya mediante el estudio de la Biblia y muchas otras declaraciones de Ellen White.

G. B. Starr se referiría a esos hechos durante los años que seguirían. Escribiendo para la *Review* muchos años después, Starr indicó que en el congreso de la Asociación General de 1893 "la sierva del Señor hizo una declaración a propósito de que la presentación de la justicia de Cristo", tal como les fue dada, "marcó el comienzo del fuerte pregón del mensaje del tercer ángel, y unió con el tercer ángel ese otro ángel mencionado en Apocalipsis 18:1, cuya gloria alumbraría toda la tierra". Esas



G. B. Starr

declaraciones verbales hechas en el encuentro de 1888, declaró Starr, "quedaron pronto plasmadas por escrito e impresas" (G. B. Starr, "Increased Light Since 1888: A prediction in Process of Fulfillment Now", *Review and Herald*, 24 julio 1930, 6). En un manuscrito no publicado que describía sus años de trabajo codo con codo junto a Ellen White, Starr hace observaciones similares: "La hermana White estaba presente y ejerció diariamente su influencia en palabras de apoyo decidido a la presentación de ese tema [de la justicia por la fe]. Afirmó que eso marcó el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón de los mensajes de los tres ángeles" (G. B. Starr, "Sixty-two Years in the Highest University: And Personal Experiences

with the Prophetic Gift”, documento no publicado, n.d., 8; en Document File 496C, Ellen. G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

Eso armoniza ciertamente con otras declaraciones publicadas de Ellen White. Hacia finales de 1892, O. A. Olsen imprimió un panfleto conteniendo algunas declaraciones de Ellen White no publicadas hasta entonces. Bajo el encabezamiento: “The Power of the Holy Spirit Awaits Our Demand and Reception” (el poder del Espíritu Santo aguarda nuestra demanda y recepción) se citaba parte del siguiente testimonio:

Cristo, el gran Maestro, tuvo una infinita variedad de temas para elegir, pero del que más se ocupó fue de la dádiva del Espíritu Santo. Cuán grandes cosas predijo para la iglesia debido a ese don. Sin embargo ¿cuál es el tema que menos se trata ahora? ¿Qué promesa es la que menos se cumple? Ocasionalmente se da un discurso sobre el Espíritu Santo, y luego se deja el tema para una consideración posterior... (Ellen G. White, Manuscrito 20, 28 diciembre 1891; en *Selected Messages*, 1, 156-157) {184-184}.

Justo antes de separarse de sus discípulos para ir a las cortes celestiales, Jesús los animó con la promesa del Espíritu Santo. Esa promesa nos pertenece tanto como a ellos, y sin embargo, cuán rara vez se la presenta ante el pueblo y cuán poco se habla de su recepción en la iglesia. Como consecuencia de ese silencio sobre este importantísimo tema, ¿cuál es la promesa de la que menos sabemos en términos prácticos de su cumplimiento, que esta rica promesa del don del Espíritu Santo, cuya eficiencia ha de ser dada a toda nuestra obra espiritual? La promesa del Espíritu Santo aparece de forma casual en nuestros discursos, se la cita de forma incidental, eso es todo. Se han abordado las profecías, se han expuesto doctrinas, pero aquello que es esencial para la iglesia a fin de que pueda crecer en fortaleza espiritual y eficiencia, a fin de que la predicación pueda traer convicción y las almas se conviertan a Dios, se ha dejado en gran medida fuera del esfuerzo ministerial. Ese tema se ha puesto a un lado como si se fuera a tener en consideración en algún tiempo futuro. Se han presentado ante el pueblo otras bendiciones y privilegios hasta haber

despertado en la iglesia el deseo por lograr la bendición que Dios ha prometido; pero en lo referente al Espíritu Santo se ha dejado la impresión de que ese don no es para la iglesia ahora, *sino que en algún tiempo en el futuro* será necesario que la iglesia lo reciba. Si se la pide con fe, esta bendición prometida traerá todas las demás bendiciones con ella, y será concedida abundantemente al pueblo de Dios...

La iglesia se ha conformado por mucho tiempo con una pequeña parte de la bendición de Dios; [sus miembros] no han sentido la necesidad de alcanzar los exaltados privilegios comprados para ellos a un precio infinito. Su fuerza espiritual ha sido débil; su experiencia, de un carácter empequeñecido y deficiente, y están descalificados para la obra que el Señor quisiera que hicieran. Son incapaces de presentar las verdades grandes y gloriosas de la santa palabra de Dios que convencerán y convertirán las almas mediante la agencia del Espíritu Santo. *El poder de Dios aguarda que se lo pida y reciba*. Los que siembran las santas semillas de verdad obtendrán una cosecha de gozo (Ellen G. White, “Power of the Holy Spirit Awaits our Demand and Reception”, Manuscrito 20, 28 diciembre 1891; en *Special Testimony to Our Ministers*, No. 2, 1892, 24-25; original sin cursivas).

En 1897 Ellen White amonestó a la iglesia así: “Oremos más fervientemente que ahora con corazones contritos, *en el tiempo de la lluvia tardía*, para que puedan caer sobre nosotros lluvias de gracia” (Ellen G. White, “Pray for the Latter Rain”, *Review and Herald*, 2 marzo 1897; original sin cursivas). Dos años más tarde recordaría a los hermanos que “hace años vino el tiempo para que descendiera el Espíritu Santo de una forma especial sobre los obreros fervientes y abnegados de Dios” (Ellen G. White, “The Need for Greater Consecration”, Manuscrito 2, 24 enero 1899; en *Manuscript Releases*, vol. 1, 175-176). En la asamblea de la Asociación General de 1893 estaban ciertamente viviendo “en el tiempo de la lluvia tardía”, tal como había declarado Ellen White según el informe de G. B. Starr.

Nota 27: George Knight cuestiona la declaración de G. B. Starr, aduciendo que “la fuente de esa información no fue Ellen White, sino Starr” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 112). Para más detalles sobre este particular, ver nota 29 del capítulo 4.

La cuestión era si darían realmente oído al consejo del Testigo Fiel y se arrepentirían, de forma que los aguaceros pudieran ser derramados sobre ellos. Algunos habían hecho tal cosa y recibieron gran bendición personal. Pero ¿qué sucedería con la iglesia en general?

Capítulo 8

¡Cómo me alegra el corazón!

Los diez testigos

La tarde del sábado 25 de febrero se “leyó una importante comunicación de Ellen White”. Según una reseña editorial en la *Review*, el Testimonio “exponía con gran claridad los peligros y deberes inherentes a los tiempos en que vivimos. Se señalaba específicamente el pecado de buscar faltas y el de criticar a los demás. Nos satisface informar que esas palabras de reproche tuvieron una respuesta en los presentes, se hicieron muchas confesiones sinceras, y muchos se comprometieron ante el Señor y ante los demás a cesar de ayudar a Satanás en su obra, por haberse vuelto ‘acusadores de los hermanos’” (Reseña editorial, *Review and Herald*, 28 febrero 1893, 144).

Por la tarde, al comenzar el sábado, W. W. Prescott presidió un servicio de canto que incluía dirigir personalmente el coro que había cantado para sus reuniones evangelísticas en Battle Creek tres días cada semana. La *Review* señaló que “los bellos y bien ejecutados himnos de ese servicio, hicieron una poderosa impresión en la congregación”.

Tras el extensivo servicio de canto, A. T. Jones dio “un discurso acerca de la relación entre la ley y la justicia, mostrando su perfecta unidad y la inseparable unión de la ley y el evangelio, y cómo pasamos finalmente el examen minucioso de los diez testigos (los diez mandamientos)” (Reseña editorial, “Memorable Meetings”, *Review and Herald*, 28 febrero 1893, 144). Jones habló acerca de la obra de santificación en la vida, y de cómo “es la presencia de Cristo la que hace santo y santifica el lugar en el que está”. Mencionó el sábado como la señal o sello de ese proceso de santificación. “Por consiguiente, ¿no estamos ahora en el tiempo del sellamiento?” - preguntó Jones-, y la congregación respondió: “Sí”. Y es “mediante la justicia de Dios, que es por la fe de Jesucristo, ¿no es así? -Efectivamente... Gracias al Señor. Hay exámenes que hemos de aprobar, pero, hermanos, cuando tenemos esa justicia de Jesucristo, tenemos lo que superará cualquier examen”.

Jones puso a continuación en contraste los dos grupos que se formarán en el día del Señor. Algunos dirán: “*Nosotros* hemos hecho muchas obras maravillosas, las hemos hecho *nosotros*; *nosotros* estamos bien; *nosotros* somos justos, exactamente correctos, por lo tanto, *nosotros* tenemos el derecho a estar allí. Ábrenos la puerta’. Pero ‘nosotros’ no cuenta allí, ¿no es cierto?” La respuesta para ese grupo será: “Apartaos de mí, obradores de iniquidad”. ¿Qué sucede con el otro grupo?, ¿qué respuesta darán?:

Habría otra compañía en ese día, una gran multitud que nadie puede contar de entre toda nación, tribu, lengua y pueblo, dispuesta a entrar por las puertas. Y si alguien les pregunta: “¿Qué habéis hecho para entrar aquí? ¿Qué derecho tenéis a entrar?”, su respuesta será:

“No he hecho nada en absoluto para merecerlo. Soy un pecador que dependo únicamente de la gracia del Señor. Era tan desgraciado, tan rematadamente cautivo; estaba en tal esclavitud, que nadie hubiese podido librarme excepto el Señor mismo; tan miserable, que todo cuanto podía hacer era tener al Señor siempre a mi lado para consolarme; tan pobre fui, que tuve que pedir constantemente al Señor; tan ciego, que sólo el Señor pudo hacerme ver; tan desnudo, que nadie pudo vestirme sino el propio Señor: Todo cuanto puedo presentar es lo que Jesús ha hecho por mí. Pero el Señor me ha amado. Cuando clamé en mi desesperación, él me libró; cuando en mi miseria busqué amparo, él me consoló sin cesar; cuando en mi pobreza le pedí, él me dio riquezas; cuando en mi ceguera le pedí que me mostrara el camino, él me llevó a todo lo largo de la senda y me hizo ver; cuando estuve tan desnudo que nadie podía vestirme, me dio este manto que llevo puesto; y así, todo cuanto puedo presentar, lo único que me permite la entrada, es nada más que lo que él hizo por mí. Si eso no es suficiente, entonces me quedaré sin entrar, y eso será justo. Si se me deja fuera, no tengo ninguna queja que hacer, pero ¿acaso eso no me calificará para poseer la heredad?”

Pero él dice: “Hay personas muy particulares aquí, que querrían estar plenamente satisfechas con cada uno de los que entran. Tenemos aquí diez examinadores. Cuando consideran el caso de alguien y dan el visto bueno,

entonces puede pasar. ¿Estáis dispuestos a que examinen vuestro caso?” Entonces responderemos: “Sí, sí; ya que deseo entrar. Estoy dispuesto a someterme al examen que sea necesario, puesto que incluso si se me deja fuera no tendré queja alguna: abandonado a mí mismo estoy perdido de todas maneras”.

“Está bien, llamaremos a los diez”. Al llegar estos, exclaman: “Sí, estamos perfectamente satisfechos con él. La liberación que obtuvo de su desgracia es la que trajo nuestro Señor; el consuelo que siempre tuvo y que tanto necesitó, es el que dio nuestro Señor; las riquezas que posee, todo cuanto posee, *pobre como era*, es lo que nuestro Señor le dio; y la vista que recibió siendo ciego, es la que el Señor le dio, viendo sólo lo que es del Señor; y desnudo como estaba, esta vestidura que lleva puesta es la que el Señor le dio: el Señor la tejió, es toda ella divina. Se trata tan sólo de Cristo. *Sí. ¡Que entre!*” (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 18”, *General Conference Daily Bulletin*, 27 febrero 1893, 416-417; cursivas en original).

Cuando Jones llegó a este punto hacia el final de su predicación, la congregación se puso a cantar espontáneamente un himno cuya letra dice: “Jesús pagó el precio / todo lo debo a él / el pecado había dejado una mancha carmesí / él la hizo blanca como nieve”. Jones terminó su ilustración explicando que en ese momento “por sobre las puertas se oirá una voz como el canto más dulce que se pueda imaginar, la voz llena de simpatía y compasión del Salvador, diciendo: ‘¡Venid, benditos de mi Padre!’ (Congregación: ‘Amén’)”.

Jones acabó su discurso alabando al Señor ante sus hermanos: “Es un Salvador completo. Es mi Salvador. Mi alma magnifica al Señor. Hermanos, mi alma se goza esta noche en el Señor. Exclamo con David: ‘Venid y magnificad conmigo al Señor; exaltemos su nombre juntos’. Él ha hecho completa satisfacción; no hay nada en nuestra contra, hermanos; el camino está despejado, la vía está abierta. La justicia de Cristo satisface” (Ibid., 417).

El informe en la *Review*, una vez acabadas las reuniones del sábado, compartió el resto del relato: “Habiendo alcanzado el clímax y tras sernos descritos los benditos resultados de la obra de Cristo en nuestro favor, el sermón terminó, y la vasta

asamblea, ocupando cada rincón posible del atestado tabernáculo, derivó espontáneamente en una reunión de alabanza. Los pastores se distribuyeron entre la congregación en número de treinta o cuarenta; puestos en pie, tomaron a su cargo grupos en sus respectivas localizaciones, y en toda la casa se ofrecieron cientos de testimonios de alabanza a Dios por su bondad y salvación. Ha sido una reunión como la que nunca antes se había visto en Battle Creek” (Reseña editorial, “Memorable Meetings”, *Review and Herald*, 28 febrero 1893, 144). Dios estaba ciertamente visitando de nuevo su pueblo en Battle Creek.

Más confesiones

La mañana del lunes 27 de febrero se leyó una porción de un Testimonio reciente de Ellen White en la reunión pastoral de las 8:30. El énfasis del consejo encajaba perfectamente con los mensajes que habían estado resonando de labios de los varios predicadores durante las semanas previas del encuentro:

El tiempo de peligro está ahora ante nosotros. No se puede hablar de él como si perteneciera al futuro. El poder de toda mente, santificado para la obra del Maestro, se debe emplear, no para obstaculizar el camino ante los mensajes que Dios envía a su pueblo, sino para trabajar unidos en la preparación de un pueblo que permanezca en pie en el gran día de Dios... Si nuestros hermanos hubieran estado libres de prejuicio y hubieran caminado humildemente, habrían estado prestos a recibir luz de la fuente que fuera, reconociendo el Espíritu de Dios y la gracia de Cristo. Serían en verdad canales de luz...

La oposición entre nuestras filas ha impuesto sobre los mensajeros del Señor una tarea ardua y probatoria del alma, ya que han debido hacer frente a dificultades y obstáculos que no debieron existir. Mientras ha tenido que realizarse esta obra en nuestro propio pueblo, a fin de disponer su voluntad para la obra de Dios en el día de su poder, la luz de la gloria de Dios no ha estado brillando en claros y nítidos rayos sobre el mundo. Se podían haber añadido a nuestros miembros miles que están ahora en las tinieblas del error. Todo el tiempo, pensamiento y labor requeridos para

contrarrestar la influencia de los hermanos que se oponen al mensaje, ha significado privar al mundo del [conocimiento] de los juicios de Dios que están por sobrevenir rápidamente. El Espíritu de Dios ha estado presente con poder entre su pueblo, pero no le pudo ser otorgado debido a que no abrieron sus corazones para recibirlo.

No es la oposición del mundo lo que hemos de temer; son los elementos que obran entre nosotros mismos los que han obstaculizado el mensaje. La eficiencia de los movimientos para extender la verdad depende de la acción armoniosa de quienes profesan creerlo. El amor y la confianza constituyen una fuerza moral que habría unido nuestras iglesias y asegurado la armonía en la acción: pero la frialdad y desconfianza han traído desunión, que nos ha privado de nuestra fuerza (Ellen G. White a W. Ing, Carta 77, 9 enero 1893; en *General Conference Daily Bulletin*, 28 febrero 1893, 419. La carta está publicada en su totalidad en *1888 Materials*, 1118-1135).

Ellen White continuó escribiendo acerca del mensaje que Dios había dado por su Espíritu, y que debía llegar a todo lugar: “Pero la influencia desarrollada por la resistencia a la luz y la verdad en Minneapolis tendió a dejar sin efecto la luz que Dios había dado a su pueblo mediante los Testimonios”. De hecho, Ellen White llegó a declarar que la edición de 1888 de *El conflicto de los siglos* no “tuvo la circulación que debía haber tenido, debido a que algunos que ocupan puestos de responsabilidad estaban leudados con el espíritu que prevaleció en Minneapolis”. Igual que sucedió en la década de 1850, cuando se dio por vez primera el mensaje a Laodicea, Dios estaba reteniendo los cuatro vientos a fin de que el mensaje pudiera ser dado al mundo:

La obra de los que se oponen a la verdad ha estado avanzando constantemente, mientras que nosotros hemos tenido que dedicar nuestras energías en gran medida a contrarrestar la obra del enemigo entre los que estaban en nuestras filas. El estupor de algunos y la oposición de otros han limitado grandemente nuestra fuerza y medios al dedicarlos a quienes conocen la verdad pero no practican sus principios. Si cada soldado de Cristo hubiera realizado su deber, si cada centinela en Sión hubiera dado

a la trompeta un sonido certero, el mundo habría oído ya ahora el mensaje de advertencia. Pero la obra lleva años de retraso. ¿Qué cuenta se habrá de rendir a Dios por retardar así la obra?

Mientras que los ángeles estaban reteniendo los cuatro vientos para que no soplaran, dando a cada uno que poseía la luz la oportunidad de hacerla brillar ante el mundo, ha habido entre nosotros influencias que claman paz y seguridad. Muchos no comprendieron que no teníamos tiempo, fuerzas ni influencia que desperdiciar mediante acciones dilatorias. Mientras los hombres dormían, Satanás nos ha estado ganando el paso, aprovechando las ventajas que se le han dado para que maneje las cosas según su propósito.

El Señor nos ha revelado que el mensaje a Laodicea se aplica a la iglesia en este tiempo, y sin embargo, cuán pocos lo aplican a ellos mismos de forma práctica. Dios ha obrado en nuestro favor; no tenemos queja alguna contra el cielo, ya que se nos han ofrecido las más ricas bendiciones, pero nuestro pueblo ha sido muy reacio en aceptarlas. Los que han sido tan obstinados y rebeldes como para no estar dispuestos a humillarse para recibir la luz de Dios enviada misericordiosamente a sus almas, quedaron tan destituidos del Espíritu Santo que el Señor no los pudo utilizar. A menos que se conviertan, esos hombres no entrarán jamás a las mansiones de los benditos (Ibid.).

Es indiscutible que se ha producido una demora en el retorno de Cristo debido a las acciones de quienes militan en nuestras filas desde el encuentro de Minneapolis. El mensaje a Laodicea se aplica ahora a la Iglesia de Dios del último tiempo incluso con mayor fuerza. Cuando el reproche de tal “indolencia y pereza se haya barrido de la iglesia, el Espíritu del Señor se manifestará misericordiosamente”, declaró Ellen White, y la “tierra será alumbrada por el ángel que desciende del cielo”. El Señor estaba “esperando bendecir a su pueblo”, quien “reconocería la bendición cuando esta llegara, y la difundiría a otros en claros y potentes rayos de luz”. Pero era sólo “mediante el Espíritu Santo de Dios derramado sobre su pueblo” como podrían darse esas cosas. El hecho triste, reflexionó Ellen White, era que “las agencias celestiales han estado esperando desde largo tiempo que los agentes humanos -los miembros de

la iglesia- cooperen con ellos en la gran obra que queda por hacer. Os están esperando a vosotros”.

El *Bulletin* recoge que, tras haberse leído la carta de Ellen White “tuvo lugar una excelente reunión de oración en la que un número de hermanos respondieron con sinceras confesiones y expresiones de determinación a marchar en unidad, en amor y en la luz acrecentada. Vino de forma remarcable el buen Espíritu del Señor, se derramaron abundantes lágrimas, y parecían brotar de cada corazón expresiones de gozo y agradecimiento” * (Ibid., 420).

Nota 8: En la asamblea sólo se leyó una parte de esa carta de 18 páginas escrita a William Ing. Una porción extensa de la carta que no se leyó, se refería al hecho de que Uriah Smith había escrito en la *Review*, a mediados del año 1892, artículos refutando lo que había dicho Jones en sus sermones acerca del establecimiento de la marca de la bestia. Ellen White condenó en términos inequívocos las acciones de Uriah Smith y apoyó la obra de Jones y Waggoner, que tenía que avanzar en medio de tales circunstancias. George Knight, por otra parte, siempre dispuesto a dar una imagen negativa de Jones, sugiere que las cartas de Ellen White sólo “*tendían* a apoyar las tesis de Jones-Prescott” relativas a que los eventos finales se estaban cumpliendo rápidamente. Debido a que la carta de Ellen White defendía a Jones y reprendía a quienes continuaban obrando en su contra, Knight intenta invalidar ese apoyo insinuando que el “conocimiento de su testimonio [leído en la asamblea pastoral] envalentonó sin duda a Jones en su actitud y observaciones sobre Smith y sus aliados durante el encuentro” (*From 1888 to Apostasy*, 93; original sin cursivas). No obstante, una revisión del *Bulletin* no permite encontrar ni un solo ejemplo válido que apoye la suposición de Knight.

Con toda probabilidad fue allí donde hizo su largamente esperada confesión J. H. Morrison, expresidente de la Asociación de Iowa y delegado en la asamblea de la Asociación General. Morrison había tenido un papel principal en el encuentro de Minneapolis, por luchar contra el mensaje que Dios envió a su pueblo. Ellen White le había enviado Testimonios y le había hablado directamente desde aquel tiempo, pero con escasos o nulos resultados (Ellen White a J. H. Morrison, Carta 49, 4 abril 1889; Ellen G. White a My Dear Brethren, Carta 85, abril, 1889; Ellen G. White, “Diary Entries”, Manuscrito 22, octubre 1889; en *1888 Materials*, 274, 277 y 468).

Finalmente, en noviembre de 1892 Morrison escribió una carta a Ellen White (que no se conserva), confesando al menos en parte sus errores pasados. Ellen White le respondió en una carta que llegó justo antes del inicio de la asamblea pastoral de 1893. En ella expresaba tristeza porque él hubiera estado por tanto tiempo en contra de la abundante luz, y no hubiera “reconocido la voz de Jesús” ni se hubiera sometido “a la conducción del Espíritu Santo de Dios”. Ellen White le recordó que en ocasiones el Espíritu Santo le había impresionado, y se había “sentido inclinado a aceptar la verdad y la luz”, pero “el orgullo y la terquedad” lo habían retenido. Ahora Ellen White le rogaba que se arrepintiera y no tomara “una posición tímida en ese asunto. A menos que tome ahora una acción decidida, a menos que el poder transformador de la verdad trabaje en su corazón y haga una obra cabal para la eternidad, caerá ciertamente en la trampa de Satanás” (Ellen G. White a J. H. Morrison, Carta 47, 22 diciembre 1892; en *1888 Materials*, 1084-1085).



J. H. Morrison

Durante la asamblea pastoral y la asamblea de la Asociación General, a Morrison se le recordarían continuamente los tristes resultados de la rebelión de Minneapolis y el llamado a arrepentirse por parte de ambos: los varios predicadores, y los Testimonios leídos. O. A. Olsen presidió frecuentemente las reuniones pastorales devocionales de la mañana, y “con pocas excepciones” siempre tenía algo que leer del material que Ellen White había enviado el pasado año. Posteriormente señalaría a Ellen White su alegría porque los mensajes “parecían llegar precisamente en el momento oportuno... Y jamás vi a nuestros pastores responder tan sinceramente como lo hicieron a esta instrucción y reprensión del Señor. En un buen número de sus artículos usted se refería a Minneapolis y al espíritu allí manifestado. Sí, reconsideramos Minneapolis de nuevo y muchos confesaron la parte equivocada que desempeñaron y los sentimientos a los que cedieron, tanto los que estaban presentes en aquel encuentro, como los que no lo estuvieron” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 21 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 245).

C. H. Jones informó tras la asamblea acerca de hechos similares en una carta a W. C. White, quien se encontraba en Australia. Mencionó que durante las reuniones “se dio bastante prominencia” al asunto de Minneapolis; se leyeron Testimonios de Ellen



C. H. Jones

White “que habían sido enviados en referencia a ese particular, y hubo muchas confesiones. Eso abrió el camino para que el Señor actuara, y obró en nuestro favor de una forma especial”. Si bien C. H. Jones afirmó que él “no falló en la postura que adoptó en Minneapolis”, sintió que había cometido errores igualmente graves, y sintió la necesidad de confesar sus pecados y humillarse ante Dios. La reunión que más lo conmovió fue “aquella en la que el hermano J. H. Morrison hizo confesión respecto al curso de acción que tomó en Minneapolis y que desde entonces había mantenido ... Fue directo a la raíz del asunto y afectó a todos los presentes” (C. H. Jones a W. C. White, 30 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 248).

O. A. Olsen expresó una experiencia similar en su carta a W. C. White. Mientras se leían Testimonios en las reuniones ministeriales de la mañana, “el Espíritu del Señor obró maravillosamente, y el poder convincente y convertidor de Dios se manifestó de forma prodigiosa”. También para Olsen el hecho más notable e interesante de todos fue la confesión de J. H. Morrison: “He oído muchas confesiones, pero debo decir que nunca había escuchado una como esa. Aunque fue tranquila y meditada en correspondencia con su temperamento, fue la más concienzuda y profunda de cuantas haya presenciado jamás. Y no había visto nunca una congregación tan conmovida por una confesión como en ese caso” (O. A. Olsen a W. C. White, 17 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 242-243).

Años después A. T. Jones recordaría también la confesión de Morrison: “En justicia hacia el hermano J. H. Morrison, se le debe acreditar por la verdad y el hecho de que cierto tiempo después de haber terminado la asamblea de Minneapolis... rompió toda conexión con esa oposición y se posicionó, cuerpo, alma y espíritu, de parte de la

verdad y bendición de la justicia por la fe mediante una de las mejores y más nobles confesiones que jamás oyera” * (A. T. Jones a Brother Holmes, 12 mayo 1921; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 330).

Nota 14: Un año después del congreso de la Asociación General de 1893, J. H. Morrison se mudó de nuevo a Lincoln, Nebraska, donde residió el resto de su vida. Parecería que esa confesión fue genuina, y que había desechado su amargura contra el mensaje de Minneapolis. Sin embargo, pudo no haber cambiado nunca algunas de sus enraizadas opiniones doctrinales. M. L. Andreasen proporciona cierta información sobre las circunstancias de Morrison en sus últimos años. Como recién convertido que era, se concedió a Andreasen la oportunidad de asistir a las reuniones y concilios habidos en Union College, en los que Morrison estaba presente:

“Hacia sólo unos ocho años de la famosa asamblea de 1888 en Minneapolis [escrito en 1896], y dicha asamblea era tema frecuente de discusión. El anciano pastor J. H. Morrison, padre del profesor H. A. Morrison, vivía en Lincoln. Había tenido una parte destacada en las discusiones en Minneapolis y había escrito un libro al propósito. Era un perfecto representante de la antigua escuela, ortodoxo sin fisuras según la luz que él tenía. Aunque no siempre estuvo del lado correcto, estuvo siempre en lo que él creía correcto. Le gustaba discutir, y a mí me gustaba escucharlo. Sentía lástima por los que no pensaban como él, ya que era capaz de ‘ponerlos en evidencia’, y se complacía en hacer tal cosa. He de añadir, no obstante, que nunca hubo nada inapropiado. Desapareció la amargura de las primeras discusiones, y todos vinieron y se fueron como buenos amigos.

Fue en gran parte por la gentileza del hermano Morrison por lo que se me permitió asistir a las discusiones. Naturalmente, yo no estaba allí para opinar sino para escuchar. Y no hablé, pero aprendí mucho. De hecho, fue una escuela maravillosa. Ojalá hubiera tomado notas. Viéndolo retrospectivamente, dudo que las reuniones a las que asistí -en las que se encontraban los viejos pastores- fueran lo más recomendable para un neoconverso, a duras penas todavía un adventista. Lo calificaría como un plato fuerte. No me prestaban gran atención, sino que se sumergían directamente en temas de los que yo nada sabía. Pero pronto me puse al día, y me sorprendía la facilidad con la que discutían sobre personalidades. El pastor White parecía no contar con el afecto de la mayor parte de los veteranos que lo conocieron. Opinaban que era demasiado testarudo para trabajar en equipo...

Algunos de los dirigentes estaban esperando el día en que se produjera un cambio en la marcha de la iglesia. Pensaban que tal cambio podía suceder en Minneapolis. He oído muchas versiones respecto a lo que sucedió en Minneapolis. Algún día, si encuentro el tiempo, me gustaría contar la historia tal como la oí vuelta a contar en las reuniones de College View, por parte de quienes fueron líderes en la oposición a la hermana White. Ellos no consideraban que el mensaje de Jones y Waggoner fuera el asunto importante. El tema principal, según mis informadores, fue si se permitía que la hermana White tomara primacía sobre los hombres que llevaban la responsabilidad de la obra. Fue un intento de derribar la posición del Espíritu de profecía. Y parece que prevalecieron los que militaban en la oposición... Tal como alguien lo interpretó, la asamblea de Minneapolis fue una revuelta contra la hermana White. De ser así, eso arrojaría luz sobre la apostasía Omega” (M. L. Andreasen, in Virginia Steinweg, *Without Fear or Favor: The Life of M. L. Andreasen*, 42-44).

Hay que observar una vez más que tales confesiones fueron el resultado providencial de los Testimonios leídos en confirmación del llamado al arrepentimiento de Laodicea que habían estado presentando los diversos ponentes en la asamblea desde el mismo inicio de las reuniones pastorales. No fueron el resultado, tal como algunos han sugerido, de predicaciones “críticas”, “mordaces” o “vehementes” por parte de A. T. Jones, sino una respuesta al llamado al arrepentimiento que hace el Testigo Fiel y Verdadero.

Nota 15: Desgraciadamente, diversos autores adventistas desde la década de 1940 han hecho alegaciones contra las presentaciones de Jones en 1893. Quizá con sinceridad, creyendo defender a la iglesia frente a acusaciones de haber fallado, o quizá debido a la amargura que desarrolló Jones en sus últimos años, esos autores parecen reinterpretar la historia fallando en representar adecuadamente la verdad de la asamblea de 1893. N. F. Pease, en la tesis para su *master*, en 1945, plasmó estas afirmaciones estrafalarias: “Jones fue uno de los principales oradores en la asamblea de la Asociación General que siguió [a 1888]... En 1893 fue mordaz, vehemente, casi cáustico en sus declaraciones. Unos pocos meses tras la asamblea de la Asociación, Jones recibió una carta de la Sra. White advirtiéndole en contra del peligro de las declaraciones extremadas” (“Justification and Righteousness by Faith in the Seventh-day Adventist Church Before 1900” [tesis de *máster*, no publicada, 1945], 81). La carta de Ellen White que menciona Pease fue una advertencia relativa a comentarios que hizo Jones respecto a la fe y las obras, pero no en relación con la asamblea de la Asociación de 1893, y nada decía sobre un lenguaje mordaz, vehemente o cáustico.

Cuatro años después, A. W. Spalding se hizo eco de las acusaciones de Pease contra Jones, a las que añadió otras, pero sin aportar referencia ni evidencia alguna: “Los testimonios de la Sra. White de advertencia y corrección, fueron dados de forma imparcial, no sólo a quienes se oponían al mensaje, sino también al ardiente y en ocasiones crítico Jones. Así, en 1893, cuando en la asamblea de la Asociación General habló del ‘Mensaje del tercer ángel’, aprovechó la ocasión para ganarse la audiencia en su censura hacia los hermanos que se opusieron a él. La Sra. White escribió desde Australia, tierra a la que había sido trasladada, advirtiéndole contra el espíritu de censura” (*Captains of the Host* [Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1949], 598). Pero habiendo revisado todas las cartas que Ellen White escribió en el período de la asamblea de 1893, es imposible encontrar evidencia de una advertencia como esa.

En 1956 el Departamento de Educación de la Asociación General publicó un libro de historia adventista: *The Story of Our Church*, con el propósito de enseñar un curso de un trimestre de historia adventista en las escuelas secundarias denominacionales. Desafortunadamente, el único párrafo de todo el libro que menciona la asamblea de la Asociación General de 1893, da una fecha errónea y repite las mismas afirmaciones del libro precedente de Spalding: “Tras la asamblea de la Asociación de 1893 se llegó gradualmente a la unidad; los líderes del movimiento aceptaron la reprensión de la Sra. White y confesaron su infeliz condición de mente tras la asamblea. Sus testimonios de advertencia fueron también a la otra parte. En la asamblea de la Asociación General de 1892 el pastor Jones intentó indisponer la audiencia en contra de los que se le habían opuesto. Ellen White le escribió desde Australia advirtiéndole en contra de sus actitudes críticas y sus declaraciones extremadas” (247). Tampoco en esta ocasión se aporta evidencia alguna. ¿A quién puede sorprender que los jóvenes adventistas hayan crecido entre percepciones distorsionadas de nuestra historia adventista?

El Comité de la Asociación General al que se asignó evaluar el manuscrito “1888 Re-examinado”, de Robert J. Wieland and Donald K. Short, presentó en su valoración del manuscrito una visión distorsionada similar respecto al papel que desempeñaron Jones y Waggoner en varias asambleas subsecuentes de la Asociación General. En su intento por dejar de lado la evidencia que aportaba “1888 Re-examinado” a propósito de que Jones y Waggoner fueron odiados y rechazados por muchos, el comité se defendió afirmando: “Los hermanos Jones y Waggoner casi monopolizaron las horas de estudio bíblico durante años en las asambleas de la Asociación General” (A. V. Olson, N. W. Dunn, H. L. Rudy, A. L. White, “Further Appraisal of the Manuscript ‘1888 Re-Examined’” [Takoma

Park, Washington, D.C.: General Conference, Sept. 1958], 5-7; en Al Hudson, compiler, *A Warning and Its Reception* [publicado de forma privada, n.d.], 263).

Arthur White expresó los mismos conceptos mediante cartas que envió desde White Estate. Respondiendo a una pregunta sobre “1888 Reexaminado”, Arthur White declaró enfáticamente que Jones y Waggoner “monopolizaron las horas de estudio de la Biblia en las asambleas de la Asociación General. En un año, 1891, se registraron 17 estudios bíblicos en el General Conference Bulletin, y A.J. [sic] Waggoner dio 16 de ellos. En 1893, A. T. Jones dio 24 estudios bíblicos consecutivos, y así sucedió durante años. Puede ver, hermano Brainard, que los hermanos Wieland y Short nos han dado una visión distorsionada. La mayoría de quienes leen el manuscrito, o bien no tienen tiempo, o bien no disponen de las fuentes, y no han comprobado los datos históricos” (Arthur L. White a F. E. Brainard, 28 agosto 1958; en Ellen G. White Estate, Question & Answer File, 16-C-1a). Pero sea o no que Wieland y Short dieran una visión distorsionada, una cosa es cierta: si el hermano Brainard hubiera tenido libre acceso a las “fuentes” a las que Arthur White se refirió en 1958, con toda seguridad se habría puesto de parte de Wieland y Short, y habría llegado a una percepción mucho más veraz que la expresada por Arthur White.

D. A. Delafield, secretario asociado de Ellen G. White Estates, hizo acusaciones similares en, al menos, una de sus respuestas a una pregunta formulada en una carta: “Pobre Jones. La gente leía sus libros y oía sus sermones -que eran sobreabundantes, particularmente en nuestras grandes asambleas [de la Asociación General]- y salían jadeando al ritmo del aliento del hombre [Jones] en su amplio conocimiento y rango de ideas. Quedaban impresionados por Jones... Hablaba frecuentemente de temas que él mismo no comprendía. Así se lo indicó claramente la hermana White en su carta del 19 de mayo de 1890. Su empleo de expresiones extravagantes, el abordaje que hacía de temas que le superaban, capaz como él era, fue deplorable... Jones podría haber efectuado un buen trabajo si se hubiera dedicado a verdades simples y comprensibles del evangelio... Pero en lugar de eso, buscaba impresionar. Quería dar la apariencia de ser un gran teólogo. Y tenía destrezas como estudioso que era de la Biblia. Tenía mucha verdad preciosa, tal como la hermana White le indicó. Pero esa verdad estaba mezclada con grave error. Vea *Mensajes selectos*, vol. 1, p. 207-216. Allí encontrará el material que la hermana White escribió a A. T. Jones desde St. Helena, California, 19 mayo 1890” (D. A. Delafield a L. Roy Blackburn, 11 agosto 1959; en Ellen G. White Estate Digital Resource Center).

En la respuesta de Delafield hay al menos un gran problema: La carta que él aplica a A. T. Jones, referida en *Mensajes selectos*, fue escrita a E. R. Jones, y no a A. T. Jones, con quien nada tiene que ver. A. T. Jones recibió ciertamente

una buena cantidad de consejos de parte de Ellen White, especialmente en sus últimos años, pero la confusión reinante en White Estate, quien debió mostrar mayor diligencia, no ha colaborado en presentar correctamente los hechos de nuestra historia, asamblea de la Asociación General de 1893 incluida.

N. F. Pease reiteró las acusaciones que ya hiciera contra Jones en su tesis de 1945, añadiendo incluso algunas más en su libro *By Faith Alone*: “La contribución más pertinente del año 1893 fue una serie de veinticuatro sermones que dio Jones en la asamblea de la Asociación General de aquel año. Esos sermones tienen hoy una importancia inmensa para el investigador, ya que revelan exactamente lo que enseñó Jones, y revelan también su actitud -por la forma en que se expresó públicamente- en relación con los temas de 1888... En 1893 era mordaz, vehemente, casi cáustico en sus pronunciamientos. Pocos meses después de la asamblea de la Asociación General, Jones recibió una carta de la Sra. White advirtiéndole en términos muy amables contra el peligro de las declaraciones extremadas... En la asamblea de la Asociación General de 1895, Jones presentó el tema, pero de forma mucho menos dogmática que en 1893” (*By Faith Alone* [Mountain View, CA: Pacific Press Pub. Assn., 1962], 157-158 y 160).

George Knight ha recogido esa misma antorcha del criticismo por cerca de treinta años, presentando a Jones en la peor luz posible, y en contra del contexto de la evidencia histórica: “Jones estaba en el punto de su mayor confianza propia en la asamblea de la Asociación General de 1893... Durante dicha asamblea dijo claramente a los que estaban resistiéndolo que él tenía [a su favor] los hechos... Un hombre que veía las cosas en términos de todo o nada, Jones no se cortó al recordar a otros que él tuvo la razón y ellos estuvieron equivocados. Ese proceder, por supuesto, distaba de ser el más diplomático a la hora de prevalecer sobre sus enemigos” (*1888 to Apostasy*, 94). Knight parece haber pasado por alto el hecho de que Jones no era sino uno más entre varios que presentaron el mensaje a Laodicea, que armonizaba con el consejo que dio Ellen White antes de las reuniones a las que continuamente contribuyó con numerosos Testimonios. Quienes se arrepintieron sinceramente en las reuniones de 1893 parecieron no saber nada acerca de ataques “vehementes” por parte de Jones, sobre los que no dijeron palabra en sus cartas de confesión.

El congreso de la Asociación General de 1893 se acerca a su final

Finalmente, el martes 18 de febrero W. W. Prescott dio su disertación final sobre el Espíritu Santo. Volvió a citar aquí la iglesia primitiva y los dones del Espíritu que sobre ella fueron derramados a fin de capacitarla para la proclamación del evangelio al mundo conocido de entonces. Esos mismos dones y bendiciones se prometieron igualmente a la iglesia del tiempo del fin. Cuando Prescott alcanzó este punto en su predicación, volvió a referirse a la demora causada por la incredulidad en nuestras propias filas:

Cuando pienso que por cuatro años hemos estado en el tiempo de la lluvia tardía, que Dios ha querido derramar su Espíritu para restaurar esos dones a fin de que su obra pueda avanzar con poder, y que él quiere que nos unamos gozosamente en la obra y cooperemos con él de todo corazón, creo que hemos sido las manos paradas y los pies que no quisieron dar un paso; y más bien que desmembrarse, el cuerpo esperó.

En consecuencia, se nos dice que estamos atrasados en años, y si algunas de las manos no hubieran permanecido inmóviles y algunos de los pies no hubieran rehusado avanzar, haciendo con ello imposible que el cuerpo avanzara sin deshacerse en pedazos, el cuerpo habría estado progresando de forma consistente estos cuatro años. Pero en lugar de arrancar un miembro y dejarlo al lado del camino -eso significa vosotros y yo-, de forma que estos cuatro años hubieran estado marcados por miembros separados y esparcidos a todo lo largo del camino; en lugar de hacer tal cosa, el Señor, en su gran misericordia, ha permitido que el cuerpo espere y de esa forma no resultemos desmembrados y abandonados a lo largo del camino. Pero ahora el cuerpo se ha puesto en marcha, y digo: Dispóngase a avanzar toda mano, todo pie, todo miembro, y el cuerpo se mantendrá en su integridad. Eso es lo que el Señor quiere que hagamos. Él va a hacerlo ahora; nos ha advertido y nos lo ha anunciado por cuatro años * (W. W. Prescott, "The Promise of the Holy Spirit, No. 10", *General Conference Daily Bulletin*, 3 marzo 1893, 463).

Nota 16: Tristemente, el optimismo de Prescott al creer que la iglesia avanzaría con el derramamiento de la lluvia tardía, no se vería cumplido en el período de su vida, y sigue hoy pendiente de cumplimiento.

La tarde del último sábado en la asamblea, A. T. Jones se referiría por última vez a la historia de Minneapolis y a los cuatro años desde que llegó como pueblo el mensaje de la justificación por la fe. Jones declaró ahora que su estudio había concluido “que la justicia de Dios sobre su pueblo es el tema, el único tema, el tema de los temas: la capacitación de su pueblo para recibir la promesa del Espíritu Santo y el derramamiento del mismo”. Cuando se acepta y recibe con gozo ese mensaje, “Dios os dice a vosotros y a mí: ‘¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!’ Y cuando vosotros y yo hacemos tal como Dios nos dice, levantándonos por la fe en él, verá cómo brillamos (Congregación: ‘Amén’)”. Pero como bien señaló Jones, todavía existía el peligro de que la justicia por la fe y los mensajes para el tiempo de la lluvia tardía pudieran continuar siendo objeto de rechazo:

Ahora, el mensaje: ‘¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!’ es cierta y distintamente el mensaje de Dios a vosotros y a mí, y a través vuestro y mío como ministros, al pueblo, desde este día en adelante, tal como fue hace cuatro años el mensaje de la justicia de Dios que es sólo por la fe en Jesucristo (Congregación: ‘Amén’). Y los que actualmente rechazan ese mensaje - que es ahora el mensaje presente-, tal como rechazaron y menospreciaron el precedente hace cuatro años, están dando el paso que los dejará eternamente atrás, y que afecta de pleno a su salvación.

Dios nos dio un mensaje, y ha sido paciente con nosotros estos cuatro años a fin de que podamos recibir el que ahora es el mensaje. Los que no pueden recibir aquel mensaje, no están en disposición de recibir este por haber rechazado el precedente. Y ahora, cuando Dios da la orden especial a fin de que este mensaje sea recibido y ambos son menospreciados, ¿qué puede suceder a esos ojos que no ven? ¿Qué pueden esperar que les venga? Puesto que se nos ha llamado en diversas ocasiones durante esta asamblea pastoral y durante esta obra, se trata de un tiempo pavoroso (A. T. Jones,

“The Third Angel’s Message, No. 22”, *General Conference Daily Bulletin*, 7 marzo 1893, 494).

El congreso de la Asociación General fue ciertamente un tiempo pavoroso al que la iglesia había llegado. ¿Seguiría habiendo un rechazo continuado del preciosísimo mensaje enviado del cielo? ¿O bien Laodicea reconocería su necesidad y se arrepentiría?

¡Cómo me alegra el corazón!

La asamblea de la Asociación General terminó la tarde del lunes 6 de marzo. O. A. Olsen “expresó su agradecimiento a Dios y gratitud a la asamblea por el espíritu de armonía y amor que caracterizó la sesión, afirmando que había sido la mejor convocación que hubiera presidido jamás” (“General Conference Proceedings; Twentieth Meeting”, *General Conference Daily Bulletin*, 7 marzo 1893, 493). Al esparcirse por el país e incluso por el mundo los muchos participantes, hubo reflexiones positivas hechas en torno a la asamblea. W. A. Spicer la describió a W. C. White como una “fiesta”, declarándola como siendo “en más de un sentido la asamblea más grande de todas”. Spicer observó también que los estudios bíblicos reproducidos en el Bulletin “son buenos al leerlos, pero fueron aún mejores” al escucharlos en persona (W. A. Spicer a W. C. White, 24 marzo 1893, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

C. H. Jones estuvo de acuerdo, afirmando que la “asamblea fue la mejor convocación a la que jamás asistí, sin excepción alguna”. Dijo a W. C. White que “tuvieron una fiesta de buenas cosas; y estuvo presente en gran medida el Espíritu del Señor”. Le habría gustado que White hubiera podido estar allí para gozarse de las buenas reuniones: “Al estudiar la Biblia brillaron rayos de luz sobre las páginas sagradas, y muchas almas se gozaron en el Señor” (C. H. Jones a W. C. White, 30 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 248).

O. A. Olsen se añadió, poniendo al corriente a W. C. White acerca de “la ocasión notable. El Espíritu del Señor estuvo presente en muy grande medida. No he visto algo así en ninguna de nuestras reuniones anteriormente” (O. A. Olsen a W. C.

White, 17 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 242). Olsen expresó una aprobación similar en una carta de veinticuatro páginas que escribió a Ellen White. En ella recordó no haber “asistido nunca a una asamblea ni a un tiempo de mayor ansiedad que los de aquel encuentro de la Asociación General”. Sabía que había mucho en juego, sin embargo era plenamente consciente de que Dios “era capaz y estaba deseoso de hacer grandes cosas” por su pueblo:

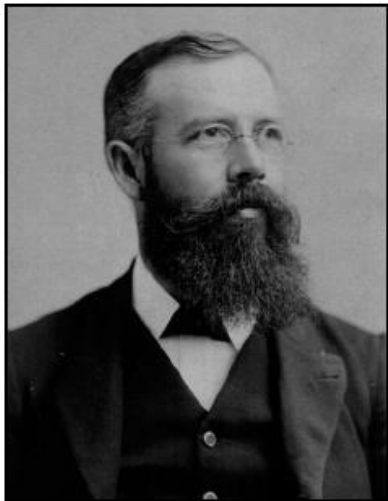
Lo que más me preocupaba era que pudiéramos, de forma individual y colectiva, adoptar una actitud que nos permitiera recibir todo lo que Dios tenía para nosotros; que ocupáramos el lugar desde el que pudiéramos ser instruidos tal como él quería que sucediera. La asamblea pastoral y la de la Asociación fueron el período más remarcable de principio a final. Jamás había asistido anteriormente a un encuentro como ese. Parecía sentirse en gran medida la presencia del Señor. En diversos momentos el poder de Dios descansó sobre el pueblo de una forma muy notable. Todo se desarrolló con una armonía y unidad destacables. No obstante, hubo gran libertad en las discusiones sobre cada tema que se suscitó; verdaderamente, no creo haber asistido a un encuentro en el que se diera una perfecta libertad como aquella, sin restricciones impuestas por el agente humano, y aun así jamás conocí reunión alguna en la que hubiera *una delicadeza tal hacia los sentimientos y emociones de otros, por parte de todos y cada uno de los predicadores*. Ese fue un rasgo muy destacado en aquella ocasión. Al partir, los hermanos se sintieron todos por demás fortalecidos; los delegados nunca han salido de uno de nuestros encuentros con el mismo sentimiento y espíritu con el que lo hicieron en el que acaba de terminar * (O. A. Olsen a Ellen G. White, 21 marzo 1893; en *Manuscript and Memories of Minneapolis*, 244; original sin cursivas).

Nota 22: Olsen no pareció percibir la actitud que los modernos historiadores le atribuyen a Jones durante sus presentaciones. Ver nota 15.

W. W. Prescott compartió también su perspectiva sobre el encuentro en una carta a Ellen White: “El Señor vino muy cerca mediante su Espíritu durante nuestra asamblea, y percibimos que se había efectuado un gran bien en favor de aquellos cuyos corazones se abrieron a recibir la luz y bendiciones de Dios”. Prescott continuó

afirmando que “jamás vi a los obreros salir con un grado tal de confianza en el Señor” (W. W. Prescott a Ellen G. White, 23 marzo 1893, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

A nivel del campo mundial también se hicieron circular informes sobre la asamblea en las diversas publicaciones. G. C. Tenney informó a los de Australia y Nueva Zelanda que “fue la maravillosa manifestación de Dios hecha patente desde el principio y creciendo en poder hasta el final. Nunca habíamos tenido el privilegio de asistir a reuniones como aquellas. El Consolador vino a convencer de pecado, de justicia y de juicio”. Tenney informó acerca de que los estudios bíblicos que dieron Haskell, Jones y Prescott arrojaron “muchísima luz sobre la santa Palabra”, y la recepción



W. C. White

de esa luz “incrementó el gozo en los corazones de quienes se unieron en el estudio”. Tenney era consciente de que en el pasado había existido una divergencia sobre el tema de la justificación por la fe, pero ahora todos habían venido a reunirse en una visión común, “y se confesaron sentimientos equivocados con gran humildad; corazones que de alguna forma habían estado alejados, resultaron unidos con los lazos más estrechos”. Tenney podía ahora declarar sin reservas: “Hemos llegado al tiempo de la lluvia tardía, y al tiempo en el que el Señor dice a su pueblo: ‘¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!’” (G. C. Tenney, “The General Conference”, *The Bible Echo*, 1 mayo 1893, 152).

W. C. White se alegró a resultas de la nueva experiencia de Tenney tras su asistencia a la asamblea pastoral y a la de la Asociación. Recordó en una carta de respuesta a Tenney su propia experiencia cuando asistió a la asamblea de 1888: “Nada de lo que ha sucedido durante años me ha traído una alegría tan grande como leer lo que me ha escrito acerca de esa experiencia. Ese era el motivo, por encima de cualquier otro, por el que quisiera que asistiera a la asamblea, y fue la fe en que obtendría esa gran luz y bendición, la que me mantuvo firme en mi convicción de que regresaría para

efectuar una obra mejor que nunca antes en este campo” (W. C. White a G. C. Tenney, 5 mayo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 257).

La Sra. Peebles describió para la *Review* las bendiciones de la asamblea en lenguaje expresivo: “¿Qué palabras serían adecuadas para expresar la magnitud y preciosidad de lo que nos ha dado el ‘Instructor de justicia según la justicia’? (traducción alternativa al margen, Joel 2:23). Vino y se sentó a nuestro lado abriendo nuestro entendimiento, tal como hizo el Santo que anduvo junto a aquellos que iban camino de Emaús, y ahora decimos con ellos: ‘¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino?’” Peebles se gozó por el consejo a propósito de que nuestros trapos de inmundicia debían ser “retirados, a fin de que pudiera cubrir nuestra desnudez el vestido de boda que el propio Señor había preparado -el vestido de su propia justicia-”. Todo eso la llevó a exclamar: “Estamos pidiendo lluvia al Señor porque es el tiempo de la lluvia tardía, y él ha dado relámpagos y lluvia abundante, de forma que nuestras almas sedientas están realmente refrescadas; pero ¡cuán suave y silenciosamente ha caído! No vino con el estruendo del viento o del terremoto que nos hubieran sobrecogido y sorprendido, sino en un silbo apacible, hablando al alma con un susurro tal, que casi tuvimos que contener el aliento a fin de no perder una palabra” (Mrs. E. M. Peebles, “Thoughts Suggested at the Close of the Institute and Conference”, *Review and Herald*, 21 marzo 1893, 189).

O. A. Olsen escribió más tarde para *The Home Missionary* que “el último congreso de la Asociación General y la asamblea pastoral con él relacionada fueron un tiempo de refrigerio de la presencia del Señor. El Espíritu del Señor descansó sobre pastores y laicos”. Pero tal cosa -recordó Olsen- vino mediante la confesión del pecado: “Para muchos llegó como un reprensor del pecado. Hubo una obra consistente de renuncia al pasado y de procura de reconversión y entera consagración. Hubo confesión de pecados; muchos que habían estado en tinieblas rompieron el hechizo de Satanás y vinieron a la luz. El Espíritu de Dios testificó con su aprobación trayendo luz, paz y gozo allí donde antes hubo tinieblas y sequedad del alma” (O. A. Olsen, “The Year’s Work and the Outlook”, *The Home Missionary Extra*, noviembre 1893, 2).

Por descontado, las noticias sobre los eventos de la asamblea, así como acerca de las confesiones que protagonizaron varios desde el tiempo de Minneapolis, llegaron a Australia, permitiendo que Ellen White las conociera. I. D. Van Horn confesó en su

carta de arrepentimiento que “nunca antes había presenciado” una asamblea tal, “en la que se manifestó el Espíritu y el poder de Dios”. Había llegado ahora al punto de comprender que él no era “nada; en mi propia fuerza no puedo hacer nada. Todo el poder está en Cristo, y cuando él mora en mí y me dirige, puedo obrar en todo para su gloria”. Su deseo era ahora levantarse y “en el temor del Señor avanzar en la luz acrecentada del mensaje” (I. D. Van Horn a Ellen G. White, 9 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 239).

L. T. Nicola se dio cuenta de que después de la asamblea de la Asociación de 1893, Ellen White “estuvo por cuatro o más años resueltamente a favor de los principios especiales” que habían de beneficiar la iglesia. Ahora “se gozaba en la luz” de la justicia por la fe que “había estado brillando desde aquel encuentro” de 1888 * (L. T. Nicola a Ellen G. White, 24 marzo 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 247).

Nota 29: Desgraciadamente, el arrepentimiento de Nicola no parece haber durado mucho tiempo. En junio de 1895, Ellen White reprendió a O. A. Olsen por “depender tanto de A. R. Henry, Leroy Nicola y otros que podría nombrar, quienes en una crisis se posicionarán del lado equivocado” (Carta 65, 19 junio 1895; en *1888 Materials*, 1404).

Ellen White se gozó en las buenas nuevas, incluso si “había pasado muchas horas sin dormir durante la noche”. Eran “las buenas nuevas de América las que me mantenían despierta. ¡Cómo me alegra el corazón saber que el Señor está obrando en favor de su pueblo!”, dijo. Los informes de confesiones la pusieron al corriente del hecho “de que el Señor, mediante su Espíritu Santo, estaba obrando en los corazones de quienes resultaron en gran medida convencidos de su verdadera condición ante Dios” (Ellen G. White, “Diary”, Manuscrito 80, 24 abril 1893; en *1888 Materials*, 1170).

Habiendo recibido asimismo copias del Bulletin, Ellen White afirmó haber “encontrado un rico festín en su lectura” de los sermones diarios (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 41a, 12 mayo 1893; en *1888 Materials*, 1184). De hecho, los mensajes que se dieron fueron de una naturaleza tal, que años después Ellen White recibió “instrucción para emplear esos discursos”, específicamente los de A. T. Jones, “impresos en el *General Conference Bulletin* de 1893 y 1897”. Los discursos de Jones, declaró Ellen White, contenían “sólidos argumentos a propósito de la

validez de los Testimonios, y corroboran el don de profecía entre nosotros. Se me mostró que esos artículos serían de ayuda para muchos, especialmente para los recién llegados a la fe que no han estado familiarizados con nuestra historia como pueblo. Será una bendición para usted el leer de nuevo esos argumentos *a los que dio forma el Espíritu Santo*” * (Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 230, 25 julio 1908; en *Manuscript Releases*, vol. 9, 278; original sin cursivas).

Nota 32: ¿Resulta creíble que los mensajeros celestiales que informaron a Ellen White desconocieran eso que los modernos historiadores de nuestros días están tan dispuestos a encontrar en los sermones de Jones de 1893? Ver nota 5 del capítulo 5.

Capítulo 9

Agencias satánicas contra la lluvia tardía y el fuerte pregón

Propagación del reavivamiento del congreso de 1893

Después del congreso de la Asociación General se hicieron encuentros campestres anuales y asambleas en todo Estados Unidos, así como en otros países. O. A. Olsen era plenamente consciente de que la asamblea de 1893 fue “un tiempo de refrigerio de la presencia del Señor. El Espíritu de Dios reposó sobre los pastores y el pueblo”. Sabía también que las “bendiciones no estaban circunscritas a los delegados y a los presentes en la asamblea, sino que se extendieron en aquel mismo tiempo a muchos otros lugares”. Ahora Olsen informó: “La mayor parte de nuestro pueblo había oído acerca de la naturaleza de las asambleas de la Asociación General y esperaba justificadamente que esa misma bendición alcanzara a sus asambleas [reuniones campestres]”. Al acabar la temporada de las reuniones campestres, Olsen pudo testificar “para alabanza del Señor que haya sido así” (O. A. Olsen, “The Year’s Work and the Outlook”, *The Home Missionary Extra*, noviembre 1893, 2-3).

Tales informes relativos a las reuniones campestres y asambleas se extendieron mediante publicaciones denominacionales en los meses que siguieron. W. W. Stebbins informó sobre reuniones en Kansas, donde “el Señor nos dio su señalada bendición, uniendo nuestros corazones en vínculos de amor y paz, disipándose los errores y la desunión ante el poder de su Espíritu”. Afirmó también que “algunos han encontrado la paz por primera vez, y podemos testificar a propósito de un goteo de la lluvia tardía” (W. W. Stebbins, “Kansas”, *Review and Herald*, 21 marzo 1893, 187).

D. T. Shireman abandonó Battle Creek teniendo un aprecio más profundo hacia las bellezas de la creación que lo rodeaba. Al regresar a su casa en North Carolina, los rostros de sus hermanos ya “brillaban con la bendición del Señor”. Eso le llevó a

proclamar: “Han estado recibiendo la lluvia tardía” (M. C. Wilcox, “Field Notes”, *The Signs of the Times*, 3 abril 1893, 349).

L. Johnson, tras visitar Iowa, Nebraska, Dakota y Minnesota, declaró que algunos de los miembros “se están gozando en el Señor, y recibiendo la lluvia tardía” (L. Johnson, “Iowa, Nebraska, Dakota, and Minnesota”, *Review and Herald*, 18 abril 1893, 252). N. P. Nelson, escribiendo desde South Dakota,



L. Johnson

recordó cómo “desde nuestro último encuentro campestre hemos tenido algunas gotas, sí, incluso aguaceros de la lluvia tardía”; pero hizo la pregunta: “¿No



N. P. Nelson

habremos de esperar confiadamente bendiciones mucho mayores en nuestra fiesta anual de 1893?” (N. P. Nelson, “South Dakota Camp-Meeting”, *Review and Herald*, 9 mayo 1893, 302).

Las tinieblas que siguieron

Informes como los citados serían causa de alegría al analizar nuestra historia, si no fuera por la forma en que continuó. Podemos ciertamente aprender de las victorias ganadas; ahora bien, si la lluvia tardía que *comenzó* a caer no hubiera resultado impedida, ¿acaso no habría regresado Cristo hace ya mucho tiempo? Sucede que Satanás, temiendo por su misma existencia y continuando en su insidiosa rebelión, puso en marcha varias estrategias contra la iglesia en 1893, a fin de revertir el efecto del comienzo de la lluvia tardía y del fuerte pregón resultante:

1. Mediante la crítica fanática contra la iglesia.
2. Mediante la mundanalidad en la iglesia y en nuestras escuelas.
3. Mediante errores de los propios mensajeros.

4. Mediante la ceguera farisaica que continuó luchando contra el mensaje y mensajeros de Minneapolis hasta el punto de atribuir la propia obra del Espíritu Santo al extremismo, a la excitación y al fanatismo. Satanás tuvo éxito en provocar una demora. Consideraremos brevemente cada uno de los puntos.

De entre esas estrategias satánicas, las primeras dos las examinaremos en este capítulo, y las dos restantes en el próximo.

1. “La iglesia es Babilonia”: crítica fanática contra la iglesia

Durante el verano de 1892, A. W. Stanton, secretario de Montana Tract Society, se había disgustado por acciones equivocadas por parte de otros obreros adventistas. Tal disgusto se transformó pronto en un criticismo abierto contra la iglesia, hasta el punto de que empezó a proclamar que la Iglesia Adventista había venido a ser parte de “Babilonia”. A comienzos de 1893, Stanton publicó un folleto de 64 páginas titulado “El fuerte pregón”, que intentaba demostrar la bancarrota espiritual de la iglesia adventista y proclamaba en consecuencia el llamado: “Salid de ella”. Dicho folleto estaba en gran parte compuesto por Testimonios de Ellen White mal aplicados, llegando a dar la impresión de que se aplicaban a él mismo personalmente algunos de los comentarios positivos que ella hizo respecto al mensaje y los mensajeros. Stanton publicó su folleto, y quienes lo apoyaban se aseguraron de que cada uno de los delegados en la asamblea de la Asociación General de 1893 recibiera un ejemplar.

Por otra parte, W. F. Caldwell, un laico activo que se había convertido recientemente al adventismo, tras una semana de estudio intensivo de la Biblia se convenció de que la iglesia se encontraba en un estado de “sueño mortal”, y que no vivía según la luz de que disponía. Cuando asistió al congreso de la Asociación General de 1893, Caldwell recibió un ejemplar del folleto de Stanton “El fuerte pregón”, que no parecía sino confirmar sus propios hallazgos. Pronto contactó con Stanton y se reafirmaron de estar en el buen camino. Como resultado, Caldwell viajó inmediatamente a Australia por petición de Stanton, quien lo financió en su proclamación del mensaje del “fuerte pregón” (North American Division Officers

and Union Presidents, *Issues: The Seventh-day Adventist Church and Certain Private Ministries* -North American Division of Seventh-day Adventists, 1992-, 56-58).

Ellen White no tardó en responder al nuevo movimiento, mostrando la absoluta falacia de las pretensiones de esos hombres, especialmente a la luz del derramamiento del Espíritu de Dios en la asamblea de la Asociación de 1893. Un uso fraudulento como ese de sus Testimonios de reprensión, que habían sido escritos originalmente para traer al pueblo al arrepentimiento y la reforma -no para llamarlos a que salieran de la iglesia- lograría reunir sólo a unos pocos seguidores bajo la bandera de Stanton y Caldwell. Pero se causaría un perjuicio mucho mayor al anular el verdadero propósito del consejo de Ellen White, que ahora se había llevado al extremo. En una carta a Stanton, Caldwell y sus amigos, Ellen White hizo ciertas preguntas escrutadoras que arrojan luz respecto a lo que estaba sucediendo en la asamblea de la Asociación General de 1893:

He sabido que ambos hombres asistieron a la asamblea de la Asociación General [de 1893]... ¿Fueron incapaces de discernir las manifestaciones del Espíritu de Dios? ¿No vieron que Dios estaba abriendo las ventanas del cielo y derramando una bendición? ¿Por qué sucedió eso? Se han dado Testimonios corrigiendo y aconsejando a la iglesia, y muchos han estado haciendo una aplicación práctica del mensaje a la iglesia laodicense, confesando sus pecados y arrepintiéndose en contrición de alma. Dieron oído a la voz de Jesús, el Comerciante celestial...

A esos hermanos que pretendían tener esa maravillosa luz, les quedaba por realizar la misma obra de arrepentimiento y confesión, limpiando de esa forma la basura de la puerta de sus propios corazones, y abriendo la puerta de sus corazones al huésped celestial. Si se hubieran colocado en el canal de luz, habrían recibido la preciosísima bendición del cielo. Habrían visto que el Señor estaba ciertamente manifestándose a sí mismo de forma misericordiosa a su pueblo y que el Sol de justicia se había levantado sobre ellos. Eso fue precioso comercio realizado activamente. Se actuó según el consejo de Cristo a la iglesia laodicense, y todos los que sintieron su

pobreza compraron oro (fe y amor), vestiduras blancas (la justicia de Cristo) y colirio (verdadero discernimiento espiritual).

¿Por qué esos hermanos no se alistaron y se incorporaron a la corriente de luz? Les afectaba una gran pobreza, y no lo supieron. No obraron según los caminos de Cristo, no fueron humillados y enternecidos por su Espíritu Santo, y fueron cegados de tal modo que fueron incapaces de ver los poderosos rayos de luz que procedían del trono de Dios hacia su pueblo.

¿Por qué no abrieron la puerta de sus corazones a Jesús? ¿Por qué no retiraron allí mismo todos los obstáculos a los brillantes rayos del Sol de justicia, a fin de poder brillar para el mundo? Mientras que la bendición de Dios estaba penetrando por doquier, mientras que su presencia estaba consagrando y santificando para sí mismo las almas, ¿por qué no colocaron sus almas en el canal de luz?... ¿Cómo es que pudieron regresar de ese encuentro en el que se revelaba el poder de Dios de una forma tan marcada, proclamando que el fuerte pregón consistía en que el pueblo que guarda los mandamientos de Dios es Babilonia? (Ellen G. White, “To Those Who Have Published the Loud Cry”, Manuscrito 21, 12 junio 1893; en *Review and Herald*, 8 noviembre 1956, 4-5).

Durante el siguiente verano Ellen White continuó escribiendo artículos reprobando la obra de Stanton y Caldwell, y su falso “fuerte pregón”. Dio testimonio de que esa obra de Satanás estaría “resonando en el momento mismo en que Dios está diciendo a su pueblo: ‘¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!’” (Ellen G. White, “The Remnant Church Not Babylon (continuación)”, *Review and Herald*, 29 agosto 1893, 546-547). Ellen White sabía también que un mal uso como ese de sus escritos tendría por resultado la “incredulidad en los testimonios y en la medida de lo posible anularían el efecto de la obra que he estado haciendo por años”. Eso es debido a que “cuando se hace manifiesto que su mensaje es erróneo, los testimonios que lo han acompañado comparten la misma condenación; y la gente del mundo... presenta esas cosas como una evidencia de que mi obra no proviene de Dios ni de la verdad, sino de la falsedad” (Ellen G. White, “The Remnant Church Not Babylon (continuación)”, *Review and Herald*, 5 septiembre 1893, 563).

Los enérgicos llamados al arrepentimiento que hizo Ellen White ante la rebelión que hubo contra el mensaje de Minneapolis, quedarían anulados al llevar los Testimonios a un uso extremista por parte de quienes estaban llamando Babilonia a la iglesia.

Nota 10: El intento por identificar a la Iglesia Adventista como siendo una parte de Babilonia no es sólo un problema del pasado. El movimiento de la Reforma adventista, en los tempranos años 20, comenzó a decir que 1888 fue el punto de partida a partir del cual la Iglesia Adventista organizada vino a formar parte de Babilonia. En consecuencia, cuando Taylor Bunch en 1930 trazó un paralelismo entre el episodio de 1888 y la experiencia de Cades-Barnea del antiguo Israel, con el resultado de que hubieron de vagar por el desierto 40 años, algunos de los dirigentes lo tomaron como una ofensa. D. E. Robinson, A. T. Robinson y C. McReynolds escribieron los tres sendos artículos a comienzos de 1931 procurando defender a la iglesia de lo que ellos percibían como tergiversaciones extremas por parte de Taylor Bunch en relación con la asamblea de Minneapolis y lo que siguió. No obstante, hay evidencia de que algunos de esos hermanos habían estado esforzándose por responder las acusaciones del movimiento de la Reforma adventista, y es muy posible que asumieran equivocadamente que Taylor Bunch estaba siguiendo en las mismas pisadas. Así, una vez más el verdadero consejo de Ellen White relativo al episodio de 1888 quedó anulado por el extremismo del movimiento de la Reforma y por la acción correspondiente de parte de hermanos dirigentes. Ver listado de referencias en el capítulo 14, notas 9 y 10.

En la década de 1940 hubo otras tres defensas de la iglesia por parte de N. F. Pease, L. H. Christian y A. W. Spalding, quienes compartían igualmente la interpretación de que señalar el rechazo a la lluvia tardía constituía un ataque a la iglesia. También existe la evidencia de que algunos entre ellos fueron influenciados, y reaccionaron según conflictos anteriores con grupos disidentes tales como Shepherd's Rod (la vara del pastor) y Rogers Brothers. Ambos movimientos señalaban 1888 como el punto a partir del cual la iglesia se habría convertido en "Babilonia".

Tal como afirma Lowell Tarling: "La mayor parte de los movimientos [disidentes] que se han separado de la iglesia [adventista]" desde principios del siglo XX han señalado el episodio de 1888 y las cartas de enérgica reprensión de Ellen White, pretendiendo que "el Espíritu Santo se ha retirado de la Iglesia Adventista del Séptimo Día". "La mayor parte de movimientos han empleado esas citas para tal fin" (*The Edges of Seventh-day Adventism*, edición Kindle, 2012, localizadores 4409-4412; Felix Lorenz, *The Only Hope*, 100-101). No obstante, ninguno de esos movimientos disidentes nos da una razón válida para negar lo que

realmente ocurrió en 1888, en 1893 y en los años que siguieron. Ver referencias listadas en la nota 10 del capítulo 14.

Ellen White volvió a plantear preguntas perspicaces en sus artículos publicados en la *Review*:

¿Por qué esos hombres tan llenos de celo por la causa no estuvieron en las asambleas de la Asociación General en Battle Creek [1893], tal como estuvieron los hombres devotos en Jerusalem en el tiempo del derramamiento del Espíritu Santo? Hombres [en el ministerio] abrieron sus grandes tesoros de luz en el gran corazón de la obra, y mientras que el Señor estaba derramando su Espíritu Santo sobre el pueblo, ¿recibieron aquellos hombres [tan llenos de celo] la unción celestial? Mientras se estaban manifestando los movimientos profundos del Espíritu de Dios entre su pueblo, las almas se estaban convirtiendo y los corazones endurecidos se estaban quebrantando, hubo quienes estaban dando oído a las sugerencias de Satanás y eran inspirados por influencias de lo bajo para proclamar que formaba parte de Babilonia el pueblo mismo que estaba recibiendo el Espíritu Santo, que ha de recibir la lluvia tardía y la gloria que va a alumbrar a toda la tierra. ¿Dio el Señor tal mensaje a esos mensajeros? -No, puesto que no era un mensaje de verdad (Ibid., 562).

Cuando se levantan hombres pretendiendo tener un mensaje de Dios, pero en lugar de guerrear contra principados, potestades y contra los gobernadores de las tinieblas en este mundo, se reúnen en torno a algo y vuelven las armas de guerra contra la iglesia militante, temedlos. No llevan las credenciales divinas. Dios no les ha asignado una responsabilidad tal. Destruirán aquello que Dios va a restaurar mediante su mensaje a Laodicea. Dios hiere solamente para que puedan sanar, no para que perezcan...

Cómo se alegró mi corazón por la información de que en el congreso de la Asociación General [1893] fueron enternecidos y subyugados muchos corazones, que muchos hicieron humildes confesiones y limpiaron de la puerta del corazón la basura que estaba manteniendo al Salvador fuera. Cuánto me alegró saber que muchos dieron la bienvenida a Jesús como a

un huésped permanente. ¿Cómo es que se esparcieron por doquier esos folletos [“El fuerte pregón”] denunciando a la Iglesia Adventista del Séptimo Día como siendo Babilonia, en el preciso tiempo en que la iglesia estaba recibiendo el derramamiento del Espíritu de Dios? ¿Cómo pueden los hombres estar tan engañados hasta el punto de suponer que el fuerte pregón consiste en llamar a que el pueblo de Dios abandone la membresía de la iglesia que está gozando de un tiempo de refrigerio? Ojalá esas almas engañadas regresen al cauce y reciban la bendición, y sean dotadas con poder de lo alto (Ellen G. White, “The Church the Property of God”, *Review and Herald*, 17 octubre 1893, 646).

2. Mundanidad en la iglesia

Aunque el falso “fuerte pregón” tuvo un efecto negativo en la iglesia, lo tuvo mucho más la condición de empeoramiento en el corazón de la obra en Battle Creek. No obstante, para Ellen White había un hecho incontrovertible: Dios había ciertamente derramado su Espíritu en gran medida sobre instituciones adventistas, escuelas, encuentros campestres, y en las asambleas de la Asociación General de 1893. La cuestión era, no obstante, qué respuesta iba a tener ese derramamiento recibido y cuáles serían sus resultados permanentes.

W. W. Prescott informó así en julio de 1893: “Ha habido una reacción negativa tras el reavivamiento de 1892 [en el colegio de Battle Creek]. La falta de unidad y de lealtad entre ciertos facultativos se ha extendido entre los estudiantes” (Gilbert M. Valentine, *William Warren Prescott: Seventh-day Adventist Educator*, Andrews University dissertation, 183). De hecho, justo antes del cierre estival, se dice de Prescott que afirmó que la condición “de cosas entre los estudiantes y en todo el colegio, desde un punto de vista religioso, era peor de la que jamás hubiera conocido”. Uno de los miembros del equipo facultativo llegó tan lejos como para afirmar que “todos y cada uno de los estudiantes que habían tenido un despertar durante el tiempo especial del invierno pasado en el colegio, habían retrocedido hasta una posición peor que la precedente” (J. H. Kellogg a W. C. White, 17 julio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 265).

Si bien hubo varias propuestas en cuanto al motivo de tal situación, Ellen White fue guiada a las verdaderas causas. Declaró que la “gracia y misericordia de Dios” habían sido “otorgadas abundantemente” a quienes estuvieron en Battle Creek en 1893, en “refrigerio de lluvias de gracia enviadas del cielo”. Pero mientras que la juventud estaba siendo “movida por el Espíritu Santo de forma que pudieran usar eficazmente las ricas bendiciones y progresar de mayor en mayor luz, la casi totalidad de los educadores en Battle Creek habían perdido su claro discernimiento espiritual, debido a que no mantuvieron la victoria mediante una vigilancia determinada”. Ellen White lamentó “con qué facilidad podían contristar y alejar al Espíritu Santo, caminando contrariamente a su influencia ennoblecedora, santificadora y sagrada. ¡Cuánto se ha abusado del don!” (Ellen G. White, “Peril of Resisting the Holy Spirit”, *Review and Herald*, 13 febrero 1894).

Durante el verano Ellen White estuvo ansiosa porque no se estancaran el reciente derramamiento del Espíritu Santo en la asamblea y los avances hacia un reavivamiento y reforma, si el pueblo regresaba a la mundanalidad y a la falta de interés por la obra misionera alrededor del mundo. Tenía una preocupación especial por Battle Creek, en el corazón de la obra. Expresó ampliamente sus preocupaciones en un escrito dirigido a América:

Si los hombres y mujeres han recibido luz acrecentada, ¿qué están haciendo? ¿Qué están haciendo en cuanto a advertir a hombres y mujeres que no saben que el Señor viene pronto?... ¿Quiénes dejarán sus hogares acogedores y sus queridos lazos familiares para llevar la preciosa luz de la verdad a tierras lejanas?...

¿Os abrió el Señor las ventanas del cielo y derramó una bendición sobre vosotros en la última asamblea de la Asociación? ¿Qué uso habéis hecho del don de Dios? Él ha dispuesto las fuerzas motivadoras que ha implantado en vuestro corazón a fin de que con paciencia, esperanza e infatigable vigilancia podáis presentar a Cristo, y a Cristo crucificado, para que podáis elevar la voz advirtiendo que Cristo vuelve por segunda vez con poder y gran gloria, y llaméis a que se arrepientan de sus pecados. Si los hermanos en Battle Creek no se levantan ahora y van a trabajar en campos misioneros, volverán a caer en un sueño mortal. ¿Cómo obró el

Espíritu Santo en vuestros corazones? (Ellen G. White a Brethren in America, Carta 9a, 1 agosto 1893; en “The Call from Destitute Fields”, *The Home Missionary*, 1 noviembre 1893, 37-38).

En artículos publicados durante el verano Ellen White continuó expresando las mismas preocupaciones. ¿Aprovecharía el pueblo remanente de Dios la gran luz que se le dio?, ¿o se adormecería al mismo tiempo que condenaba a otras iglesias no adventistas a su alrededor?

El Señor está deseoso de manifestar gracia a su pueblo, de darle un conocimiento adicional de su carácter paternal, de su bondad, misericordia y amor. Está aguardando para mostrarle su gloria; y si prosiguen conociendo al Señor, sabrán que sus salidas están dispuestas como la aurora...

Muchos han mirado a quienes pertenecen a otras iglesias como si fueran grandes pecadores, pero el Señor no los ve así. Quienes miran así a los miembros de otras iglesias están en necesidad de humillarse ellos mismos bajo el poderoso brazo de Dios. Aquellos a quienes condenan pueden haber tenido muy poca luz, pocas oportunidades y privilegios. Si hubieran tenido la luz que muchos de los miembros de nuestras iglesias han tenido, habrían avanzado a un paso mucho más rápido y habrían representado mejor su fe al mundo. De quienes se jactan de su luz, pero fallan en andar en ella, Cristo dice: “En el día del juicio será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón que para vosotras. Y tú, Capernaúm (Iglesia Adventista del Séptimo Día, quien ha tenido gran luz), que eres levantada hasta el cielo (en cuanto a privilegios), hasta el Hades serás abatida, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma que para ti” (Ellen G. White, “Vital Connection with Christ Necessary”, *Review and Herald*, 1 agosto 1893, 481).

Ellen White continuó su artículo refiriéndose a las instituciones adventistas que Dios levantó con el propósito de compartir la luz con el mundo, pero que por desgracia habían desoído sus consejos y reproches para evitar que funcionaran como el mundo.

En ese punto citó amplias secciones de Jeremías, incluyendo el capítulo 3, versículos 3 y 4: ““Por esta causa las aguas fueron detenidas y faltó la lluvia tardía... ¿Acaso no me llamas ahora mismo Padre mío, y Guía de mi juventud?”” (Ibid.).

En un artículo similar publicado en *Signs*, Ellen White volvió a citar las palabras de Cristo a Capernaúm y concluyó con estos pensamientos: “El peor rasgo de la iniquidad en este día es una forma de piedad sin el poder de ella. Los que profesan tener gran luz se encuentran entre los descuidados e indiferentes, y ***la causa de Cristo resulta herida en la casa de los que profesan ser sus amigos***. Que aquellos que han de ser salvos despierten de su letargo y den un sonido certero a la trompeta, ya que está cerca el final de todas las cosas” (Ellen G. White, “The Doom of Sodom a Warning for the Last Days”, *Signs of the Times*, 16 octubre 1893; original sin cursivas ni negritas). En 1893 Cristo fue herido una vez más en casa de sus amigos.

Deportes de competición

Pero el relato continúa. En 1897, no mucho tiempo después de la guerra civil americana, el colegio Princeton fue el primero en establecer reglamentos precursores de lo que vendría a ser el fútbol americano. A medida que los programas deportivos se iban desarrollando en las escuelas del mundo, comenzaron a medrar también en los colegios adventistas, principalmente en Battle Creek durante el verano de 1893. Por ejemplo, cuando un equipo de fútbol del colegio de Battle Creek estaba cerca del final de uno de sus partidos y se encontraba en un aprieto debido a que les amenazaba un penalti pitado en su contra en el último minuto, hizo rápidamente aparición el espíritu combativo mundano. No queriendo acabar en empate, el equipo del colegio y su afición adventista protestó con vehemencia el veredicto sin obtener la respuesta deseada. Se programó un partido de vuelta y los estudiantes regresaron a sus dormitorios explicando la injusticia del desenlace a quienes no habían podido asistir.

Los periódicos locales informaron sobre el partido y dedicaron especial atención al amargo desacuerdo que hubo al final. Informaron también acerca de una competición futbolística especial entre los estudiantes americanos y los ingleses del colegio de Battle Creek. Cuando se jugó el partido hubo un gran número de espectadores adventistas presentes y otros de la comunidad de Battle Creek. Tras ganar el equipo

de los ingleses, el episodio pasó a la prensa con este titular: “El gran partido de fútbol internacional”. Uno de los estudiantes ingleses envió un ejemplar del reportaje de prensa acerca del partido, junto a informes de combates de boxeo disputados en el campus, a sus padres que vivían en Australia, quienes con gran sacrificio lo habían enviado a aquel colegio sacralizado para recibir una educación cristiana. Los padres se preocuparon -por decirlo con suavidad- y enviaron los artículos del periódico a Ellen White (Ver Gilbert M. Valentine, *William Warren Prescott: Seventh-day Adventist Educator*, 1982 dissertation, 183-184; Larry Kirkpatrick, “Intersection Between Sport and Christianity Climax at its Infiltration into the Remnant Church: Timeline”, 6 noviembre 2003, <<http://www.greatcontroversy.org/pdf/cstimeline.pdf>>; Emmett K. Vande Vere, *The Wisdom Seekers* -Nashville, TN: Southern Pub. Assn., 1972-, 63; Arthur L. White, “Sports in Seventh-day Adventist Academies and Colleges”, Ellen G. White Estate Shelf Document, 21 mayo 1959, 2).

No pasó mucho tiempo antes que Ellen White se sintiera compelida a responder a tales eventos mediante diversas cartas y manuscritos. Se sintió constreñida por el Espíritu de Dios a escribir advertencias relativas a dónde conducirían actividades como aquellas. En cartas a Prescott y a los profesores y estudiantes de Battle Creek expresó esas preocupaciones, especialmente la luz de las recientes manifestaciones del Espíritu Santo durante el año precedente:

¿Os ha abierto el Señor misericordiosamente las ventanas del cielo y ha derramado una bendición sobre vosotros? Siendo así, ese era el tiempo preciso para educar a profesores y estudiantes acerca de cómo retener el precioso favor de Dios obrando en correspondencia con la luz acrecentada y hacer a otros partícipes de sus preciosos rayos. ¿Se ha dado luz del cielo? ¿Con qué propósito se la ha dado? A fin de que esa luz brille en obras prácticas de justicia...

¿Acaso los juegos, los trofeos y la práctica del boxeo no han estado educando y entrenando según las directivas de Satanás con el fin de conseguir la posesión de sus atributos? ¿Qué sucedería si pudieran ver a Jesús, el hombre del Calvario, mirándolos apenado, tal como a mí se me ha representado? Ciertamente se está imprimiendo un molde equivocado,

y se está contrarrestando la obra del poder divino que ha sido misericordiosamente otorgado ...

El tiempo actual está demasiado saturado de indicios del conflicto que se avecina como para educar a la juventud en la diversión y los juegos. Me duele el corazón al leer cartas en las que se habla de esas prácticas, y que recogen expresiones como: “¡Qué bien nos lo pasamos!” y otras parecidas (Ellen G. White a W. W. Prescott, Carta 46, 5 septiembre 1893, fragmentos en *Selected Messages*, vol. 1, 132-133 {151-166}; y en “A Sheaf of Correspondence Between E. G. White in Australia and W. W. Prescott Regarding School Matters at Battle Creek, Particularly Sports and Amusements”, Ellen G. White Estate Shelf Documents, No. 249a, 3-7, en <<http://drc.whiteestate.org/files/130.pdf>>, consultado 25 noviembre 2011.

Para consideraciones más recientes acerca de los efectos de los deportes competitivos en la experiencia cristiana, ver “Competitive Christianity: Wes Peppers Story”, de Little Light Studios <<http://vimeo.com/ondemand/competitivechristianity/77252608>>. Ver también Tim Ponder, “How Much Do the Games Cost?” *Adventist Review*, 24 enero 2014).

Moisés subió al monte para recibir instrucción del Señor, y toda la congregación debiera haberse mantenido en una actitud humilde ante Dios, pero en lugar de ello, comieron, bebieron y se dispusieron a jugar. ¿Se ha dado una experiencia similar en Battle Creek?... Así están Satanás y sus ángeles tendiendo sus trampas para vuestras almas, y están obrando determinadamente en profesores y alumnos para inducirlos a que se impliquen en actividades y diversiones que terminan por ser intensamente absorbentes, y cuyo carácter tiende a fortalecer las bajas pasiones y crear apetitos y emociones que tomarán el control y contrarrestarán de la forma más decidida las operaciones y la obra del Espíritu Santo de Dios en el corazón humano.

¿Qué os dijo el Espíritu Santo? ¿Cuál fue su poder e influencia en vuestros corazones durante el congreso de la Asociación General [1893] y las asambleas en otros estados? ¿Le habéis prestado vosotros mismos especial

atención? ¿Han sentido los profesores la necesidad de prestarle atención?... Las diversiones están contrarrestando la obra del Espíritu Santo más eficazmente que cualquier otra cosa, y el Señor está entristecido (Ellen G. White, “To Teachers and Students of Battle Creek College and All Educational Institutions”, Manuscrito 51, octubre 1893; en *Spalding and Magan Collection*, 69-70).

Tras el derramamiento del Espíritu de Dios en Battle Creek [desde finales de 1892 hasta comienzos de 1893] en el colegio se ha demostrado que el tiempo de gran luz espiritual es también el de oscuridad espiritual correspondiente. Satanás y sus legiones de agentes satánicos están sobre el terreno, ejerciendo sus poderes sobre toda alma a fin de anular el efecto de las lluvias de gracia que han descendido del cielo para despertar y reavivar las energías adormecidas, poniéndolas en acción decidida para compartir lo que Dios les ha impartido. Si las muchas almas que entonces fueron alumbradas se hubieran puesto inmediatamente a la obra para impartir a otros lo que Dios les había dado a ellos con ese preciso propósito, se habría dado luz adicional, se habría otorgado mayor poder (Ellen G. White, “Education Advantages Not Centered in Battle Creek”, Manuscrito 45, 1893; en *Selected Messages*, vol. 1, 129) {150}.

Escribiendo de nuevo a W. W. Prescott en octubre de 1893, Ellen White se lamentó por su “dolor al ver que la preciosa luz dada en Battle Creek en la última asamblea de la Asociación [1893] no fue tan apreciada como para que toda lámpara se mantuviera en condiciones y ardiendo al ser alimentada por el aceite de la gracia”. Se “permitió al enemigo que ingresara y dirigiera las mentes... para volverse de la preciosa luz y de los movimientos profundos del Espíritu de Dios”, declaró. En relación con la crisis de la ley dominical y “el fin de la historia de esta tierra que tan cercano está ante nosotros, debieran haberse producido, de parte de todos, obras correspondientes con la luz dada”. En lugar de ello, Ellen White describió que “entre la juventud la pasión por los partidos de fútbol y otra clase de gratificaciones egoístas han ejercido una influencia equivocada”. No obstante, Ellen White evidentemente comprendió que los responsables no eran sólo los estudiantes, sino igualmente los profesores:

Los instructores debieron haber tenido sabiduría para seguir las indicaciones del Espíritu Santo y avanzar de gracia en gracia, guiando a la juventud para que sacara el máximo provecho de la luz y gracia concedidas. Debieron haber enseñado a la juventud que el Espíritu Santo, que fue impartido en gran medida, les asistiría a fin de que usaran su tiempo y habilidad para hacer el servicio más elevado en favor del Maestro, alabando a Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. Pero en lugar de eso, muchos corrieron con presteza en procura de placer...

Se ha cometido un grave error al seguir los planes e ideas del mundo respecto a la recreación indulgente y el amor al placer. Eso ha resultado siempre en una pérdida... Es tan fácil deslizarse hacia planes, métodos y costumbres mundanos, y no dedicar un pensamiento al tiempo en que vivimos y a la gran obra que queda por realizar, como en los tiempos de Noé...

Está cerca el fin de todas las cosas. Se necesitan ahora hombres armados y equipados para batallar por Dios. Os ruego que leáis Ezequiel 9. ¿Quiénes llevan la marca, la señal de Dios en sus frentes? -Los que gimen y claman por las abominaciones que se hacen en Jerusalem (que profesan ser el pueblo de Dios); no los que están entregados a los juegos para su propia diversión egoísta (Ellen G. White a W. W. Prescott, Carta 47, 25 octubre 1893; fragmentos en *Manuscript Releases*, vol. 10, p. 346, vol. 6, 127, y en “A Sheaf of Correspondence...” op. cit., 16-24. El último párrafo de esta carta, reproducido aquí, no fue incluido en el documento de Arthur White, y permanece hasta hoy sin publicarse).

En una carta enviada un mes después a Uriah Smith, Ellen White reiteró preocupaciones similares. No tenía “ninguna duda” de que Dios había bendecido abundantemente a los estudiantes en la escuela y en la iglesia. Pero “un período de gran luz y de derramamiento del Espíritu es frecuentemente seguido por un tiempo de grandes tinieblas”. ¿Por qué? Porque Satanás he venido con “toda su fuerza de engaño a fin de anular los movimientos profundos del Espíritu de Dios”. Una vez más, Ellen White fue directa al asunto:

Cuando los estudiantes en la escuela se implicaron en sus deportes y partidos de fútbol, cuando resultaron absorbidos en las actividades de diversión, Satanás vio que era una buena ocasión para hacer incursión y anular el efecto del Espíritu Santo de Dios en moldear y usar el sujeto humano... Si esos estudiantes hubieran permitido que el Espíritu Santo los usara, se habrían puesto en pie como misioneros vivientes para obrar en las líneas de Cristo. No habrían podido dejar de considerar su responsabilidad de obrar de toda forma posible en armonía con Cristo, su Modelo, para salvar almas que están a punto de perecer. En lugar de eso... abrieron de par en par las puertas e invitaron al enemigo a que entrara (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 58, 30 noviembre 1893; en *1888 Materials*, 1210-1212).

En un artículo de la *Review* publicado poco tiempo después, Ellen White continuó proclamando el hecho de que ciertamente “el Señor ha condescendido en darnos un derramamiento de su Espíritu Santo. En los encuentros campestres y en nuestras diversas instituciones ha llovido sobre vosotros una gran bendición”. Sin embargo lamentó que “entre los estudiantes hubo indulgencia con el espíritu de diversión y fiesta. Fue tan grande su interés en los juegos, que el Señor fue expulsado de sus mentes”. Citando a continuación las solemnes palabras pronunciadas sobre la nación judía, Ellen White declaró: “Jesús estuvo entre vosotros en el campo de juego, diciendo: ‘¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz!’ ‘Me habéis visto, y no creéis’. Sí: Cristo se os ha revelado, y hubo profundas impresiones cuando el Espíritu Santo obraba en vuestros corazones; pero seguisteis un curso de acción que os hizo perder esas impresiones sagradas, y fracasasteis en mantener la victoria” * (Ellen G. White, “Danger of Light Becoming Darkness”, *Review and Herald*, 30 enero 1894).

Nota 26: Son dignas de atención las siguientes palabras de Arthur White: “Debiera tenerse en cuenta la declaración en la que la hermana White dice: ‘No condeno el simple ejercicio de jugar a pelota’. Es decir: no había nada intrínsecamente malo en practicar un juego en el que estuviese implicada una pelota. Pero tras haber hecho esa declaración, expone los peligros en el programa de deportes... No se cuestiona que sea esencial la recreación, pero tal como lo vio Ellen White, a medida que los jóvenes se van haciendo mayores, tal recreación se puede encontrar en alguna ocupación útil que sirva para algún

propósito práctico” (Arthur L. White, “Sports in Seventh-day Adventist Academies and Colleges”, Ellen G. White Estate Shelf Document, 21 mayo 1959, 3-4).

Una vez más el problema no se circunscribía al profesorado del colegio y a sus estudiantes, sino que alcanzaba a la iglesia “en América, especialmente en Battle Creek”, al centro del adventismo y al corazón de la obra. Ellen White declaró: “El lugar en el que ha estado brillando sobre el pueblo la mayor luz del cielo, puede convertirse en el sitio de mayor peligro y tinieblas debido a no continuar practicando la verdad y caminando en la luz” Si la iglesia, “que ha tenido gran luz... no camina en la luz ni se viste con las vestiduras hermosas, no se levanta ni resplandece, su visión se convertirá en tinieblas, de forma que la luz será percibida como tinieblas, y las tinieblas como luz” (Ellen G. White a I. H. Evans & Battle Creek, Carta 23c, 20 julio 1894; en “Special Testimonies Relating to Various Matters in Battle Creek”, *Ellen G. White Pamphlet* No. 84, 2 y 5).

Así, Ellen White reconoció que parte del problema recaía en los equipos directivos y en otras influencias de Battle Creek. Estaba segura de que Dios tenía planes diferentes con tal que el liderazgo eclesiástico hubiera estado abierto a sus principios: “La obra de la Asociación General habría podido marcar la pauta a la escuela de Battle Creek si todos se hubieran puesto a la obra en conformidad con el Espíritu Santo, haciéndola como la escuela de los profetas... Estamos en necesidad de recomenzar. Será esencial poner el fundamento de las escuelas según el modelo de las escuelas de los profetas” (Ellen G. White a W. W. Prescott, Carta 47, 25 octubre, 1893; en “A Sheaf of Correspondence...” op. cit., 18).

También otros reconocieron las grandes bendiciones que Dios tenía preparadas para la iglesia, y el resultado de no recibirlas plenamente. O. A. Olsen, escribiendo para la semana de oración prevista para diciembre de 1893, recordó que “la reciente asamblea de la Asociación General y la asamblea pastoral correspondiente fue un tiempo de refrigerio de la presencia del Señor. El Espíritu de Dios reposó sobre los pastores y el pueblo”. Sin embargo, se lamentó así: “Hemos de admitir que estaban preparadas para nosotros bendiciones mucho mayores de las que recibimos. Nos conformamos demasiado pronto. Nos soltamos del brazo del Señor. Todavía existe demasiada incredulidad acariciada en el corazón... Nuestra incredulidad ha impedido que el Señor haga más por nosotros”. Considerando los eventos mundiales

que por entonces se estaban desarrollando, Olsen sugirió que lo único que mantenía en suspenso el progreso era que Dios se veía obligado a quedar a la espera de que su pueblo fuera “sellado en sus frentes”. Si ahora ocurriera tal cosa, el relato de la historia de la tierra terminaría enseguida. Dios nos está esperando”. A continuación, en palabras que tienen un tono profético, Olsen declaró que si bien Dios es paciente, “la oportunidad puede pronto pasar para siempre. Pronto nos puede tomar la palabra, tal como hizo con Israel”, lo que resultó en “flaqueza en sus almas” mientras vagaban por el desierto por cuarenta años (O. A. Olsen, “The Year’s Work and the Outlook”, *The Home Missionary Extra*, noviembre 1893, 2, 5-6).

W. A. Spicer, escribiendo para aquella misma semana de oración e inspirándose en la carta de Ellen White de 1892 a S. N. Haskell (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 10a, 6 abril 1892; no publicada, ver comentarios en nota 1 del capítulo 3), declaró sin rodeos: “Ha venido la lluvia tardía y ahora brilla la luz verdadera; el Señor quiere simplemente que se la esparza entre las naciones”. Spicer citó entonces el artículo de Ellen White del 11 de julio de 1893 publicado en la *Review*: “Si aquellos sobre quienes vino la luz la hubieran recibido, apreciado, y hubieran actuado en correspondencia con ella, se los habría puesto en conexión con Dios y habrían sido canales mediante los cuales su bendición habría fluido al mundo...” Tras esa declaración, Spicer replicó simplemente: “Eso es lo que *pudo haber sido*” (W. A. Spicer, “The Work in the Regions Beyond”, *The Home Missionary Extra*, noviembre 1893, 21; original sin cursivas).

Capítulo 10

¿Otro profeta?

Acusaciones de fanatismo

3. Mensajeros vencidos por la tentación

Una de las formas en las que siempre ha obrado Satanás es procurando traer descrédito al mensaje de Dios mediante los fracasos de sus mensajeros. Ese fue también el caso en la evolución posterior de 1888, no solamente con la desviación de la fe de Jones y Waggoner, sino también en la aceptación por parte de Jones y Prescott de Anna Rice como segunda profetisa para la iglesia remanente. (El episodio de Anna Rice será tratado en detalle en la serie *El retorno de la lluvia tardía*. Aquí daremos sólo un breve resumen).

Durante el verano de 1892 Ellen White escribió al menos dos cartas en las que mencionó la posibilidad de que Jones y Waggoner pudieran ceder a la tentación. Escribiendo a O. A. Olsen a propósito de la continua oposición al preciosísimo mensaje, Ellen White preguntó: “Si los mensajeros del Señor, tras haberse mantenido valientemente por la verdad por un tiempo, caen bajo la tentación y deshonran a Aquel que les ha encomendado su obra, ¿será eso prueba de que el mensaje no es verdadero?” Su respuesta fue un enfático: “No, ya que la Biblia es verdadera... El pecado por parte del mensajero de Dios haría que Satanás se alegrara, y que triunfaran los que han rechazado al mensajero y al mensaje”.

Pero Ellen White indicó también dónde recaería una gran parte de la culpa: “Siento gran pena en el corazón al ver con qué presteza se critica una palabra o una acción del pastor Jones o del pastor Waggoner. Cuán rápidamente muchas mentes ignoran todo el bien que se ha hecho mediante ellos en los años recientes, y no ven evidencia de que Dios está obrando mediante esos instrumentos. Van a la caza de algo que condenar” (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 19d, 1 septiembre 1892; en *1888 Materials*, 1025-1026).

Ellen White expresó pensamientos similares en una carta a Uriah Smith: “Los pastores Jones o Waggoner pueden ser vencidos por las tentaciones del enemigo”. Pero una vez más, Ellen White previó los tristes resultados para aquellos que estaban ya luchando contra el mensaje enviado del cielo. Si ocurriera que Jones y Waggoner cayeran, “eso no probaría que no tenían mensaje de Dios, o que la obra que hicieron fuera todo un error. Pero si tal cosa ocurriera, cuántos tomarían esa posición, y entrarían en un engaño fatal debido a no estar bajo el control del Espíritu de Dios... Sé que esa es precisamente la posición que muchos tomarían si alguno de esos hombres cayera” (Ellen G. White a U. Smith, Carta 24, 19 septiembre 1892; en *1888 Materials*, 1044-1045).

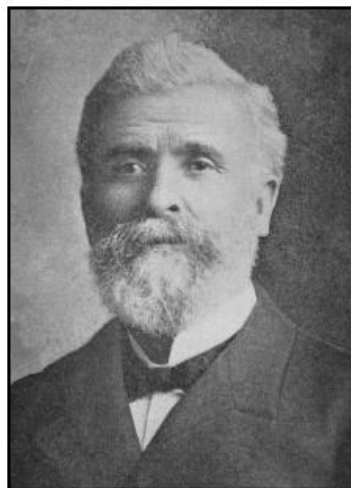
Escribiendo justo antes del inicio de las asambleas de la Asociación General de 1893, Ellen White volvió a abordar ese tema: “No es la inspiración del cielo lo que lleva a uno a entregarse a la sospecha, acechando la oportunidad y lanzándose ávidamente a ella para demostrar que esos hermanos que difieren de nosotros en alguna



Anna Rice Phillips

interpretación de la Escritura no son sanos en la fe. Hay peligro en que tal curso de acción produzca el preciso resultado que están procurando evitar, y en gran medida la culpabilidad descansará sobre los que están al acecho del mal”. No fue la oposición del mundo, sino “la oposición en nuestras propias filas [la que] ha impuesto sobre los mensajeros del Señor [Jones y Waggoner] una tarea extenuante y probatoria, ya que han debido hacer frente a dificultades y obstáculos que no debieron existir” (Ellen G. White a W. Ings, Carta 77, 9 enero 1893; en *1888 Materials*, 1127-1128). Todo lo dicho se debe tener en cuenta al analizar el episodio de Anna Rice Phillips.

Anna C. Phillips nació en Inglaterra el 6 de mayo de 1865. Cuando tenía seis años acompañó a su madre viuda a Cleveland, Ohio, lugar en el que conoció el adventismo en sus tempranos veinte años a través de *Signs of the Times*. Afectada por una mala salud, fue casi una inválida hasta experimentar una restauración completa en respuesta a la oración, en el encuentro campestre de Mt. Vernon durante el verano de 1891. Habiendo recuperado la salud y en su nueva capacidad para pensar y estudiar más eficazmente, Anna decidió por sugerencia de G. A. Irwin asistir a la Escuela Bíblica de Chicago, de tres meses de duración, que comenzó en noviembre de 1891 (Glen Baker, “Anna Phillips -A Second Prophet?” *Adventist Review*, 6 febrero 1986, 8; Anna C. Rice a Ellen G. White, 18 marzo 1894; en Document Files, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).



G. A. Irwin

E. J. Waggoner, Miss Parmelee, J. N. Loughborough, W. W. Prescott y G. B. Starr estaban por entonces relacionados con aquella escuela de Biblia (G. B. Starr, “The Central Bible School in Chicago”, *Review and Herald*, 3 noviembre 1891, 686; Uriah Smith, “Close of the Conference”, *Review and Herald*, 31 marzo 1891, 200). Anna tuvo en la escuela una experiencia tan positiva al final de los tres meses, que quiso ser obrera bíblica. Recibió llamados de la Asociación de Ohio y también del pastor Rice, un pastor de Oregón, Utah. Tras mucha deliberación, decidió ir al oeste, pero al llegar a Utah en la primavera de 1892 fue recibida con mucha frialdad por el hermano Rice. En lugar de emplearla como obrera bíblica en el área, la puso a trabajar en su casa más bien como empleada doméstica, apropiándose para su uso personal del salario y los materiales bíblicos de ella. Aunque la hermana Rice la trató muy bien y recomendaría finalmente la adopción de Anna en la familia Rice, temía a su esposo y se limitaba a seguir sus indicaciones.

Tales condiciones continuaron durante varios meses hasta agosto, cuando Anna tuvo su primer sueño o visión relativa al propio hermano Rice. Anna describe así el evento y lo que resultó después: “Tuve una lucha al respecto, no sabiendo qué hacer. Se lo dije a la Sra. Rice, quien me aconsejó que lo escribiera y que pusiera el asunto en

oración, dándoselo después al Sr. Rice, y si era la voluntad del Señor que lo recibiera, lo prepararía para tal cosa. Hice así, y después de uno o dos días se lo entregué. Él dijo que era todo cierto, y pareció significar un cambio en su labor”. Al poco tiempo a Anna le “vino más” material, que compartió verbalmente con la hermana Rice con intención de hacérselo saber igualmente al marido de ella. El consejo y la corrección tenían un carácter eminentemente práctico, y siendo aceptado obró inmediatamente un cambio en el hermano Rice y familia. Comenzó a hacer culto familiar, a leer los Testimonios, a vivir más comprometidamente el mensaje de la salud, a acostarse a “las diez, en lugar de a la una o las dos”, y a madrugar en lugar de levantarse a medio día; también a tratar con mayor amabilidad a su esposa.

Aunque su vida vino a ser más apacible, esa condición no duró mucho para Anna, ya que al poco tiempo el hermano Rice compartió los sucesos recientes con el hermano Harper de California y con el hermano Lamb y Shaffer de Salt Lake. Pronto Harper quiso que Anna Rice dejara su trabajo en Utah, que comenzara a dar consejos por escrito y que viajara con él a California. Quiso incluso hacerse una foto con ella, lo que parecía ser el colmo. Anna Rice rehusó todo ese proceder. Durante meses estuvo totalmente angustiada debido a que el hermano Rice y otros la empujaban a escribir sus sueños, de forma que los pudiera compartir con otros (Anna C. Rice a Ellen G. White, 18 marzo 1894; en Document File 363, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

Fue en aquel tiempo cuando Anna “se sintió tan impresionada” que “tuvo que hablar con algunos de los hermanos dirigentes a fin de recibir orientación y consejo”. En sus propias palabras, “el 14 de diciembre del 92 partí hacia Chicago” (Ibid., 15). Es muy importante observar la secuencia de los eventos y la fecha de llegada de Anna Rice, puesto que los reavivamientos de los encuentros campestres de 1892 ya habían tenido lugar, y habían comenzado el colegio de Battle Creek y los reavivamientos de la semana de oración. Se habían publicado ya dos Testimonios importantes de Ellen White: 1/ *Special Testimonies to Our Ministers* n° 2, indicando que era tiempo de orar para el derramamiento del Espíritu Santo, que “aguarda nuestra demanda y recepción”. Se publicó a principios de noviembre (Ellen G. White, “Power of the Holy Spirit Awaits our Demand and Reception”, Manuscrito 20, 28 diciembre 1891; en *Special Testimony to Our Ministers*, n° 2, -1892- 24), y 2/ su artículo del 22 de noviembre en la *Review*, confirmando el comienzo del fuerte pregón del tercer ángel

“en la revelación de la justicia de Cristo” (Ellen G. White, “The Perils and Privileges of the Last Days”, *Review and Herald*, 22 noviembre 1892; en *1888 Materials*, 1073). A. T. Jones y muchos de los hermanos habían llegado ya a las mismas conclusiones respecto a la lluvia tardía y el fuerte clamor. Después del artículo de Ellen White del 22 de noviembre en la *Review*, Jones había predicado “dos discursos emocionantes y provechosos” a una audiencia atestada en el tabernáculo de Battle Creek, el 26 de noviembre. El primero de ellos trataba sobre la lluvia tardía y el fuerte pregón, mostrando que es ahora “el deber y privilegio de la iglesia pedir al Señor la lluvia en este tiempo”. El segundo “fue sobre la ‘justicia de Cristo’, que el cristiano se asegura mediante la fe en él” (“Editorial Notes,” *Review and Herald*, 29 noviembre 1892, 752).

Así, cuando Anna Rice llegó a Chicago, a la escuela bíblica, a mediados de diciembre, *todos* los eventos referidos habían tenido ya lugar, de forma que ni ella ni sus “visiones” podían ser de modo alguno responsables de los movimientos providenciales que ocurrieron previamente a su llegada. De hecho, parece obvio que el diablo estaba procurando desencadenar una situación que trajera descrédito y frustrara los genuinos movimientos del Espíritu Santo que por entonces se estaban desarrollando. Por desgracia, el afán por desacreditar esos movimientos genuinos en nuestra historia adventista ha venido siendo un hecho hasta el día de hoy.

Nota 12: Tal como se verá, el episodio de Anna Rice juega un papel principal en la tesis que mantiene George Knight sobre 1888 y lo que siguió. Hay alusiones al incidente de Anna Rice diseminadas por sus numerosos libros relacionados con la historia de 1888, pero aportando detalles escasos y distorsionados. Aparentemente, su propósito al citar ese episodio es desacreditar a Jones (y a Prescott), especialmente durante los eventos de 1892 y 1893. Una de las primeras pretensiones que Knight se ha esforzado en establecer es que la idea de Jones y Prescott acerca del fuerte pregón y la lluvia tardía fue el resultado de aceptar a Anna Rice como segunda profetisa.

En 1987 Knight escribió lo siguiente en su biografía de Jones: “Jones había sido confidente de Anna desde el principio”. El primer testimonio que ella dio aludía a él como siendo una autoridad en la iglesia, y en la *última mitad de diciembre de 1892* ella procuró validar su llamado profético mediante la aprobación de él” (*From 1888 to Apostasy* [1987], 108; original sin cursivas). En las notas al final, Knight referencia la carta de Anna Rice a Ellen White en la que se proporciona

la fecha exacta de diciembre en la que viajó a Chicago para ver a Jones y a los otros hermanos.

Dos años más tarde Knight hace la siguiente declaración en su nuevo libro: “[Una] quinta cosa de la que podemos estar seguros, es que A. T. Jones ya había aceptado a Anna Rice... como segunda profetisa adventista antes de que comenzaran las reuniones [de 1893]... *A finales* de 1892 la señorita Rice había viajado a Chicago para investigar si era una profetisa verdadera” (*Angry Saints* [1989], 124; original sin cursivas). Knight cambia su fraseología referida al viaje de Anna, de “la última mitad de diciembre de 1892” a “finales de 1892” y omite la referencia a la carta de Anna Rice que proporciona la fecha específica.

Aproximadamente una década después, en su libro para responder a todas las preguntas sobre 1888, Knight hace un ajuste aún mayor en su descripción de la fecha de los viajes de Anna: “En algún momento de 1892 Rice comenzó a tener experiencias visionarias. Era lógico que se preguntara si eran genuinas. Como resultado, *en la última mitad de 1892* viajó de la costa oeste a Chicago para encontrarse con Jones a fin de determinar si era una verdadera profetisa” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message* [1998], 125; original sin cursivas). En sus declaraciones, Knight ha ido desde “la última mitad de diciembre” a “finales de 1892”, y ahora a “en la última mitad de 1892”, para especificar cuándo fue Anna Rice a ver a Jones. ¿Por qué?

Las siguientes declaraciones de Knight en su mismo libro, proveen una pista que explica su (falaz) porqué: “La declaración de Ellen White del 22 de noviembre sobre el fuerte pregón sería el ‘texto’ dominante de aquellas reuniones [la asamblea de la Asociación General de 1893]. Pero la crisis dominical y la declaración de Ellen White sobre el fuerte pregón no fueron las únicas razones por las que los que fomentaron los reavivamientos (Jones y Prescott) estaban emocionados con la lluvia tardía. Habían recibido también un testimonio de una mujer a la que *ya* habían aceptado como profetisa” (Ibid., cursivas en original). En la siguiente página Knight continúa su línea de pensamiento: “*Al poco tiempo de que Jones hubiera aceptado la obra de Anna en 1892, Ellen White irrumpió con su declaración de que el fuerte pregón ya había comenzado.* Era lógico que Jones valorara las visiones de Anna rice a la luz de esa declaración y llegara a la conclusión de que había comenzado la lluvia tardía” (Ibid., 126; original sin cursivas).

Así, parece que Knight mueve a propósito la fecha del viaje en el que Anna Rice se encontró con Jones -desde finales de diciembre hasta al menos primeros de noviembre- a fin de poder substanciar su tesis, consistente en que los reavivamientos de 1892 y 1893 estuvieron primariamente basados en el

fanatismo y excitación de Jones y Prescott *después de* haber aceptado a Anna Rice como segunda profetisa, y consecuentemente, habiendo malinterpretado la declaración de Ellen White del 22 de noviembre en la *Review* relativa al fuerte pregón. ¿Qué licencia tiene George Knight para esa falta evidente de honestidad en su tergiversación de la historia adventista? ¿Puede ser esta la única ocasión en que haya intentado cambiar nuestra historia adventista? ¿Pudiera ser que Knight haya pervertido esa historia simplemente a base de contarla y recontarla de forma irreflexiva traicionado por su prejuicio, sin ser necesariamente un asunto de deshonestidad consciente?

A. T. Jones y J. N. Loughborough eran los instructores principales en la escuela bíblica cuando llegó Anna. No obstante, Jones estuvo allí sólo hasta el final de la semana, de forma que pudiera regresar a Battle Creek a tiempo para el inicio de la semana de oración, el 17 de diciembre (J. N. Loughborough, “Chicago Training School”, *Review and Herald*, 17 mayo 1892, 317; “Chicago Training School”, *Review and Herald*, 18 octubre 1892, 656). Anna afirmó haber relatado su “experiencia al hermano A. T. Jones y al hermano Loughborough, preguntándoles qué pensaban y qué debía hacer yo”. Ambos le aconsejaron que escribiera sus experiencias, “diciendo que el test estaría en los escritos”. Por aquel mismo tiempo Anna escribió también a S. N. Haskell, presidente de la Asociación de California, y con anterioridad a F. M. Wilcox, enviándole un documento para su posible publicación en la guía de estudio de la escuela sabática para los niños. Pero cuando los hermanos Harper, Lamb y Shaffer supieron que había ido a Chicago en lugar de quedarse a trabajar en Utah y California, dijeron a Anna que estaba “poseída por un demonio”. Fueron asimismo a la casa de Rice y escribieron a Haskell, denunciándola a ella y a sus visiones. Tan vehementes fueron sus acciones, que parecían no lograr otra cosa excepto validar los sueños de Anna, por los que ahora se la perseguía” (Anna C. Rice a Ellen G. White, 18 marzo 1894; en Document File 363, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

Aunque A. T. Jones se fue de Chicago, Anna permaneció en la escuela bíblica seis o siete semanas hasta su clausura. Aunque se la había animado a que escribiera sus sueños mientras estaba en la escuela, no lo hizo sino hasta mediados de enero de 1893, momento en el que escribió una experiencia personal y sueño que había tenido, que la había ayudado a confiar más plenamente en Dios. J. N. Loughborough, aunque era un veterano en la obra y estaba familiarizado con movimientos fanáticos desde

los años tempranos del adventismo, no tuvo reparos en leer el relato de Anna a toda la clase bíblica el martes 17 de enero, que fue el último día de la escuela bíblica. Así, mientras que los hermanos Harper, Lamb y Shaffer presentaban a Anna en la peor luz posible, ella afirmaba que los hermanos Loughborough, Johnson, Haskell, Jones y “algunos otros” la estaban animando. Es interesante, desde luego, el hecho de que en su abundante correspondencia con Ellen White un año más tarde, Anna nunca mencionó a Prescott en los detalles de los eventos * (Ibid.).

Nota 15: No parece existir evidencia primaria de que Prescott hubiera “aceptado” a Anna Rice como profetisa anteriormente a la asamblea de 1893. Si bien George Knight parece haber reconocido eso en algunos de sus libros tempranos sobre 1888, años después decide añadir a Prescott a la lista, en *A User-Friendly Guide to the 1888 Message* (1998): “Contrariamente a esa interpretación, los hechos indican que Jones y Prescott habían sido ‘engañados’ anteriormente a las reuniones de 1893... Debemos enfatizar una vez más que ni Jones ni Prescott eran guías totalmente fiables en cuestiones del Espíritu Santo en el tiempo de las reuniones de 1893” (128; cursivas en original). “Es importante observar, no obstante, que Jones y Prescott tenían otras razones para creer que la lluvia tardía había comenzado en el tiempo de la asamblea de la Asociación General de 1892. Después de todo, por aquel mismo tiempo tenían en su posesión testimonios de una segunda profetisa adventista que esperaban poder emplear para traer el derramamiento del Espíritu Santo antes que terminara la sesión” (Ibid., 112).

Haskell escribió a Ellen White a comienzos de enero de 1893, y junto con varias páginas dedicadas a otros asuntos mencionó a Anna Rice. Haskell afirmó que el artículo que había leído, enviado por Anna al departamento de Escuela Sabática, “era muy bueno, y no se le podía encontrar falta alguna; pero se pensó que no sería apreciado, y en consecuencia, no fue publicado”. Pero Haskell también había recibido informes negativos del hermano Harper. En opinión de Haskell, Anna era una cristiana ingenua, inofensiva y ferviente”, pero basándose principalmente en el informe de Harper, “la observaba con cierto grado de sospecha” (S. N. Haskell a Ellen G. White, 4 enero 189[3]; Document Files, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office). No obstante, en toda la correspondencia de Ellen White a Haskell en lo que quedaba del año 1893, ella nunca mencionó la situación de Anna Rice.

Si bien A. T. Jones había animado a Anna a que escribiera lo que se le había mostrado, enviándole a él una copia, ella no hizo tal cosa sino hasta el 7 de febrero

de 1893. Incluso entonces, mientras que Jones estaba predicando en la asamblea pastoral el 5 de febrero, al final de su presentación en la que había comparado los eventos de Pentecostés con el tiempo de la lluvia tardía, leyó de Joel capítulo 2: “Después de esto derramaré mi espíritu sobre todo ser humano, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. También sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días” (Joel 2:28-29). Basándose en el hecho de que Pedro había citado esa profecía en Hechos 2:17-18 en el tiempo de Pentecostés, y en razón de los tiempos en los que estaban viviendo, Jones proclamó confiadamente: “¡Gracias al Señor: él no va a contentarse por mucho más tiempo teniendo un solo profeta! Tendrá más. Ha hecho una maravillosa obra con uno, y siendo así, ¿qué es lo que no va a lograr en este mundo cuando tenga muchos de ellos?” Jones estaba claramente anticipando el cumplimiento de Joel capítulo 2, si bien Ellen White le invitaría posteriormente a ser cauto en una interpretación tan amplia de esa profecía, dado que no todos los que “profetizaran” tendrían necesariamente el oficio de profeta (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No. 7”, *General Conference Daily Bulletin*, 5 febrero 1893, 153).

Dos días después, el 7 de febrero, Anna Rice escribió una nota a A. T. Jones y le envió el primero de los dos “testimonios”. Pero ese primer testimonio consistía en lo que le había sido “mostrado” relativo al hermano y hermana Rice en agosto de 1892, y tenía primariamente una naturaleza personal. Aunque Jones pudo sentirse inclinado a pensar que dicho “testimonio” era genuino basándose en los resultados habidos en la familia Rice que Anna le había referido previamente, es improbable que hubiera pensado en compartir públicamente en la asamblea ese “testimonio” tan personal (Anna C. Rice a A. T. Jones, 7 febrero 1893; Anna C. Rice a Ellen G. White, 18 marzo 1894, 13; Anna C. Rice a Brother and Sister Rice, dado el 10 agosto de 1892, escrito en febrero de 1893; en Document File 363, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

Finalmente, el 21 de febrero, exactamente dos semanas antes de que terminara la asamblea de la Asociación General, Anna Rice escribió el segundo “testimonio” y lo envió a A. T. Jones. Aquel particular “testimonio” era de naturaleza mucho más general, e iba dirigido a toda la iglesia. Llamaba al arrepentimiento y la reforma, a poner de lado la mundanalidad y a prepararse para la segunda venida apoyando la causa (Anna C. Rice a A. T. Jones, 21 febrero 1893; Anna C. Rice a Ellen G. White,

18 marzo 1894, 13 y 23; en Document File 363, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office). Con toda probabilidad fue ese testimonio el que, de acuerdo con C. McReynolds, Jones quiso leer en la sesión de la Asamblea de la Asociación General de 1893, pero O. A. Olsen se opuso a eso cuando Jones lo solicitó * (C. McReynolds a L. T. Nicola, 22 marzo 1894).

Nota 20: George Knight tergiversa una vez más los hechos y la secuencia de eventos en la asamblea, en su biografía de Jones: “A mitad de la asamblea, [Jones] había recibido un testimonio [de Anna Rice] que quería desesperadamente presentar a los delegados reunidos. No obstante, O. A. Olsen le había prohibido leerlo públicamente. En consecuencia, Jones no pudo anunciar que estaban por venir grandes cosas. ‘Gracias al Señor’ -dijo a los delegados cuando llevaban aproximadamente una semana de reuniones- ‘*¡él no va a contentarse por mucho más tiempo teniendo un solo profeta!...*’” (*From 1888 to Apostasy*, 98, cursivas en original). Hay, no obstante, un gran problema: Jones no recibió un “testimonio” de Anna Rice sino hasta *después* de haber predicado su sermón el 5 de febrero, y no hay evidencia, ni siquiera en las referencias que da Knight, de que Jones hablara con O. A. Olsen antes del 21 de febrero, tras haber recibido la segunda carta de Rice. Tampoco existe evidencia primaria de que Jones procurara “desesperadamente” presentar carta alguna a la asamblea. ¿Qué le mueve a tergiversar o recomponer los hechos?

Pareciendo no querer dejar pasar una sola oportunidad de presentar a Jones en la peor luz posible, Knight resume el incidente en estos términos: “Los adventistas pueden estar agradecidos porque en la asamblea de 1893 no se diese carta blanca a Jones [permitiéndosele leer la carta de Anna Rice], puesto que por aquel tiempo, él no era un guía totalmente fiable. Su ‘reavivamiento de la lluvia tardía’ podía haber conducido al adventismo por caminos realmente extraños, y pudo haber cambiado la naturaleza de la Iglesia Adventista del Séptimo Día acercándola al pentecostalismo que por entonces se estaba desarrollando. (En ese sentido, es digno de mención que la última afiliación religiosa de Jones sería la de un grupo de pentecostales guardadores del sábado que hablaba en lenguas. Nunca pudo escapar a su inclinación por lo carismático)” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 127).

En relación con las conclusiones de Jones basadas en Joel 2, es interesante ver lo que el propio Knight dice respecto al texto, especialmente tras haber denigrado a Jones: “La iglesia ha de estar alertada de caer en el error opuesto si se manifiestan los dones espirituales de nuevo en su medio. No es imposible, por ejemplo, que Dios reactive el genuino don de profecía para desafiar o corregir la tradición o la autoridad administrativa. De hecho, basándonos en Joel

2:28-32, parece que podemos esperar incluso el don profético en el futuro. En un tiempo como ese, la experiencia de Jones y Prescott en 1894 será de especial valor” (*From 1888 to Apostasy*, 115-116). Pero ¿cómo podríamos beneficiarnos de “la experiencia de Jones y Prescott” si los historiadores tergiversan descaradamente los hechos relativos al evento de Anna Rice?

Knight hizo declaraciones similares en una presentación en la asamblea de la Asociación General del año 2000 en Toronto: “Si yo fuera el diablo, haría que los adventistas estuvieran temerosos del Espíritu Santo. Demasiados entre nosotros tememos el pentecostalismo cuando pensamos en el tema del Espíritu Santo... Hace algunos años, en una presentación en la asamblea de la Asociación General, observé que los adventistas no creen realmente las 27 doctrinas fundamentales. Especialmente la referida a los dones espirituales. Creemos en el don espiritual, más bien que en los dones espirituales, y la mayor parte de nosotros restringimos ese don a una persona que ha reposado tranquila en su tumba en los últimos 85 años. ¿Qué sucedería si estando en el púlpito recibiera de repente el don de lenguas, un don genuino? Podría ser expulsado. ¿Qué sucedería si tuviera el auténtico don de profecía? Probablemente se crearía un comité masivo para estudiar la situación en los siguientes diez años. He de admitir que el simple hecho de hablar de esas cosas me pone nervioso, porque no es posible controlar al Espíritu. Por otra parte, en Joel 2 tenemos la promesa del derramamiento espiritual en los últimos días, derramamiento espiritual que con toda probabilidad dividirá a la iglesia por la mitad. ¿Cuánto pensamos realmente acerca del Espíritu Santo y el derramamiento de la lluvia tardía? (“If I Were the Devil”; en <<http://www.adventistreview.org/2000-1546/devil.html>>). Pero ¿es posible que el diablo haya provocado ya un trastorno aún mayor en nuestras filas, debido a la tergiversación de nuestra propia historia?

Aunque A. T. Jones y otros pudieron haber considerado en aquel tiempo que Anna Rice era un cumplimiento de la profecía bíblica relativa a que Dios iba a dar visiones a los jóvenes y las jóvenes, no existe evidencia creíble de que sus presentaciones - que le fueron asignadas con seis meses de antelación- o las manifestaciones del Espíritu Santo en la asamblea pastoral y de la Asociación General fueran motivadas o influenciadas por una creencia tal, o mediante la influencia de Anna Rice. De igual forma, no existe evidencia de que los reavivamientos de 1892 o 1893 fueran fruto de extremismo, excitación o fanatismo causado por la creencia en los testimonios de Anna Rice.

Nota 21: No obstante, George Knight procura establecer eso como si fuera un hecho, varias veces en su libro *A User-Friendly Guide to the 1888 Message*: “Pero la crisis dominical y la declaración de Ellen White sobre el fuerte pregón no fueron las únicas razones por las que los que fomentaron los reavivamientos (Jones y Prescott) estaban emocionados con la lluvia tardía. Habían recibido también un testimonio de una mujer a la que ya habían aceptado como profetisa.

46. **¿Qué parte tuvo la excitación en torno a Anna Rice en las expectativas de lluvia tardía en 1893?** Anna Rice (a veces llamada Anna Phillips) jugó un papel significativo en las expectativas de 1893, incluso si pocos han comprendido la parte que desempeñó. Su influencia, no obstante, no fue directa, sino que llegó mediante agentes como A. T. Jones y W. W. Prescott” (125; cursivas en original).

Unas páginas más adelante, Knight continúa con pensamientos similares: “47. **¿Qué tipo de atmósfera impregnaba las reuniones de la asamblea de la Asociación General de 1893?** Estaba cargada con la inmediata anticipación de la segunda venida. Jones y Prescott fueron especialmente exuberantes en las reuniones. Con la crisis de la ley dominical, la declaración de Ellen White del fuerte pregón y la revelación de un nuevo profeta en la mano, estaban seguros de estar en los últimos días de la historia de la tierra” (129).

Knight reitera los mismos pensamientos hacia el final de su libro: “Pero tal como vimos en la cuestión nº 40 y 46, las impresiones de Jones de que Dios estaba derramando la lluvia tardía derivaban en gran parte de su falsa creencia en Anna Rice como segunda profetisa adventista. Un don tal difícilmente avala sus pretensiones de lluvia tardía” (152). Pero cualquiera que lea el *General Conference Bulletin* será inmediatamente capaz de decidir si las pretensiones de Knight son correctas, o si son increíbles manipulaciones de la historia adventista.

Tampoco hay evidencia alguna de que W. W. Prescott estuviera promoviendo los testimonios de Rice en aquel tiempo; tal cosa pareció no suceder sino hasta después de las reuniones de la asamblea (Ver notas 15 y 20 en este capítulo).

Durante el verano de 1893, Jones y Prescott dieron pasos tendentes a promover los pocos “testimonios” que Anna Rice había escrito; aunque L. T. Nicola declaró más tarde que “excepto por las menciones frecuentes del deber de ‘conocer la voz por nosotros mismos’, apenas se dijo algo respecto a los testimonios de Rice” (L. T. Nicola a O. A. Olsen, 2 marzo 1894). No obstante, Jones citó partes de ellos en un par de encuentros campestres, aunque sin nombrarla ante la audiencia.

El episodio de Anna Rice alcanzó un punto crítico el 30 de diciembre de 1893 en el tabernáculo de Battle Creek. Después de haber leído de *Home Missionary Extra* “The Call from Destitute Fields” (Ellen G. White, “El llamado desde campos desatendidos”, *The Home Missionary Extra*, lecturas de la semana de oración, noviembre 1893, 36-38), de Ellen White, Jones leyó a partir de lo que él llamó “un testimonio no publicado” que era de hecho el “testimonio” que Anna Rice le había enviado el 21 de febrero durante la asamblea de la Asociación General. Jones informó que el “testimonio no publicado leído insistía en una completa separación del mundo y la mundanalidad, del orgullo y de los adornos exteriores; que debía llevarse una vestimenta sencilla y especialmente ‘arrancar’ el oro, etc, en lugar de llevarlo sobre el cuerpo ‘tal como hacen los paganos’”. A resultas de ambas lecturas siguió un servicio de reavivamiento en el que las personas comenzaron a quitarse el oro y las joyas, dándolas para la causa de Dios (A. T. Jones, “Sabbath, Dec. 30, in Battle Creek,” *Review and Herald*, 2 enero, 1894, 11). Setenta personas pidieron el bautismo como resultado de la reunión de reavivamiento, aumentando hasta 150 en la siguiente semana. La noche del sábado siguiente W. W. Prescott dirigió el servicio de alabanza en el tabernáculo, que estaba “lleno hasta su máxima capacidad” durante el servicio bautismal (Reseña editorial, “What Hath God Wrought?”, *Review and Herald*, 9 enero 1894, 32).

Una experiencia como esa parecía probar la validez de los “testimonios” de Anna. Prescott continuó también promoviéndolos de una forma sutil durante una serie de reuniones sobre “El Espíritu de Profecía en la iglesia”, en los meses de enero y comienzos de febrero de 1894. Lo hizo presentando la idea de que todos debían tener el don de profecía, no ejerciendo necesariamente ellos mismos el don, sino siendo capaces de discernir el don allí donde se manifestara (Reseña editorial, *Review and Herald*, 30 enero 1894, p. 80; Reseña editorial, *Review and Herald*, 6 febrero 1894, 96). Pero el movimiento se detuvo repentinamente cuando llegó un testimonio de Ellen White al buzón de correo de A. T. Jones a mediados de febrero. Ellen White intentó poner las cosas en su debido orden:

He recibido cartas de algunos en América, afirmando que ha apoyado las revelaciones de Anna [Rice], y que las lee a las personas, dándoles la impresión de que está leyendo testimonios de Ellen White... Lo espurio y la falsificación están en el campo, y las mentes han de estar bajo el control

constante del Espíritu de Dios a fin de distinguir la falsificación de lo genuino...

Dios lo ha usado a usted y al hermano Waggoner de una forma especial para hacer una obra especial, y yo he sabido eso. He puesto toda mi influencia de su lado debido a que estaban haciendo la obra de Dios para este tiempo. He hecho todo cuanto me fue posible hacer en Jesucristo para permanecer a su lado y ayudarlo en toda forma; pero me entristezco mucho cuando veo cosas que no puedo apoyar, y me siento afligida al respecto...

No sean ahora incautos, ni usted ni el pastor Waggoner; no avancen asuntos que no son apropiados y que no armonizan con el propio mensaje que Dios ha dado. Si se desviarán incurriendo en algún error, se pondría en entredicho la obra que el Señor me ha encomendado, tanto como la que ambos han estado haciendo, *que ha estado siempre bajo la sospecha y oposición de parte de cierta clase. Si ustedes cometieran algún error, ellos se sentirán justificados en sus ideas previas y en sus celos, en su actitud de acecho y sospecha*" * (Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 37, 14 enero 1894; en *Manuscript Releases*, vol. 14, 200-201, último párrafo no publicado, original sin cursivas).

Nota 28: Junto a la carta precedente enviada a Jones, Ellen White incluyó una copia de su carta del 23 de diciembre escrita a "Brethren and Sisters" en California, que había sido enviada con el propósito de clarificar la confusión en la que estaban acerca de los testimonios de Anna Rice (Carta 4, 1893; en *Manuscript Releases*, vol. 14, 189-199). Ver también: Glen Baker, "Anna Phillips -Not Another Prophet," *Adventist Review*, 20 febrero 1986, 8).

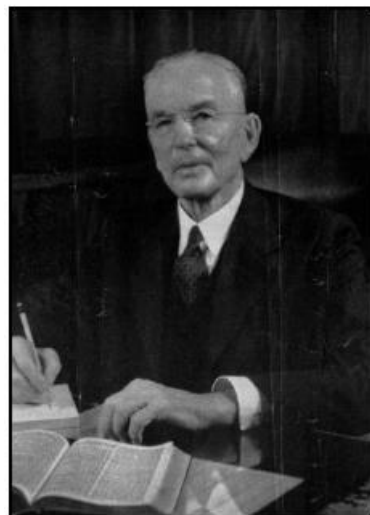
A. T. Jones se arrepintió inmediatamente, no habiéndose siquiera alejado de la oficina postal antes de compartir con O. A. Tait la carta de reproche de Ellen White. El sábado siguiente Jones leyó a la congregación en el tabernáculo de Battle Creek porciones del testimonio que Ellen White acababa de enviarle. Fue presto en reconocer: "Me he equivocado, y lo confieso" * (W. M. Adams, "The Spirit of Prophecy Test", *Review and Herald*, 7 julio 1949, 10-11).

Nota 29: El relato de Adams, escrito 55 años después, resulta ser fiel en casi todo respecto al contrastarlo con todas las evidencias primarias, excepto porque

afirma que ocurrió en el mes de abril en lugar de febrero, que es cuando Jones recibió la primera carta de Ellen White. Ver también: Tim Poirier, "Some Key Correspondence Relating to the Reception of Ellen White's Testimonies Regarding Anna Phillips", en Document File 363a, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office. Escribiendo a Ellen White poco tiempo después, O. A. Olsen informó que se le "dijo que cuando el hermano Jones recibió su comunicación, rompió a llorar como un niño" (O. A. Olsen a Ellen G. White, 29 marzo 1894; en Ellen G. White's Letters Received File).

También F. M. Wilcox afirmó que "cuando el pastor Jones recibió las cartas, se sintió verdaderamente mal" * (W. M. Adams, "The Spirit of Prophecy Test", *Review and Herald*, 7 julio 1949, 10-11; O. A. Olsen a Ellen G. White, 29 marzo 1894; F. M. Wilcox a Dan T. Jones, 27 febrero 1894).

Nota 31: Desgraciadamente, en ocasiones se han ignorado las veces en que Jones se arrepintió inmediatamente tras haber recibido consejo de Ellen White por errores cometidos, y se ha proyectado en su temprana experiencia el resentimiento contra ella que sólo en sus últimos años desarrolló. El caso de A. T. Jones está representado falsamente de ese modo en una carta alojada en Ellen G. White Estate que fue escrita a William Armstrong en 1923. Si bien la carta es más veraz en su descripción de algunas de las actitudes de Jones en sus años tardíos, presenta incorrectamente lo que siguió al episodio de Anna Rice: "La prueba de que A. T. Jones perdió el buen espíritu de Dios que había albergado hasta entonces [1893] quedó patente en su apoyo a Anna Phillips [Rice] como profetisa. Hizo tal cosa en reuniones públicas en el tabernáculo. Cuando la hermana White lo reprobó por ello según una visión que el Señor le dio en Australia, se volvió contra la hermana White y tiró todos los preciosos volúmenes escritos por el Testimonio de Jesús... Para mí, hermano Armstrong, eso no fue la obra del Espíritu de Dios" (Carta a William Armstrong, 18 septiembre 1923; en Document File 53, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).



F. M. Wilcox

Es también desafortunado que cuando se menciona a A. T. Jones en la literatura moderna, frecuentemente se acompañe de un breve comentario despectivo, gracias en parte a los años que llevan presentándolo negativamente algunos historiadores adventistas. Este es el informe de un ejemplo de ese tipo de

representación falsa, que tuvo lugar en la celebración del reciente 150 aniversario de la organización formal adventista: “Bill Knott, redactor y editor ejecutivo de las revistas *Adventist Review* y *Adventist World*... disertó sobre las vidas y carreras eclesiásticas de Hull, adventista sólo por seis años, y de A. T. Jones, cuya implicación se extendió por décadas, e incluyó algunos de los roles más influyentes en la iglesia. No obstante, a pesar de toda su energía y destreza, ‘la mente que nunca pudo captar los matices de gris rehusó igualmente recibir el consejo de alguien que se apellidara White’, explicó Knott, refiriéndose al abundante consejo que la co-fundadora adventista Ellen White dio a Jones” (Mark A. Kellner and Elizabeth Lechleitner, “Adventist Leaders Hear Fresh Perspectives on Adventist Church History,” *Adventist World*, junio 2013, 6-7). Otro ejemplo típico se encuentra en un devocional anual, “Lecturas matinales para adultos”, publicado para España en 2015: “Desde los orígenes del movimiento adventista, ha habido personajes que se han concentrado en el rechazo y los ataques contra el ministerio profético de Elena White: Dudley M. Canright, John H. Kellogg, Albion F. Ballenger, *Alonzo T. Jones*, Ronald L. Numbers y Walter T. Rea, entre otros. Todos han tratado de desacreditar a Elena White negando la revelación e inspiración del Espíritu Santo en sus escritos” (*Pero hay un Dios en los cielos*, 201, lectura para el 14 de julio; original sin cursivas). Paradójicamente, ese mismo año, en España se prefirió publicar ese libro devocional, en lugar del que se proporcionó al resto del mundo hispanohablante: *Maranatha, el Señor viene*, cuya autora es la supuestamente atacada / defendida Ellen White.

Esa artillería indiscriminada dirigida contra Jones no añade mucho a las pretendidas “frescas perspectivas en la historia eclesiástica del adventismo”, ni tiene en cuenta las veces en que Jones se arrepintió prestamente tras recibir consejo de Ellen White. ¿Por qué esa inclinación a presentar a Jones en la peor luz posible?

Pero Jones se no paró ahí en su arrepentimiento, sino que hizo todo cuanto pudo para corregir personalmente el error que había cometido. Tras haber recibido el Testimonio de Ellen White “detuvo inmediatamente la circulación de los testimonios de Rice, pidiendo que fueran devueltos y quemados” (L. T. Nicola a O. A. Olsen, 2 marzo 1894). Jones se dirigió asimismo a varios de los hermanos dirigentes en la iglesia de Battle Creek, comunicándoles que “Ellen White había condenado la obra de Anna Rice”. Se dispuso a hacer pública la totalidad del Testimonio que Ellen White le había enviado, pero le pareció prudente recabar primeramente el consejo de los hermanos dirigentes durante el consejo de primavera, a fin de evitar “causar un

mal mayor al intentar remediar el asunto, del que hizo al promover los testimonios” de Rice (F. M. Wilcox a D. A. Robinson, 8 marzo 1894; en Document File 363a, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office).

W. W. Prescott respondió de igual forma cuando se le pasó una copia de la carta de Ellen White estando él en Walla Walla, Washington, a finales de febrero. S. N. Haskell informó de que Prescott “aceptó inmediatamente el Testimonio y dijo: ‘Ahora mismo me dispongo a deshacer en la medida de lo posible todo cuanto haya hecho en su favor’” * (S. N. Haskell a Ellen G. White, 31 marzo 1894; en Ellen G. White Received Letters File).

Nota 34: La carta de Ellen White llegó el día en que Prescott había planeado leer uno de los testimonios de Rice a la facultad y estudiantes del colegio Walla Walla, cambiando sus planes de forma correspondiente. Ver también S. N. Haskell a Ellen White, 9 marzo 1894).

Tanto Jones como Prescott escribieron cartas a Ellen White pidiendo disculpas por los problemas que habían causado, solicitándole consejo y evidencias en los testimonios de Rice que debieran haberlos alertados de los peligros.

Nota 35: Desgraciadamente no parecen conservarse esas cartas de Jones y Prescott a Ellen White. No obstante, se las menciona o referencia en las cartas siguientes: Ellen G. White a W. W. Prescott y A. T. Jones, Carta 68, 16 abril 1894; en *Manuscript Releases*, vol. 14, 184; Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 38, 14 abril 1894; en *The Kress Collection*, 33; A. T. Jones a Anna C. Rice, 24 mayo 1894.

Debe observarse que Jones y Prescott no fueron los únicos en recibir el consejo de Ellen White. La propia Anna Rice, la señora Rice y hasta cierto punto el pastor J. D. Rice, aceptaron el reproche de Ellen White: “Las supuestas visiones de Anna Rice cesaron inmediatamente. Más tarde fue una fiel obrera bíblica y sirvió por muchos años a la denominación” (Glen Baker, “Anna Phillips -Not Another Prophet,” *Adventist Review*, 20 febrero 1986, 10).

Glen Baker llega a declarar que “el pastor Jones y Anna Rice podían fácilmente haberse culpado mutuamente, pero nunca lo hicieron; al contrario, mantuvieron su amistad por muchos años. Tras aceptar la reprensión de Ellen White, el pastor Jones escribió al menos dos cartas de apoyo y consuelo a Anna para fortalecer su fe y asegurarle su amistad. Tal demostración de amabilidad indudablemente

la ayudó a mantenerse durante aquel período difícil y contribuyó a que viniera a ser una obrera de éxito para la iglesia” (Ibid).

George Knight presta también atención a la forma en que Jones trató a Anna Rice tras aquel episodio: “Jones demostró ser una persona verdaderamente responsable y atenta ante la mayor víctima de todo el episodio: Anna Rice... Le mostró lo mejor de él, no sólo como persona solícita, sino también como cristiano valiente” (1888 to Apostasy: The Case of A. T. Jones, 111-112). No obstante, ante una respuesta en defensa de Jones, en una revisión del citado libro por parte de Dennis Hokama, Knight muestra sus auténticas intenciones: “[Hokama] no captó mis sospechas de que Jones consoló a Rice, no tanto por galantería, como por el hecho de que nunca desaprovechaba la ocasión para una confrontación pública... Jones medró en las causas impopulares durante toda su carrera” (George R. Knight, “A Spark in the Dark: A Reply to a Sermonette Masquerading as a Critique, George Knight Answers Hokama”, *Adventist Currents*, abril 1988, 44).

Ellen White recordó posteriormente a Jones la forma en que él había expresado “profundo pesar por la parte” que había desempeñado en ese movimiento imprudente, acudiendo a ella en busca de “instrucción”, a fin de “poder evitar siempre errores como aquel” (Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 242, 3 julio 1906; in *The Kress Collection*, 33).

Ellen White respondió en parte la cuestión de no haber encontrado “sentimientos particularmente objetables” en los testimonios de Rice, afirmando que “no había nada muy evidente en lo escrito”. Continuó diciendo que “vendrán engaños, y tendrán un carácter tal, que si fuese posible engañarían a los mismos elegidos. Si en esas manifestaciones hubiera inconsistencias marcadas y declaraciones mentirosas que fueran evidentes, no habrían sido necesarias las palabras provenientes de los labios del gran Maestro” (Ellen G. White a W. W. Prescott y A. T. Jones, Carta 68, 16 abril 1894; en *Selected Messages*, vol. 2, 94-95) {106-109}. Reconoció también a Jones que “en esas visiones y sueños parece haber muchas cosas correctas, una repetición de lo que ha estado en el campo por muchos años, pero”, continuó, “pronto se introduce una jota aquí, un pequeño error allá, una simple semillita que se arraiga y florece, y en consecuencia muchos resultan contaminados”. De esa forma intentaba Satanás introducir sus engaños en la iglesia, al mismo tiempo que podía socavar y desacreditar la obra de reavivamiento y reforma instigada por la manifestación

genuina del Espíritu Santo. Jones y Prescott procurarían ahora deshacer y eliminar la confusión que habían causado.

Por desgracia no todo se podía deshacer, incluyendo el reproche que sufriría la obra encomendada a Jones, Waggoner y también a Prescott. Ahora, esa “cierta clase” que “siempre se había mantenido en las sospechas y la oposición”, según predijo Ellen White, se iba a “sentir justificada en sus antiguas ideas y celos, en su actitud de acecho y sospecha” (Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 37, 14 enero 1894; sección no publicada de la carta). En contraste, algunos hombres, tales como F. M. Wilcox y S. N. Haskell no dudaron en reconocer que eran igualmente vulnerables a la equivocación (F. M. Wilcox a N. Z. Town, 8 marzo 1894; S. N. Haskell a Ellen G. White, 26 mayo 1894; en Ellen G. White Received Letters File). Haskell sugirió incluso que si Prescott y Jones, que carecían de la experiencia de los primeros años del adventismo, hubieran podido consultar con Uriah Smith u otros hermanos veteranos, no habrían cometido la equivocación (S. N. Haskell a Ellen G. White, 20 abril 1894; en Ellen G. White Received Letters File). No obstante, J. N. Loughborough, que era uno de los pioneros veteranos, apoyó inicialmente a Anna Rice. Uriah Smith, por otra parte, era uno de los hermanos que estaba en tal estado de oposición a Jones, Waggoner y Prescott, que al enterarse de la situación y del reproche de Ellen White, lo recibió con alborozo, declarando que “le alegraba ver que ese asunto de Jones recibía una patada en el hocico” (O. A. Tait a W. C. White, 7 octubre 1895; en W. C. White Received Letters File). En Battle Creek no pocos compartían esos sentimientos.

F. M. Wilcox expresó su preocupación porque ese error de Jones y Prescott fuera aprovechado como una excusa para continuar la “lucha” contra los principios de la justicia por la fe y la libertad religiosa que Jones había enseñado. Wilcox afirmó que muchos estaban ya razonando de ese modo sólo dos semanas después que Jones recibiera la carta de reproche de Ellen White (F. M. Wilcox a A. T. Jones, 1 marzo 1894). O. A. Olsen expresó una preocupación similar a W. C. White, afirmando que “cualquier equivocación cometida por [Jones y Prescott] es magnificada por los del otro bando... y por supuesto, el enemigo va a aprovecharse todo lo que pueda de tales asuntos” (O. A. Olsen a W. C. White, 31 mayo 1894; en W. C. White Received Letters File). Olsen informó también a Ellen White que le parecía que “nada podría complacer más a Satanás en este momento concreto, que destruir la fuerza” del

poderoso testimonio de Jones y Prescott (O. A. Olsen a Ellen G. White, 16 abril 1894; en Ellen G. White Received Letters File).

S. N. Haskell expresó a Ellen White pensamientos similares: “No creo que haya dos personas que lamenten más profundamente que Jones y Prescott lo sucedido. Creo que se han arrepentido sinceramente y han hecho todo cuanto estuvo a su alcance para contrarrestar su influencia lo mejor que han sabido. Espero sinceramente desde lo profundo de mi alma que nuestros hermanos no se lancen sobre ellos dos” (S. N. Haskell a Ellen G. White, 22 abril 1894; en *Manuscript and Memories of Minneapolis*, 275-276). Ellen White respondió a tales preocupaciones escribiendo una respuesta de quince páginas a S. N. Haskell para intentar evitar esa temida reacción:

No tengo más que tiernos sentimientos hacia [Anna Rice]. Estoy realmente apenada por ambos, el hermano Prescott y el hermano Jones... Hoy tengo más confianza en ellos de la que he tenido en el pasado, y creo plenamente que Dios será su ayudador, su consuelo y esperanza...

Tengo los sentimientos más amables hacia nuestros hermanos que han cometido esa equivocación, y quisiera decir que a quienes menosprecian a los que aceptaron el reproche se les va a permitir que atraviesen una prueba que hará manifiesta su propia debilidad personal y sus defectos de carácter. Los hermanos Jones y Prescott son los mensajeros escogidos por el Señor, amados por Dios. Han cooperado con Dios en la obra para este tiempo. Si bien no puedo apoyar sus errores, estoy en simpatía y unión con ellos en su obra general... Esos hermanos son embajadores de Dios. Han sido rápidos en captar los brillantes rayos del Sol de justicia, y han respondido impartiendo la luz celestial a otros. Si es que han temido rehusar aquello que tenía apariencia de ser luz, si se han adherido en demasía a lo que era engañoso creyendo que era el consejo de Dios, ¿debiera alguien disponerse a señalar su falta, a criticarlos o a quejarse, siendo que ahora reconocen que no fueron tan cuidadosos como debieron ser para distinguir la tendencia de un testimonio que tenía la apariencia de ser divino? (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 27, 1 junio 1894; en *1888 Materials*, 1240, 1241-1242).

Ellen White sugirió también que aquella experiencia podía demostrar ser de gran beneficio para Jones, Prescott y para otros que habían puesto a estos “donde sólo Dios debe estar”. Algunos habían aceptado demasiado fácilmente todo cuanto se les dijera sin estudiarlo ni buscar con esmero el consejo de Dios para ellos mismos. Pero cuando Ellen White comparó las acciones de Jones y Prescott con las de quienes habían estado luchando contra la verdad por tanto tiempo, para nada excusó la continua rebelión de estos últimos:

¿Van a endurecerse en su resistencia a la luz y disculpar su dureza de corazón -que no les ha traído más que tinieblas y el desagrado de Dios- aquellos que han estado rechazando de forma manifiesta la luz, rehusando aceptar al Espíritu Santo debido a que algunos otros hermanos que han recibido la luz del Espíritu Santo de Dios han dado un paso equivocado?...

En la presentación del mensaje actual se ha tenido que pelear cada centímetro de terreno, y algunos no se han reconciliado con la providencia de Dios, quien ha seleccionado a los hombres adecuados para llevar este mensaje especial. Preguntan: ¿Por qué no ha escogido a los hombres que han estado por años en la obra? La razón es porque él sabía que esos hombres que tenían una gran experiencia no habrían hecho la obra según el camino de Dios y según él ha dispuesto. Dios ha escogido a los precisos hombres que él quería, y tenemos razón para estarle agradecidos porque esos hombres hayan llevado adelante la obra fielmente y por ser los portavoces de Dios. El Señor les ha enviado ahora un aviso debido a que no han visto todas las cosas claramente, debido a haberse puesto en peligro, ... gracias al Señor porque no resistieron el mensaje de advertencia que el Señor vio oportuno enviarles, y de esa forma no han cometido el grave error de quienes han estado resistiendo por años el Espíritu de Dios...

No saquen ventaja del error de sus hermanos quienes han sido negligentes en recibir la luz y la verdad; no los señalen con el dedo ni hablen palabras vanas debido a que los escogidos de Dios han sido demasiado vehementes en sus ideas y han llevado ciertos asuntos con demasiada determinación.

Necesitamos una vehemencia tal, pues nuestra obra no es una obra pasiva, sino agresiva...

Los agentes escogidos de Dios se habrían alegrado en asociarse con los hombres que se mantuvieron alejados de ellos, cuestionando, criticando y oponiéndose. Si hubiera existido unión entre esos hermanos, tal como Cristo enseñó que debía haber entre sus discípulos, se habrían evitado algunas equivocaciones y errores que han ocurrido. Pero si los hombres que debieron emplear su influencia en hacer avanzar la obra han estado obrando para impedirla y han ocurrido equivocaciones que no se habrían dado en caso de haberse mantenido en sus puestos del deber, ¿a quiénes tendrá Dios por responsables de esos últimos errores? -Precisamente tendrá por responsables a quienes debieron haber estado recogiendo luz, y en unión con los centinelas fieles en estos días de peligro. Pero ¿dónde estuvieron? -En la posición de quienes no reciben luz para ellos mismos e interceptan la luz que Dios quisiera enviar a otros (Ibid., 1242, 1245-1248).

Por consiguiente, la culpa recaía en quienes habían estado luchando contra la verdad por tanto tiempo, que de otra forma hubieran sido capaces de beneficiar con su experiencia a Jones y Prescott. Un asunto, no obstante, preocupaba a Ellen White más que cualquier otro: el de identificar las manifestaciones verdaderas del Espíritu Santo con el fanatismo, intentando excusar una actitud como esa debido al error de Jones y Prescott:

Lo que es esencial para la promulgación de la verdad es el don del Espíritu Santo, que ha de guiar, conducir y guardar el alma del poder engañoso de Satanás en estos últimos días de trampa y engaño. El Espíritu Santo ha de hacer en favor de las inteligencias humanas una obra que las mentes comprenden aún escasamente. Ante nuestra vista se han de abrir nuevos aspectos de la verdad. Se aprecian muy escasamente las riquezas de la palabra de Dios. A menos que el Espíritu Santo haga su obra en el corazón humano, el carácter no se desarrollará según la similitud divina...

Como en el día de Pentecostés, el bautismo del Espíritu Santo llevará a un reavivamiento de la religión verdadera, a la visitación de ángeles y a la

realización de muchas obras maravillosas. Vendrán a nuestro medio inteligencias celestiales y los hombres hablarán movidos por el Espíritu Santo de Dios. Pero si el Señor obrara entre los hombres tal como lo hizo en el día de Pentecostés y después de él, muchos que ahora hacen profesión de creer la verdad saben tan poco sobre la operación del Espíritu Santo, que clamarían: “Cuidado con el fanatismo”. Dirían de quienes estuvieran llenos del Espíritu: “Estos hombres están borrachos con vino nuevo”... El gran pecado de quienes profesan ser cristianos es que no abren el corazón para recibir el Espíritu Santo. Cuando las almas anhelan a Cristo y procuran ser uno con él, aquellos que están satisfechos con una forma de piedad exclaman: “Tened cuidado, no vayáis a los extremos”...

Sé que el Señor ha obrado con su propio poder en Battle Creek. Que nadie procure negar eso, ya que al hacer tal cosa pecará contra el Espíritu Santo. El hecho de que pueda haber necesidad de avisar y precaver a cada uno para que camine atentamente y en oración a fin de que la influencia engañosa del enemigo no los aparte de la Biblia, no debe hacer suponer que Dios no va a manifestar su poder entre su pueblo creyente... “Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria”. Algunas almas verán y recibirán la luz; pero quienes han estado por largo tiempo resistiendo la luz debido a que esta no vino precisamente de acuerdo con sus ideas, estarán en peligro de llamar tinieblas a la luz, y luz a las tinieblas (Ibid., 1249-1251 y 1254-1255).

Tristemente, nada de lo que dijo Ellen White detuvo en aquel tiempo a algunos que continuaban expresando su opinión de que los reavivamientos de 1892 y 1893, con sus manifestaciones del Espíritu Santo, fueron simplemente resultado del fanatismo y la excitación. Y desgraciadamente, esa sigue siendo la noción que se expresa y promueve hoy.

Nota 49: George Knight ha venido repitiendo esa acusación por más de veinticinco años, afirmando que el reavivamiento de 1892-1893 estuvo basado en la excitación fanática, como resultado de que Jones y Prescott interpretaron falsamente la declaración de Ellen White del 22 de noviembre, que a su vez fue consecuencia de aceptar a Anna Rice como profetisa: “Fueron Jones y Prescott,

y no la Sra. White, quienes suscitaron *la excitación de 1893 hasta alcanzar grandes proporciones* mediante una exégesis de la declaración que ella hizo en noviembre de 1892, según la luz de la interpretación de ellos relativa a la formación de la imagen de la bestia en el verano de 1892... [Uno] se enfrenta al hecho brutal de que el *fácilmente excitable Jones* no era un líder totalmente fiable en 1893. Incluso si tenía un mensaje oportuno centrado en Cristo, también había aceptado visiones de Anna Rice y habría presentado sus testimonios como un estímulo para el reavivamiento en su mensaje del fuerte pregón de la asamblea de la Asociación General de 1893 si Olsen no le hubiera impedido hacerlo... Nunca debemos olvidar que tenía *el problema perenne del extremismo*... Tras la debacle de Rice, Ellen White llamaría al adventismo a huir de *enfocarse en la excitación* y a regresar al evangelio de la salvación tal como se lo encuentra en la Biblia” (*From 1888 to Apostasy*, 100-101; original sin cursivas).

“Esa conclusión nos retrotrae a la declaración de Ellen White del 22 de noviembre de 1892, que dice que el fuerte pregón comenzó en 1888. Dado que esa cita sirvió como punto focal a *la excitación de la lluvia tardía* en los encuentros de 1893, merece un análisis detenido... Un segundo asunto... ‘la ahora famosa declaración’ del 22 de noviembre no la hizo ‘famosa’ Ellen White, sino Jones, Prescott y sus seguidores de aquellos días sobre el significado de la declaración del fuerte pregón... Uno queda con la inconfundible impresión de que la ‘ahora famosa declaración’ fue tremendamente exagerada en *la excitación de aquellos tiempos*” (*Angry Saints*, 126-127; original sin cursivas).

“Desgraciadamente, el exuberante Jones leyó equivocadamente aquella declaración: confundió el fuerte pregón (un mensaje) con la lluvia tardía (el poder para impulsar el mensaje) y *orquestó toda una excitación escatológica* en la asamblea de la Asociación General de 1893. Parte de la razón de la *excitación* de Jones es que había aceptado ya a Anna Rice como a una segunda profetisa adventista, y por consiguiente el ministerio de ella como señal del derramamiento del Espíritu Santo. Desgraciadamente ella demostró ser una falsa profetisa, pero tal cosa no resultó evidente antes que Jones y Prescott hubieran agitado el adventismo al respecto en 1893 y 1894. Jones, en su *entusiasmo característico*, había fallado no sólo en discernir el problema de Anna Rice sino también en la no tan sutil diferencia entre el fuerte pregón y la lluvia tardía” (*A Search for Identity*, 109; original sin cursivas).

“Contrariamente a esa interpretación [de que 1893 marcó la retirada del don celestial de la lluvia tardía], *los hechos indican que Jones y Prescott habían estado ‘engañados’ antes del comienzo de las reuniones de 1893... Hemos de*

volver a enfatizar que ni Jones ni Prescott eran guías totalmente fiables en asuntos del Espíritu Santo en el tiempo de las reuniones de 1893. Si bien desconocemos todas las razones para la demora en la segunda venida, aparentemente no fue un rechazo de la versión de A. T. Jones de la lluvia tardía en 1893” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 128; original sin cursivas).

4. Se llama fanatismo al derramamiento del Espíritu Santo

De entre todas las tácticas que Satanás empleó para descarrilar el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón, sus planes demoníacos conocieron el mayor éxito al incitar a los que ocupaban puestos de responsabilidad a que identificaran los reavivamientos de la semana de oración en 1892 y del congreso de la Asociación General en 1893 como meros resultados de la excitación fanática, del extremismo y del fanatismo. Identificar la obra del Espíritu Santo con el fanatismo en Minneapolis en 1888 había traído cuatro años de lucha, conflicto, rebelión y demora. Ahora el llamado al arrepentimiento de Laodicea había sido visitado por manifestaciones del Espíritu Santo, especialmente durante 1892 y 1893. Responder a tales manifestaciones con las mismas acusaciones de excitación, extremismo y fanatismo demostraría ser desastroso para el movimiento remanente de Dios.

Uriah Smith, J. H. Kellogg y muchos otros hicieron acusaciones como las señaladas en contra de los reavivamientos (Ver, por ejemplo, Gilbert M. Valentine, *William Warren Prescott: Seventh-day Adventist Educator*, Andrews University dissertation, 148). Probablemente unos cuantos compartieron el mismo punto de vista, favorecido porque algunos, como Stanton y Caldwell, habían tomado una posición extrema al llamar Babilonia a la iglesia en 1893. Algunos adoptaron aquella acusación de fanatismo al ver la mundanalidad que siguió a los reavivamientos de 1892-1893. Otros repitieron acusaciones similares en 1894 debido al error de A. T. Jones y Prescott de promover las visiones de Anna Rice. No obstante, muchos otros simplemente continuaban aprobando aquellas acusaciones que ya venían albergando desde hacía tiempo en su rebelión continuada contra Jones, Waggoner y ahora Prescott, y contra el mensaje de la justicia por la fe enseñado desde 1888. Ellen White dio respuesta a todas esas excusas.

En julio de 1893 J. H. Kellogg se quejó a W. C. White respecto a los eventos de antes y durante la asamblea de la Asociación General de 1893, junto a sus continuas preocupaciones relativas a Jones, Waggoner y Prescott. Declaró que “por un corto período previo a la asamblea hubo un tiempo de mucha excitación y sensacionalismo entre los estudiantes del colegio, y las cosas se desarrollaron por cierto tiempo bajo una fuerte presión”. Por supuesto, Kellogg “no promovió un esfuerzo parecido” en el sanatorio, dado que “nunca había visto resultados positivos en ese tipo de obra, y el resultado en el colegio no superaba lo que era habitual”. En respuesta a la condición espiritual decadente en el colegio, Kellogg ofreció a White su propia opinión sobre la causa: “Estoy seguro de que cuando se ha calentado el acero hasta el rojo blanco tras someterlo a la plena fuerza del horno y el fuelle, es muy difícil calentarlo aún más. Es imposible mantener un interés religioso perpetuamente en el calor febril. Tiene que darse una reacción”. En realidad Kellogg consideraba los movimientos de los pasados meses como el resultado de la excitación y el fanatismo (J. H. Kellogg a W. C. White, 17 julio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 264-265).

Pero el postulado de Kellogg se debía en parte a la tensión continuada que existía entre él y los hermanos en el ministerio respecto a la obra médico-misionera. En su carta a W. C. White aprovechó también la oportunidad para expresar su desagrado con parte del contenido de cartas que había recibido recientemente, tanto de W. C. White como de la madre de este, que le habían advertido por su actitud negativa hacia Jones, Waggoner y Prescott. Por ejemplo, en enero de 1893 Ellen White había expresado claramente a Kellogg sus preocupaciones: “Mi hermano, no me agrada que tenga esos sentimientos hacia los hermanos Waggoner, Jones y Prescott. Si esos hombres hubieran tenido la cooperación de nuestros hermanos en el ministerio y estos hubieran trabajado hombro con hombro con ellos, la obra habría avanzado en años respecto a donde ahora está. No complace al Señor que usted retenga los sentimientos que alberga en estos asuntos. Usted tiene una rama especializada de la obra, que es su parte en la viña, y la ha de cultivar de acuerdo con su habilidad. Y a esos hombres, Dios les ha asignado su obra” (Ellen G. White a J. H. Kellogg y esposa, Carta 86a, enero 1893; en *1888 Materials*, 1147).

La respuesta de Kellogg a W. C. White se puede calificar de cualquier cosa, excepto de aceptación: “Lamento comprobar en su carta que de alguna forma tiene una

impresión equivocada sobre mi influencia... No he sido un opositor a la obra del pastor Jones y el profesor Prescott... Nunca he estado del lado de la oposición. Por lo que me ha escrito, y por la carta de su madre, parece evidente que alguien les ha transmitido una falsa impresión respecto a mi posición... No me gusta que se me vea en una actitud de opositor, de amargo y celoso perturbador de la paz, cuando esa no es de forma alguna mi actitud. Puedo estar tan ciego como para no discernir los hechos. Si lo soy, estaré encantado de que se me señalen los hechos". Pero el problema es que tanto W. C. como Ellen White le habían señalado a Kellogg los "hechos", y él no había estado interesado en escucharles adecuadamente * (J. H. Kellogg a W. C. White, 17 julio 1893; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 264-265 y 267).

Nota 53: Dios había confiado al Dr. Kellogg un conocimiento práctico de la obra médico-misionera que debía contar con el soporte y sostenimiento de la iglesia. Él había hecho ocho presentaciones sobre la obra médico-misionera en la asamblea de la Asociación General de 1893. Pero presumiblemente su oposición a Jones, Waggoner y Prescott previamente a la asamblea le llevó a manifestar puntos de vista opuestos respecto al fuerte pregón, especialmente en su quinta y sexta presentaciones: "Luz especial sobre la obra médico-misionera". En ellas Kellogg expresó incredulidad en que el fuerte pregón pudiera haber comenzado, tal como Ellen White había declarado de forma inconfundible en noviembre del año anterior, debido a que la iglesia no se había implicado *primeramente* en la obra médico-misionera tal como él la estaba presentando" (*The Medical Missionary Extra*, no. 1, marzo 1893, 19-34).

Como ha señalado el Dr. Bischoff, "el mensaje del evangelio es lo que *lleva* a la conversión, *antes* de que exista posibilidad alguna de que vivamos en armonía con la ley". Así, al considerar las referencias de Kellogg al fuerte pregón en la asamblea de 1893, "notamos confusión en el orden" de los eventos. Kellogg "no apreció como debiera la raíz del evangelio". Si bien "Kellogg reconoció correctamente una ausencia de benevolencia [obras] y observancia de la ley, dejó de ver la incredulidad en los mensajes del evangelio como siendo la razón misma de esa carencia". En consecuencia, la debilidad de Kellogg "al no confesar el comienzo del fuerte pregón, reveló incredulidad en la declaración explícita que EGW hizo el otoño precedente", al efecto de que "el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo" (1888 *Materials*, 1073). Su "comprensión del significado de lo que ya había comenzado era tristemente deficiente", y su "fracaso en comprender el fundamento de la salvación [como] 'lo que es más importante que conozcamos', desvirtuó

efectivamente la totalidad de su obra de benevolencia”. El Dr. Bischoff concluye así: “Debemos afrontar el poder que hubo en el *comienzo* del fuerte pregón y reconocer que la falta de una respuesta de fe a aquel mensaje es lo que perpetúa la condición laodicense, ya que el fuerte pregón incluía una proclamación del mensaje a Laodicea” (“Reflections on Kellogg’s View of the Loud Cry in His 1893 Talks” -reflexiones sobre el punto de vista de Kellogg sobre el fuerte pregón, en sus charlas de 1893- 2013; en <<http://www.fredbischoff.com/wp-content/uploads/2013/08/Kellogg-Loud-Cry.pdf>, 1, 7, 6, 2, 6, cursivas en original>, consultado el 4 de enero de 2014).

La resistencia de Kellogg al mensaje del fuerte pregón y subsecuentemente a los mensajeros, impidió la implementación de la obra especial que se le había asignado. Su tardanza en aceptar los reproches de Ellen White al respecto lo llevaría finalmente a la ruina. Exploraremos ese tema en mucho mayor detalle en la serie *El retorno de la lluvia tardía*. Mientras tanto, baste con desear que cuando abordamos hoy la tarea de promocionar la gran obra médico-misionera que Kellogg enfatizó, no lo hagamos tal como él lo hizo en 1893: procurando socavar *el comienzo del mensaje del fuerte pregón* de 1888.

Otros adolecían de una condición similar. Si es que los artículos de Ellen White en la *Review* del mes siguiente al encuentro de la Asociación General fueron indicativos de la causa real de los problemas en Battle Creek, Kellogg y otros no tenían dónde sustentar sus argumentos. Ellen White estaba preocupada por América, pero especialmente en Battle Creek, donde “se habían provisto para el pueblo ricos banquetes”. Las personas sintieron convicción de tener que ser obreros con Dios, pero no se convirtieron necesariamente a esa idea. Se había presentado la verdad de aquel preciso tiempo, y había sido “testificada por el poder del Espíritu Santo. Se ha mostrado claramente que en la justicia de Cristo está nuestra única esperanza de tener acceso al Padre. Cuán simple, cuán claro se ha presentado el camino de la vida para quienes tienen la disposición a andar por él”. Sin embargo, ¿haría alguna diferencia que se proporcionara mayor evidencia? ¿Significó la mayor evidencia una diferencia para los judíos?

¿Rompería las barreras interpuestas entre la verdad y el alma una evidencia mayor y manifestaciones más poderosas? -No. Se me ha mostrado que se ha dado evidencia suficiente. Quienes rechazan la evidencia que ya se ha presentado no resultarían convencidos por pruebas

más abundantes. Son como los judíos... En nuestro día hay menos excusa para la terquedad e incredulidad de la que hubo para los judíos en los días de Cristo. No tenían a su disposición el ejemplo de una nación que hubiera sufrido la retribución por su incredulidad y desobediencia. Pero nosotros disponemos de la historia del pueblo escogido de Dios que se separó de él y rechazó al Príncipe de la vida...

Muchos dicen: “Si hubiera vivido en los días de Cristo, no habría tergiversado sus palabras ni habría interpretado falsamente su instrucción. No lo habría rechazado ni crucificado tal como hicieron los judíos”; pero eso se demostrará en la forma en que tratáis su mensaje y a sus mensajeros hoy. El Señor está probando hoy a las personas tanto como probó a los judíos en su día. Cuando envía sus mensajes de misericordia, la luz de su verdad, os está enviando el Espíritu de verdad, y si aceptáis el mensaje, aceptáis a Jesús. Quienes afirman que de haber vivido en los días de Cristo no habrían actuado como hicieron los que rechazaron su misericordia, van a ser probados hoy. Los que viven en nuestros días no son tenidos por responsables de los hechos de quienes crucificaron al Hijo de Dios; pero si con toda la luz que brilló sobre su pueblo en lo antiguo delineada ante nosotros volvemos a transitar su mismo camino, si acariciamos el mismo espíritu y rehusamos recibir reprensión y advertencia, nuestra culpabilidad se verá grandemente incrementada, y la condenación que cayó sobre ellos lo hará igualmente sobre nosotros, solamente que en una medida mayor, por cuanto nuestra luz es mayor en nuestro siglo de lo que lo fue en el suyo (Ellen G. White, “Address to the Church”, *Review and Herald*, 11 abril 1893).

Una semana después, Ellen White concluyó su artículo comparando la historia de los judíos con el tratamiento dispensado modernamente a su mensaje y mensajeros. Citó muchas secciones de la súplica que hizo Cristo a los judíos desde la cresta de la colina mientras divisaba Jerusalem. No obstante, el clamor de Cristo fue desoído por los judíos incrédulos, quienes sólo vieron en él a un impostor. ¿Cuál sería el caso del pueblo remanente de Dios?

Los que están llenos de incredulidad pueden discernir las cosas más pequeñas que tengan una apariencia objetable, y contemplando el rasgo objetable pueden perder de vista toda la evidencia que Dios ha dado al manifestar su abundante gracia y poder al revelar preciosas gemas de verdad de la mina inagotable de su palabra. Pueden observar el átomo objetable bajo la lupa de su imaginación hasta convertir ese átomo en un mundo, desechando de su vista la preciosa luz del cielo. Pero en lugar de prestar atención a lo que les parece objetable, ¿por qué no traer ante el alma las preciosas cosas de Dios? ¿Por qué menospreciar las cosas de valor precioso mientras que se magnifica lo que carece de valor? ¿Por qué prestar tanta atención a lo que os parece objetable en el mensajero y despachar todas las evidencias que Dios ha dado a fin de que la mente se equilibre respecto a la verdad?

Teniendo ante nosotros la historia de los hijos de Israel, prestémosle oído y que no se nos encuentre cometiendo los mismos pecados, siguiendo en el mismo curso de incredulidad y rebelión (Ellen G. White, “Address to the Church, -concluded-”, *Review and Herald*, 18 abril 1893).

Una incredulidad tal en el mensaje que Dios envió fue a menudo acompañada de acusaciones de excitación o fanatismo, lo que no logró sino empeorar la condición laodicense. Hacia octubre de 1893, Ellen White escribió a W. W. Prescott en respuesta a preocupaciones relativas al estado decadente del colegio y la obra en Battle Creek. Abordando la cuestión de cuán genuino fue el derramamiento del Espíritu Santo en la asamblea de la Asociación General de 1893, declaró inequívocamente que “todas las revelaciones de Dios en la asamblea, las reconozco como proviniendo de él. No osaré decir que esa obra fuera excitación y entusiasmo infundado. No, no. Dios se acercó a vosotros, y el Espíritu Santo os reveló que tenía un cielo lleno de bendiciones, *incluyendo luz para alumbrar al mundo*” * (Ellen G. White a W. W. Prescott, Carta 47, 25 octubre 1893; en *Manuscript Releases*, vol. 10, 346; original sin cursivas).

Nota 56: La implicación aquí es el mensaje de Apocalipsis 18:1, en referencia al fuerte pregón bajo la dirección de la lluvia tardía.

Sin embargo Ellen White explicó la forma en que la mundanalidad había hecho incursión, habiendo tenido lugar una “reacción, y en las mentes de muchos quedó un sentimiento de desprecio, una impresión de que pudieron haber sido engañados, de que habían manifestado demasiado celo”. Como es de suponer, tales ideas resultaron magnificadas a resultas de la influencia de quienes habían estado cuestionando todo el tiempo el movimiento:

Si se hubiera apreciado como era debido la manifestación del Espíritu Santo, habría cumplido para el receptor aquello que Dios había dispuesto: una buena obra en el perfeccionamiento del carácter a semejanza del de Cristo. Pero hubo una falta de consagración a Dios, una falta de abnegación y de humillación, y mediante una aplicación incorrecta y una malversación, se ha producido duda e incredulidad. Se llega incluso a cuestionar si la obra es de Dios, o si es una oleada de fanatismo. ¡Y Satanás está exultante! (Ellen G. White a W. W. Prescott, Carta 46, 5 septiembre 1893 y Carta 47, 25 octubre 1893; en *Selected Messages*, vol. 1, 132-133 {153-155}; y en “A Sheaf of Correspondence Between E. G. White in Australia and W. W. Prescott Regarding School Matters at Battle Creek, Particularly Sports and Amusements”, Ellen G. White Estate Shelf Documents, No. 249a, 3-7, en <<http://drc.whiteestate.org/files/130.pdf>>, consultada 25 noviembre 2011).

Escribiendo poco tiempo después a Uriah Smith, quien había acusado él mismo de fanatismo a los reavivamientos de 1892-1893, Ellen White le advirtió estrictamente en contra de tomar un curso de acción como el suyo: “Se me han enviado informes escritos en relación a los movimientos del Espíritu de Dios en la última asamblea y en el colegio, que indican claramente que debido a que no se ha vivido a la altura de esas bendiciones, las mentes se han confundido, de forma que se ha llamado excitación a lo que fue luz del cielo. Me entristece que el asunto se perciba de esa manera. Debemos ser muy cuidadosos en no contristar al Espíritu Santo de Dios al atribuir a alguna clase de fanatismo lo que es la ministración del Espíritu Santo”. Ellen White sabía que “Dios había obrado de una forma notable” y advirtió que nadie “se aventurara a decir que no se trata del Espíritu de Dios”. De hecho, dio este consejo: “Estamos precisamente autorizados a creerlo y a orar por ello, pues Dios

está más deseoso de dar el Espíritu Santo a quienes se lo piden, que los padres a dar buenas dádivas a sus hijos”.

Ellen White explicó a Smith que Satanás había hecho caer en la tentación a muchos, que “podía sugerir a muchas mentes que la luz enviada del cielo era sólo fanatismo, excitación”. Pero las condiciones de deterioro de Battle Creek no se debían “al fanatismo, sino a que quienes recibieron las bendiciones no habían anunciado las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable”. Ellen White estaba ahora preocupada porque cuando Dios envía su Espíritu Santo “están aquellos que no entienden sus movimientos ni cómo apreciar la gloria de Dios que brilla sobre ellos, y a menos que discernan la obra del Espíritu de Dios, llamarán tinieblas a la luz, y elegirán las tinieblas antes que la luz”. Ellen White lamentó una condición como esa: “He estado atemorizada, terriblemente atemorizada de que aquellos que sintieron los brillantes rayos del Sol de justicia -pues no tengo la menor duda de que recibieron el Espíritu Santo- llegaran a la conclusión de que las bendiciones celestiales de Dios son un engaño” (Ellen G. White a U. Smith, Carta 58, 30 noviembre 1893; en *1888 Materials*, 1210-1213).

En algunos artículos de la *Review* publicados a comienzos de 1894 se publicó el consejo de Ellen White relativo a la obra de la educación en Battle Creek. En esa serie de artículos, obviamente escritos en 1893, Ellen White continuó compartiendo el consejo de Dios relativo al riesgo de identificar las verdaderas operaciones del Espíritu Santo con el fanatismo, pero ahora ese consejo se dirigía a la iglesia entera. Indicaba que el “mundo” estaba esperando ver cuál sería “el resultado de la obra de reavivamiento que hubo en el colegio, en el sanatorio, en la oficina de la casa publicadora y entre los miembros de la iglesia en Battle Creek” en 1892 y 1893. Indicó que algunos estaban “ya cuestionando la obra que tan buena fue, y que debió ser altamente apreciada. La están mirando como si fuera cierto tipo de fanatismo”. Admitió que no sería sorprendente que hubiera algún fanatismo que el diablo intentara traer, “ya que dónde y cuándo el Señor obra en dar la bendición genuina, se revela también la falsificación” (Ellen G. White, “Was the Blessing Cherished?” *Review and Herald*, 6 febrero 1894).

Pero el hecho innegable es que Dios había “dado el Espíritu Santo a quienes habían abierto la puerta de sus corazones para recibir el don celestial”. No era ese el tiempo

para “ceder a la tentación, creyendo que habían sido engañados”. Ellen White estaba profundamente preocupada por cómo percibirían las pasadas manifestaciones maravillosas del derramamiento del Espíritu Santo en la iglesia en 1892 y 1893:

El pecado por el que Cristo reprendió a Corazín y Betsaida fue el pecado de rechazar la evidencia que les habría convencido de la verdad si se hubieran sometido a su poder. El pecado de los escribas y fariseos consistió en considerar la obra celestial que se había manifestado ante ellos según las tinieblas de la incredulidad, de forma que cuestionaron la evidencia que debió haberlos establecido en la fe, y consideraron sin valor las cosas sagradas que debieron haber apreciado.

Temo que se haya permitido al enemigo obrar en esas mismas líneas, de forma que algunos han llegado a ver como fanatismo el bien que emanó de Dios, las ricas bendiciones que él dio. Si continúa esa actitud, cuando el Señor haga brillar de nuevo su luz sobre las personas, estas desecharán la iluminación celestial, diciendo: ‘Sentí eso mismo en 1893, y algunos en quienes he tenido confianza afirmaron que aquello era fanatismo’. ¿Acaso no van a estar prestos a denunciar las operaciones del Espíritu de Dios en el futuro aquellos que, habiendo recibido la rica gracia de Dios, toman la posición de que la obra del Espíritu Santo fue fanatismo?... (Ibid.)

Continuando en esa misma línea la siguiente semana, Ellen White explicó cómo Satanás llevaría a quienes habían experimentado el poder del Espíritu Santo en sus vidas a fracasar en su experiencia. Después les convencería de que no sirve de nada intentar “vivir una vida cristiana”. Satanás sugeriría igualmente que “la experiencia que pensasteis que era de Dios sólo fue el resultado de la emoción indebida y del impulso”. Tan pronto como se albergaran tales ideas, afirmó Ellen White, “comienzan a parecer plausibles, de forma que los que debieron obrar de otro modo, los que tuvieron una experiencia dilatada en la obra de Dios, secundan las sugerencias de Satanás y se contristan al Espíritu Santo”. A continuación expresó una advertencia que es aplicable incluso hoy:

Que ni un solo rayo del cielo sea objeto de cuestionamiento y duda. El Señor os ha revelado con gran poder su gracia, misericordia y amor; y los que acusan a la obra de Dios de excitación indebida y la llaman fanatismo

están ciertamente en un terreno peligroso. En caso de no desandar sus pasos, sus conciencias se volverán cada vez menos sensibles y tendrán una apreciación cada vez menor del Espíritu de Dios. Les resultará cada vez más difícil comprender el mensaje de Dios. ¿Por qué? -Porque están pecando contra el Espíritu Santo, y como resultado de su resistencia se colocan allí donde no pueden reconocer al Espíritu de Dios, están disponiéndose en contra de cualquier instrumento que Dios pueda usar para salvarlos de la ruina...

Es peligroso dudar de las manifestaciones del Espíritu Santo, puesto que si se duda de ese agente, no hay poder en reserva que pueda operar en el corazón humano. Los que atribuyen la obra del Espíritu Santo a los agentes humanos, afirmando que estaban animados por una influencia indebida, están separando sus almas de la fuente de bendición. Sea cual sea el pecado, si el alma se arrepiente y cree, se puede lavar la culpa mediante la sangre expiatoria de Cristo; pero quien rechaza las revelaciones del Espíritu de Dios y las atribuye a instrumentos humanos está en peligro de situarse allí donde no vendrán a él el arrepentimiento ni la fe.

Uno rehúsa permitir al Espíritu Santo que ablande su corazón, que lo enterezca y le traiga contrición, y lo que debiera haberlo suavizado se percibe como fanatismo; de esa forma es inducido a rechazar el don celestial. Cualquier plan que Dios pueda disponer para impresionar su corazón será tergiversado mediante esa sugestión de Satanás. El maligno interpone su sombra infernal entre el alma y Dios, y se percibe la obra de Dios como si fuera excitación y engaño. El Espíritu se esfuerza en vano, ya que toda la suficiencia del evangelio es incapaz de sojuzgar el alma y subsanar el error. El hábito de resistirse tiene un arraigo tal, ha interpretado por tanto tiempo la luz como siendo tinieblas y fanatismo, que la obra más manifiesta del Espíritu Santo se convierte para él, mediante su incredulidad, no en un sabor de vida, sino de muerte...

Siento un peso en el alma que no parece aligerarse, sino al contrario, según converso con hombres y mujeres responsables en Battle Creek. En la noche me veo dirigiendo los llamamientos más fervientes a quienes

debieran estar mucho más avanzados de lo que ahora están, debido a la misericordia y la gracia que el Señor les ha concedido (Ellen G. White, “Peril of Resisting the Holy Spirit”, *Review and Herald*, 13 febrero 1894).

El consejo de Ellen White, enviado del cielo, no pudo llegar en mejor momento, dado que la iglesia adventista, particularmente en su sede principal en Battle Creek, habría de afrontar de nuevo el desafío en relación con el mensaje genuino enviado del cielo. No es de extrañar que se agravara el pesar del alma que afectaba a Ellen White.

Material extra sobre la falta de reconocimiento de la lluvia tardía:

“Si es así como reacciona cuando Dios envía el bien, puede estar seguro de que los reavivamientos serán escasos. Cuando venga el Espíritu de Dios se lo llamará ‘fanatismo’ como en el día de Pentecostés” (Ellen G. White, a J. N. Loughborough, J. H. Waggoner, E. J. Waggoner, A. T. Jones, Carta 76, abril 1886; en *Manuscript Releases*, vol. 21, pp. 147-149).

“Algunos están esperando que la lluvia tardía efectúe por ellos la obra que Dios quiere que se efectúe ahora. Desarrollarán una frialdad que les impedirá reconocer la lluvia tardía. Finaliza su tiempo de gracia y son llevados a la tumba sin la preparación para su último cambio. No se prepararon para la cena de bodas del Cordero. ¿Qué eternidad espera a los de esta clase?” (Ellen G. White, sin fecha, MS no publicado 153 [87], Copenague, Dinamarca, 1886; en Lloyd & Leona Rosenvold compilers, “An Adventist Apocalypse”, p. 23).

“Para nosotros es imposible predecir la forma precisa en que va a llegar esta luz adicional. Podría llegar de la forma más inesperada, de la forma en que no armonizara con las ideas concebidas por muchos... ¿Sería correcto cerrar toda avenida en nuestra escuela, de forma que los estudiantes no puedan tener el beneficio de esta luz? No había necesidad de la resolución” (Ellen G. White a R. A. Underwood, Carta 22a, 18 enero 1889; en *1888 Materials*, p. 339).

¿Pensáis que el Vigilante celestial no ve vuestra incredulidad y oposición? ¿Creéis que vuestro ridiculizar y vuestras palabras de burla no volverán a aparecer nunca ante vosotros? Hasta el derramamiento del Espíritu de Dios habéis tratado con desprecio, pronunciando sobre él vuestro juicio impío; y cuando han venido a vosotros los mensajes para que os convirtieseis a Dios, ¡cómo habéis malinterpretado y pervertido el significado de esas palabras!”

(Ellen G. White, "Reflections on the Minneapolis Conference", Carta 14, 12 mayo 1889; en *1888 Materials*, p. 320).

"Los que viven justamente antes de la segunda venida de Cristo pueden esperar una gran medida de ese Espíritu Santo; pero si no velan y oran, volverán al mismo terreno de rechazar el mensaje de misericordia tal como hicieron los judíos en los días de Cristo. (Si es que Dios ha hablado alguna vez a través de mí, algunos de nuestros hombres en el liderazgo están volviendo al mismo terreno)" (Ellen G. White a Madison and Howard Miller, Carta 4, 23 julio 1889; en *1888 Materials*, p. 406).

"Fue mediante la confesión y abandono del pecado, mediante la oración ferviente y la consagración de sí mismos a Dios como los primeros discípulos se prepararon para el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés. La misma obra, sólo que en mayor grado, ha de efectuarse hoy. Entonces, el agente humano solamente tenía que pedir la bendición y esperar que el Señor perfeccionara la obra en su favor. Es Dios quien comenzó la obra, y él la terminará, haciendo al hombre completo en Jesucristo... Sólo aquellos que están viviendo a la altura de la luz que poseen recibirán mayor luz. A menos que estemos diariamente avanzando en la ejemplificación de las virtudes cristianas activas, no reconoceremos las manifestaciones del Espíritu Santo en la lluvia tardía. Puede estar cayendo en corazones alrededor nuestro, pero no la discerniremos ni recibiremos" (Ellen G. White, "Pray for the Latter Rain", *Review and Herald*, 2 marzo 1897).

"¿En qué consiste la desgracia y la desnudez de quienes se sienten ricos y enriquecidos? -En la carencia de la justicia de Cristo. En su propia justicia, que está representada por los trapos de inmundicia; sin embargo, estando en esta condición, se felicitan por estar vestidos con la justicia de Cristo. ¿Puede haber un engaño mayor?" (Ellen G. White, "Look to God for Wisdom", *Review and Herald*, 7 agosto 1894).

Se agrava el pesar del alma

La preocupación de Ellen White por Battle Creek -el corazón mismo de la obra- no se aligeraba con el paso de los meses. Durante el reavivamiento de la semana de oración en 1893, que había terminado el 30 de diciembre con la lectura del "testimonio no publicado" de Anna Rice, los miembros se desprendieron de sus pertenencias lujosas y se recogió una ofrenda cuantiosa destinada a acelerar la obra

a nivel mundial. Las reuniones de reavivamiento culminaron con 142 bautismos el siguiente sábado en el tabernáculo. Para la mayor parte de ellos, aquella había sido su primera experiencia (A. T. Jones, “Sabbath, Dec. 30, in Battle Creek”, *Review and Herald*, 2 enero 1894, 11; Reseña editorial, “What Hath God Wrought?” *Review and Herald*, 9 enero 1894, 32).

Después de haber llegado el consejo de Ellen White, según el cual Jones y Prescott se habían apresurado en demasía apoyando los “testimonios” de Anna Rice, algunos concluyeron que la totalidad del reavivamiento de la semana de oración fue el resultado del fanatismo, y en consecuencia reclamaron que se les devolvieran sus donaciones. Tal como F. M. Wilcox explicó a O. A. Olsen por carta, otros estaban poniendo en duda la legitimidad de la experiencia de su conversión -que había contribuido al gran número de bautismos-:

Un buen número de personas está comenzando a razonar que la gran ofrenda [recogida al final de la semana de oración] fue el resultado del testimonio de Anna Rice, y puesto que ahora se sabía que dicho testimonio era un fraude, habían sido influenciados erróneamente a hacer las donaciones, debiendo serles devueltas. Siguiendo ese razonamiento, algunos habían reclamado ya el retorno de los artículos que habían donado.

El peor aspecto de ese razonamiento es que siguiendo una lógica similar y sobre esa misma base, los que en aquella ocasión dieron el paso de servir al Señor, habían arrojado una nube sobre su experiencia religiosa, y ponían en duda el llamado del Señor a servirle. Es mi opinión que debiéramos ser muy rigurosos en este asunto, y si bien sostenemos que la obra realizada aquí vino de Dios, no se debe dar el crédito a los testimonios de la hermana Rice. El movimiento del último sábado no fue sino el resultado combinado de toda la semana de oración. Los miembros se aprestaron a un movimiento de avance, y no creo que debiera darse el crédito a los testimonios de la hermana Rice por lo que indudablemente habría sucedido de igual forma si estos no se hubieran leído (F. M. Wilcox a O. A. Olsen, 7 marzo 1894; en Document File 363a, Ellen. G. White Estate).

L. T. Nicola estuvo de acuerdo en que las reuniones de la semana de oración tuvieron ya por resultado el reavivamiento, antes incluso de que se leyera el testimonio de Anna Rice: “La semana de oración progresó muy bien, habiéndose implicado con entusiasmo los dirigentes de los varios departamentos en el esfuerzo por acercarse al Señor. Se habían hecho reuniones especiales para los más jóvenes, se había hecho visitación casa por casa, se había evidenciado convicción en muchos de los jóvenes, se procuró recuperar a los que habían estado alejados y todo estaba en orden para el éxito de la reunión de reavivamiento (L. T. Nicola a O. A. Olsen, 2 marzo 1894).

O. A. Olsen alertó a Ellen White acerca del deseo de algunos de “recuperar sus contribuciones”. Pero le dijo que “no se había hecho nada similar”, ya que la labor de algunos hermanos había logrado “acallar el asunto” (O. A. Olsen a Ellen G. White, 29 marzo 1894; en Ellen G. White Received Letters File).

Antes incluso de que Ellen White fuera informada de que se estaban poniendo en cuestión las contribuciones aportadas y las conversiones experimentadas tras la semana de oración, fue movida a escribir consejo que respondería a tales reacciones. En su serie de artículos de la *Review*, escritos a finales de 1893, advirtió a quienes pudieran poner en cuestión la buena obra del Espíritu Santo en Battle Creek el año precedente, atribuyéndola al fanatismo. No obstante, reconoció que “no sería sorprendente que algunos” hablaran o actuaran sin discreción, “ya que dónde y cuándo obra el Señor al dar una bendición genuina, se revela también la falsificación a fin de anular el efecto de la verdadera obra de Dios” (Ellen G. White, “Was the Blessing Cherished?”, *Review and Herald*, 6 febrero 1894).

Cuando Ellen White fue más consciente de la situación de Anna Rice en las semanas que siguieron, repitió el mismo consejo, afirmando que si le era posible, Satanás intentaría “mezclar la falsificación con lo genuino, de forma que en el esfuerzo por separar ambas, las almas estarían en peligro. Declaró: “Cuándo y dónde Dios obre, Satanás y sus ángeles están sobre el terreno” (Ellen G. White a Brethren and Sisters, Carta 6a, 16 marzo 1894; en The Paulson Collection, 130. En el CD ‘Ellen G. White Writings Comprehensive Research Edition’ aparece esa carta como si estuviera fechada el 15 de marzo). Escribiendo a Jones varias semanas después, Ellen White describió “la severa prueba de sufrimiento mental” que había atravesado al resultar “impresionada por la forma en que algunos se aprovecharían, poniendo así en peligro

sus almas, al tomar la falsa posición respecto a la operación del Espíritu Santo en el agente humano” a resultas de la equivocación cometida por Jones y Prescott (Ellen G. White a A. T. Jones, Carta 39, 7 junio 1894; en *Manuscript Releases*, vol. 6, 199-200).

En una carta que envió a S. N. Haskell aquella misma semana, en la que defendía a los arrepentidos Jones y Prescott, Ellen White afirmó sin vacilación: “Sé que el Señor ha obrado mediante su propio poder en Battle Creek. Que nadie procure negarlo, ya que en tal caso pecará contra el Espíritu Santo”. El que hubiera sido necesario “advertir y precaver a que todos velaran y oraran a fin de que la influencia engañosa del enemigo no los lograra apartar de la Biblia”, no era razón para “suponer que Dios no va a manifestar su poder entre su pueblo creyente”. Ellen White amonestó a “que no se resistiera ni un solo rayo de luz, que no se interpretara como tinieblas ninguna operación del Espíritu de Dios” (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 27, 1 junio 1894; en *1888 Materials*, 1254-1255).

Cuando se informó a Ellen White de que algunos estaban pensando en reclamar la devolución de sus donaciones depositadas en la ofrenda que se recogió en la clausura de la semana de oración, esta respondió en una carta dirigida a los hermanos en Battle Creek. Se refirió primeramente al derroche y ostentación de la “locura de la bicicleta” que *ahora* había afectado a Battle Creek, sugiriendo que incluso “las noticias que aparecían en nuestras revistas exaltando las bicicletas era mejor eliminarlas, y en su lugar incluir información sobre los campos en el extranjero”. A continuación abordó el asunto de la gran ofrenda recolectada durante la semana de oración. No cuestionó los verdaderos movimientos del Espíritu Santo que habían motivado a dar con sacrificio a la causa, ni atribuyó tales movimientos al fanatismo:

América, y especialmente Battle Creek, donde ha estado brillando la mayor luz del cielo sobre el pueblo, puede convertirse en el lugar de mayor peligro y oscuridad debido a que no se continúa practicando la verdad ni caminando en la luz. ¿Cuál fue el significado del movimiento del pasado invierno [1893-1894] de desprenderse de las joyas y ornamentos? ¿Fue para enseñar a nuestro pueblo una lección? ¿Fue el Espíritu Santo quien los movió a hacer esas cosas y a utilizar el importe obtenido en el avance de la obra de Dios en el extranjero? ¿Ha estado Satanás contrarrestando el

movimiento del Espíritu Santo en los corazones humanos a fin de que se produzca una reacción y se dé lugar a otro mal? La actual manifestación [de la locura de la bicicleta] es llamativamente inconsistente con ese movimiento de desprenderse de los ornamentos y desechar las indulgencias egoístas que absorben los recursos, la mente y los afectos, desviándolos hacia canales falsos...

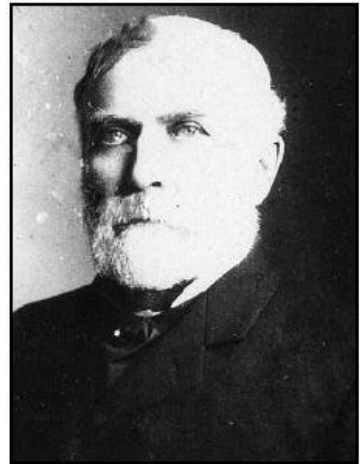
Es tiempo de que se introduzca un orden de cosas diferente en Battle Creek; de otra forma los juicios de Dios caerán ciertamente sobre el pueblo. Su bendición ha reposado en gran medida sobre nosotros. ¿Ha logrado convertirnos en obreros juntamente con él? ¿No está nuestro pueblo en Battle Creek demostrando a los incrédulos que no cree aquello que pretende defender? Dios los ha llamado a que abandonen toda clase de indulgencia egoísta. Dado que la iglesia ha recibido gran luz, está en peligro si no camina en ella y si no se pone las bellas vestiduras, se levanta y brilla; las tinieblas nublarán la visión, de forma que se verá como tinieblas lo que es luz, y como luz lo que son tinieblas * (Ellen G. White a I. H. Evans & Battle Creek, Carta 23c, 20 julio 1894; en “Special Testimonies Relating to Various Matters in Battle Creek”, *Ellen G. White Pamphlet* No. 84, 1-5).

Nota 70: En ocasiones se ha comprendido equivocadamente el consejo relativo a las bicicletas. En el tiempo en que se escribió aquella carta, las bicicletas costaban unos 150 dólares, una gran cantidad en aquella época. Sin embargo, muchos adventistas estaban comprándose bicicletas, de forma que “la moda invadió rápidamente Battle Creek... los ciclistas hacían carreras, ferias y desfiles. Una tarde de mayo de 1894 250 ciclistas desfilaron desde el campus hasta las afueras y la ciudad, decorando con banderas y farolillos de papel las ruedas de sus bicicletas” (Emmett K. Vande Vere, *The Wisdom Seekers*, 64). Todo ello mientras estaban llegando llamados mediante el Testimonio de Jesús a dar con sacrificio para sustentar la sufrida labor misionera alrededor del mundo. Fue en ese contexto en el que Ellen White escribió su carta a Battle Creek, en la secuela del episodio de Anna Rice que había suscitado acusaciones falsas contra la manifestación genuina del Espíritu Santo que había resultado en aquella ofrenda con sacrificio.

Capítulo 11

Acán en el campamento

Lo que más tinieblas había traído a la iglesia fue dar la espalda a la luz enviada del cielo, y a continuación atribuir al fanatismo lo que fue obra del Espíritu Santo. Archibald R. Henry y Harmon Lindsay fueron los representantes más destacados de esa persuasión desde la asamblea de Minneapolis. A. R. Henry ingresó en la Iglesia Adventista en 1882, y poco tiempo después fue llamado para asistir como tesorero en la administración financiera de la Asociación Publicadora de la Iglesia Adventista en Battle Creek. Sus responsabilidades se multiplicaron pronto, de forma que en los años siguientes asumió los cargos de tesorero de la Asociación General; presidente, vicepresidente, auditor y tesorero, así como fideicomisario y miembro del Comité Ejecutivo de la



A. R. Henry



Harmon Lindsay

Asociación de la Conferencia General. Simultáneamente fue “miembro de los comités de la casi totalidad de instituciones médicas y educativas en los Estados de centro-oeste” (Don F. Neufeld, ed., “Henry, Archibald R.,” *Seventh-day Adventist Encyclopedia*, vol. 10, 581).

Harmon Lindsay, quien era también administrador financiero, sirvió en cargos muy similares junto a A. R. Henry para la Asociación General y muchas otras instituciones adventistas durante las décadas de 1880 y 1890 (Ibid., 789. Ver también *Seventh-day Adventist Year Book* para los años comprendidos entre 1888 y 1898). Aunque ni Lindsay ni Henry eran pastores o

teólogos, su influencia, para bien o para mal, tuvo un enorme impacto en el conjunto de la iglesia tras la asamblea de Minneapolis, debido a los muchos cargos que ostentaban. Su influencia afectó a las decisiones que se tomaron en las áreas financieras, en la administración, educación, publicaciones, colportaje, obra médica, evangelismo y organización en general, así como en las discusiones teológicas a las que hizo frente la iglesia durante los años en que ejercieron. El hecho de que ambos dudaron de los Testimonios y del llamado profético de Ellen White, y que ejercieron todo el tiempo su constante influencia para socavar el mensaje de Minneapolis y sus mensajeros, A. T. Jones y E. J. Waggoner, añadió gravedad a la situación de ambos.

En el congreso de la Asociación General de 1891, A. R. Henry se incorporó al Comité Ejecutivo de la Asociación de la Conferencia General, formado por 21 miembros encargados de la obra en todo el mundo. Ellen White había advertido por años en contra de establecer una “confederación” que condujera la iglesia en una dirección equivocada, y a tal efecto había hecho esfuerzos denodados en la asamblea de 1891 (“Afternoon Meeting”, *General Conference Daily Bulletin*, 19 marzo 1891, 163; White Estate, “Confederation and Consolidation: Seventh-day Adventist History and the Counsels of the Spirit of Prophecy”, 6 abril 1977; en Document File 24, Ellen G. White Estate, Loma Linda Branch Office. Ver también Ellen G. White, *1888 Materials*, 278, 322, 581, 650, 797, 826, 848, 903, 917, 951, 1017, 1033, 1161, 1227, 1262, 1360, 1383, 1392 y 1582).

A los diez días de haberse clausurado el congreso de la Asociación General, el Comité de las Misiones en el Extranjero votaría enviar a Ellen White a Australia, junto con sus asistentes y con W. C. White (“Proceedings of the Board of Foreign Missions”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 abril 1891, 256. Para mayor información sobre el exilio de Ellen White a Australia, ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1 y 2).

Antes de abandonar Battle Creek por última vez, previamente a su salida para Australia, Ellen White hizo llegar al presidente de la Asociación General, O. A. Olsen, Testimonios que abordaban los “males existentes” en el corazón de la obra. Ahora, en noviembre de 1894, Ellen White le recordó a Olsen que le había encomendado “que hiciera una obra muy fiel en la lectura de los Testimonios a aquellos a quienes concernían”. Pero Olsen “no siguió las directrices, y se fueron

acumulando las mismas cosas a sus rasgos objetables” en las juntas y reuniones de los comités de líderes de iglesia:

No leyó a los concernidos los Testimonios que señalaban claramente sus errores. En esto ha fallado en el cumplimiento de su deber como presidente de la Asociación General. Usted me ha sido presentado en las reuniones de los comités, oyendo las declaraciones y decisiones de hombres resueltos y de corazón endurecido que no estaban bajo la influencia controladora del Espíritu de Dios. Usted sabía que esas decisiones no estaban de acuerdo con la voluntad de Dios, sin embargo no protestaba contra ellas, y en consecuencia permitía que se aprobaran como si hubieran recibido su beneplácito. De ese modo las cosas se han desarrollado según la voluntad y el impulso de hombres que se oponen a la voluntad de Dios y que están trayendo un orden de cosas que Dios no puede aceptar ni aprobar.

Pensó que podría abordar esos asuntos presentando los principios generales en sus discursos, y esperó que fuera el mejor método de corregir los errores. Pero usted debiera haber hablado en las juntas y comisiones de cargos. No se debiera haber permitido que los principios erróneos implementados se materializaran en prácticas erróneas debido a que usted prefirió preservar su paz, o hizo una protesta tan débil, que aquellos que estaban siguiendo la mala práctica asumieron que usted les apoyaba. La aprobación que les dio con su silencio fortaleció sus manos en la obra impía (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 58, 26 noviembre 1894; en *1888 Materials*, 1316-1317).

La preocupación de Ellen White por las condiciones de Battle Creek y de los dirigentes de la obra no parecía más que incrementarse con el cambio de año. Escribiendo una vez más a O. A. Olsen en 1895, Ellen White continuaría expresando sus preocupaciones relativas a la dirección que estaba tomando la Asociación General:

Se ha desplegado una red para comprometer la Asociación, una red de la que la gente nada sabe y de la que muy pocos sospechan. La condición de las cosas está atándole las manos y está impidiendo la obra. Pronto

desembocará en crisis. Todavía no se me ha revelado plenamente la situación, pero esto sé: la administración de las finanzas se ha desarrollado en gran medida bajo principios erróneos. Aunque se ha supuesto que todo era prosperidad, hay peligro.

Ha asociado con usted a hombres que no tienen una conexión viviente con Dios. Usted teme ejercer su criterio por miedo a que se produzca una explosión. Por eso estoy tan entristecida. He escrito cosas que no me atrevería a enviarle si no hubiera personas con un carácter decidido y firme, que permanecerán a su lado como fieles compañeros para apoyarlo. Los dos hombres [A. R. Henry y H. Lindsay] que han estado especialmente asociados con usted, en su presente condición espiritual no tienen parte en planear ni llevar adelante la obra de Dios en ninguna de sus diversas líneas. Si pudieran verse tal como Dios los ve, y cayeran bajo la roca y fueran quebrantados, habría un gran cambio en ellos. Harían confesiones para librar sus almas de toda influencia corruptora.

Esos hombres están diciendo en su corazón: “Mi Señor se tarda en venir”, y ese pensamiento no sólo se revela en la acción, sino también en las palabras (Ellen G. White a O. A. Olson, Carta 57, 1 mayo 1895; en *1888 Materials*, 1322-1323).

Pero no era sólo que estuvieran viviendo como si el Señor tardara en venir: estaban oprimiendo a sus hermanos todo el tiempo. En su carta a Olsen, Ellen White abordó ahora ese tema de cómo se había tratado el mensaje de Minneapolis y los dos mensajeros, Jones y Waggoner, y cómo se los seguía tratando incluso entonces: “Algunos han estado cultivando el odio contra los hombres que Dios ha comisionado para llevar un mensaje especial al mundo. Comenzaron en Minneapolis esa obra satánica. A continuación, cuando vieron y sintieron la demostración del Espíritu Santo testificando que el mensaje venía de Dios, lo odiaron todavía más”. Los que estaban en el rechazo “se manifestaban celosamente en contra del entusiasmo y el fanatismo”. Incluso a la propia fe “que clama a Dios en procura de alivio al sufrimiento humano -fe que Dios ha ordenado que ejerza su pueblo- se la llama fanatismo”. ¿Cómo se había tratado el mensaje del fuerte pregón que trajo las manifestaciones del Espíritu Santo?

¿Cuál es el mensaje que se debe dar en este tiempo? Es el mensaje del tercer ángel. Pero esa luz que ha de alumbrar todo el mundo con su gloria ha sido despreciada por algunos que dicen creer la verdad presente. Vigilen dónde pisan. Quiten el calzado de sus pies, pues están pisando terreno santo. Sean cuidadosos en su indulgencia con los atributos de Satanás y en su desprecio a las manifestaciones del Espíritu Santo. No sé si algunos han ido ya demasiado lejos como para volver y arrepentirse...

Sin embargo muchos han escuchado la verdad hablada en demostración del Espíritu, y no sólo han rehusado aceptar el mensaje, sino que han odiado la luz. Estos hombres participan en la ruina de las almas. Se han interpuesto entre la luz enviada del cielo y el pueblo (Ibid., 1325-1326 y 1335-1336).

En su carta a Olsen, Ellen White continuó recordándole la historia de Acán, en la que el pecado de un hombre tuvo resultados devastadores sobre la nación de Israel en su conjunto. Ellen White declaró: “Cuando usted aprueba o lleva a cabo las decisiones de hombres que, como usted sabe, no están en armonía con la verdad y la justicia, debilita su propia fe y disminuye su deseo de estar en comunión con Dios. Parece estar oyendo lo que se le dijo a Josué: ‘¡Levántate! ¿Por qué te postras así sobre tu rostro? Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto, el que yo les mandé... Anatema hay en medio de ti, Israel’”. La aplicación parece obvia: Olsen estaba permitiendo que el pecado de Acán estuviera en el campamento, al mantener en puestos relevantes de la obra a quienes eran abiertamente opuestos a los mensajeros y al mensaje enviado por Dios, y al fallar en transmitirles el consejo inspirado proveniente del cielo. ¿Sería diferente el resultado?

Inmediatamente a continuación de esos comentarios, Ellen White compartió uno de sus pensamientos más conocidos relativos al mensaje de Minneapolis, uno que define su significado y contenido, y que contrasta llamativamente con el trato que se le estaba dando al mensaje:

En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su pueblo mediante los pastores Waggoner y Jones. Ese mensaje tenía que elevar ante el mundo de forma más prominente al Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero. Presentaba la justificación mediante la

fe en el Garante; invitaba a la gente a recibir la justicia de Cristo, que se manifiesta en obediencia a todos los mandamientos de Dios. Muchos habían perdido de vista a Jesús. Necesitaban dirigir sus ojos a su divina persona, a sus méritos y a su amor invariable por la familia humana. Todo el poder es puesto en sus manos a fin de poder dispensar ricos dones a los hombres, impartiendo el don incalculable de su propia justicia al agente humano desvalido. Ese es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que ha de ser proclamado con voz potente [fuerte pregón], y asistido por el derramamiento de su Espíritu en copiosa medida [lluvia tardía] (Ibid., 1336-1337; se ha añadido texto entre corchetes).

¡Ellen White no podía haberlo expresado con mayor claridad! El “preciosísimo mensaje” era nada menos que el propio mensaje del fuerte pregón, que debía ser asistido precisamente por la lluvia tardía. Pero en la continuación de su larga carta a Olsen, que iba dirigida a los líderes en América, declaró inequívocamente que incluso en 1895 se estaba tratando con desprecio el mensaje del fuerte pregón y la lluvia tardía:

Voy a advertir a los que por años han estado resistiendo la luz y acariciando un espíritu de oposición. ¿Por cuánto tiempo vais a odiar y despreciar a los mensajeros de la justicia de Dios? Dios les ha dado su mensaje. Llevan la palabra del Señor. Hay salvación para vosotros, pero solamente mediante los méritos de Jesucristo. Una vez tras otra se os ha ofrecido la gracia del Espíritu Santo. En medio de vosotros se ha derramado abundantemente luz y poder de lo alto. Hubo evidencia suficiente para que todos pudieran discernir a quiénes reconocía el Señor como sus siervos. Pero los hay que desprecian a los hombres y al mensaje que llevaban. Los han tachado de ser fanáticos, extremistas y efusivos. Permitidme que profetice sobre vosotros: A menos que os deis prisa en humillar vuestros corazones ante Dios y confeséis vuestros pecados, que son muchos, veréis demasiado tarde que habéis estado luchando contra Dios. Mediante la convicción que trae el Espíritu Santo -aunque ya demasiado tarde para la reforma y el perdón- veréis que esos hombres contra los que habéis hablado han sido como señales en el mundo, como

testigos de Dios. Entonces daríais el mundo entero si pudierais redimir vuestro pasado y ser hombres justos y celosos, movidos por el Espíritu de Dios para elevar vuestra voz en solemne advertencia al mundo, y como ellos, ser tan firmes al principio como la roca. El Señor entiende cómo estáis dando la vuelta a las cosas. Avanzad un poco más tal como habéis venido haciendo en vuestro rechazo a la luz del cielo, y estaréis perdidos...

Si rechazáis a los mensajeros delegados de Cristo, rechazáis a Cristo. Descuidad esta gran salvación que ha sido traída ante vosotros por años, despreciad esta gloriosa oferta de justificación mediante la sangre de Cristo y de santificación mediante el poder purificador del Espíritu Santo, y no quedará más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego (Ibid., 1341-1342).

Al menos un tema parece quedar corroborado en las cartas de Ellen White desde Minneapolis a propósito de quienes continuaban oponiéndose a la luz: seguían atribuyendo la obra del Espíritu Santo al fanatismo. Y los resultados fueron funestos.

Seis meses después, escribiendo a comienzos de 1896 a “los hermanos que ocupan puestos de responsabilidad en la obra”, Ellen White escribiría nuevamente palabras de advertencia a quienes estaban manifestando “desprecio hacia las manifestaciones de su Espíritu Santo”. Les recordó que “el Consolador se ha de revelar, no de una cierta forma específica y precisa que los hombres puedan prever, sino según el orden de Dios; en el tiempo y forma inesperados que honren su propio nombre”. Se debía tener eso bien presente, ya que Dios “se había revelado a sí mismo una vez tras otra de la forma más notable en Battle Creek” derramando sobre ellos el Espíritu Santo.

A continuación, en una de las que quizá sea la declaración más significativa de Ellen White en el período siguiente a 1888, se volvió a referir a las grandes donaciones hechas en relación con las manifestaciones del Espíritu Santo en Battle Creek, y con la incredulidad que siguió: el episodio más notable acaecido durante el tiempo de Anna Rice a finales de 1893. Esa declaración tiene un interés especial a la vista de algunas de las afirmaciones que hoy hacen ciertos historiadores adventistas:

Dios se ha revelado a sí mismo una vez tras otra en Battle Creek de la forma más notable. Ha dado allí una gran medida de su Espíritu Santo a

los creyentes. En ocasiones ha venido inesperadamente, y entonces ha habido emociones profundas en los corazones y las mentes; una renuncia a los propósitos egoístas y un traer a la tesorería muchas cosas que os convencisteis de que Dios prohibía que tuvierais. Esas bendiciones se extendieron a muchos, pero ¿por qué no continuó esa obra dulce y santa en las mentes y los corazones? A algunos les molestó ese derramamiento, y manifestaron sus propias disposiciones naturales. Dijeron: *Se trata sólo de excitación; no es el Espíritu Santo; no son aguaceros celestiales de la lluvia tardía*. Hubo corazones llenos de incredulidad que no bebieron del Espíritu, sino que albergaron amargura en sus almas.

El Espíritu Santo obró en muchas ocasiones, pero quienes resistieron al Espíritu de Dios en Minneapolis estaban esperando otra oportunidad para volver de nuevo a sus andadas, dado que su espíritu era el mismo. Posteriormente, cuando se acumuló evidencia sobre evidencia, algunos se convencieron, pero quienes no fueron enternecidos y sometidos por la obra del Espíritu Santo, proyectaron su interpretación sobre cada manifestación de la gracia de Dios y han perdido mucho. Su corazón, su alma y sus palabras han afirmado que esa manifestación del Espíritu Santo era fanatismo y engaño. Se mantuvieron como una roca mientras las olas de la gracia fluían sobre ellos y a su alrededor, pero eran repelidas por sus corazones endurecidos y malvados que resistieron la obra del Espíritu Santo. Si lo hubieran recibido, los habría hecho sabios para salvación, los habría hecho hombres más santos, preparados para hacer la obra de Dios con habilidad santificada. Pero todo el universo celestial contempló el trato ignominioso dispensado a Jesucristo, representado por el Espíritu Santo. Si Cristo hubiera estado ante ellos, lo habrían tratado de forma similar a como los judíos trataron a Cristo.

¿Qué fue lo que movió a las personas en Battle Creek cuando humillaron sus corazones ante Dios y expulsaron sus ídolos? En los días de Cristo, cuando él proclamó su misión, todos dieron testimonio y se maravillaron ante las palabras de gracia que procedían de su boca. Pero comenzó a actuar la incredulidad susurrada por Satanás, y dijeron: “¿No es este el hijo de José?” (Ellen G. White a Brethren Who Occupy Responsible Positions

in the Work, Carta 6, 16 enero 1896; en *1888 Materials*, 1478-1479; original sin cursivas).

A pesar de los errores de Jones y Prescott en el episodio de Anna Rice, Ellen White no excusó a quienes pretendían que los movimientos del Espíritu Santo fueron el resultado del fanatismo. Sin embargo, hoy, 125 años después, incluso mientras “celebramos” 1888, existe un eco de esos mismos sentimientos: ‘Se trata sólo de excitación; no es el Espíritu Santo; no son aguaceros celestiales de la lluvia tardía’.

Nota 11 (aunque se ha presentado este material en el capítulo precedente, vuelve a tener aquí especial relevancia):

George Knight ha venido repitiendo esa acusación por más de veinticinco años, afirmando que el reavivamiento de 1892-1893 estuvo basado en la excitación fanática, como resultado de que Jones y Prescott interpretaron falsamente la declaración de Ellen White del 22 de noviembre, que a su vez fue consecuencia de aceptar a Anna Rice como profetisa: “Fueron Jones y Prescott, y no la Sra. White, quienes suscitaron *la excitación de 1893 hasta alcanzar grandes proporciones* mediante una exégesis de la declaración que ella hizo en noviembre de 1892, según la luz de la interpretación de ellos relativa a la formación de la imagen de la bestia en el verano de 1892... [Uno] se enfrenta al hecho brutal de que el *fácilmente excitable Jones* no era un líder totalmente fiable en 1893. Incluso si tenía un mensaje oportuno centrado en Cristo, también había aceptado visiones de Anna Rice y habría presentado sus testimonios como un estímulo para el reavivamiento en su mensaje del fuerte pregón de la asamblea de la Asociación General de 1893 si Olsen no le hubiera impedido hacerlo... Nunca debemos olvidar que tenía *el problema perenne del extremismo*... Tras la debacle de Rice, Ellen White llamaría al adventismo a huir de *enfocarse en la excitación* y a regresar al evangelio de la salvación tal como se lo encuentra en la Biblia” (*From 1888 to Apostasy*, 100-101; original sin cursivas).

“Esa conclusión nos retrotrae a la declaración de Ellen White del 22 de noviembre de 1892, que dice que el fuerte pregón comenzó en 1888. Dado que esa cita sirvió como punto focal a *la excitación de la lluvia tardía* en los encuentros de 1893, merece un análisis detenido... Un segundo asunto... ‘la ahora famosa declaración’ del 22 de noviembre no la hizo ‘famosa’ Ellen White, sino Jones, Prescott y sus seguidores de aquellos días sobre el significado de la declaración del fuerte pregón... Uno queda con la inconfundible impresión de

que la ‘ahora famosa declaración’ fue tremendamente exagerada en *la excitación de aquellos tiempos*” (*Angry Saints*, 126-127; original sin cursivas).

“Desgraciadamente, el exuberante Jones leyó equivocadamente aquella declaración: confundió el fuerte pregón (un mensaje) con la lluvia tardía (el poder para impulsar el mensaje) y *orquestó toda una excitación escatológica* en la asamblea de la Asociación General de 1893. Parte de la razón de la *excitación* de Jones es que había aceptado ya a Anna Rice como a una segunda profetisa adventista, y por consiguiente el ministerio de ella como señal del derramamiento del Espíritu Santo. Desgraciadamente ella demostró ser una falsa profetisa, pero tal cosa no resultó evidente antes que Jones y Prescott hubieran agitado el adventismo al respecto en 1893 y 1894. Jones, en su *entusiasmo característico*, había fallado no sólo en discernir el problema de Anna Rice sino también en la no tan sutil diferencia entre el fuerte pregón y la lluvia tardía” (*A Search for Identity*, 109; original sin cursivas).

“Contrariamente a esa interpretación [de que 1893 marcó la retirada del don celestial de la lluvia tardía], *los hechos indican que Jones y Prescott habían estado ‘engañados’ antes del comienzo de las reuniones de 1893... Hemos de volver a enfatizar que ni Jones ni Prescott eran guías totalmente fiables en asuntos del Espíritu Santo en el tiempo de las reuniones de 1893*. Si bien desconocemos todas las razones para la demora en la segunda venida, aparentemente no fue un rechazo de la versión de A. T. Jones de la lluvia tardía en 1893” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message*, 128; original sin cursivas).

Ellen White escribió también pensamientos similares a Harmon Lindsay, quien en 1896 continuaba guerreando contra el mensaje de Minneapolis, todavía bajo el mandato de O. A. Olsen. Ellen White le dirigió palabras del cielo: “[Harmon Lindsay] no puede ahora ver la luz del Espíritu Santo que ha sofocado en su alma. Ha quedado tan ciego como los judíos, quienes cerraron sus ojos para no poder ver y sus corazones para no poder sentir. Ha llamado fanatismo a las manifestaciones del Espíritu. Sus labios finitos han expresado sentimientos que revelan la acción del poder que obra en él. Su percepción está pervertida hasta el punto de llamar tinieblas a la luz y luz a las tinieblas” (Ellen G. White a H. Lindsay, Carta 63, 20 abril 1896; en *1888 Materials*, 1505).

Escribiendo a S. N. Haskell un mes después, Ellen White declaró que “la iglesia necesita convertirse”, y que los “representantes de la iglesia” necesitaban, en

contrición de corazón “suplicar fervientemente que el Espíritu Santo sea derramado sobre nosotros desde lo alto”. No obstante, debían orar también a fin de poder “tener discernimiento para comprender que proviene de Dios”, ya que -advirtió-: “algunos han tratado al Espíritu como a un huésped inoportuno, rehusando recibir el rico don, rehusando reconocerlo, dándole la espalda y condenándolo como fanatismo” (Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 38, 30 mayo 1896; en *1888 Materials*, 1540).

En un artículo escrito pocos días antes sobre la historia de la idolatría en Israel y el becerro de oro, Ellen White pidió a los que estaban en el corazón de la obra en América: “Revisad vuestra experiencia” de los años precedentes y ved si se os pueden aplicar las palabras ‘*Bien hecho*’: “¿Habéis tenido miedo del Espíritu Santo?”, preguntó. “En ocasiones ha venido con una influencia omnipresente a la escuela en Battle Creek, y a las escuelas en otras localidades. ¿Lo reconocisteis?” A continuación, en una declaración más bien retórica, escribió: “Si habéis restringido y habéis repelido al Espíritu Santo de Dios de ese modo, os suplico que os arrepintáis a la mayor brevedad posible”.

Ellen White conocía a “ese Huésped celestial”, y sabía que el “Espíritu Santo estaba reposando sobre los jóvenes”. Pero algunos “corazones eran tan fríos y oscuros... [que] fue retirada la luz de Dios”. Nada tiene de extraño que Ellen White sintiera “indignación de espíritu porque en nuestras instituciones se hubiera honrado tan poco al Dios viviente... No se reconoce ni respeta el Espíritu de Dios; los hombres han pronunciado juicio sobre él, se han condenado sus operaciones como fanatismo, entusiasmo y excitación indebida” (Ellen G. White, “Experience of the Golden Calf an Example for God’s People Today”, Manuscrito 16, 10 mayo 1896; en *Manuscript Releases*, vol. 19, 113-114; original sin cursivas).

Capítulo 12

Se demora el retorno de Cristo

En mayo de 1896 Ellen White volvió a enviar una carta extensa a O. A. Olsen. Le hizo partícipe de reproches y consejos venidos del cielo, relativos a su apoyo continuado a Harmon Lindsay y A. R. Henry como sus consejeros de confianza. Ambos estaban en rebelión abierta contra el mensaje de Minneapolis. Volvió a dar a entender que permitir que hombres como ellos ocuparan un lugar en el corazón de la obra, equivalía al pecado de Acán, y que tal cosa tendría en Battle Creek los mismos resultados que tuvo en Israel cuando intentaron conquistar Hai. Dio también a entender que Olsen había jugado el papel de Aarón, quien cedió ante el rebelde Israel y les hizo un becerro de oro. El propio Olsen había resultado influenciado, llegando “a ver las cosas tal como las veían los hombres que habían resistido al Espíritu Santo”, quienes en su ceguera espiritual expulsaron al “Espíritu Santo de sus consejos, y después, bajo el poder y el nombre de la Asociación General, inventan reglamentos mediante los cuales compelen a los hombres a que se rijan según sus mismas ideas y no según el Espíritu Santo”. Ellen White abordó a continuación el meollo del asunto y el significado de tales acciones. Satanás estaba intentando silenciar el fuerte pregón y retardar la segunda venida:

El pueblo de Dios ha de hacer resonar el mensaje del tercer ángel. Ha de crecer hasta venir a ser el fuerte pregón. El Señor tiene un tiempo señalado en el que va a terminar la obra, pero ¿cuándo es ese tiempo? -Cuando la verdad que ha de proclamarse en estos últimos días se predique por testimonio a todas las naciones, entonces vendrá el fin. *Si el poder de Satanás puede irrumpir en el templo mismo de Dios y manejar las cosas a su voluntad, el tiempo de preparación se prolongará.* Aquí está el secreto de los movimientos hechos para oponerse a los hombres [Jones y Waggoner] a quienes Dios ha enviado con un mensaje de bendición para su pueblo. Esos hombres han sido objeto del odio. Se ha despreciado a los hombres y al mensaje de Dios, tan ciertamente como el propio Cristo fue odiado y despreciado en su primera venida. Hombres en puestos de

responsabilidad han manifestado los mismos atributos que Satanás (Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 83, 22 mayo 1896; en *1888 Materials*, 1521-1525; original sin cursivas).

Así, había una razón para las acciones de Satanás. Estaba implicado algo más que simples pecados individuales. Si los que ocupaban posiciones de liderazgo dirigían la obra por el camino equivocado, otros seguirían, la enfermedad se propagaría y finalmente se vería retardada la venida de Cristo.

Nota 2: Efectivamente, muchos hombres en la dirección estaban cometiendo pecado como *individuos*, pero los efectos de sus pecados tenían mucho mayor alcance en su influencia. Escribiendo en la década de 1890 sobre la nación judía, Ellen White dijo: “[Los escribas y fariseos] fueron responsables de rechazar a Cristo, con los resultados que siguieron. El pecado de una nación y la ruina de una nación se debieron a los dirigentes religiosos” (*Christ’s Object Lessons*, 305) {246}. ¿Pudo seguir vigente en su día el mismo principio? Eso no da licencia al laicado, o a los grupos disidentes, para señalar a la iglesia como Babilonia, pero evidencia la temible responsabilidad asociada al liderazgo, lo que es una buena razón para que lo sostengamos con nuestras oraciones y para que busquemos el Señor juntamente con ellos.

Tres meses más tarde Ellen White se expresó con incluso mayor franqueza en su carta a A. O. Tait en Battle Creek, a propósito de sus preocupaciones por Olsen y del efecto que estaban teniendo sus decisiones sobre la iglesia en su conjunto. Aunque “lo lamentaba mucho por el hermano Olsen”, para ella era un misterio por qué “no había actuado según la luz proporcionada” mediante los Testimonios que le había enviado:

En sus viajes de un lugar a otro ha asociado con él como compañeros a hombres cuyo espíritu e influencia no se deben aprobar, y el pueblo que deposita en ellos su confianza resultará engañado. Pero a pesar de la luz puesta ante él por años en relación con este asunto, se ha aventurado a ir directamente en contra de la luz que el Señor le ha estado dando. Todo ello confunde su discernimiento espiritual y lo posiciona como un centinela infiel en relación al interés general y al avance saludable de la obra. Está siguiendo un curso de acción que va en detrimento de su discernimiento espiritual, y está llevando a otras mentes a ver los asuntos

en una luz pervertida. Ha dado evidencia inconfundible de no considerar los testimonios que el Señor ha tenido a bien dar a su pueblo como dignos de respeto, o teniendo el peso suficiente como para influenciar su curso de acción.

Estoy afligida más de lo que puedo describir con la pluma. El pastor Olsen ha actuado ciertamente tal como hizo Aarón, en relación con esos hombres que han estado oponiéndose a la obra de Dios todo el tiempo desde la asamblea de Minneapolis. No se han arrepentido de su curso de acción en resistir la luz y la evidencia. Hace mucho escribí a A. R. Henry, pero no he obtenido de él ni una palabra en respuesta. He escrito recientemente a Harmon Lindsay y esposa, pero supongo que el asunto no le merecerá el suficiente respeto como para responderme.

Según la luz que a Dios ha placido darme, hasta que las labores efectuadas en el corazón de la obra no evidencien más latidos saludables, cuantos menos viajes largos haga el pastor Olsen junto a sus elegidos colaboradores: A. R. Henry y Harmon Lindsay, tanto mejor para la causa de Dios. Los campos alejados estarán mucho mejor sin sus visitas. La enfermedad en el corazón de la obra envenena la sangre, y de esa forma la enfermedad se propaga a los cuerpos que visita. Sin embargo, a pesar del estado enfermizo de las cosas en casa, algunos han sentido una gran necesidad de ir a todos los cuerpos de creyentes para ponerlos bajo sus alas paternas * (Ellen G. White a A. O. Tait, Carta 100, 27 agosto 1896; en *1888 Materials*, 1607-1608).

Nota 3: Después que Olsen fue relevado como presidente de la Asociación General, Ellen White continuó expresando preocupación por los tristes resultados de su fallo en transmitir el consejo que el cielo le envió. En una carta a I. H. Evans de finales de 1897, reveló cómo “me llegó luz del Señor al efecto de que el pastor Olsen había rechazado la confianza que se le había otorgado, y había fracasado en el cumplimiento de su deber de leer las cosas que yo le había enviado para aquellos que debieron disponer de ellas” (Carta 51, 21 noviembre 1897; no publicada). Antes de enviar copias de la carta, Ellen White cambió la palabra “rechazado” por “descuidado”, mostrando así una actitud todavía redentora hacia el expresidente que se había tenido que enfrentar a desafíos tan grandes.

Pero el “descuido” de los Testimonios por parte de Olsen no consistió simplemente en dejar de compartirlos con otros líderes, tal como se le había encomendado que hiciera -con la consecuencia de alimentar la rebelión continuada contra el mensaje y los mensajeros de Minneapolis-. Olsen también hizo un mal uso de algunos de los Testimonios que le fueron enviados, como resultado de las influencias negativas que lo rodeaban, y participó en la opresión hacia Jones y Waggoner. Todo ello mientras estaba dando la impresión de ser un fiel defensor de los mensajeros y del mensaje.

Tras haber sido enviado a Inglaterra en 1892, Waggoner se aperció del hecho de que “los hermanos oficiales en América querían que abandonara América, pues no deseaban mi enseñanza ni mi influencia allí” (E. J. Waggoner a A. G. Daniells, 24 julio 1903). Ellen White lo confirmó: se le “mostró” que “algunos en nuestro pueblo estaban muy complacidos de que [Waggoner] fuera quitado de la obra en Battle Creek al destinarlo a Inglaterra” (W. C. White a A. G. Daniells, 30 mayo 1902). Tristemente, la oposición no cesó después que Waggoner llegó a Inglaterra. Pronto se emprendieron acciones para impedir su obra también en el extranjero. Así lo explica Waggoner:

“Pero no pasó mucho tiempo antes que los hermanos en América se sintiesen insatisfechos con la situación aquí [en Inglaterra], y se hicieron esfuerzos para desarticular lo que se interpretó como mi impronta en este campo. Se creyó que D. A. Robinson estaba siendo demasiado influenciado por mí, y en consecuencia se lo destinó a la India, por ser ‘el hombre perfecto para aquel lugar’, etc, si bien él sabía bien que se lo envió, no porque se lo quisiera en la India, sino porque no se lo quería en Inglaterra (no estoy diciendo que los de Inglaterra no lo quisieran). Entonces vino H. E. Robinson, comisionado para deshacer mi influencia, y para ‘marcar la tónica de la obra en Inglaterra’. Tenía las manos libres y el apoyo de la Asociación General” (E. J. Waggoner a A. G. Daniells, 24 julio 1903).

J. S. Washburn, quien trabajó por muchos años en Inglaterra junto a Waggoner, resumiría en una larga carta dirigida a Ellen White el papel que jugó O. A. Olsen como presidente de la Asociación General en su obra soterrada de procurar mantener a raya a Waggoner, y cómo afectaron sus acciones a toda la obra en Inglaterra:

“Se ha tergiversado a Waggoner y se ha obrado en su contra de manera solapada. El hermano Olsen ha hablado y escrito al hermano Hope y al hermano O. O. Farnsworth, y me habló a mí en contra de D. A. Robinson y del hermano Waggoner, sin embargo a ellos no se les dijo una sola palabra. Ha habido doble juego, perfidia y cosas que a mí me parecieron falsedad, hasta llegar a

deshacerse del hermano D. A. Robinson, y todo ello en nombre del orden y la organización, siendo que en realidad había anarquía, y el hermano Waggoner ha sido cruelmente tergiversado y se lo ha tratado como a un hombre peligroso al que se debía vigilar, arrojando sospechas sobre todo cuanto hubiera dicho o enseñado -por parte de los líderes, *no* de D. A. Robinson-. Nadie hay que crea más firmemente en el verdadero orden y organización que el hermano Waggoner. Jamás le he oído pronunciar una palabra que pudiera indicar que no cree en el orden o la organización tal como la enseña la Biblia y los Testimonios. Pero él no cree en la política del doble juego ni en la tiranía.

Pero incluso antes que yo abandonara Washington D. C. y viniera a Inglaterra [1891], el hermano Olsen me dijo que Jones y Waggoner no eran hombres prácticos, sugirió que no eran sanos, y eso sucedía mientras los estaba enviando por todo Estados Unidos para que dieran cursos. En cuanto a si son prácticos y sanos o no, una cosa sé: que la doctrina que ellos y usted enseñan es vida y salvación para mí...

Me he referido a la forma en que el hermano Olsen hablaba a otros en contra de los hermanos Waggoner y D. A. Robinson mediante la intimación, mientras que no les decía nada directamente a ellos hasta que *ellos* le hablaron a él al respecto. El hermano Olsen tuvo conmigo una larga conversación sobre esas cosas antes de tenerla con ellos. Me sorprendieron algunas de las cosas que dijo. Afirmó que lo que hizo la Asociación General fue según la mente del Espíritu Santo: pidieron la dirección del Espíritu Santo y no se puede dudar que la tuvieron, por lo tanto, lo que hicieron fue lo correcto; no podía ser de otra manera. Esa es la doctrina de la infalibilidad papal, y así se lo hice saber...

Entonces enviaron a Inglaterra a H. E. Robinson, de la Asociación del Atlántico... el hermano Olsen les dijo que los enviaba a Inglaterra para poner 'a tono' la obra... [H. E. Robinson] continuó criticando al hermano Waggoner ante mí, recurriendo incluso a testimonios que le envió el hermano Olsen para que los empleara 'juiciosamente'. Dijo: Sea quien sea el que lleve la razón, sabemos que el Dr. Waggoner está equivocado en esto" (J. S. Washburn a Ellen G. White, 10 febrero 1897; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 302-303; porciones no publicadas).

Si es que hubo alguna respuesta de Ellen White a la carta de Washburn, hoy no se tiene constancia de ella, pero un año después Ellen White respondió apoyando a Waggoner y simpatizando con él: "Cuánto me gustaría verlo y visitarlo. ¡He deseado tanto que nos visitara en Australia! Pero han pasado algunos años desde que consideré a la Asociación General como la voz de Dios, por consiguiente, no tengo deseos de escribir, si bien he estado por varias veces

a punto de pedirle que haga una visita a Australia. ¿No le es posible? Por favor, escríbanos si le es posible.

Cuando supe que el hermano [H. E.] Robinson y esposa habían sido enviados a Inglaterra, me dije: Es un error. No tiene las calificaciones que lo harían útil y beneficioso en Europa, pues a menos que pueda regir, causará la ruina... ¿Quién lo puso en el poder? ¿Por qué lo pusieron en ese puesto? Ha dejado su marca en los sitios donde ha hecho un daño que no será fácilmente borrado. [Hermano Waggoner], el Señor lo ayude y fortalezca ante todas esas influencias.

¿Qué está haciendo ahora en Europa el pastor Olsen? Me entristece mucho. No puedo sentirme en unión con él, tal como fue antes el caso. No hizo un uso correcto de los Testimonios que me fueron dados para él. Dio impresiones equivocadas al seleccionar porciones de los Testimonios y al darles un uso abusivo, obviando los reproches dirigidos a él y a otros. No puedo depositar en él mi confianza. Ha oprimido a sus hermanos al traer elementos para contrarrestar a quienes Dios empleó para hacer su obra. ¿No juzgará Dios esas cosas? Espero que suceda alguna cosa que me dé una fe más firme de la que ahora tengo hacia Battle Creek y el curso de la obra de Dios en las instituciones allí” (Ellen G. White a E. J. Waggoner, Carta 77, 26 agosto 1898; en *Manuscript Releases*, vol. 17, 216-217).

Un año después Ellen White volvería a tomar su pluma para escribir “palabras de consejo relativas al manejo de la obra de Dios”. Llamó una vez más la atención a los tristes resultados de poner demasiada responsabilidad sobre el pastor Olsen, asesorado como estaba por consejeros faltos de conversión:

“En el propio corazón de la obra se estaba urgiendo el reconocimiento de principios erróneos. Se debieron haber expuesto todos los asuntos ante la gente. Debí haber una búsqueda del Señor en oración humilde. Entonces el Espíritu Santo habría sido su instructor. Pero las Asociaciones en general carecían de luz respecto a lo que se estaba haciendo. Había hombres asociados al pastor Olsen que lo dirigieron y le imbuyeron su espíritu. Faltando la reprensión, apareció la corrupción en el corazón de la obra. En nuestras instituciones se pervirtió la causa de Dios. Hubo exaltación del hombre a pesar del consejo que Dios estaba dando. Predominó la codicia. Los obreros se contaminaron por prácticas similares a las de Judas. No existe lenguaje capaz de describir el resultado de colocar en lugares santos a hombres infieles e inconversos” (Manuscript 91, 19 junio 1899; en *Manuscript Releases*, vol. 13, 183).

Sin ánimo de desacreditar la buena obra realizada por el pastor Olsen, de subestimar las pruebas severas a las que se vio sometido o de pronunciar juicio

sobre él, y aún menos dejar de reconocer nuestras propias debilidades, debemos ser claros en que una evaluación deshonesta de nuestros errores como pueblo en el pasado, es la garantía de que hoy continúe nuestra ceguera laodicense. Muchos relatos históricos denominacionales sobre la presidencia de Olsen han procurado presentar esos años de su servicio como siendo de victoria y éxito plenos, ignorando los resultados eternos de su desprecio al consejo celestial. L. H. Christian describió con falsedad la presidencia de Olsen al afirmar que “el nuevo presidente electo de la Asociación General”, junto a otros hombres poderosos, “inició series de reuniones de reavivamiento en todos los territorios de América” tras el encuentro de Minneapolis. Durante ocho años Olsen fue “en gran parte el responsable ante Dios por la enérgica obra de reavivamiento que se estaba llevando a cabo” (*The Fruitage of Spiritual Gifts* [1947], 237, 220). Arthur W. Spalding siguió un curso similar en su descripción de los años “victoriosos” que siguieron a la asamblea de Minneapolis. De Olsen declaró simplemente que “ese espíritu calmado y amable fue extraordinariamente efectivo en unificar la iglesia durante los años cruciales de su presidencia, hasta 1897” (*Captains of the Host* [1949], 367).

A. V. Olson, con la ayuda de Arthur L. White y el White Estate, admite que hubo controversia después de las reuniones de Minneapolis, pero describe la presidencia de Olsen como caracterizada por la sumisión y apoyo al consejo del Espíritu de Profecía, lo que según él resultó en la victoria final: “El pastor Olsen fue un hombre temeroso de Dios, y su alma se apesadumbró por lo que vio y oyó en Battle Creek. Con la ayuda de Dios se esforzó por traer la paz y armonía. Apoyó gustosamente a Ellen White en sus esfuerzos nobles y persistentes para mejorar la situación, y se gozó con ella, tal como hemos visto en el capítulo precedente, cuando los hombres comenzaron a entregarse y a confesar sus errores” (*Through Crisis to Victory: 1888-1901* [1966], 116).

En las compilaciones de Ellen White que ha publicado White Estate aparecen pensamientos similares. En 1923 se publicó *Testimonies to Ministers and Gospel Workers* {Testimonios para los ministros}, que fue una de las primeras compilaciones publicadas tras la muerte de Ellen White. El libro incluye porciones de varios Testimonios enviados a Battle Creek en la década de 1890. En 1962 se publicó una tercera edición de *Testimonies to Ministers* con la adición de un “Marco histórico” de veintidós páginas escrito por Arthur L. White con el propósito expreso de proporcionar al lector conocimiento acerca de “las circunstancias que prevalecían en el momento en que los mensajes fueron escritos” {XI}. Si bien el libro contiene Testimonios escritos primariamente durante los años 1890 y 1915 -el año en que murió Ellen White-, la mayor parte del Marco histórico está centrado en asuntos relacionados con el congreso de la

Asociación General de 1888 y lo que siguió en el cambio de siglo. Da la impresión de que el Marco histórico se escribió como respuesta al renovado y reciente interés por 1888 que desencadenó la entrega a la Asociación General de “1888 Reexaminado” { <http://libros1888.com/Pdfs/1888-RE-Print.pdf> }, de Robert J. Wieland y Donald K. Short. Es interesante observar que el “Marco histórico” de *Testimonios para los ministros* sigue muy de cerca los conceptos del libro de A. V. Olson: *Through Crisis to Victory: 1888-1901*, publicado en 1966. Eso es comprensible, puesto que Olson murió en 1963, y en ese momento el patrocinio del libro se transfirió al comité Ellen G. White Estate Board, del que Arthur L. White era secretario.

Toda esa información nos lleva a este punto: en el “Marco histórico”, que aborda algunos de los problemas surgidos después de la asamblea de Minneapolis, se afirma lo siguiente respecto a O. A. Olsen, expresidente de la Asociación General: “Al pastor Olsen, que simpatizaba plenamente con el énfasis que se le estaba dando a la verdad relativa a la justificación por la fe, y que siempre había sido leal a los consejos del Espíritu de Profecía, le resultó difícil enfrentar algunos de los problemas que encontró en Battle Creek” (“Historical Forward,” en *Testimonies to Ministers and Gospel Workers*, xxvi) {“Marco histórico”, en *Testimonios para los ministros*, XXVI}. Esos “algunos de los problemas” se atribuyen primariamente a sólo unos pocos hombres, a quienes el pastor Olsen “con la esperanza de contrarrestar esta mala influencia, puso a disposición de los ministros de la iglesia muchos de los mensajes de consejo que recibieron tanto él como otros dirigentes de Battle Creek en esa época crítica” (Ibid., xxix) {XXX}. Así, se presenta la presidencia de Olsen como caracterizando en última instancia un período positivo en el que sólo se cometieron algunos errores individuales por parte de unos pocos oponentes al mensaje de Minneapolis, que revirtió finalmente en una asamblea de la Asociación General de 1901 victoriosa.

LeRoy E. Froom fue bastante categórico al persistir en presentar conceptos similares en su obra histórica tan reconocida. No sólo escribió muy positivamente sobre la presidencia de Olsen, sino que procuró borrar toda sombra de duda al respecto: “El registro de la dirección espiritual de Olsen es diáfano y leal, y su definido apoyo y su invariable liderazgo en el amplio campo de la justicia por la fe está expuesto llanamente ante nosotros... Los años del liderazgo de Olsen están marcados por la lealtad y el avance... Comenzó un período de bendito reavivamiento y reforma... Muchos seguían estando en profunda perplejidad y ansiedad. Pero Olsen parecía percibir el significado espiritual de las cuestiones en liza y ejerció un liderazgo sosegado pero efectivo para su solución... Su espíritu tranquilo y amable contribuyó a unir la iglesia en aquel tiempo tan difícil, y a dar impulso al mensaje de Minneapolis en aquellos

nueve años cruciales de su presidencia después de los años 88 -es decir, desde 1888 hasta 1897-. La suya fue una influencia sanadora, unificadora y útil, tras las tensiones del período tempestuoso... El mandato de Olsen fue un tiempo de despertar de la satisfacción y confianza propias laodicenses, una renovación propiciada por la aceptación creciente del mensaje de la justicia por la fe” (*Movement of Destiny* [1971], 360-363).

Froom señaló asimismo los años 1890 como una década de gran reavivamiento, sin posibilidad de que el mensaje resultara frustrado en modo alguno: “Por lo tanto, no se puede decir con veracidad que Olsen rechazara personalmente o amortiguara el mensaje de la justicia por la fe, o que guiara, ayudara o influyera en ese sentido. Al contrario, los suyos fueron los años de firme avance inicial y propagación del mensaje mediante reavivamientos en colegios, iglesias, instituciones y encuentros campestres... No es posible malinterpretar todo eso como siendo un rechazo. Ciertamente fue todo lo contrario. Y Waggoner y Jones fueron, durante la década que siguió a 1888, los principales instructores bíblicos denominacionales -y eso por la acción del liderazgo de la iglesia. Eso no fue rechazo” (Ibid., 363-364).

Froom llegaría a decir que cualquier sugerencia de que hubiera existido un “rechazo del mensaje de Minneapolis”, o bien un impacto negativo en el progreso del mensaje por parte del liderazgo de la Asociación “significa de hecho una difamación a esas personas fallecidas”. Froom recordó también a sus lectores que el suyo no era el único “testimonio de entre los mejor informados”. Hombres como “Oliver Montgomery, L. H. Christian, A. W. Spalding, A. V. Olson, Norval Pease, A. L. White, R. L. Odom y otros, incluyendo el que escribe, forman una unidad en rechazar la acusación de infidelidad a la verdad y deslealtad de parte de los líderes después de 1888” (Ibid., 364 y 370).

George R. Knight ha promovido esa misma posición por décadas, respecto al liderazgo de la Asociación General en la década de 1890: “De hecho, como hemos señalado ya previamente en varias ocasiones, las administraciones de la Asociación General de O. A. Olsen (1888-1897) y G. A. Irwin (1897-1901) hicieron todo lo que estuvo a su alcance para situar a Jones y Waggoner al frente del adventismo desde 1889 hasta el final del siglo. Por consiguiente, [Jones y Waggoner] no sólo fueron los oradores principales en todas las asambleas de la Asociación General durante toda la década de 1890, sino que tuvieron también amplio acceso a la denominación mediante sus publicaciones periódicas a través de las casas publicadoras... Es difícil imaginar administraciones más comprometidas con los mensajeros de 1888. *Los oficiales de la Asociación General no han dado a otros teólogos en toda la historia de la denominación más prominencia que a Jones o Waggoner.* Las administraciones posteriores a

1888 hicieron cualquier cosa menos rechazarlos” (*A User-Friendly Guide to the 1888 Message* [1998], 145-150; cursivas en original).

Pero las pretensiones de todos esos hombres juntos no pueden eliminar los Testimonios de Ellen White a los que todos ellos han tenido acceso, pero a los que han preferido no hacer caso. Si bien se impone la humildad al considerar los desafíos a los que Olsen se enfrentó y a las victorias que ganó, para nosotros hoy es de la mayor importancia evaluar de forma honesta sus fallos y los de los líderes y administradores de la iglesia durante esos años cruciales. Toda la deshonestidad que rodea nuestra historia, que intenta presentar un cuadro falsamente optimista de nuestro pasado e ignora el conjunto del Testimonio de Jesús, no hace otra cosa más que condenarnos a nuestra condición laodicense de creernos ricos y estar enriquecidos, no estando en necesidad de nada (Apocalipsis 3:17).

Desgraciadamente, la enfermedad contagiosa del rechazo e indiferencia hacia el mensaje preciosísimo se extendió desde el corazón de la obra en Battle Creek hasta casi cualquier otra área de la iglesia por todo el mundo. Una de las formas en que se propagó la oposición desde 1888, fue mediante la influencia de Uriah Smith como jefe de redacción de *Review and Herald*. Debido a todo lo bueno que Smith había logrado en los años precedentes, su antagonismo hacia el mensaje, e incluso hacia los Testimonios de Ellen White, resultó ser más perjudicial. En junio de 1896 Ellen White fue movida a escribir a Smith, haciendo un resumen de la controversia sobre la ley en Gálatas que había condicionado una gran parte de la oposición a Jones y Waggoner en 1888. Ellen White no sólo apoyó plenamente la posición de Jones y Waggoner sobre el ayo (guía) de Gálatas 3:24, sino que al contemplar retrospectivamente las grandes posibilidades de la sesión de Minneapolis desde la perspectiva del año 1896, pudo afirmar en términos inequívocos que se había privado a nuestro pueblo en gran medida del fuerte persegón y la lluvia tardía:

“La Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe” [Gálatas 3:24]. En esa escritura, el Espíritu Santo está hablando mediante el apóstol especialmente de la ley moral. La ley nos revela el pecado y hace que sintamos la necesidad de Cristo y que corramos a él en busca de perdón y paz mediante el arrepentimiento hacia Dios y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo.

La falta de voluntad para renunciar a opiniones preconcebidas y aceptar *esta verdad*, está en la base de una gran parte de la oposición manifestada en Minneapolis contra el mensaje del Señor mediante los hermanos Waggoner y Jones. Suscitando esa oposición, *Satanás tuvo éxito* en privar a nuestro pueblo, en gran medida, del poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles. El enemigo evitó que obtuvieran esa eficiencia [lluvia tardía] que pudieron haber tenido para llevar la verdad al mundo, tal como la proclamaron los apóstoles tras el día de Pentecostés. Se resistió la luz que ha de alumbrar toda la tierra con su gloria [fuerte pregón], y por la acción de nuestros propios hermanos ha sido en gran medida mantenida lejos del mundo * (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 96, 5 junio 1896; en *1888 Materials*, 1575; original sin cursivas; se ha añadido texto entre corchetes).

Nota 4: Esa carta de Ellen White dirigida a Uriah Smith fue transcrita por Marian Davis junto a la siguiente anotación: “Las páginas incluidas presentan unos pocos puntos que fueron expuestos anoche ante la hermana White, y que ella ha querido enviarle. Ha estado por varios días bajo los efectos de un resfriado y del exceso de trabajo, y hoy es incapaz de leer o escribir”. Esa carta no se publicó hasta 1952, en “The Law in Galatians: Two Significant Statements”, *Review and Herald*, 13 marzo 1952, 6.

Para mayor información relativa a la controversia de la ley en Gálatas, y para descripciones modernas de lo que ocurrió en 1888 y a continuación que traicionan la realidad, presentando un panorama de victoria y aceptación del mensaje, ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, cap. 2, “La inminente lluvia tardía y fuerte pregón”, 57-80; y cap. 6, “Tres respuestas”, 169-186.

Es indudable que Ellen White declaró diáfaramente en 1896 que la lluvia tardía y el fuerte pregón que *comenzaron* en 1888, habían sido impedidos y finalmente malogrados por la acción de nuestros propios hermanos. Es evidente que una lluvia tardía abortada habría de llevar a una demora en la segunda venida de Cristo. Pero Ellen White no fue la única que reconoció los tristes resultados del asalto continuo y exitoso de Satanás al mensaje preciosísimo. Casi tres meses más tarde, O. A. Olsen resumiría en una carta dirigida a Prescott sus pensamientos relativos a las tinieblas que se habían asentado sobre Battle Creek y sus instituciones. A decir de Olsen, 1892

“fue un año remarcable en muchos aspectos”. Durante aquel año gran parte de la oposición declarada contra la justicia por la fe “cedió, y nuestro pueblo y nuestro cuerpo ministerial en general aceptó esa verdad. Recuerde la maravillosa experiencia que tuvimos en el encuentro campestre de [Lansing] Michigan ese mismo año. Luego siguió el congreso de la Asociación General a comienzos del año 1893, que fue un encuentro remarcable. Por entonces se comenzó a propugnar que había comenzado la lluvia tardía, y que el mensaje avanzaba con un fuerte pregón”.

Olsen continuó describiendo cómo “desde un punto de vista financiero” los años 1892 y 1893 fueron “los más favorables”, y “hubo abundancia para todo cuanto fue necesario para el avance de la causa”. Pero -recordó Olsen- “me parece que, mirando retrospectivamente, a partir de entonces [finales de 1893] las cosas se han venido poniendo del revés. Las tinieblas se han ido cerniendo cada vez más sobre la iglesia de Battle Creek, y *las insinuaciones y dudas que varios han expresado, han calado en una vasta proporción de nuestro pueblo en varios lugares*. Las contribuciones han caído continuamente en algunas líneas”. Olsen no atribuyó esa disminución de los recursos a las “condiciones financieras del país” sino “al declive espiritual existente en la iglesia” (O. A. Olsen a W. W. Prescott, 3 [30] agosto, 1896, 4-5; original sin cursivas). Lamentablemente, Olsen aún no podía comprender la parte que sus propias acciones tuvieron en aquel declive espiritual.

En noviembre de 1896, y en respuesta a los sinceros reproches y explicaciones de Ellen White relativos a las tácticas de Satanás para retardar el retorno de Cristo, O. A. Olsen compiló una serie de cartas y mensajes de la pluma inspirada que hablaban muy directamente del maltrato que recibieron los derramamientos del Espíritu Santo desde la asamblea de Minneapolis. Todos los mensajes en el nuevo panfleto abordaban de alguna manera los resultados de atribuir las manifestaciones del Espíritu Santo al fanatismo (*Special Testimony to Battle Creek Church -1896-* incluía por entonces algunas cartas y manuscritos no publicados -hemos citado de casi todos ellos-: Ellen G. White a S. N. Haskell, Carta 38, 30 mayo 1896; Ellen G. White a O. A. Olsen, Carta 57, 1 mayo 1895; “Experience of the Golden Calf an Example for God’s People Today”, Manuscrito 16, 10 mayo 1896; Ellen G. White to Brethren in Responsible Positions in America, Carta 5, 24 julio 1895).

En sus comentarios introductorios de *Special Testimony to Battle Creek Church*, Olsen afirmó que el panfleto contenía material de “la mayor importancia para la iglesia de Battle Creek y las instituciones localizadas aquí”. Aunque en el pasado se habían recibido “mensajes de instrucción y advertencia muy solemnes e importantes”, Olsen admitió que “esos mensajes no han recibido la cuidadosa atención que merecen, y no se ha realizado la reforma a la que apelaban”. Ahora se presentaban de nuevo esos mensajes, dándoles la oportunidad de estudiarlos detenidamente: “Dios tiene en su almacén grandes bendiciones para su pueblo, y está presto a obrar en nuestro favor en Battle Creek de una forma notable. En diferentes momentos en el pasado, el Señor ha traído a su pueblo -y lo hemos testificado- el Espíritu de Dios derramado en gran medida; pero lejos de hacer el mejor uso de esas bendiciones y privilegios, ha existido un espíritu de apartarse de Dios, lo que ha traído tinieblas y mucha obra malvada”. Olsen estaba suplicando que “todos buscaran al Señor de la forma más ferviente, confesaran el mal y se volvieran a Dios de todo corazón”. Si hacían así, Olson aseguró que “Dios se acercará, y veremos manifestado en nuestro medio el poder glorioso de su salvación” (O. A. Olsen, “Introductory remarks”, 18 noviembre 1896, *Special Testimony to Battle Creek Church*, pamphlet no. 154, 1-2).

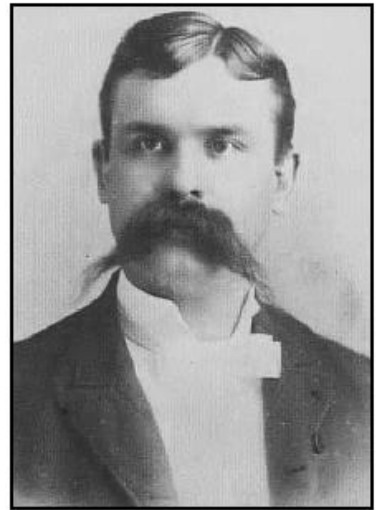
Confesando los pecados como Daniel

A. F. Ballenger, quien había sido pastor adventista desde la década de 1880, trabajaba desde hacía algunos años en el departamento de Libertad Religiosa de la iglesia. En 1891 tuvo una experiencia de reconversión, y colaboró en reuniones de reavivamiento desde 1897 hasta 1900 * (Ver Don F. Neufeld, ed., “Ballenger, Albion Fox”, *Seventh-day Adventist Encyclopedia*, vol. 10, 121. Para información relativa a la experiencia de la conversión de Ballenger, ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, cap. 17, 467-501. Para un ejemplo de su obra junto a A. T. Jones en relación con la libertad religiosa, ver A. F. Ballenger, “Lessons From the Closing of the Marlowe Theater”, *General Conference Daily Bulletin*, 6 marzo 1893, 487-489).

Nota 8: Existe cierta evidencia de que hacia el cambio de siglo Ballenger tomó algunas posiciones extremas en sus reuniones de reavivamiento “Recibid el

Espíritu Santo”; no obstante, todavía en 1899, Ellen White disuadió a Ballenger de tomar una posición que derivaba hacia el activismo financiero más bien que evangelístico: “Dios es quien le ha señalado su obra. Su llamado es el del ministerio como evangelista, y en ningún caso debe frivolar con sus responsabilidades morales” (Ellen G. White a A. F. Ballenger, Carta 90, 6 junio 1899; en *Manuscript Releases*, vol. 11, 47). Lamentablemente, Ballenger comenzó a apartarse de la enseñanza fundacional adventista sobre el santuario tras el cambio de siglo, y poco tiempo después -pasado 1905- abandonó la iglesia.

Cuando Ballenger leyó en 1897 el recientemente publicado *Special Testimony to Battle Creek Church*, su corazón se conmovió profundamente. En un sermón que predicó en el tabernáculo de Battle Creek el 25 de septiembre de 1897, Ballenger llamó la atención de los cientos de adventistas allí reunidos al llamado bíblico de Ellen White al arrepentimiento que el panfleto contenía. En referencia a la oración de Daniel en el capítulo 9, Ballenger sugirió que esa era “la oración que debía elevar cada uno de los que lamentaban el sufrimiento de la causa en Battle Creek”. En el capítulo 9, Daniel había orado por sus pecados y por los pecados de su pueblo, reconociendo al mismo tiempo el castigo de los setenta años de desolación a resultados de los cientos de años de rebelión (A. F. Ballenger, “Who is on the Lord’s Side?” Sermón dado en Battle Creek Tabernacle, sábado 25 septiembre 1897; en *Review and Herald*, 5 octubre 1897, 629).



A. F. Ballenger

Continuando con su sermón, Ballenger llamó la atención a una declaración de Ellen White que se había publicado pocos meses antes en la *Review*, en la que amonestaba a la iglesia a que “ore más fervientemente que ahora, *en el tiempo de la lluvia tardía*, para que puedan caer sobre nosotros lluvias de gracia” (Ellen G. White, “Pray for the Latter Rain”, *Review and Herald*, 2 marzo 1897; original sin cursivas). Ballenger sintió que no había nada más cierto que ese hecho, pero al mismo tiempo reconoció también que “es igualmente cierto que el Espíritu no va a ser ahora derramado allí

donde no exista confesión sincera y abandono del pecado”. Pero cuando Ballenger recordó algunas de las reuniones campestres en el pasado, refirió la forma en que vinieron las grandes bendiciones cuando “los pastores y responsables humillaron sus corazones ante el Señor, y le suplicaron que quitara el reproche de sus centinelas”. Ballenger esperaba ver toda “la iglesia, como un solo hombre, postrada ante el Señor, buscando el bautismo de su Espíritu”, pero existía aún “pecado en el campamento”. Dicho pecado, a decir de Ballenger y según dedujo del material de Ellen White que leyó, consistió en el trato dispensado al mensaje de Minneapolis y a las manifestaciones del Espíritu Santo desde aquel tiempo:

Hemos rechazado la bendición de la justicia por la fe; y cuando el Señor en 1893 comenzó a derramar su Espíritu sobre aquellos que habían aceptado la justicia de Dios por la fe, he aquí que se lo declaró fanatismo. El rechazo del bendito Consolador entonces, ha demostrado significar ruina y muerte desde aquel tiempo.

Pastores y obreros en los encuentros campestres han confesado que asistieron al congreso de la Asociación General y se alegraron al ver la manifestación del Espíritu, pero al ser advertidos por hombres de influencia en la denominación, y cuando estos les dijeron que eso era ‘solamente excitación y fanatismo’, quedaron perplejos y no supieron qué decir o qué pensar. Al regresar a sus campos de labor, los hermanos que había leído el *Bulletin* y estaban al corriente de las obras de Dios en aquel congreso de la Asociación, acudieron a ellos para saber más sobre el don precioso, pero entonces esos obreros les advirtieron a su vez a que desconfiaran de aquella manifestación del Espíritu por ser fanatismo, y los pobres hermanos y hermanas han estado oyendo dos voces en conflicto de parte de profesos centinelas del Señor. Como resultado, la trompeta ha dado un sonido incierto, y tanto el mundo como la iglesia han terminado por constatarlo. ¡Ojalá se arrepientan los de Battle Creek!...

Ese mensaje de justificación por la fe que por siete años se ha estado presentando en casa a los corazones de los hermanos, ¿viene, o no viene del Señor? ¿Quién está de parte del Señor? ¿Derramó el Señor su Espíritu en el congreso de la Asociación General en 1893?, ¿o bien se trató de

excitación fanática? ¿Quién está de parte del Señor? (A. F. Ballenger, “Who is on the Lord’s Side?” *Review and Herald*, 5 octubre 1897, 629).

Ballenger continuó diciendo que durante años “hemos prometido al mundo, en los cientos de miles de libros y periódicos que hemos distribuido y en los sermones predicados durante los últimos cincuenta años, que este mensaje cumpliría rápidamente su obra bajo el refrigerio de la lluvia tardía. Pero han ido pasando los años y el mundo no ha visto tal cosa”. A la luz de esos hechos, Ballenger se dirigió a quienes pensaban que no se debía hablar de los pecados de la iglesia:

Habrán quienes objetarán a esta presentación del tema en este momento y lugar, aduciendo que no debíamos hacer públicos los pecados del pueblo de Dios. Ya son públicos. De acuerdo con el Espíritu de Dios, “se está extendiendo la convicción por todo el mundo de que los adventistas del séptimo día están dando un sonido incierto a la trompeta, que están siguiendo el camino de los mundanos” (Una vez más, Ballenger estaba citando del panfleto de Ellen White *Special Testimony to Battle Creek Church* -1896-, 30).

Hermanos, nuestros pecados han llegado al [conocimiento del] mundo, y el siguiente informe que debiera llegar al mundo es que estamos confesando nuestros pecados. Si la iglesia de Battle Creek se humilla ante Dios con ferviente confesión del pecado, quisiera ver esa crónica impresa en cada periódico del mundo” (A. F. Ballenger, “Who is on the Lord’s Side?” *Review and Herald*, 5 octubre 1897, 629).

A la luz de tales posibilidades, Ballenger concluyó: “Ahora todo adventista del séptimo día debiera, como Daniel, confesar sus pecados y el pecado de su pueblo” (Ibid.).

Nota 14: En 1902 Ellen White se haría eco de esos planteamientos relativos a la oración de Daniel, en el contexto de la obra en el Sur: “Hay necesidad de una oración como la que elevó Daniel. Si alguna vez hubo un pueblo en necesidad de elevar una oración como esa, es el adventista del séptimo día. ¡Hay entre ellos una tal confianza propia y presunción! El Señor ha estado enviando luz a su pueblo, pero no se ha prestado oído a los Testimonios” (Ellen G. White a A.

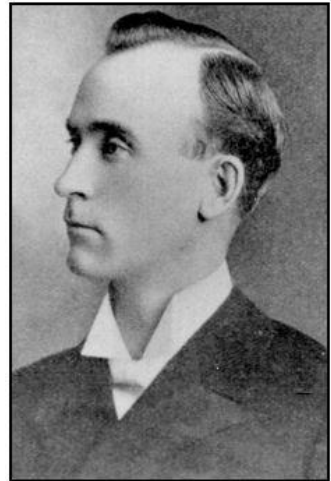
G. Daniells, 16 noviembre 1902, no publicada; hay una declaración similar en *Spalding and Magan Collection*, 346).

La *Review* informa que tras el sermón “se hizo un llamado para que se reunieran por la tarde los que quisieran dedicarse a Dios mediante la confesión y arrepentimiento, el reconocimiento de pecados personales y de los pecados del pueblo. Fue una gran sorpresa ver de nuevo a casi toda la congregación... y hubo un ferviente deseo de reconciliarse con Dios” * (Reseña editorial, *Review and Herald*, 28 septiembre 1897, 634).

Nota 15: Entre algunos historiadores parece darse un esfuerzo por desacreditar la totalidad del movimiento “Recibid el Espíritu Santo” que Ballenger puso en marcha el verano de 1897, debido al fanatismo que apareció en los últimos años. Ver, por ejemplo, Bert Haloviak, “Pioneers, Pantheists, and Progressives: A. F. Ballenger and Divergent Paths to the Sanctuary” (manuscrito no publicado, Office of Archives and Statistics, General Conference of Seventh-day Adventists, Washington, D.C.: junio, 1980), 2-10; George R. Knight, *1888 to Apostasy*, 169-170. Ron Clouzet, en contraste, ofrece una visión más equilibrada: “Para ser veraz, mucho de lo que Ballenger compartió en aquellos años era enseñanza bíblica correcta -si bien algo extrema- y llevó a muchos a entregarse a Dios” (*Adventism’s Greatest Need: The Outpouring of the Holy Spirit*, 190).

Pero Ballenger no fue el único que percibió que en 1893 se había fracasado en recibir lo que Dios tenía en reserva para su pueblo. Otros más llegaron a esa conclusión, y durante los años que siguieron la expresaron abiertamente. En 1898 E. A. Sutherland afirmaría insistentemente que “la lluvia tardía habría venido en 1893 si nuestro pueblo hubiera avanzado en toda la verdad” (E. A. Sutherland, “The Illinois and Indiana Camp-Meetings”, *Review and Herald*, 27 septiembre 1898, 622).

En 1899, la Conferencia de la Unión de Australasia invitó al recién elegido presidente de la Asociación General, A. Irwin, a Avondale College, donde predicó un conmovedor sermón sabático sobre la segunda venida. Irwin sugirió que si los adventistas hubieran seguido la providencia divina, “habríamos estado infinitamente



E. A. Sutherland

más avanzados en el mensaje de lo que estamos hoy”. Hablando acerca de la declaración sobre el fuerte pregón y los decepcionantes resultados que hubo -en la carta de Ellen White del 22 de noviembre de 1892-, Irwin declaró que no fue Dios, sino “nosotros, quienes cometimos las equivocaciones”:

“Tuvimos algunas gotas de la lluvia tardía al año siguiente [1893] de ser escrito el testimonio. Eso se hizo resonar de una parte a otra del país de Estados Unidos. No me malinterpreten como si hubiera dicho que eso es todo cuanto hay respecto al fuerte pregón, pero eso fue el *comienzo* del mismo. Y si tuviéramos conciencia del terrible tiempo en que estamos viviendo, confesaríamos nuestros pecados y humillaríamos nuestros corazones ante Dios, de forma que el Espíritu de Dios pueda reposar poderosamente sobre nosotros. Entonces el fuerte pregón avanzaría desde este encuentro y no se detendría hasta haber terminado su obra. Quiero impresionar vuestras mentes con eso: el Señor nos dijo que ya había comenzado el fuerte pregón, y que ahora llevamos diez años en el fuerte pregón con el que ha de concluir la obra del evangelio. Si hubiéramos

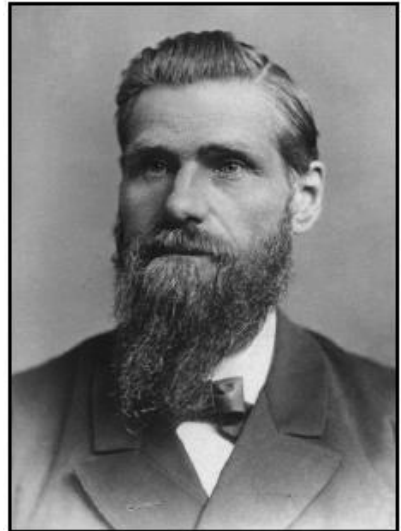


Avondale College Chapel

seguido desde ese tiempo, creo poder afirmar sin temor a equivocarme, que el mensaje habría terminado ahora en este tiempo” (G. A. Irwin, “Sermón”, mañana de sábado, 8 julio 1899; en *Australasian Union Conference Record*, Special No. 1, 10 julio 1899, 10-12; original sin cursivas).

Ellen White, que asistía también a las reuniones, había tenido la oportunidad de responder a muchas de las “preguntas angustiosas” de Irwin relativas a la obra en América durante su estancia en Australia. Eso le había dado a ella la oportunidad para compartir su consejo en beneficio de los que estaban en el corazón de la obra. Es evidente que el sermón de Irwin armonizaba con las declaraciones que Ellen White había venido haciendo durante años, relativas a la demora en la venida del Señor como resultado de la incredulidad del pueblo de Dios (Ellen G. White a S. M. I. Henry, Carta 96, 21 junio 1899; en *Selected Messages*, vol. 3, 51 {56}; Ellen G. White, “The Close of the Conference”, *Australasian Union Conference Record*, 28 julio 1899, 13).

Unos días después, el 17 de julio de 1899, S. N. Haskell -quien también estaba presente en la reunión- presentó una lección sobre el mensaje del tercer ángel. Haskell abordó el tema de la generación final y presentó las bien conocidas profecías de tiempo, así como los eventos del tiempo del fin que apuntaban al inminente retorno de Cristo. Retomando el tema de Irwin del fuerte pregón, Haskell preguntó: “¿Creéis que estamos en los últimos días? -Estamos en los últimos días de la ultimísima generación. Llevamos diez años en el fuerte pregón del mensaje del tercer ángel”. Recordó entonces el congreso de la Asociación General de 1893, en el que se expresó el concepto de que Cristo podía haber regresado ya: “Hay un testimonio en el *Bulletin*, publicado en 1892, que dice: ‘Si el pueblo de Dios se hubiese puesto a la obra como debía hacerlo tras el encuentro de Minneapolis en 1888, el mundo pudo haber sido advertido en dos años, y el Señor habría venido’”.



S. N. Haskell

Desafortunadamente, o bien se equivocó Haskell en la fecha del *Bulletin* -debiera ser 1893-, o bien el taquígrafo la tomó mal, además de que se pusieron comillas a la afirmación de Haskell como si fuera una cita literal de Ellen White (S. N. Haskell, “Bible Study: The Third Angel’s Message”, *Australasian Union Conference Recorder*, Special No. 4, 17 julio 1899, 9-10).

A pesar de lo anterior, resulta fácil comprender la idea: si se hubiera aceptado sin reservas el mensaje de 1888, el mundo habría quedado advertido en un corto período de tiempo y Cristo habría podido regresar. Haskell estaba probablemente recordando el sermón n° 15 de A. T. Jones en el congreso de la Asociación General de 1893, en el que citó varias declaraciones hechas por Ellen White desde 1890. En ellas se mencionaba el mensaje de Minneapolis y la falta de recepción en los “pasados dos años” (A. T. Jones, “The Third Angel’s Message, No 15”, *General Conference Daily Bulletin*, 23 febrero 1893, 359). Y estaba también recordando la declaración recién recibida de Ellen White que se leyó en la asamblea cuatro días después, en la que decía: “Si cada soldado de Cristo hubiera cumplido su deber, si cada centinela en los muros de Sión hubiera dado un sonido certero a la trompeta, el mundo habría escuchado ya el mensaje de advertencia. Pero la obra lleva años de retraso” (Ellen G. White a W. Ing, Carta 77, 9 enero 1893; en *General Conference Daily Bulletin*, 419-420). Es innegable que Ellen White hizo declaraciones similares, tanto antes como después de la asamblea de Minneapolis, indicando que Cristo habría podido regresar ya, tal como intentaba destacar Haskell en la sesión de la Asociación de Australasia en 1899.

Un ejemplo es cuando Ellen White escribió en 1894 que si “los que dicen tener una experiencia viva en las cosas de Dios hubieran cumplido su tarea asignada, el mundo entero habría sido advertido y el Señor Jesús habría venido a nuestro mundo con poder y gran gloria” (Ellen G. White a Emma y Edson White, Carta 84, 14 noviembre 1894; en *Manuscript Releases*, vol. 16, 38). Esa misma declaración se repitió en la *Review* en fecha tan tardía como 1896 (Ellen G. White, “Whosoever Will, Let Him Come”, *Review and Herald*, 6 octubre 1896). Ellen White hizo otra declaración similar: “Si su pueblo hubiera llevado a cabo el propósito de Dios de dar su mensaje de misericordia al mundo, Cristo habría venido a la tierra y los santos ya habrían recibido la bienvenida en la ciudad de Dios” (Ellen G. White, “The Loving Watchcare of Jesus”, *Union Conference Record -Australasian-*, 15 octubre 1898). El

recién publicado *Desire of Ages* {El Deseado de todas las gentes} presentaba también el mismo pensamiento: “Si la iglesia de Cristo hubiese hecho su obra como el Señor le ordenaba, todo el mundo habría sido ya amonestado, y el Señor Jesús habría venido a nuestra tierra con poder y gran gloria” * (Ellen G. White, *Desire of Ages* -1898-, 633-634) {587}.

Nota 25: Es desafortunado que en el *Index to the Writings of Ellen G. White* aparezca la declaración de Haskell de 1899 bajo el encabezado: “Citas atribuidas erróneamente a Ellen G. White”, acompañada sólo de esta breve explicación: “El pastor S. N. Haskell aportó esta referencia de memoria en una predicación publicada en 1899. En 1892 no se publicó ningún *Bulletin*, ni se ha encontrado tal declaración en ninguna otra fuente, publicada o no” (vol. 3, 3192; en <http://www.whiteestate.org/issues/faq-mist.html#mistaken-section-d11>), consultada el 30 de enero de 2012). Habría sido de mayor ayuda si White Estate hubiera referido a los lectores directamente al *Bulletin* de 1893, junto con una simple explicación.

Haskell estaba probablemente familiarizado con todas esas declaraciones relativas a la demora en el regreso de Cristo, por consiguiente resumió las ideas de su sermón de 1899 diciendo: “Dios dispuso terminar la obra dependiendo de lo consciente que fuera su pueblo de la importancia y carácter sagrado de la obra, y según el celo que pusiera en ello” (S. N. Haskell, “Bible Study: The Third Angel’s Message”, *Australasian Union Conference Recorder*, Special No. 4, 17 julio 1899, 10). Pero tristemente, la obra no se había realizado y la venida de Cristo se había demorado todavía más.

La comprensión de Ellen White sobre la demora en el regreso de Cristo adquirió una nueva dimensión mientras estuvo en Australia poco antes del cambio de siglo. En una visión en la noche, el año 1898, se le dio la comprensión de que no estaría viva para poder ver la segunda venida de Cristo, sino que pasaría al descanso. A continuación se la animó a que hiciera todo lo que pudiera en la preparación de libros para generaciones futuras según el consejo y los Testimonios que había recibido. En 1913 W. C. White compartió el relato de su experiencia en la asamblea de la Asociación General:

Hace unos quince años, en una de las visiones que tuvo en la noche, se la trasladó desde un lugar muy oscuro a la luz brillante, y el padre [James

White] estaba con ella. Cuando él la vio a su lado, exclamó con gran sorpresa: “¿También tú has estado allí, Ellen?” Ella siempre comprendió que eso significaba que el Señor la haría reposar en la tumba por un breve tiempo antes que él regresara. [Mi madre] se ha estado esforzando de acuerdo con eso. Frecuentemente ha recibido mensajes para que acelerara su obra -de preparar los libros- dado que no iba a disponer más que de un breve tiempo para hacerlo. Se ha esforzado en presentar sus escritos en forma de libro, de manera que pueda rendir un servicio a la iglesia (W. C. White, “Bible Study Hour: Confidence in God”, 30 mayo 1913; en *General Conference Daily Bulletin*, 1 junio 1913, 219. Ver también *Arthur L. White, The Later Elmshaven Years: 1905-1915*, 445).

G. B. Starr, quien trabajó junto a Ellen White durante sus años en Australia, informó años más tarde acerca de una experiencia relacionada que tuvo mientras conversaba con ella en algún momento posterior a 1897:

Un día, estando en casa de la hermana White en Sidney, New South Wales, Australia, un grupo de cinco o seis personas estaba conversando con ella, cuando alguien entre ellos preguntó: “Hermana White, ¿cree que vivirá hasta la venida del Señor?” A lo cual ella replicó: “Lo dudo mucho, pero el Señor no me lo ha revelado hasta ahora de forma definitiva”. Continuaron preguntándole: “Pero suponga que muriera. ¿Cree que el Señor suscitaría a otros para que escribieran testimonios?” “Sólo puedo decirle” -respondió- “lo que el Señor me ha mostrado al respecto”. Entonces le dijeron: “Eso es exactamente lo que queríamos saber”. “Está bien”, dijo ella: “El ángel del Señor abrió la Biblia en Zacarías 4:9, y señalando el versículo, dijo: ‘Eso se aplica a ti y a tu obra’. ‘Las manos de Zorobabel echarán el cimiento de esta Casa, y sus manos la acabarán. Así conocerás que Jehová de los ejércitos me envió a vosotros’”. “¿Pero no significa eso que usted podría vivir hasta el final?” “No” -replicó- “no fue esa mi impresión: ‘Sus manos [las de Dios] la acabarán’; creo que se refería a los escritos, en el sentido de que serían suficientes para guiar al pueblo de Dios hasta el final” * (G. B. Starr, *Fifty Years With One of God’s Seers*; manuscrito no publicado [–1928], 105).

Nota 28: Parece que Ellen White no dispuso de casa en Sidney sino hasta pasado febrero de 1897, momento en el que ocupó una habitación amueblada

de alquiler, preparada para las ocasiones en que visitaba la ciudad (Ver Arthur L. White, *The Australian Years: 1891-1900*, 291).

G. B. Starr continuó citando la siguiente declaración de Ellen White, escrita en 1903: “Físicamente, siempre he sido como un vaso quebrado; y sin embargo, a mi edad avanzada el Señor continúa moviéndome mediante su Espíritu Santo para que escriba los libros más importantes que jamás se hayan presentado ante las iglesias y el mundo. El Señor está demostrando que puede actuar mediante vasos débiles. La vida que me permita tener, la emplearé para su gloria. Y, cuando él considere oportuno llevarme al descanso, sus mensajes tendrán todavía mayor fuerza vital que cuando vivía el débil instrumento mediante el cual fueron dados (Ellen G. White, “The Time of the End”, Manuscrito 122, 9 octubre 1903; en *Manuscript Releases*, vol. 8, 428).

Una comprensión como esa de su vida mortal la llevó a un énfasis renovado cuando regresó a América tras pasar diez años en Australia. No sólo inició un esfuerzo más concertado para publicar más de su material inspirado, sino que presentó un llamamiento renovado a que se ofrecieran al pueblo las obras de los pioneros adventistas. En vista de la prolongada demora en el retorno de Cristo y de los desafíos formidables a los que la iglesia se enfrentaba hacia el cambio de siglo, Dios iba a reforzar los fundamentos a fin de que resistiera tales tempestades cuando “ninguno de los pioneros estuviera vivo” (Fred Bischoff, “A Second Look at The Importance of the Adventist Pioneers, parte 4 (conclusión)”, *Lest We Forget, Fourth Quarter*, 2001, 2; en <<http://www.aplib.org/files/lwf/LWFV11N4.pdf>>). Sin embargo, todavía quedaba la esperanza de que tuviera lugar el reavivamiento y reforma a los que Dios había estado llamando en los quince años precedentes. ¿Traería la asamblea de la Asociación General de 1901 los cambios requeridos?

Capítulo 13

El congreso de la Asociación General de 1901

Llegado el tiempo de la asamblea de la Asociación General de 1901, Ellen White acababa de regresar de sus diez años de exilio en Australia. Aunque el Señor había bendecido abundantemente su obra allí, en el núcleo central de la iglesia en Battle Creek los problemas no habían dejado de crecer. El día de la inauguración de la



Ellen White speaking at the 1901 General Conference in session.

asamblea, el martes 2 de abril, después de la alocución presidencial de G. I. Irwin, se inauguró oficialmente la Conferencia. Tan pronto como Irwin le hizo la pregunta: “¿Qué desearía hacer ahora?”, Ellen White pasó al frente y tomó la palabra:

Siento un interés especial en los movimientos y decisiones que se den en esta asamblea en relación con lo que debiera haberse hecho hace años, especialmente hace diez años [1891], cuando estuvimos reunidos en

asamblea y el Espíritu y el poder de Dios vinieron a nuestra reunión, testificando de que Dios estaba presto para obrar en favor de su pueblo si este se ponía en orden de marcha. Los hermanos *asintieron* a la luz que Dios había dado, pero hubo aquellos conectados con nuestras instituciones, especialmente con la oficina de Review and Herald y con la Asociación [General], que introdujeron elementos de incredulidad, de forma que no se actuó de acuerdo con la luz dada. *Se asintió a ella*, pero no se hizo ningún cambio especial para propiciar esa condición de cosas que permita que el poder de Dios se revele entre nosotros como pueblo.

Entonces se me dio luz a propósito de que este pueblo debía permanecer más elevado que cualquier otro en la faz de la tierra, que debía ser un pueblo leal, un pueblo que represente correctamente la verdad. El poder santificador de la verdad revelado en sus vidas tenía que lograr que se distinguieran del mundo. Debían mantenerse en dignidad moral, teniendo una conexión tan estrecha con el cielo, que el Señor Dios de Israel pudiera darles un lugar en la tierra.

Se hizo ese mismo reconocimiento año tras año, pero no se han entretendido en la obra los principios que elevan a un pueblo. Dios les dio luz clara relativa a lo que debían hacer y a lo que no debían hacer, pero se apartaron de la luz, y me sorprende la prosperidad de la que hoy disfrutamos. Es por la gran misericordia de nuestro Dios, no por nuestra justicia; es para que su nombre no sufra la deshonra en el mundo (Ellen G. White, “Remarks at 1901 General Conference”, *General Conference Bulletin*, 3 abril 1901, 23; original sin cursivas).

El mensaje de la justicia por la fe, que había venido al liderazgo de la iglesia en la asamblea de la Asociación General de 1888, y que después se había venido proclamando con convicción por años en todo lugar, de ser plenamente aceptado, traería un cambio positivo a cada área de la experiencia individual y de la obra organizada de la iglesia. Una experiencia cristiana más profunda no sólo propiciaría la maduración de la comprensión teológica en la experiencia, sino que llevaría a cambios positivos en la organización, las finanzas, las publicaciones, la educación, el evangelismo, la reforma pro-salud, la obra médico-misionera, la obra pastoral y la

obra de beneficencia en general. Pero mediante la introducción de elementos de incredulidad, la luz del cielo había obtenido una respuesta simplemente de asentimiento, de forma que los principios que cambian vidas no fueron entretreídos en la obra. La prosperidad y el crecimiento en membresía, así como la expansión de las instituciones, no eran indicadores válidos de que se hubiera incorporado el mensaje o el consejo dados, sino un reflejo de la gran misericordia de Dios.

Ellen White continuó sus comentarios en el congreso, refiriéndose a algunos de los problemas que aún existían en las diferentes instituciones de Battle Creek: “Que los hombres ocupen un lugar sagrado y sean como la voz de Dios para el pueblo, tal como antaño concebimos que era la Asociación General, es algo que pertenece al pasado. Reorganización es lo que queremos ahora. Queremos empezar desde los fundamentos, y edificar según un principio diferente”. Pero Ellen White estaba llamando a más que simplemente una reorganización estructural. Había nuevos “principios” que debían guiar a quienes lideraban la iglesia. No obstante, los cambios no iban a tener lugar “confiando responsabilidades a hombres sobre quienes se había arrojado luz año tras año, durante diez o quince años, pero que no habían prestado atención a la luz que Dios les había dado” * (Ibid., 25).

Nota 2: “Diez o quince años” retrotraían al congreso de la Asociación General de 1886, un tiempo en el que Ellen White había recibido mucho consejo relativo a cambios necesarios en la organización. Pero fue también un tiempo en el que Jones y Waggoner presentaron por primera vez sus conceptos sobre la justicia por la fe y el libro de Gálatas.

Durante el resto de la asamblea, Ellen White insistiría en la necesidad de ambas cosas: cambios en la estructura y cambios en la experiencia.

Tanto A. T. Jones como E. J. Waggoner describirían condiciones similares resultantes de un mero asentimiento a la luz y la verdad, que no se habían interiorizado al corazón hasta el punto de producir un cambio en la vida. En el congreso de la Asociación General de 1893 A. T. Jones había resumido la respuesta que hasta entonces había recibido el mensaje de la justicia por la fe:

Al presentarlo hace cuatro años [1888] y a partir de entonces, algunos lo aceptaron tal como fue dado y se alegraron por las nuevas de que Dios tenía justicia que sería aceptada en el juicio... Otros no quisieron tener nada

que ver en absoluto: lo rechazaron totalmente. Otros parecieron tomar una postura intermedia... Y así, entre la entrega y aceptación abierta, franca y sin titubeos, y el rechazo abierto y declarado, se ha ido posicionando desde entonces una franja dispersa de personas acomodaticias; y los que adoptaron esa postura de compromiso no están esta noche mejor preparados que hace cuatro años para discernir cuál es el mensaje de la justicia de Cristo (A. T. Jones, “Third Angel’s Message, No. 11”, *General Conference Daily Bulletin*, 13 febrero 1893, 243-244).

Años más tarde Jones volvería a describir la respuesta de quienes sólo asintieron al mensaje: “Pero como sabe bien, la Sra. White se posicionó abierta y categóricamente a favor de la justicia por la fe; y una vez que terminó la asamblea [1888], la predicación de la justicia por la fe continuó con ella, con el hermano Waggoner y conmigo... Eso continuó durante el invierno y la primavera. Después, al llegar la estación de los encuentros campestres, colaboramos con el mensaje de la justicia por la fe y de libertad religiosa, coincidiendo a veces los tres en el mismo encuentro”. El resultado de sus labores combinadas fue más que notable, pero eso no pareció traer un cambio duradero. Jones explica: “Eso apaciguó los ánimos entre el pueblo y aparentemente entre los dirigentes. Pero esto último *fue sólo aparente*. Jamás fue real, ya que todo el tiempo en el Comité de la Asociación General y entre otros, hubo un constante antagonismo secreto” (A. T. Jones a hermano Holmes, 12 mayo 1921; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 329; original sin cursivas).

También Waggoner se haría eco de los comentarios que hizo Ellen White en la asamblea de 1901. Escribiendo a A. G. Daniels en 1903, Waggoner recordó la condición en América durante los años en que Daniells estuvo en Australia:

Mientras tanto las cosas no estaban yendo mejor en América [década de 1890], como bien sabe ... Fue debido al hecho de que si bien -tras mucha oposición- la denominación había aceptado *oficialmente* la luz avanzada del mensaje, no la habían llevado a la práctica. La tomaron como una de las cosas que “creemos como pueblo”, pero no como algo mediante lo cual se dirige una empresa, se enseña la ciencia, etc. En la luz que el Señor había enviado, no vieron un principio que habría de resolver todo problema, reorganizar -o mejor organizar- y dar vida a toda la obra. Lo

peor de todo: no aceptaron la luz *en progresión* del mensaje. Habiendo dado un paso, les molestó tener que continuar avanzando. Pensaron que se exponían a algo exagerado si cambiaban de una rodera a otra...

Nadie tuvo un mejor comienzo que el hermano Olsen hace catorce años a contar desde la pasada primavera [1889]. Pero no resistió la presión de la vieja guardia. Después, el hermano [Irwin] comenzó en circunstancias extraordinariamente favorables, pero su administración demostró muy pronto ser un fracaso. Sería un error pensar que el problema estuvo en el hombre; es decir, que no fueron buenos hombres. Lo cierto es que eran hombres tan buenos, y cristianos tan sinceros como el que más... Todo cuanto había en ellos de equivocado, si es que había algo, es su incapacidad para discernir el principio de verdad que podría resolver cualquier problema y solucionar cualquier situación difícil. Y así es como persistió y actuó la vieja levadura (E. J. Waggoner a A. G. Daniells, 24 julio 1903).

A. G. Daniells, quien sería votado como presidente en la asamblea de 1901, predicó el sermón de la tarde del domingo 14 de abril. Habló del mensaje de la justicia de Cristo que tenía que llegar al mundo a partir de los adventistas que estaban diseminados por el globo. “¡Ojalá Dios tocara nuestros labios con un carbón encendido de su altar!”, proclamó Daniells, “hasta que esa justicia, la justicia de la que tanto hemos estado hablando durante los últimos diez o doce años, avance como lámpara que arde”. Pero si bien se había hablado mucho de ese mensaje, Daniells temía que “de alguna forma no nos hemos aferrado a él como pudimos o debimos hacer. ¡Temo que haya sido algo demasiado teórico! Sin embargo, sé que en él hay bendito poder” (A. G. Daniells, “Sermón, 14 abril 1901”, *General Conference Bulletin*, 16 abril 1901, 272). Daniells continuaría expresando pensamientos similares en los años que seguirían. No se había captado el poder ilimitado del mensaje del fuerte pregón y la lluvia tardía, a pesar de que se había enfatizado el mensaje por más de una década.

La siguiente tarde, el 15 de abril, W. W. Prescott compartiría sus siempre crecientes convicciones de los tiempos trascendentales en que vivían. Se refirió a ejemplos en la historia, de los que cabía aprender lecciones. Concedor de que “la historia se

repite”, Prescott presentó a partir de la luz de la Palabra de Dios “tres momentos en que un mismo conjunto de circunstancias llevaron a experiencias similares”. Habló del período de tiempo inmediatamente precedente al “exilio babilónico” del pueblo de Dios, del tiempo que “precedió a la destrucción de Jerusalem” y del “tiempo actual”: 1901. Cada uno de esos tres períodos de tiempo a los que se refirió, estuvo precedido por el mensaje de la justicia por la fe, por el anuncio de los nefastos resultados de rechazarlo y por los llamamientos al reconocimiento, confesión y arrepentimiento a fin de evitar los consiguientes castigos divinos. “Y *nosotros* nos encontramos de nuevo en esas mismas circunstancias”, afirmó Prescott. La iglesia se enfrentaba a una “amenaza de destrucción. ¿Por qué? -Exactamente por la misma razón que en los tiempos antiguos: porque habían rechazado la verdad, habían rehusado el mensaje de Dios, habían dado la espalda al servicio sincero y habían aceptado la forma y la ceremonia en lugar de esa implantación de la vida de Dios en el corazón y en el alma” (W. W. Prescott, “Sermón”, 15 abril 1901; en *General Conference Bulletin*, 17 abril 1901, 303-304; cursivas en original).

Prescott refirió entonces a su audiencia a la década de 1880, caracterizada por el énfasis en la ley, y les recordó que “hace trece años, en Minneapolis, Dios envió un mensaje a este pueblo para librarlo de esa experiencia”. Pero al llegar al punto álgido del sermón, Prescott resumió la historia de cómo se había venido tratando siempre ese mensaje a partir de 1888, y en consecuencia, qué acciones se debían tomar en 1901:

¿Cuál ha sido la historia y la obra de este pueblo desde aquel tiempo? ¿Dónde estamos ahora respecto a ese mensaje? ¿Cuánto hemos avanzado en recibir esa verdad, no simplemente en asentir a ella, sino en recibirla realmente? Os digo que no mucho. Durante los trece años precedentes muchos han rechazado esta luz y se han vuelto contra ella, y muchos están haciendo eso mismo hoy. Digo a cada uno: “Sed cuidadosos, no vaya a venir sobre vosotros lo que los profetas predijeron: ‘Mirad, menospreciadores, asombraos y desapareced’”.

¿Cuál es el remedio? -El mismo que en lo antiguo, y no hay otro: el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Cuando Juan el Bautista vino para preparar el camino del Señor bajo esas

circunstancias que he mencionado, ¿cuál fue el mensaje?: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”. Cuando vino el propio Cristo y comenzó su obra, ¿qué dijo?: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!” Cuando envió a sus discípulos -los apóstoles- como sus representantes, para continuar esa obra después de su ascensión, ¿qué predicaron?: “Arrepentíos y convertíos”. ¿Qué dicen los mensajes a las iglesias? -Arrepentíos, arrepentíos, arrepentíos. ¿Cuál es el mensaje a la iglesia de Laodicea?: “Sé, pues, celoso y arrepíentete” (W. W. Prescott, “Sermón” (conclusión), 15 abril 1901, *General Conference Bulletin*, 18 abril 1901, 321).

Sin embargo, tal como Prescott había observado durante la asamblea que ahora se acercaba a su última semana, no había tenido lugar el arrepentimiento al que Dios llamaba. ¿Estaban siguiendo en los pasos de los primeros dos ejemplos citados en las Escrituras?

No he visto, y no veo ahora en esta asamblea esa respuesta real al mensaje que Dios nos ha enviado, que pueda propiciar un resultado efectivo en su obra. Estoy dispuesto a afrontar el hecho, pero es un hecho. Afirmando que debiera venir sobre nosotros, los ministros de la palabra de Jesucristo, un espíritu de arrepentimiento como el que muchos de nosotros no hemos conocido por muchos años. En esta asamblea debiera efectuarse una obra de la que todavía no hemos visto señales. He orado vez tras vez pidiendo que Dios la lleve a cabo, pues él es el único que puede efectuarla. Digo a mis hermanos en el ministerio, tanto como a los demás: si nosotros, el pueblo de Dios, ante este tercer y último emplazamiento frente a esa experiencia que hemos visto en la Escritura; si nosotros salimos de esta asamblea sin un cambio notable y decidido que nos haga diferentes a lo que hemos sido, ¡que Dios se apiade de su pueblo y de su obra!

Quizá penséis que me estoy expresando con demasiada franqueza, pero os digo, mis hermanos, que mi alma siente un peso al respecto y debo dar el mensaje. Creo que Dios, mediante los mensajes de su palabra, de sus siervos [Ellen White], ha hablado aquí palabras que debieran hacernos estremecer. Si la palabra que ha sido aquí dada no nos hace estremecer y

no nos lleva al arrepentimiento y la humildad ante Dios, ¿qué otra cosa podrá hacerlo? Pero no ha sucedido, y aquí estamos al final del segundo tercio de esta asamblea. ¿Habrá de continuar así hasta el final? ¿Habremos de regresar sin poder, sin nueva luz? ¿Habremos de vernos una y otra vez en esas mismas experiencias? (Ibid).

Al acercarse a la conclusión de su sermón aseguró a sus hermanos en el ministerio que el mensaje era el mismo después de trece años: la justicia por la fe. Pero no como una teoría, sino como una experiencia que cambia el corazón. Así, los ajustes necesarios en la organización no iban a traer los resultados deseados si es que no incluían un cambio interior. ¿Acaso no correspondía a los pastores tomar la iniciativa?

El mensaje es así de simple: “El justo vivirá por la fe”... Tal es ahora el mensaje. Ese es el mensaje que vino a este pueblo hace trece años, y se lo ha resistido todo el tiempo como si no fuera el mensaje; *pero es el mensaje*. Y temo que los que han estado cerrándole los ojos todos estos largos años, no vayan a verlo ya nunca claramente. Temo que haya quienes hayan perdido el poder del discernimiento, de forma que ahora sean incapaces de conocerlo, de discernir la verdad. Ahora, ¿es posible que sean estos quienes guíen y enseñen en esta obra y a este pueblo, de forma que se sobreponga a su actual condición de confusión, oscuridad y desánimo? - Os digo que no. Dios ha de obrar. Ha de poner su poder en alguien dispuesto a recibirlo, alguien que dé un paso al frente y presente el mensaje con claridad y poder, liderando el camino de liberación de la confusión y las tinieblas.

Eso no se va a lograr mediante un sistema externo de organización. Nuestras mentes han estado muy ocupadas durante la última semana formulando planes organizativos, y mi propio sentido espiritual me ha dicho que hemos estado perdiendo terreno en la obra de organizarnos. No penséis que ha de venir mediante un cambio en los *planes*, mediante un cambio en la *administración*, mediante una nueva forma de hacer las cosas. El cambio que se necesita es un *cambio completo del corazón*. Cuando se dé un cambio completo en el corazón del ministerio de Dios, el

poder que está ahí encerrado barrerá todas esas cosas extrañas... No radica en la forma externa y en un plan de operaciones. Eso está bien, y es necesario cambiarlo, pero si nuestras mentes se fijan en ello, la obra no se va a cumplir...

Si Dios no nos ayuda, ¿quién va a hacerlo? Y si él no nos da su Espíritu del verdadero arrepentimiento y de volvernos hacia él, ¿quién puede hacerlo? Mis hermanos en el ministerio, ¿no debíamos marcar al pueblo el camino? Pregunto a todos los que están aquí, a cada ministro del evangelio de Jesucristo, llamado a un puesto elevado o a un puesto humilde, ¿no vamos a mostrar el camino por el que debiera ir el pueblo? ¿No es ahora el momento de atesorar nosotros mismos el mensaje de Dios, de saber que nos está hablando a nosotros, y que está esperando nuestra respuesta? (Ibid., 321-322; cursivas en original).

Es preciso destacar la preocupación de Prescott por la implementación de cambios en la organización externa en ausencia de un cambio en el corazón. Si bien los cambios organizativos iban a ser positivos para la iglesia en los años que seguirían, nunca podían ser la respuesta a las condiciones subyacentes que estaban impidiendo el cumplimiento de las promesas de Dios. El congreso de la Asociación General de 1901 terminó una semana después, el 23 de abril. Y terminó con grandes cambios organizativos, al menos desde el punto de vista estructural.

Ellen White, quien había temido mucho por el futuro de la asamblea, declaró el último día que “jamás en mi vida había estado tan asombrada ante el giro que han dado las cosas en este encuentro. Esta no es nuestra obra. Es la obra de Dios”. ¿Cómo pudo suceder? Dios envió sus ángeles para darles “mentes rectas y sosegadas. Estuvieron entre nosotros para obrar las obras de Dios, para contener los poderes de las tinieblas, para que no fuera obstaculizada la obra que Dios había dispuesto que se hiciera” (Ellen G. White, comentarios insertados en “Missionary Farewell Service”, 23 abril 1901; en *General Conference Bulletin*, 25 abril 1901, 464, 463). Si bien la asamblea de la Asociación General de 1901 terminó con una nota de victoria, pronto se iba a ver que los cambios que Ellen White estaba realmente esperando -y de hecho, todo el cielo- no se habían producido”.

Nota 12: Tal como sucedió en las asambleas de 1889 y 1891, en las que Ellen White estuvo presente, en la asamblea de la Asociación de 1901 es posible citar y esgrimir declaraciones que den la impresión de victoria y éxito completos, al tiempo que se *niega* toda derrota o fracaso que pueda haber traído resultados negativos duraderos (Ver *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, cap. 10, “Adoración a Baal”, 269-291). Encontramos un ejemplo en el prefacio del libro de A. V. Olson, *Through Crisis to Victory: 1888-1901*, que afirma: “Los trece años que separan Minneapolis, 1888, de la sesión de la Asociación General de 1901, fueron en varios aspectos los años de mayor progreso del movimiento adventista hasta aquel tiempo”. Si bien admite que aquellos años estuvieron “plagados de conflicto y colisiones sobre ideas organizativas y puntos de vista teológicos”, el análisis final es que “fue un período en el que la Providencia pudo pronunciar la palabra *victoria*” (Arthur L. White, en *Through Crisis to Victory: 1888-1901*, 7; cursivas en original).

Desde 1901 muchos otros autores han compartido sentimientos parecidos. No obstante, no es necesaria ninguna otra evidencia, aparte del calendario que cuelga en nuestra pared, para demostrar la falacia de esa teoría tan repetida. Si el congreso de 1901 hubiera señalado la victoria que tantos propugnan, habiéndose revertido en él los resultados negativos de la asamblea en Minneapolis e inaugurando una era en la que se aceptaría plenamente la justicia por la fe, ¿no habría regresado Cristo hace ya muchos años? Es con el propósito de responder a esas preguntas por lo que analizaremos en mayor profundidad los eventos ocurridos poco tiempo después de la asamblea de 1901. Así podremos valorar el pronunciamiento final de Ellen White relativo a su éxito o a su fracaso.

1901 visto retrospectivamente

En diciembre de 1901, Ellen White aportó un indicio de que no todo estaba bien, incluso tras los cambios hechos en el congreso de la Asociación General. Escribiendo a P. T. Magan durante sus esfuerzos tempranos por establecer el colegio de Battle Creek en Berrien Springs, Michigan, le recordó que en medio de sus esfuerzos “la mano de la providencia está preservando la maquinaria”. Y es sólo cuando su mano “empiece a mover la rueda, cuando todas las cosas comenzarán a funcionar”. No obstante, cuando Ellen White analizó el pasado, dejó claro que Dios no era culpable de que la rueda del progreso estuviera detenida:

Su pueblo va muy atrasado. Bajo la planificación divina los agentes humanos pueden recuperar algo de lo que se perdió debido a que los que tuvieron gran luz no manifestaron una piedad correspondiente, santificación ni celo en llevar a cabo los planes que Dios especifica. Han perdido -para su propio perjuicio- lo que podrían haber ganado en el avance de la verdad si hubieran llevado a cabo los planes y la voluntad de Dios. No hay forma en que el hombre pueda establecer un puente sobre el abismo creado por quienes no han estado siguiendo al Dirigente divino.

Podemos tener que permanecer muchos más años aquí, en este mundo, debido a la insubordinación, tal como sucedió a los hijos de Israel, pero por causa de Cristo, su pueblo no debiera añadir pecado sobre pecado, acusando a Dios de las consecuencias de su propio curso de acción equivocado [Isa. 30:1: “¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi Espíritu, añadiendo pecado a pecado!”]” (Ellen G. White a P. T. Magan, Carta 184, 7 diciembre 1901; en *Manuscript Releases*, vol. 10, 277-278).

Ese curso de acción equivocado e insubordinación incluían mucho más que simplemente lo que había tenido lugar en la obra educativa en Battle Creek, y que Magan y otros estaban ahora intentando remediar. Incluía especialmente el curso de acción que se tomó en Minneapolis y a partir de entonces, que había afectado por años a tantas otras áreas de la obra de Dios en la iglesia. No obstante, todos esos problemas podrían haberse resuelto si se hubiera dado el arrepentimiento de Laodicea y se hubieran aceptado los auténticos remedios de Dios. Escribiendo al nuevo Comité de la Asociación General y al Consejo Médico-Misionero el verano siguiente, Ellen White expresó esos mismos pensamientos en el contexto del congreso de la Asociación General de 1901:

Se podía haber efectuado una obra maravillosa en favor de la vasta compañía reunida en Battle Creek en el congreso de la Asociación General de 1901 si los líderes de nuestra obra se hubieran comprometido ellos mismos. Si se hubiera efectuado una obra concienzuda en esa asamblea; si hubiera habido, tal como Dios dispuso que hubiera, un quebrantamiento del terreno endurecido del corazón por parte de los hombres que habían

estado llevando responsabilidades; si en humildad de alma *hubieran liderado la obra de confesión y arrepentimiento*, dando evidencia de que recibieron los consejos y advertencias que el Señor envió para corregir sus equivocaciones, se habría producido uno de los mayores reavivamientos desde los días de Pentecostés.

Pero la obra que todo el cielo estaba esperando hacer tan pronto como los hombres despejaron el camino, quedó sin realizar debido a que los dirigentes en la obra cerraron y atrancaron la puerta para impedir la entrada del Espíritu. Hubo una detención que queda lejos de la total entrega a Dios. Corazones que hubieran podido ser purificados del error, resultaron fortalecidos en la práctica del mal. Se cerraron las puertas a la corriente celestial que habría expulsado toda la iniquidad. Los hombres dejaron inconfesos sus pecados. Se afirmaron en su mala práctica y dijeron al Espíritu de Dios: “Vete por ahora; ya te llamaré cuando me resulte conveniente”.

El Señor llama ahora a que se efectúe el cuidadoso examen de uno mismo *que no se hizo en el último congreso de la Asociación General*, en el que él estaba esperando manifestar su misericordia. El presente es nuestro tiempo de siembra para la eternidad. A menos que nos arrepintamos de esa siembra y pidamos perdón por las *equivocaciones que hemos cometido*, habremos de cosechar los frutos de la mala simiente que sembramos. Aquellos que, habiéndoseles dado oportunidad para arrepentirse y reformarse, pasan sin humillar el corazón ante Dios, sin desechar aquello que él reprueba, resultarán endurecidos contra el consejo del Señor Jesús (Ellen G. White a General Conference Committee y Medical Missionary Board, Carta 129, 11 agosto 1902; en *Kress Collection*, 95; original sin cursivas).

Ellen White dejó claro que si en 1901 se hubiera efectuado la obra requerida, se habría producido un arrepentimiento genuino por los errores cometidos en la década anterior, y el Espíritu Santo se habría derramado en dimensiones pentecostales. Pero por desgracia no se había efectuado esa obra.

En febrero de 1902, Uriah Smith, a quien se había vuelto a confiar la jefatura de redacción de la *Review*, dejó bien patente que las viejas controversias no eran asunto del pasado, y que la incredulidad se seguía proyectando en contra del mensaje de Minneapolis. Smith incluyó en la *Review* un artículo en tres partes de W. M. Brickey, quien cuestionó de nuevo las posiciones de Jones y Waggoner sobre la ley en Gálatas y los pactos, que eran componentes clave del mensaje de 1888 que Ellen White había apoyado * (W. M. Brickey, “Notes on Galatians, No. 1-3”, *Review and Herald*, 21 y 28 enero, 4 febrero, 36, 52 y 67-68).

Nota 16: El apoyo de Ellen White a Jones y Waggoner en sus presentaciones de la ley en Gálatas y los pactos se pueden encontrar en: Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 59, 8, 1890 marzo, y en Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 96, 6 junio 1896; en *1888 Materials*, 604 y 1575. Para más detalles sobre el tema, ver Ron Duffield, *El retorno de la lluvia tardía*, vol. 1, cap. 12 al 16. Este particular episodio de 1902, con los artículos sobre Gálatas, volvería a costarle a Uriah Smith su cese como jefe de redacción.

A. G. Daniells, presidente de la Asociación General, manifestó a W. C. White que los artículos eran “tan deficientes y deshonestos como podía ser” un artículo, y que “constituían un ataque abierto y perverso al mensaje de la justicia por la fe que se presentó en Minneapolis”. No comprendía cómo Smith podía “proclamar su confianza inquebrantable en el Espíritu de Profecía y rechazar el mensaje de Minneapolis” al mismo tiempo. Pero Smith no era la única causa de preocupación para Daniells, sino “toda la prole de los del antiguo pacto que están continuamente suscitando dudas e incredulidad respecto a la luz que vino en el encuentro de Minneapolis * (A. G. Daniells a W. C. White, 14 abril 1902; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis*, 318 y 321).

Nota 17: Eugene F. Durand escribe en su biografía de Uriah Smith: “Es obvio que las posiciones de Uriah Smith sobre la justicia por la fe y la ley en Gálatas no cambiaron en lo más mínimo a lo largo de toda su vida. Su promesa a Ellen White expresada con lágrimas en 1891, resultó ser más de lo que era capaz de cumplir. Sin embargo, no abandonó la feligresía de la iglesia tal como hicieron Jones y Waggoner, sino que permaneció como alguien en la ‘oposición leal’ en ese punto” (*Yours in the Blessed Hope, Uriah Smith* [Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1980], 268). Aunque la obra de Durand provee un recurso valioso en su descripción de la enorme contribución que el pionero Uriah Smith hizo a la Iglesia Adventista, su parcialidad a favor de Smith, y en ocasiones

su trato despectivo hacia Jones y Waggoner, le llevó a conclusiones más bien extravagantes. Sin pretender poner en cuestión el destino eterno de Uriah Smith, la idea de que uno puede ejercer una “oposición leal” al mensaje del fuerte pregón, y que eso no dé lugar a consecuencias permanentes, nos ha dejado como pueblo en la incapacidad para reconocer los errores del pasado, y cegados a la causa de la prolongada demora en la venida de Cristo.

Ellen White respondería finalmente a la amenazante controversia de noviembre de 1902. Años antes había presentado a Smith consejo procedente del cielo, informándole de que la falta de voluntad en aceptar que la ley en Gálatas se refería a la ley moral, estuvo en la base de la oposición al mensaje tal como lo presentaron Jones y Waggoner. Esa acción había permitido a Satanás tener éxito en anular el poder de la lluvia tardía que los habría capacitado para compartir con el mundo el mensaje del fuerte pregón. Y la propia luz del mensaje del fuerte pregón había sido resistida por muchos de los hermanos, entre los que Smith tuvo un importante protagonismo (Ellen G. White a Uriah Smith, Carta 96, 6 junio 1896; en *1888 Materials*, 1575). No era ese el momento para reavivar antiguas controversias y convertirlas en una cuestión probatoria de pertenencia a la membresía de iglesia, especialmente en relación con un asunto que había obstaculizado ya al Espíritu Santo y demorado el retorno del Señor.

Ellen White advirtió fervientemente a los hermanos de esta forma: “Nunca se debiera presentar como verdad probatoria lo que Dios no ha dispuesto que lo sea, tal como el tema de la ley en Gálatas. Se me ha instruido acerca de que la terrible experiencia de la asamblea de la Asociación General de Minneapolis es uno de los capítulos más tristes en la historia de los creyentes en la verdad presente” (Ellen G. White a C. P. Bollman, Carta 179, 19 noviembre 1902; en *1888 Materials*, 1796).

Un mes después, Ellen White seguía perdiendo el sueño en la noche al llamársele la atención sobre la condición del pueblo de Dios, “tanto pastores como laicos”. En un manuscrito extenso dirigido a los que estaban dedicados al ministerio, Ellen White declaró que “toda iglesia de nuestro territorio” estaba en necesidad de “confesión, arrepentimiento y conversión”. A menos que eso sucediera “rápidamente”, los engaños de los últimos días “los sobrecogerían”, y la luz se percibiría pronto como tinieblas y las tinieblas como luz:

Dios llama a un arrepentimiento sin demora. Muchos han frivolidado por tanto tiempo con la salvación, que su colirio espiritual ha disminuido y son incapaces de distinguir entre la luz y las tinieblas. Cristo sufre la humillación en su pueblo. Desaparece el primer amor, la fe es débil, hay necesidad de una transformación profunda ...

El vestido de bodas no es la justicia propia. Nuestro tremendo peligro es el fracaso en seguir la clara luz de la verdad. El mensaje a la iglesia de Laodicea revela nuestra condición como pueblo. Prestad oído a ese mensaje [se cita Apocalipsis 3:14-18].

¡Qué descripción! Cuántos son los que se encuentran en esa terrible condición. Suplico fervientemente a todo pastor, que estudie con diligencia el capítulo tres de Apocalipsis, ya que en él se presenta la condición existente en los últimos días. Estudiad cuidadosamente cada versículo de ese capítulo, ya que Jesús os está hablando mediante esas palabras.

Si hay un pueblo que se encuentre representado en el mensaje a Laodicea, es el pueblo que ha tenido gran luz, la revelación de las Escrituras que han recibido los Adventistas del Séptimo Día. En lugar de exaltar el yo al manifestar orgullo, confianza propia e importancia propia; en lugar de revelar debilidad personal de carácter al seguir siendo orgulloso, jactancioso e inconverso, el pueblo de Dios debiera reconocer su necesidad de las gracias del Espíritu de verdad y justicia (Ellen G. White, “Heed the Message to Laodicea”, Manuscrito 166, 17 diciembre 1902; en *Manuscript Releases*, vol. 18, 192-194. Dos años más tarde se publicaron en la *Review* porciones de ese manuscrito: “A Call to Repentance”, *Review and Herald*, 15 diciembre 1904).

Continuar en el estado laodicense sin querer arrepentirse, no significaba solamente un perjuicio para la membresía de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, sino una humillación para Cristo. Una condición como esa no podía más que continuar prolongando la gran controversia con Satanás, con todas sus acusaciones contra el gobierno de Dios. En una de las declaraciones más desgarradoras escrita por Ellen

White respecto a los sentimientos de Jesús por nuestra persistente condición laodicense, afirmó con crudeza: “El chasco de Cristo es indescriptible”.

Aunque Ellen White tenía un intenso deseo de ver a la iglesia “caminando en la luz, como Cristo es la luz”, y oró de la forma más ferviente por los hermanos a tal fin, no dejó de reconocer “que la luz que Dios me ha dado no es favorable a nuestros pastores o a nuestras iglesias”. Tales actitudes respecto a la obra que Dios le había encomendado revelaron que en el congreso de 1901 no se habían dado los cambios requeridos. Ahora manifestaba no tener deseo de asistir a la siguiente asamblea de la Asociación General, prevista para marzo de 1903:

Mis hermanos, siento una gran pena de corazón. No volveré a comparecer de nuevo ante vosotros en nuestras asambleas generales a menos que el Espíritu de Dios me impresione a hacer tal cosa. El último congreso de la Asociación General al que asistí [1901] os dio toda la evidencia que jamás vais a tener en cualquier encuentro que se pueda convocar. Si esa asamblea no os convenció de que Dios está obrando mediante su Espíritu Santo a través de su sierva humilde, es porque el candelero ha sido retirado de su lugar. Tras la última asamblea de la Asociación General esperé que hubiera un cambio en el corazón, pero durante ese encuentro no se realizó la obra requerido para que pudiera venir el poder de Dios, ni se ha realizado con posterioridad. Dios está llamando a la puerta del corazón, pero hasta ahora no se le ha abierto para que entre y tome plena posesión del templo del alma (Ibid., 192 y 195-196).

En consecuencia, dos años después del congreso de la Asociación General de 1901, la obra que debió efectuarse en los corazones estaba aún pendiente de realizarse, debido primariamente a la reticencia a prestar oído al consejo del Testigo Fiel que llamaba al arrepentimiento a través de sus Testimonios. Dos semanas después, el 5 de enero, Ellen White fue de nuevo impresionada a reconocer la enormidad de tales condiciones, esta vez mediante un sueño que tuvo mientras estaba escribiendo sobre la reforma frustrada, posteriormente a la asamblea de la Asociación General de 1901:

En una ocasión estaba escribiendo hacia el mediodía acerca de la obra que debió haberse efectuado en el último congreso de la Asociación General si los hombres en puestos de responsabilidad hubieran seguido la voluntad

y los caminos de Dios. Aquellos que tuvieron gran luz no han caminado en ella. No se humillaron ante el Señor tal como debieron hacerlo, y no se impartió el Espíritu Santo. Habiendo escrito hasta este punto, perdí la conciencia y me pareció estar contemplando una escena en Battle Creek.

Estábamos reunidos en el auditorio del tabernáculo. Se elevó una oración, se cantó un himno y se oró de nuevo. Se hicieron súplicas fervientes a Dios. La reunión estuvo marcada por la presencia del Espíritu Santo. La obra avanzó en profundidad, y algunos de los presentes lloraban en voz alta.

Uno se levantó desde su posición postrada y dijo que en el pasado no había estado unido con algunos otros y que no había sentido amor hacia ellos, pero que ahora se veía tal como era. Repitió con gran solemnidad el mensaje a Laodicea: “‘Tú dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad’. Esa es exactamente la forma en que me sentía en mi autosuficiencia”, dijo. “‘Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo’. Ahora veo que esa es mi condición. Se me han abierto los ojos. Mi espíritu ha sido duro e injusto. Me creí recto, pero mi corazón está quebrantado y veo mi necesidad del precioso consejo de Aquel que me ha estado buscando sin cesar. ¿Cuán llenas de gracia, compasión y amor están las palabras: ‘Te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Y unge tus ojos con colirio para que veas’” Apocalipsis 3:17-18.

El predicador se dirigió a los que habían estado orando, y dijo: “Tenemos algo que hacer. Debemos confesar nuestros pecados y humillar nuestros corazones ante Dios”. Hizo confesiones de todo corazón y se dirigió hacia varios de los hermanos, uno después de otro, y extendió su mano pidiendo perdón. Aquellos con quienes habló se pusieron en pie, confesando y pidiendo perdón, y se abrazaron llorando. El espíritu de confesión se extendió por toda la congregación. Fue un tiempo pentecostal. Se cantaron alabanzas a Dios y la obra siguió hasta tarde en la noche, cerca del

amanecer (Ellen G. White a A. G. Daniells -Battle Creek Church-, Carta 7, 5 enero 1903; en *Testimonies*, vol. 8, 104-105).

Es indudable que Ellen White tuvo una alegría inenarrable al contemplar aquella escena a medida que avanzaban las confesiones: “Nadie parecía ser tan orgulloso que no pudiera hacer una confesión sincera, y *los que lideraban en esta obra eran los que tenían influencia*, pero que anteriormente no habían tenido valentía para confesar sus pecados. Hubo alegría como la que jamás se había conocido en el tabernáculo”. Cuando Ellen White salió de su inconsciencia, por un breve tiempo no podía saber dónde se encontraba. La pluma estaba todavía en su mano. Entonces se pronunciaron las palabras: “‘Esto es lo que pudo haber sido. Todo esto quería hacer el Señor por su pueblo. Todo el cielo esperaba manifestar su clemencia’”. Ellen White “pensó en dónde podríamos estar si se hubiera hecho una obra cabal en la última [1901] asamblea de la Asociación General, y se cernieron sobre mí la agonía y el chasco al comprender que lo que había presenciado no era una realidad” * (Ibid., 105-106; original sin cursivas).

Nota 23: Es evidente que Ellen White no consideró 1901 como una gran victoria. Uno está en su derecho a preguntarse cómo pudo A. V. Olson escribir un libro y titularlo *Through Crisis to Victory: 1888 to 1901* (Mediante la crisis a la victoria: de 1888 a 1901). A decir verdad, el libro se publicó en 1966, pero A. V. Olson había muerto tres años antes, en 1963, momento en el que el libro pasó a depender de Ellen G. White Estate Board, del que A. L. White era secretario. Es posible que no fuera Olson quien le puso el título al libro.

Dos semanas después Ellen White escribió al juez Jesse Arthur, un hombre que estaba poco familiarizado con el don de profecía que ella ejercía. En su esfuerzo por evitar que fuese seducido por los que cuestionaban aquel don, Ellen White le presentó la evidencia acerca de cómo Dios la había estado sosteniendo en su obra:

Su poder estuvo conmigo todo el tiempo en el último congreso de la Asociación General. Si los hombres en puestos de responsabilidad hubieran sentido la cuarta parte de la carga que pesaba sobre mí, habría habido confesión sincera y arrepentimiento. El Espíritu Santo habría efectuado una obra como la que nunca se vio en Battle Creek. Están sin excusa los que en aquella ocasión oyeron mi mensaje y rehusaron humillar sus corazones ante Dios. Nunca recibirán mayor evidencia.

El resultado del último congreso de la Asociación General ha sido *la mayor y más terrible pena de mi vida. No se hizo cambio alguno.* El espíritu que debió haber venido a *toda la obra* como resultado de aquel encuentro, no vino debido a que los hombres no recibieron los testimonios del Espíritu de Dios. Al salir hacia sus respectivos campos de labor no caminaron en la luz que el Señor había hecho brillar en su camino, sino que llevaron a su obra los principios erróneos que habían estado prevaleciendo en la obra en Battle Creek.

El Señor ha tomado nota de cada movimiento efectuado por los dirigentes de nuestras instituciones y asociaciones. Es peligroso rechazar la luz que Dios envía. A Corazón y Betsaida se les habían ofrecido gratuitamente las más ricas bendiciones celestiales... pero rehusaron el Don celestial... Así, hoy se pronuncia un ay celestial sobre aquellos que han tenido luz y evidencia, pero que han rehusado escuchar las advertencias y ruegos del Señor (Ellen G. White al juez Jesse Arthur, Carta, 14 enero 1903; en *Manuscript Releases*, vol. 13, 122-123; original sin cursivas).



February 18, 1902: The Battle Creek Sanitarium ablaze

Evidentemente, Ellen White no estaba refiriéndose a cambios estructurales en la organización, que sí tuvieron lugar en 1901. Estaba hablando del “espíritu que debió haber venido a toda la obra”.

El 18 de febrero de 1902, el edificio principal del sanatorio de Battle Creek -el hospital- ardió devastado por el fuego. Diez meses después, el 30 de diciembre de 1902, Review and Herald corrió la misma suerte. En contra de sus sentimientos precedentes, Ellen White fue movida a asistir al congreso de la Asociación General



December 30, 1902: The Review and Herald Office building is consumed by fire.

que tendría lugar unos pocos meses después en Oakland, California. Estando allí, una noche se le llamó la atención a la historia de Josías, que le fue presentado a modo de lección a la cual “debía llamar la atención de la asamblea”. En consecuencia, el 1 de abril de 1903 compartió tales pensamientos ante la asamblea de la Asociación General.

El rey Josías fue fiel al Dios de Israel. “No repitió el pecado de su padre caminando en la senda de la injusticia”, afirmó Ellen White. Eligió no caminar en los errores de sus antepasados, sino por el contrario, restaurar la adoración a Dios. Cuando Josías encontró el libro de la ley (Deuteronomio) y leyó por vez primera las bendiciones y

las maldiciones, rasgó sus vestiduras, comprendiendo que Israel había andado por siglos contrariamente a los mandamientos de Dios. Se dio cuenta de que los pecados acumulados de la nación estaban a punto de traer los rápidos juicios de Dios. A medida que Ellen White continuaba compartiendo aquella historia con los reunidos en la asamblea, trazó paralelismos con el adventismo de sus días:

Cuando en el pasado [Josías] vio la idolatría y la impiedad existente entre ellos, se preocupó mucho. Al leer en el libro de la ley el castigo que inexorablemente seguiría a aquellas prácticas, embargó su corazón una gran congoja. Nunca antes había comprendido tan claramente el aborrecimiento de Dios hacia el pecado...

El rey no dejó pasar el asunto como si tuviera una importancia menor. Dio la orden a los sacerdotes y al resto de hombres en el oficio sagrado: “Id y preguntad a Jehová por mí, por el pueblo y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado, ya que es grande la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros, *por cuanto nuestros padres no escucharon las palabras de este libro* y no han obrado conforme a todo lo que en él está escrito”. Josías no dijo: “No sabía nada sobre ese libro. Se trata de preceptos anticuados; los tiempos han cambiado”. Señaló a hombres para investigar el asunto, los cuales acudieron a Hulda, la profetisa...

Dios está observando hoy a su pueblo. Cuando él barre nuestro sanatorio y nuestra casa publicadora, debiéramos investigar lo que quiere decirnos. No sigamos como si no hubiera nada equivocado. El rey Josías rasgó sus vestiduras y rasgó su corazón. Lloró y se lamentó por no haber dispuesto del libro de la ley y por desconocer los castigos que amenazaban. Dios quiere que recuperemos la sensatez. Quiere que recapacitemos en el significado de las calamidades que nos han sobrecogido, a fin de que no sigamos en las pisadas de Israel y digamos: “¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este!” (Ellen G. White, “Lessons from Josiah’s Reign”, sermón dado el 30 marzo 1903; en *General Conference Bulletin*, 1 abril 1903, 29-31; original sin cursivas).

Ellen White continuó aplicando el siguiente consejo a la obra que debió haberse realizado en la asamblea precedente de la Asociación General de 1901, y que seguía pendiente de realización:

Se necesita una reforma en cada una de nuestras instituciones. Tal es el mensaje que llevé al congreso de la Asociación General como palabra del Señor. En aquella asamblea llevé una pesada carga, y la he venido llevando desde entonces. En aquel congreso no ganamos la victoria que pudimos haber ganado. ¿Por qué? *-Porque muy pocos siguieron el curso de acción de Josías.* Hubo en la asamblea quienes no vieron la obra que era necesario hacer. Si hubieran confesado sus pecados, si hubieran hecho un cambio, si se hubieran colocado en terreno ventajoso, el poder de Dios habría venido a la reunión y hubiéramos podido tener un tiempo pentecostal.

El Señor me ha mostrado lo que pudo haber sido si se hubiera efectuado la obra requerida. En la noche me encontré en una reunión en la que el hermano confesaba al hermano. Los presentes se abrazaron e hicieron confesiones emotivas. Se revelaron el Espíritu y el poder de Dios. Nadie parecía ser demasiado orgulloso como para inclinarse ante Dios en humildad y contrición. Los que lideraban en esa obra eran los que con anterioridad no habían tenido la valentía para confesar sus pecados. Eso pudo haber sucedido. El Señor estaba deseando hacer todo eso por su pueblo. Todo el cielo estaba deseoso de manifestar clemencia (Ibid.; original sin cursivas).

Poco tiempo después que el fuego hubiera destruido la oficina de Review and Herald, se publicó en la *Review* un artículo de Ellen White “en el que se afirmaba claramente que la destrucción por el fuego del sanatorio y de la oficina de la *Review* era una visitación de Dios causada por la desviación persistente de sus caminos y por el fracaso en actuar según la advertencia e instrucción que se había dado por muchos años mediante el Espíritu de Profecía” (Reseña editorial, “Instruction and Response”, *Review and Herald*, 19 mayo 1903, 8). Ellen White suplicó a los de Battle Creek que habían “resistido la luz y la evidencia, rehusando prestar oído a las advertencias de Dios”, que vieran en la “destrucción de la sede de la Review and

Herald un llamado de Dios hacia ellos, a fin de que se volvieran a él con un corazón plenamente dispuesto” (Ellen G. White, “The Meaning of God’s Providences”, *Review and Herald*, 27 enero 1903, 8). Sin embargo, poco tiempo después del congreso de la Asociación General de 1903, en una “reunión de los accionistas de la *Review and Herald*, se reiteró ante una audiencia pública la declaración de que aquellos incendios *no eran juicios de Dios*” (Reseña editorial, “Instruction and Response”, *Review and Herald*, 19 mayo 1903, 8; original sin cursivas).

Al poco tiempo de la citada reunión, W. W. Prescott se dirigió a una gran audiencia en un encuentro en el tabernáculo de Battle Creek el sábado 9 de mayo. Llevó la atención de aquella audiencia adventista al libro de Jeremías, “tratando de la experiencia relacionada con la destrucción y derrocamiento de Jerusalem, en la esperanza de que podamos comprender correctamente la causa real de esa destrucción y de la cautividad del pueblo”. Cuando Prescott alcanzó el punto central de su mensaje, recordó a sus oyentes el trato de Dios con su pueblo desde la asamblea de Minneapolis:

Los que están familiarizados con las circunstancias de nuestra obra e instituciones aquí, especialmente en los últimos diez o quince años, no necesitan que se les recuerden las muchas palabras de advertencia e instrucción que el Señor nos ha enviado mediante su portavoz escogida, hasta que ha caído sobre nosotros el juicio de Dios por nuestro fallo en obedecer, y es totalmente inútil -o peor que inútil- que procuremos esconder tal cosa de nuestros propios ojos o de los ojos del mundo. Aquello que pudimos haber evitado dando oído a las palabras de instrucción, ha venido ahora a resultar para nosotros una calamidad pública, y a pesar de todo ello se siguen levantando voces afirmando que no se trata de un juicio sobre nosotros. Para quienes temen a Dios, es ahora tiempo de responder a su instrucción, advertencia y consejo [voces: ‘Amén’]. Creo que es tiempo para que el pueblo de Dios se levante y responda que cree en el Señor su Dios, incluso cuando lo visita con sus juicios. Creo que es tiempo de que este pueblo y esta iglesia, de una forma pública y abierta, tome posición en respuesta a esas palabras de instrucción y advertencia, y reconozca ante Dios y el mundo que el Señor nos ha visitado con sus juicios, y que nosotros nos arrepentimos y nos volvemos

a él (W. W. Prescott, en “Instruction and Response”, *Review and Herald*, 19 mayo 1903, 8).

Las actitudes y acciones de quienes habían rechazado el mensaje de Minneapolis en la década precedente habían tenido un efecto debilitante en el éxito de la iglesia, prácticamente en cada una de sus capacidades. El peor mal había resultado de su desprecio hacia el consejo enviado del cielo, que afectó a cada aspecto de la vida y responsabilidad eclesiástica debido a la creciente incredulidad en el Espíritu de Profecía tras la rebelión de Minneapolis. Una cosa era cierta: aunque en el congreso de la Asociación General de 1901 se habían realizado grandes cambios en la estructura organizativa -cambios que perduran hasta el día de hoy-, no tuvo lugar la experiencia del arrepentimiento de Laodicea y la lluvia tardía. Hacia 1903 amenazaban a la iglesia toda clase de desafíos. Desgraciadamente, los dos mensajeros de Minneapolis, Jones y Waggoner, saldrían pronto de la iglesia, en gran parte debido a la constante oposición a la que hubieron de hacer frente desde 1886. Tristemente, ambos habían sido captados por el disidente Kellogg. Hacia 1899 Waggoner había aceptado ideas panteístas de Kellogg, y Jones se había adherido a éste en su rebelión contra la iglesia organizada hacia 1905; ambos dejaron de escuchar el consejo del Espíritu de Profecía mediante Ellen White.

Nota 31: Algunos echarán en falta que no proporcionemos más información acerca de la caída de Jones y Waggoner. Planeamos hacerlo en gran detalle en la serie *El retorno de la lluvia tardía*. No obstante, para el propósito general de este libro, los fracasos de Jones y Waggoner no alteran el llamado al arrepentimiento dirigido hoy a nosotros: a Laodicea.

Hasta el propio Prescott, quien había trabajado tan poderosamente en la década de 1890, comenzó a cuestionar la validez del don de Ellen White poco antes de su muerte (Ver Arthur L. White, “The Prescott Letter to W. C. White: April 6, 1915”, White Estate Shelf Document, 15 junio 1981). Ellen White pasaría al descanso en 1915 sin poder vivir para ver la segunda venida que por tanto tiempo había esperado, y en lugar de ello, viendo cómo se había malogrado y finalmente retirado la lluvia tardía.

Capítulo 14

Sin olvidar Minneapolis

Comenzado el siglo XX continuaron resurgiendo recordatorios de Minneapolis. En julio de 1912 el expresidente de la Asociación General, G. A. Irwin, llamó la atención de los lectores de la *Review* a las siete iglesias de Apocalipsis. En la historia de esas siete iglesias se podían rastrear las fuerzas en lucha del bien y del mal. Ninguno de los contendientes había cambiado sus tácticas para ganar los corazones de los hombres. La salvación en el pecado o mediante las buenas obras humanas, había estado siempre en el “fundamento de todas las religiones paganas, y sigue siendo el principio del papado”, declaró Irwin. El mensaje de la justificación por la fe, de la otra parte, había sido siempre el “secreto de la vida victoriosa”. Y era esa predicación del mensaje de la justificación por la fe la que había marcado el comienzo del fuerte pregón sobre el que Ellen White había escrito en noviembre de 1892. ¿Cuál había sido la historia del aquel mensaje? Irwin daría una respuesta:

Si en esta denominación la predicación de la justicia por la fe como un mensaje especial fue el comienzo del fuerte pregón y de la “luz del ángel cuya gloria ha de llenar toda la tierra”, es evidente que Dios no había dispuesto que ese mensaje cesara hasta que toda la tierra fuese alumbrada con la gloria del Señor.

Que el mensaje no avanzó como era deseable, es evidente a partir de las siguientes declaraciones de la sierva del Señor: “Las iglesias son tibias... Muchos que han profesado creer el mensaje del tercer ángel han perdido de vista la doctrina de la justificación por la fe”.

Sin duda, en la mente del lector se suscitará la pregunta de por qué un mensaje de tan vital importancia para las personas, un mensaje que fue el comienzo del fuerte pregón, pudiera perderse de vista. La respuesta a esa pregunta se encuentra en la siguiente declaración de la misma autora: “El enemigo del hombre y de Dios no quiere que se presente esa verdad claramente, ya que sabe que si el pueblo la recibe plenamente, su poder

cesará. Si puede controlar las mentes de forma que la duda, la incredulidad y las tinieblas marquen la experiencia de quienes pretenden ser hijos de Dios, él los puede vencer tentándolos”.

Cuando el mensaje de la justificación por la fe (que la sierva del Señor dijo ser “el mensaje del tercer ángel en verdad”) se comenzó a predicar en esta denominación, el enemigo se agitó sobremanera e hizo un gran esfuerzo para evitar que se extendiera...

Es perfectamente seguro... afirmar que llevamos años de retraso respecto a donde hubiésemos podido y debido estar en el progreso de esta obra ... y cuando leo que solamente “aquellos que estén vestidos con la justicia de Cristo permanecerán en aquel día firmes por la verdad y el deber”, y que “todos aquellos que hayan confiado en su propia justicia se alinearán bajo la bandera del príncipe de las tinieblas”, estoy persuadido de que ha llegado plenamente el tiempo para que el mensaje de la justificación por la fe vuelva a ser de nuevo prominente en esta denominación” (G. A. Irwin, “The Message for This Time”, *Review and Herald*, 4 julio 1912, 5).

Para Irwin era evidente que el mensaje de la justificación por la fe no había cumplido lo previsto cuando fue dado en 1888. Casi veinticinco años después, el Señor seguía esperando.

En 1924, nueve años tras la muerte de Ellen White, el Ministerial Association Advisory Council votó que el pastor A. G. Daniells, expresidente de la Asociación General, hiciera una compilación de los escritos de ella sobre el tema de la justificación por la fe. Cuando comenzó su “investigación exhaustiva”, se “sorprendió y sobrecogió ante la solemne obligación que descansaba” sobre él. Ese estudio del tema de la justificación por la fe a partir de los escritos de Ellen White llevó a Daniells a la “firme convicción” de que su instrucción presentaba “dos aspectos: primariamente, el gran y sorprendente hecho de que por la fe en el Hijo de Dios los pecadores pueden recibir la justicia de Dios; y secundariamente, el propósito y providencia de Dios al enviar el mensaje específico de recibir la justicia de Dios por la fe a su pueblo congregado en la asamblea de la Asociación General en la ciudad de Minneapolis, Minnesota, en 1888” (A. G. Daniells, *Christ Our*

Righteousness -Washington, D.C.: Ministerial Assn. of Seventh-day Adventists, 1926-, 5-7).

Citando del artículo de Ellen White en la *Review* del 22 de noviembre de 1892, y de *Primeros escritos*, 85-86, Daniells concluyó: “Sitúa la visitación de la lluvia tardía junto al fuerte pregón, la revelación de la justicia de Cristo y la inundación de la tierra con la luz del mensaje del tercer ángel”. Para Daniells era evidente que “el comienzo o inicio de todos esos eventos ocurre al mismo tiempo. La aparición de uno es indicativa de que aparecerán todos” (Ibid., 56, 59 y 62). Pero en la investigación de Daniells de los siguientes treinta y ocho años desde el mensaje de Minneapolis, llegó a una conclusión dolorosa:

¡Cuán triste, cuán profundamente lamentable es que ese mensaje de la justicia de Cristo tuviera que hacer frente, en el momento en que vino, a la oposición de hombres fervientes y bien intencionados en la causa de Dios! El mensaje no ha sido nunca recibido ni proclamado, ni se le ha dado libre curso tal como se debiera, a fin de transmitir a la iglesia las inconmensurables bendiciones que conlleva. Las reprensiones dadas son indicativas de la gravedad de haber ejercido una influencia [contraria] como esa. Tales palabras de reproche y amonestación debieran ser objeto de la más atenta consideración en este tiempo [1926]...

¡Ojalá que todos hubiéramos escuchado como debíamos, tanto las advertencias como los llamados, tal como se nos dieron en aquella aparentemente extraña pero impresionante manera, en el congreso de 1888! ¡Cuánta incertidumbre se habría podido eliminar, cuánto vagar, cuántas derrotas y pérdidas se hubieran podido evitar! ¡Cuánta luz, bendición, triunfo y progreso habríamos recibido! (Ibid., 47 y 69).

Sólo unos pocos años después que se imprimiera el libro de Daniells, Taylor Buch, pastor, profesor de Biblia y autor, publicó un panfleto titulado: *Forty Years in the Wilderness in Type and Antitype* (cuarenta años en el desierto, en tipo y antitipo), donde expresó puntos de vista similares respecto a la lluvia tardía y el fuerte pregón (Taylor G. Bunch, *Forty Years in the Wilderness: In Type and Antitype* -ca. 1928-). En dicho panfleto Bunch presenta los paralelismos entre la Iglesia Adventista del Séptimo Día y los hijos de Israel en su viaje de Egipto a Canaán. Ayudado por su

esposa, Taylor Bunch presentó las semanas de oración del otoño y primavera en Pacific Union College durante el año escolar 1930-1931. En ellos expuso el tema a partir de su panfleto (Ver *The Advent Review and Sabbath Herald*, 21 marzo 1931, 24-25). Varios años después, en 1937, Bunch presentó una serie similar de treinta y seis sermones en el tabernáculo de Battle Creek durante los servicios vespertinos del sábado. Esos sermones se publicaron en forma de libro bajo el título: *The Exodus and Advent Movement in Type and Antitype* (El movimiento del Éxodo y el movimiento adventista en tipo y antitipo). Iban “especialmente dirigidos a quienes los habían escuchado [en las reuniones de oración], y también debido a las peticiones de pastores y otros obreros bíblicos que desean tenerlos” (Taylor G. Bunch, *The Exodus and Advent Movements in Type and Antitype* –facsímil publicado privadamente, cir. 1937-, i).

En sus estudios, Bunch fue más detallado que Daniells. Al llegar a las experiencias de Cades-Barnea del antiguo Israel, lo aplicó al congreso de la Asociación General de Minneapolis en 1888 y a lo que siguió después, al vagar de la iglesia por el desierto. Bunch declaró que “se predicó con poder el mensaje de la justicia por la fe por más de diez años, durante el período de tiempo en que se mantuvo ante los dirigentes la crisis de Minneapolis”. Citando del artículo de Ellen White en la *Review* del 22 de noviembre de 1892, Bunch declaró que el “mensaje trajo el comienzo de la lluvia tardía... ¿Por qué no continuó cayendo la lluvia tardía? Porque dejó de predicarse el mensaje que la trajo. Muchos la rechazaron y pronto desapareció de la experiencia del pueblo adventista, y el fuerte pregón murió con ella. Puede solamente comenzar de nuevo cuando el mensaje que la trajo vuelva a revivir y sea aceptado”. De igual forma en que Israel, estando en la frontera misma con Canaán tuvo que confrontar su pasado, así también el adventismo del séptimo día -sugirió Bunch- ha de “adquirir una visión” de su pasado:



Taylor G. Bunch

“Justo antes del fin, el pueblo adventista revisará su historia pasada y la verá en una nueva luz. Debemos estudiar y comprender los antitipos de las dos experiencias de Cades-Barnea del antiguo Israel y sacar provecho de los errores de nuestros padres, especialmente durante la crisis de 1888. Hemos de reconocer y confesar los errores de nuestros padres, y asegurarnos de no repetirlos, demorando así todavía más el triunfo final del movimiento adventista. Se debe revisar y estudiar la historia del pasado a la luz de esos errores y sus consecuencias en la prolongada demora de la venida de Cristo. Una visión como esa resolverá muchas cuestiones enrevesadas y fortalecerá en gran manera nuestra fe en el liderazgo divino del movimiento adventista” (Ibid., 107 y 168).

Después de la semana de oración de Bunch en Pacific Union College, el otoño de 1930, las noticias no tardaron en llegar a Elmshaven, donde estaba por entonces White Estate. D. E. Robinson, un miembro del equipo de White Estate, envió una carta a Bunch en respuesta. Si bien escrita en términos cordiales, manifestó su desacuerdo y disgusto por algunos de los paralelismos y conclusiones de Bunch en su comparación del antiguo Israel con el movimiento adventista * (D. E. Robinson a Taylor G. Bunch, 30 diciembre 1930; en *Manuscripts and Memories of Minneapolis 1888*, 333-335).

Nota 9: La carta fue escrita por D. E. Robinson, quien nació en 1879 y no estuvo presente en la asamblea de Minneapolis. Escribió a Taylor Bunch mientras formaba parte del equipo de White Estate (hacia 1930 su tarea allí consistía en la indexación). A Robinson le pareció ofensiva la comparación de Bunch, y procuró defender la iglesia de lo que a él le parecían ataques injustificados que no lograrían más que la proliferación de más grupos disidentes. Fue ese episodio el que suscitó asimismo respuestas escritas de A. T. Robinson (padre de D. E. Robinson) y de C. McReynolds (*Manuscripts and Memories of Minneapolis 1888*, 136-142).

Se puede encontrar la copia de la carta original de D. E. Robinson en Document File 371, en White Estate, Silver Springs, MD. En algún momento, la carta de Robinson se modificó, retirando un párrafo que identificaba a D. E. Robinson como el autor de la misma, y escribiendo en su lugar A. L. White. Posteriormente se borró el nombre de A. L. White y se reemplazó por W. C. White, según una caligrafía que parece ser la de A. L. White. La copia original de esa carta *modificada* se puede encontrar en Document File 331, y es la que se ha

publicado en *Manuscripts and Memories of Minneapolis 1888*, 333-335, atribuyéndola a W. C. White (ha verificado esos hallazgos Tim Poirier, miembro del equipo de White Estate).

Esa carta falsamente atribuida a W. C. White, parece no haber salido a la luz hasta que se la hizo figurar en el “Apéndice D” de *Thirteen Crisis Years: 1888-1901*, en 1981. Ese libro fue una reimpresión del libro de A. V. Olson *Through Crisis to Victory: 1888-1901*, publicado por primera vez en 1966 bajo el auspicio de Ellen G. White Estate Board, del que A. L. White era secretario. La reimpresión de 1981 se publicó bajo ese mismo auspicio. En el Apéndice D, Arthur White afirma que W. C. White escribió la carta para abordar “las conjeturas infundadas por parte de los labios y la pluma de uno [Taylor Bunch] que en aquel tiempo [de la asamblea de Minneapolis] tenía tres años”, y que presentó “una distorsión tal de la historia y un pronóstico de esa índole” (*Thirteen Crisis Years: 1888-1901*, 331).

Si bien no debemos atribuir ninguna intención maliciosa a D. E. Robinson ni tampoco a A. L. White -quizá ambos creían estar defendiendo a la iglesia de lo que consideraban falsas acusaciones-, hemos de reconocer que sólo el padre de mentira es capaz de tejer esa tela de araña en la que se ha convertido hoy el tema, distorsionando lo que sucedió realmente en 1888 y años siguientes.

Eso marcó para el adventismo el comienzo de una era caracterizada por el negacionismo hacia las acusaciones de rechazo en 1888 y en los años que siguieron, y ocasionó una demora en el retorno de Cristo (Ver A. T. Robinson, “Did the Seventh-day Adventist Denomination Reject the Doctrine of Righteousness by Faith?” 30 enero 1931; C. McReynolds, “Experience While at the General Conference in Minneapolis, Minn. in 1888”, n.d., 1931; todo ello en *Manuscripts and Memories of Minneapolis 1888*, 333-342).

N. F. Pease, “Justification and Righteousness by Faith in the Seventh-day Adventist Church Before 1900” -tesis doctoral no publicada, 1945; L. H. Christian, *The Fruitage of Spiritual Gifts* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1947; A. W. Spalding, *Captains of the Host* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1949.

General Conference of Seventh-day Adventists, “First General Conference Committee Report”, 4 diciembre 1951, en A. L. Hudson, *A Warning and its Reception* -publicado privadamente, n.d.; General Conference of Seventh-day

Adventists, *The Story of Our Church* -Mountain View, CA: Pacific Press Pub. Assn., 1956; General Conference of Seventh-day Adventists, “Further Appraisal of the Manuscript ‘1888 Re-Examined’”, septiembre 1958, en A. L. Hudson, *A Warning and its Reception* -publicado privadamente, n.d.

A. W. Spalding, *Origin and History of Seventh-day Adventists* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1962); N. F. Pease, *By Faith Alone* (Mountain View, CA: Pacific Press Pub. Assn., 1962; A. V. Olson, *Through Crisis to Victory 1888-1901* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1966; N. F. Pease, *The Faith That Saves* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1969.

Leroy E. Froom, *Movement of Destiny* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1971; Desmond Ford, *The Doctrinal Decline of Dr. E. J. Waggoner: Its Relationship to the Omega Apostasy* -en Adventist Heritage Center, Andrews University, Berrien Springs, MI, 1970s.

Bert Haloviak, “Ellen White and A. T. Jones at Ottawa, 1889: Diverging Paths from Minneapolis”, -Archives of the General Conference Seventh-day Adventists, Washington, D.C., 1981; A. L. White, *Ellen G. White: The Lonely Years* -Washington D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1984; George R. Knight, *From 1888 to Apostasy: The Case of A. T. Jones* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1987; Arthur J. Ferch, Ed., *Towards Righteousness by Faith: 1888 in Retrospect* -New South Wales: South Pacific Division of Seventh-day Adventists, 1989; George R. Knight, *Angry Saints: The Frightening Possibility of Being Adventist Without Being Christian* -Washington, D.C.: Review and Herald Pub. Assn., 1989.

Roy Adams, *The Nature of Christ: Help For a Church Divided Over Perfection* (Hagerstown, MD: Review and Herald Pub. Assn., 1994); Woodrow W. Whidden, *Ellen White on Salvation* -Hagerstown, MD: Review and Herald Pub. Assn., 1995; George R. Knight, *A User-Friendly Guide to the 1888 Message* -Hagerstown, MD: Review and Herald Pub. Assn., 1998.

George R. Knight, *A Search for Identity: The Development of Seventh-day Adventist Beliefs* -Hagerstown, MD: Review and Herald Pub. Assn., 2000; Woodrow W.

Whidden, E. J. *Waggoner: From the Physician of Good News to Agent of Division* - Hagerstown, MD: Review and Herald Pub. Assn., 2008).

Escritas para nuestra admonición

Se nos ha dado la Biblia para que aprendamos lecciones a partir de sus historias inspiradas, lecciones que son aplicables a nuestro propio día. En Levítico capítulo 26, Moisés registró para los hijos de Israel las promesas de bendiciones o de maldiciones, según siguieran o se desviaran de Dios y sus consejos. Entre la lista de las bendiciones aparece la lluvia temprana y la tardía, pero entre las maldiciones se declara que el cielo será como hierro y la tierra como bronce (26:4 y 19). En el caso de que cayeran sobre la nación las maldiciones, en ese mismo capítulo están enumerados los remedios inspirados: “Y los que queden de vosotros decaerán en las tierras de vuestros enemigos *por su iniquidad*; y *por la iniquidad de sus padres* decaerán con ellos. Y *confesarán su iniquidad*, y *la iniquidad de sus padres* por su prevaricación con que prevaricaron contra mí; y también porque anduvieron conmigo en oposición, yo también habré andado en contra de ellos y los habré hecho entrar en la tierra de sus enemigos; y entonces se humillará su corazón incircunciso y *reconocerán su pecado*. Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré, y haré memoria de la tierra” (26:39-42; original sin cursivas).

Así, a fin de ser restaurado a su tierra, Israel tendría que confesar y reconocer sus propios pecados, tanto como los pecados de sus padres que ellos habían perpetuado, reconociendo que todo eso combinado había traído sobre ellos su castigo y cautividad en una tierra extraña. El libro de Deuteronomio reitera esos mismos conceptos que le fueron repetidos a Israel antes de cruzar el Jordán y poseer la tierra prometida (Deut 9:1-29; 11:13-21; 12:3-8; 28:1-68; 30-32). Salomón repitió asimismo esas verdades bíblicas con ocasión de la coronación en el templo durante su reinado (2 Crón 6:12-40; 7:1-15).

No más de un siglo después que Salomón muriera, encontramos a Elías llamando al pueblo a que abandone la adoración a Baal que había sido finalmente la causa de que en la tierra no hubiera rocío ni lluvia, tal como había anunciado Moisés. En respuesta

a las acusaciones del rey de que era Elías el causante de los problemas en Israel, el profeta respondió que el culpable era “tú y *la casa de tu padre*” (1 Reyes 18:18).

Vemos al rey Ezequías en procura de reavivamiento y reforma para Judá, según las advertencias de Levítico y Deuteronomio: “Les dijo [Ezequías]: ‘¡Oídmme, levitas! Santificaos ahora, y santificad la casa de Jehová, el Dios de vuestros padres; sacad del santuario la impureza. Porque *nuestros padres se han rebelado* y han hecho lo malo ante los ojos de Jehová nuestro Dios; porque le dejaron, apartaron sus rostros del tabernáculo de Jehová y le volvieron las espaldas... Por eso nuestros padres han caído a espada, y nuestros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres fueron llevados cautivos” (2 Crón 29:5-9). Es interesante observar que Ellen White afirma que los líderes del tiempo de Ezequías estaban procurando “pedir perdón por los pecados de la nación” (Ellen G. White, *Prophets and Kings*, 333) {246}.

Tras haber leído el libro de Deuteronomio, el rey Josías reconoció que Judá estaba en grave peligro, “por cuanto nuestros padres no han guardado la palabra de Jehová haciendo conforme a todo lo que está escrito en este libro” (2 Crón 34:1-30). En consecuencia, confesó su pecado y el pecado de sus padres, e hizo cuanto pudo para evitar el castigo pronunciado por Dios en los escritos de Moisés.

Jeremías, quien previó la inminente destrucción de Jerusalem, reconoció que la prostitución o adoración a Baal había provocado el cumplimiento de las maldiciones: “Alza tus ojos a las alturas y ve si hay algún lugar donde no te hayas prostituido. Junto a los caminos te sentabas para ellos como un árabe en el desierto, y con tus fornicaciones y tu maldad has contaminado la tierra. Por esta causa las aguas fueron detenidas y faltó la lluvia tardía. Te has mostrado como una prostituta, y no has querido avergonzarte” (Jer 3:2-3). Esto es lo que buscaba su llamado: “Reconoce pues tu maldad, porque contra Jehová tu Dios te has levantado ... porque *pecamos* contra Jehová, nuestro Dios, nosotros y nuestros padres, desde nuestra juventud y hasta este día, y no hemos escuchado la voz de Jehová nuestro Dios” (3:13 y 25).

Ellen White confirma que Jeremías estaba siguiendo el consejo de Deuteronomio: “Y en adición a estas súplicas admirables [Jer 3:12-14, 19 y 22], el Señor dio a su pueblo errante las palabras mismas con las cuales podían dirigirse a él. Habían de decir: ‘He aquí nosotros venimos a ti... porque pecamos contra Jehová nuestro Dios, *nosotros y nuestros padres, desde nuestra juventud* y hasta este día; y no hemos

escuchado la voz de Jehová nuestro Dios'... Jeremías llamó su atención repetidas veces a los consejos dados en Deuteronomio. Más que cualquier otro de los profetas, recalcó las enseñanzas de la ley mosaica y demostró cómo esas enseñanzas podían reportar las más elevadas bendiciones espirituales a la nación y a todo corazón individual” (Ibid., 410; original sin cursivas) {301-302}. Cuando llegó finalmente la destrucción, Jeremías se lamentaría así: “Nuestros padres pecaron y han muerto, pero nosotros llevamos su castigo ... ¡Ay ahora de nosotros, porque hemos pecado!” (Lam 5:7 y 16).

Daniel reconoció que Judá había sido deportado a Babilonia en cumplimiento de las maldiciones pronunciadas en Deuteronomio. Por consiguiente, oró confesando sus pecados y los pecados de sus padres, y reconoció la justicia del castigo que se les había aplicado: “A causa de nuestros pecados y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos los que nos rodean” (Dan 9:16).

Cuando terminó el cautiverio de los setenta años, Dios dispuso el retorno de los judíos a su tierra. Pero tal cosa no ocurrió hasta que hubo confesión y reconocimiento de los pecados que los habían llevado al exilio: “Zorobabel y sus asociados conocían estas escrituras [Deut 28 y Deut 4] y muchas otras parecidas; en el cautiverio reciente habían tenido evidencia tras evidencia de su cumplimiento. Y ahora, *habiéndose arrepentido de los males que habían atraído sobre ellos y sus padres los castigos predichos tan claramente por Moisés; habiendo vuelto con todo su corazón a Dios y renovado su pacto con él, se les había permitido regresar a Judea para que pudieran restaurar lo que había sido destruido*” (Ibid., 569-570; original sin cursivas) {417}.

Cuando Nehemías supo que Jerusalem seguía estando en ruinas, elevó la oración de Levítico y Deuteronomio: “Cuando oí estas palabras me senté y lloré, hice duelo por algunos días, ayuné y oré delante del Dios de los cielos. Y le dije: ‘Te ruego, Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guardas el pacto y tienes misericordia de los que te aman y observan tus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti, día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos. Confieso los pecados que los hijos de Israel hemos cometido contra ti; sí, *yo y la casa de mi padre hemos pecado*. En extremo nos hemos corrompido contra ti y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés, tu siervo. Acuérdate ahora de la palabra que

diste a Moisés, tu siervo, diciendo: ‘Si vosotros pecáis, yo os dispersaré por los pueblos’” (Neh 1:4-8).

Ellen White confirma que Nehemías fue fiel y “confesó *sus pecados y los pecados de su pueblo*... Véase Deuteronomio 4:29-31. Esta promesa había sido dada a los hijos de Israel por intermedio de Moisés antes que entrasen en Canaán; y había subsistido sin cambio a través de los siglos. El pueblo de Dios se había tornado ahora a él con arrepentimiento y fe, y esta promesa no fallaría” (Ibid., 629-630; original sin cursivas) {464}. Nehemías dirigiría llamados similares al arrepentimiento, tal como aparecen en el capítulo 9 del libro que lleva su nombre. También Ellen White confirma una vez más lo implicado en aquellos eventos: “Día tras día, al escuchar las palabras de la ley, *el pueblo se había convencido de sus transgresiones y de los pecados que había cometido la nación en generaciones anteriores*. Vieron que, por el hecho de que se habían apartado de Dios, él les había retirado su cuidado protector y los hijos de Abrahán habían sido dispersados en tierras extrañas; y resolvieron procurar su misericordia y comprometerse a andar en sus mandamientos... Cuando el pueblo se postró delante de Jehová confesando sus pecados y pidiendo perdón, sus dirigentes le alentaron a creer que Dios, según su promesa, oía sus oraciones. No sólo debían lamentarse y llorar arrepentidos, sino también creer que Dios los perdonaba. Debían demostrar su fe recordando sus misericordias y alabándole por su bondad” (Ibid., 665-666; original sin cursivas) {490-491}.

Unos 500 años después entraría en escena Juan el Bautista con su mensaje directo venido del cielo a fin de preparar el camino al Señor: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat 3:2). “Con el espíritu y poder de Elías, denunciaba la corrupción nacional y reprendía los pecados imperantes”. También “proclamaba la venida del Mesías e invitaba al pueblo a arrepentirse” * (Ellen G. White, *The Desire of Ages*, 104) {80}. Pero aunque muchos escucharon su llamado al arrepentimiento y en sus corazones quedó preparado el camino para aceptar al Mesías, Israel -como nación- escogería a Barrabás en lugar de al Mesías.

Nota 16: Es interesante observar que mientras Zacarías, el padre de Juan el Bautista, estaba cumpliendo su turno semanal en el servicio del templo en Jerusalem en el tiempo en que se anunció el nacimiento, era deber del sacerdote oficiante orar “por el perdón de los pecados públicos y nacionales, y por la venida del Mesías” (Ibid., 99) {74}. Es igualmente interesante el hecho de que Zacarías

era descendiente de Abías el sacerdote, quien había participado en los servicios bajo el mandato de Nehemías, cuando los habitantes de Jerusalem se congregaron para arrepentirse por sus pecados y por los pecados de sus padres (Lucas 1:5; Nehemías 10:1 y 26; 12:4).

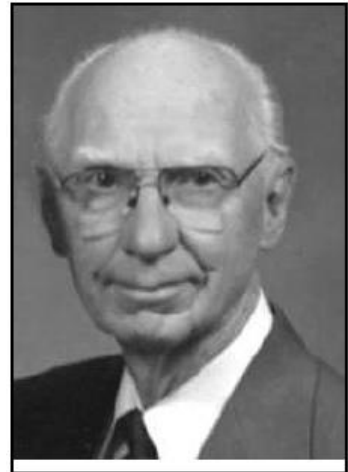
Tras la crucifixión de su propio Mesías, los discípulos dedicaron diez días al ayuno y la oración, arrepintiéndose de sus pecados y de los pecados de su nación, que había traicionado a Jesús. Solamente después de haber atravesado ese proceso tal como el cielo había dispuesto, estuvieron preparados para el derramamiento pentecostal del Espíritu Santo. Su predicación la misma mañana, en la que llamaban al arrepentimiento por los pecados de la nación, trajo tres mil almas a la fe cristiana (Hechos 1 y 2).

Tres años y medio después, Esteban intentó instruir a los líderes de la nación judía acerca de la autenticidad de Cristo como verdadero Mesías, y procurando así evitar la inminente destrucción de Jerusalem. Llamó su atención a los pasados errores de la nación, que la llevaron a crucificar a Cristo. A pesar de la gran paciencia de Dios y del llamado final al arrepentimiento por los pecados de ellos y de su nación, sellaron su tiempo de prueba con la muerte de Esteban. Mediante su terquedad y orgullo nacional, los líderes judíos hicieron recaer sobre sí mismos y sobre su nación toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde Abel hasta Zacarías el profeta, y ahora también del propio Mesías (Hechos 7; Mat 23; 35-36).

Nota 17: Refiriéndose a la destrucción de Jerusalem, Ellen White escribió lo siguiente en relación a los pecados de los padres: “Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando, conociendo ya plenamente la luz que fuera dada a sus padres, rechazaron la luz adicional que a ellos mismos les fuera concedida, entonces se hicieron participantes de los pecados de los padres y colmaron la medida de su iniquidad” (*The Great Controversy*, 28) {27}.

Nuestro caso

Se dice del ángel de la iglesia de Laodicea del último tiempo, que es “desventurado, miserable, pobre, ciego y... desnudo”, mientras que pretende ser “rico”, haberse “enriquecido” y no estar en necesidad de nada (Apoc 3:17). El llamado al ángel de Laodicea ha estado resonando por más de 150 años. El Señor ha dejado claro que de ser oído el mensaje, la obra sería abreviada en justicia. Cristo habría podido regresar antes de 1888. Pero no habiendo sucedido tal cosa, en 1888 se envió el remedio divino a la iglesia: el mensaje preciosísimo. Pero cuando muchos de nuestros padres se rebelaron contra el mensaje, añadieron ese pecado a la condición de Laodicea. El rechazo a admitir tal cosa en los años que siguieron, no hizo más que empeorar la situación. Identificar la manifestación del Espíritu Santo con el fanatismo puso fin a lo que había sido el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón. Pero el orgullo denominacional ha impedido que admitamos que el comienzo de la lluvia tardía fue efectivamente abortado, y que ha habido una prolongada demora como resultado de nuestros pecados y de los pecados de nuestros padres.



Robert J. Wieland



Donald K. Short

La respuesta al llamado al arrepentimiento que hizo Taylor Bunch fue, por parte de algunos en los puestos de dirección, de defensa. Y esa defensa ha venido creciendo continuamente hasta nuestro día. Cuando veinte años después los pastores Donald K. Short y Robert J. Wieland declararon que era necesario reexaminar 1888 y señalaron el llamado al arrepentimiento que hace el Testigo Fiel y Verdadero, la respuesta oficial se volvió más maliciosa. Han transcurrido setenta y siete años desde que Taylor Bunch presentara su serie de sermones en Battle Creek. Recientemente hemos celebrado 150 años de la existencia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

(Mark A. Kellner and Elizabeth Lechleitner, “Adventist Leaders Hear Fresh Perspectives on Adventist Church History”, *Adventist World*, junio 2013, 6-7). Hemos celebrado también los 125 años desde el congreso histórico de la Asociación General de 1888, momento en el que Ellen White señaló que se había dado el comienzo del fuerte pregón y el derramamiento del Espíritu Santo como el comienzo del rocío de la lluvia tardía.

Parece que algunos quisieran que la celebración de esos 125 años señalara el momento a partir del cual pusiéramos 1888 por fin a descansar. Otros, dudando seriamente de que hechos como esos debieran ser objeto de *celebración*, se están preguntando: ¿Dónde está la lluvia tardía? ¿Qué ha causado la prolongada demora? ¿Las promesas de Dios no pueden haber cambiado! Pero si la lluvia tardía ha de volver a nosotros como pueblo, tal como vino a la asamblea de Minneapolis y en los años que siguieron, ¿cómo podría suceder eso sin que reconozcamos los cargos laodicensés que se nos hacen por nuestros pecados y por los pecados de nuestros padres, y reconociendo en ellos la causa de la prolongada demora? ¿Cómo vamos a responder, si no hemos aprendido las lecciones del pasado, o si hemos tergiversado nuestra historia a fin de encontrar un acomodo a la tibieza de nuestras pretensiones denominacionales? **¿Por cuánto tiempo continuaremos hiriendo a Cristo en casa de sus amigos?**

Las palabras de Ellen White resuenan hoy con tanta fuerza como cuando las escribió en 1892: “No tenemos nada que temer por el futuro, excepto que olvidemos la forma en que el Señor nos ha conducido, y sus enseñanzas en nuestra historia pasada” (Ellen G. White to Brethren of the General Conference, Carta 32, 19 diciembre 1892; en “Council Meeting”, *General Conference Daily Bulletin*, 29 enero 1893, 24). Es la oración de este autor, que el libro que tiene entre sus manos nos ayude a comprender mejor nuestra historia.

Y si alguien le pregunta: “¿Qué heridas son estas en tus manos?”, él responderá: “Las recibí en casa de mis amigos” -Zacarías 13:6

Sí: hace muchos años Jesús vino a esta tierra -a “casa de sus amigos”- y fue herido mortalmente. Pero esa no sería la última vez que sus profesos amigos lo herirían.

Este libro trata de un tiempo mucho más reciente en el que Jesús se acercó de nuevo a nosotros trayendo con él un don valioso para su iglesia: la medida plena del Espíritu Santo en el poder de la lluvia tardía.

Pero si bien unos pocos lo aceptaron gozosos, muchos otros eligieron herir al Dador y rechazar el don: se malogró el derramamiento de la lluvia tardía, y hoy sigue pendiente de reanudarse.

Esa historia es nuestra oportunidad para aprender del pasado, evitando así que lo repitamos. Es otra oportunidad de dar plena bienvenida al Dador y recibir su don con gratitud ilimitada.

Sobre el autor

Ron Dufield es adventista del séptimo día de quinta generación. Su tatarabuelo asistió al Congreso de la Asociación General de 1888 en Minneapolis. Su abuelo fue pastor adventista y trabajó en la Fundación Braille, en Lincoln, Nebraska. Su padre fue impresor para Pacific Press y otras prensas adventistas.

La educación de Ron incluye formación en la Academia Laurelwood, estudios de terapia respiratoria en Walla Walla Community College y una licenciatura en Salud Pública en Weimar College. Ron, su esposa y sus tres hijas viven desde 2004 en Walla Walla, Washington. Ha trabajado como fisioterapeuta respiratorio en el Hospital General de Walla Walla.

Sus libros incluyen: *EL RETORNO DE LA LLUVIA TARDÍA*, Vol. 1 (2010), el presente volumen: *HERIDO EN CASA DE SUS AMIGOS*, y el próximo a publicarse: *EL RETORNO DE LA LLUVIA TARDÍA*, Vol. 2

